LA DIVINA
EUCARISTÍA

EXTRACTOS DE LOS ESCRITOS Y SERMONES

DEL

M. R. P. EYMARD

Fundador de la Sociedad del Santísimo Sacramento

SEGUNDA SERIE

La Sagrada Comunión,

MÉXICO

LIBRERÍA RELIGIOSA

HERRERO, HERMANOS, EDITORES

3, San José el Real, 3.

1895

México.—Talleres de la «Librería Religiosa», Tiburcio, 18.

CENSURA ECLESIÁSTICA

OBISPADO
DE
TARBES

Tarbes, 22 de Octubre de 1871.

El segundo tomo de la *Biblioteca del Santísimo Sacramento*, intitulado «La Sagrada Comunión,» nos ha parecido digno en todo de su hermano primogénito. Supone un conocimiento íntimo de la vida interior y de los más bellos, fecundos y seguros principios de esta ciencia de los Santos, que tan rara ha llegado á ser en nuestros días, sin la cual no es dado alcanzar la perfección cristiana, pues la divina Eucaristía preparada, conservada y recibida, es al mismo tiempo el principio, el modelo y la razón de ser de dicha perfección.

† P. A.,
Obispo de Tarbes.

Mi muy amado Padre: Os agradezco la bondad que habéis tenido de enviarme los dos volúmenes de la primera y segunda serie de la *Biblioteca del Santísimo Sacramento*. Son un verdadero tesoro espiritual, y del que hago uso con frecuencia en la meditación.

El virtuoso fundador de vuestra edificante Sociedad posee el arte concedido á los Santos, de hablar al entendimiento y al corazón; y después de su muerte continúa su obra con sus escritos, que rebosan unción y suavidad.

Encomendándome á vuestras oraciones, soy vuestro humilde y afmo. s. *in Corde Jesu*,

† Fray Joaquín,
Obispo de Salamanca.

OBISPADO
DE
CARCASONA

CARCASONA 14 Noviembre 1871.

Mi Rdo. Padre:

De vuelta á Carcasona, he visto los puntos de meditación que forman la segunda serie de la *Biblioteca del Santísimo Sacramento*, y he hallado fácilmente en este breve libro, aquel vivo amor y aquel exacto concepto de la Eucaristía que tan eminentemente distinguen á la inteligencia y al corazón del P. Eymard. Las indicaciones prácticas que contiene, relativas á la Sagrada Comunión y á la santa Misa, serán muy útiles á las almas piadosas. Crea ciertamente que la atenta meditación de los puntos que el P. Eymard propone, hará á las almas progresar mucho en la vida eucarística, cumbre de la perfección cristiana.

Permitidme, amado Padre, que de nuevo os felicite por la obra cristiana que estáis propagando, y recibid la seguridad de mis sentimientos de afecto en Nuestro Señor.

† FRANCISCO,
Obispo de Carcasona.



PREFACIO

DE LA

PRIMERA EDICION FRANCESA

PUBLICAMOS ahora solamente esta segunda *Serie de puntos de meditaciones tomados de los escritos del M. Rdo. Padre Eymard.* Habíamos prometido publicarlos antes; pero nos han impedido cumplir nuestro propósito los crueles acontecimientos que de un año á esta parte llenan de duelo á nuestra patria.

No repetiremos las observaciones que expusimos al principio de la primera serie. Estos puntos de meditación son como la quinta esencia de los sermones del P. Eymard. Son extractos de sus notas escritas por su propia mano, ó la reproducción de notas tomadas de sus sermones, mientras él los predicaba.

Estos puntos deben ser desarrollados en la oración, á los pies de Nuestro Señor. Como algunos han notado, el P. Eymard siempre habla por

medio de axiomas: nunca desarrolla las proposiciones que enuncia, nunca se detiene á probarlas. Parece como que recibe directamente del Espíritu Santo todo cuanto dice, y que su obra se limita á transmitir fielmente lo que el mismo Espíritu Santo le inspira, y á ponerlo al alcance de nuestro entendimiento. Este religioso había recibido la misión de ser precursor del reinado de la Eucaristía; ha trazado el plan y puesto los fundamentos de una devoción á la Eucaristia que abrace toda nuestra vida, que sea el móvil principal y el objeto supremo de la vida cristiana. Dios le ha concedido la gracia de permitirle establecer en la Iglesia una sociedad religiosa que, reuniendo en sus diversas ramas todos los estados y condiciones sociales, tienda á realizar esta gran obra del reino del Santísimo Sacramento en las almas y en la sociedad. Cuando hayamos publicado los escritos que de él conservamos [1] todavia, podrá verse que el P. Eymard ha tocado todos los puntos de la devoción á la Eucaristía, y que ha tratado de este Sacramento considerándolo bajo todos sus aspectos; aunque su obra ofrece multitud de puntos de vista diversos entre sí, conserva, sin embargo, admirable unidad. Á los ojos de este sacerdote de la Euca-

---

1 Ya han sido publicadas, además de la primera y -es gunda serie, la tercera: *Retiro á los pies de Jesús Sacramentado;* un Mes de María de Nuestra Señora del Santísimo Sacramento, y un Mes de San José.

ristía, este Sacramento lo es todo, y contiene en sí todas las cosas: es el sacrificio por excelencia, el Sacramento de amor, la fuente de la santidad, el término de la perfección cristiana, el manjar de la piedad acá en la tierra, el sostén y el modelo de la vida religiosa, es la paz de las familias y el remedio á los males sociales; el Santísimo Sacramento compendia y contiene en sí todos los bienes: *Omnia et in omnibus Christus* [1].

Este volumen contiene más de veinte meditaciones concernientes á la sagrada Comunión. Aquí hallarán los fieles un método práctico para prepararse á recibir este Sacramento y á dar gracias después de haberlo recibido. Hemos añadido algunos métodos de oir directamente la santa Misa. Ponemos muy en su lugar esta adición, pues la Misa es la única preparación de muchos fieles, cuyos deberes de familia ó del estado en que viven apenas les dejan algunos momentos de que disponer.

Luego es considerada la sagrada Comunión bajo sus dos aspectos de belleza y de bondad. El autor nos muestra de qué manera nos exalta y ennoblece la sagrada Comunión, y nos hace elevarnos á una vida divina, á la unión del alma con Dios.

El término de toda la dirección espiritual del Padre Eymard es la unidad de vida, de pensa-

1 Colos., III, 3.

mientos, de afectos, de juicios, del alma con Jesús, de un modo constante é inseparable. No nos parece, pues, desmentir el título de este volumen insertando en él lo más expresivo que hemos hallado en los escritos de este sacerdote, tocante á la vida de unión del alma con Jesús.

De la Comunión sacramental pasamos suavemente y como por sus pasos contados á la Comunión espiritual. La vida cristiana debe ser una Comunión perpetua. Por la mañana todos los días debemos llegarnos, en cuanto sea posible, á la sagrada mesa á recibir el manjar que nos une con Jesucristo y nos da su fortaleza y su mansedumbre; esta comunión debe prolongarse durante todo el día, á fin de que reine en nosotros su benigna influencia y nos siga y nos conduzca hasta la Comunión siguiente. Debemos vivir en la atmósfera de la sagrada Comunión. Creer que la comunión se ha terminado después de haber dado gracias durante algunos momentos en la iglesia, es no comprender las intenciones de Nuestro Señor. Jesús nos ha dado su cuerpo como manjar y su sangre como bebida: el momento en que participamos de este divino festín es, sin duda, el más dulce y hermoso de toda la vida; pero no es más que un momento. Es necesario, pues, que prolonguemos los efectos saludables de la Comunión. Cuando el cuerpo de Jesucristo ha cesado de estar en nosotros, vive todavía en nosotros su espíritu; en nosotros está asimismo el Padre, y está porque amamos al

Verbo; en nosotros habita la Santísima Trinidad y se manifiesta con más amor y nos santifica con más eficacia. La Eucaristía es un manjar; sus efectos deben, pues, durar más tiempo que el que se tarda en tomar este manjar. Así como el manjar natural, después de haber sido comido y consumido, nos conserva la vida y las fuerzas mediante la nueva vida que da á nuestra sangre, así el Maná de los cielos debe sostenernos é influir en nosotros mucho tiempo después de haberle recibido: nuestra alma, sustentada por él, debe ser más fuerte y más pronta en el servicio de Dios. En una palabra: la vida cristiana puede resumirse toda ella en estos dos términos: en recibir á Jesús sacramentado, y en unirse el alma con el Espíritu de Cristo. La Comunión que no es seguida de la vida de unión del alma con Nuestro Señor, ó es del todo estéril, ó produce muy escasos frutos.

El fundamento de la vida de unión es el estado de gracia. El alma, enriquecida con la gracia santificante, es un sarmiento unido á la vid y sustentado con la savia del Espíritu Santo; la caridad basta para hacernos templos del mismo Espíritu Santo y miembros vivos del cuerpo de Jesucristo. Pero para conservar el estado de gracia, lo mismo que para conservar cualquier otro hábito, y para hacerle crecer, es necesario alimento y ejercicio. Este alimento y ejercicio los tenemos en la unión actual del alma con Dios. en las aspiraciones que sentimos hacia Él y á

cada uno de los instantes; los actos incesantes de amor, las miradas inflamadas que dirigimos á Jesús son fuerza del estado de gracia, la garantía de que ha de durar y producir ricos y abundantes frutos. Si esta unión no se renueva con frecuencia y no se hace cada vez más viva y eficaz mediante la Comunión espiritual, el estado de gracia languidece y se torna estéril, y este suelo sobrenatural, porque es el mismo Dios, el Espíritu Santo y todos sus dones, no produce más que frutos naturales.

¡Cuántas son las almas que, libres del pecado mortal, son moradas del Espíritu Santo, y pudiendo merecer infinitos tesoros de gracias, dejan de aprovecharse de su divina presencia, ignorando el bien que poseen y lo que son mediante la virtud del mismo Espíritu divino!

Pero el Espíritu Santo es por su naturaleza activo, y nos inspira incesantemente amorosos afectos. El oir en el recogimiento de nuestra alma y seguir estas inspiraciones mediante actos de nuestro corazón y de nuestra voluntad, es vivir una vida celestial, angélica; es vivir de la vida del mismo Dios.

El Padre conocía á su Hijo en la Santísima Trinidad, y le ama con amor incesante, continuo, infinito; el alma de Jesucristo durante la vida mortal del Salvador, contemplaba continuamente á la Divinidad, cuya esencia veía sin velo alguno: el Espíritu Santo le asistía y le movía incesantemente á hacer los más heroicos actos de

amor y de ofrecimiento absoluto por la gloria de su Padre celestial.

La Santísima Virgen, desde el primer instante de su concepción, fué prevenida de las dulzuras de las bendiciones celestiales, y cada uno de los instantes de su vida fué señalado con un acto de amor y la donación de todo su ser en las manos de Dios.

Y San Pablo, urgido por las inspiraciones incesantes, ardientes y devoradoras del Espíritu Santo, exclamaba sin poder resistir su violencia: *Charitas Christi urget nos*. ¡El amor de Dios me urge y me oprime!

Esto mismo ha sucedido á todos los Santos; su vida ha sido una cadena nunca interrumpida de actos de amor; todas sus obras han sido un homenaje tributado á la divina voluntad; su vida era una íntima y continua comunicación con Dios presente en su alma.

Este es, pues, el término adonde hemos de llegar cuando tenemos la dicha de comulgar frecuentemente: esta es más bien la obligación de todo cristiano; porque si el Espíritu Santo, si la Santísima Trinidad moran en él, es imposible que desprecie este precioso tesoro, este medio tan poderoso de santificación, sin inferirse gravísimo daño. ¿Será, en efecto, posible que deje de escuchar la voz del Espíritu santificador; podrá dejar de vivir esta vida de unión, si considera que estos actos de amor á que el mismo Espíritu Santo urge al corazón fiel, en todos los instantes

del día, en medio de los quehaceres de la vida más laboriosa, son actos dignos del cielo, que aumentarán nuestra gloria y brillarán como resplandecientes perlas en nuestra corona?

En el transcurso de estas meditaciones verá el piadoso lector cómo se expresa el P. Eymard acerca del recogimiento y de la oración habituales, que son, junto con el estado de gracia, la condición esencial de la unión del alma con Jesucristo. Y, nótese bien, estas enseñanzas no se dirigen solamente á los religiosos que viven al abrigo del claustro y están consagrados por su estado á una vida más perfecta. El P. Eymard predicaba públicamente, y los fieles en general escuchaban sus enseñanzas, que á ellos, al igual que á los religiosos presentes en sus sermones, eran dirigidas.

Así, pues, ofrecemos este volumen á todas las almas piadosas que hacen oración, que reciben á Jesús en la Eucaristía y visitan al Santísimo Sacramento. Estas almas son muy numerosas en la Iglesia: son la flor de las comunidades de fieles, y el más firme sostén de todas las buenas obras que se practican en el mundo.

Y estas vírgenes cristianas á quien Dios no ha dado la gracia de la vocación religiosa, ó que, habiendo recibido esta vocación, no pueden corresponder á ella por causas superiores á su voluntad, ¿por qué no han de vivir del amor del Sumo Bien y de la unión con Dios? Junto á las flores que Jesús cultiva con privilegiado amor

en el apartado jardín de la vida monástica, hay otras flores tan puras y hermosas como éstas, las cuales agradan al Señor en el mundo: son verdaderas azucenas que en medio de los abrojos exhalan el aroma del sacrificio, y luchan y alcanzan victorias dignas de las miradas y del amor de Jesús; ángeles de Dios que viviendo en el mundo no son dél mundo; vivos testimonios de la santidad que la gracia de Dios concede á quien le place y como le place.

Este libro será también muy útil á las madres de familia cristianas que educan á sus hijos para Dios, y que saben muy bien que su misión consiste en hacerlos semejantes á Jesucristo; poseídas de los sentimientos que este libro inspira, inducirán á sus hijos á ser muy devotos del Santísimo Sacramento y á comulgar con frecuencia, y los educarán teniendo siempre presente este misterio de la Eucaristía, fuente de pureza de santidad, de valor y de verdadero honor.

Finalmente, ofrecemos estas páginas á todos los que desean vivir piadosamente, sea cual fuese su estado, sus negocios y quehaceres. El retirarse á contemplar la bondad de Jesús sacramentado es compatible con todo género de quehaceres: sólo se opone á la pereza del espíritu. No se concibe que nadie trabaje con menos actividad, ni que las obras de manos ni el trabajo intelectual sean más imperfectos porque el que los hace los haya ofrecido á Dios antes de empezarlos y

renueve este ofrecimiento cada vez con más amor mientras dura su trabajo.

Mas no se crea que este libro es un tratado de vida interior. De ningún modo, pues no se trata en él más que de la sagrada Comunión y del recogimiento interior. Por otra parte, estas meditaciones no tienen entre sí otra conexión que la que se sigue de versar sobre asuntos análogos entre sí: algunas servirán para mejor entender las anteriores; otras serán consecuencia lógica de las precedentes.

Esperamos que las almas amantes de la oración saborearán estas consideraciones del Padre Eymard, en que se echa de ver el amor con que están expuestas, y seguirán sus consejos, dictados por la experiencia más consumada en los caminos del Señor. Aquí hallarán además luz en su dirección espiritual. Pero lo que sobre todo deseamos es que comprendan todas que para santificarse es necesario vivir de la Eucaristía y para la Eucaristía, y que no se da en la tierra la santidad sin la Comunión sacramental y espiritual, así como la bienaventuranza celestial no es otra cosa que la Comunión con Jesús glorioso.





LA DIVINA EUCARISTÍA

EL ESPÍRITU DE LA COMUNIÓN

Dilata os tuum, et implebo illud.

«Ensancha tus deseos y yo los llenaré.»

(Psalm. LXXX, 2.)

La última perfección del amor de Jesús, que produce las más abundantes gracias, consiste en su unión inefable con el que recibe la sagrada Comunión. Debemos, pues, aspirar á recibirla con frecuencia, y aun todos los días, mediante todo cuanto la piedad, las virtudes y el amor pueden inspirarnos de bueno, de santo y de perfecto.

Es la sagrada Comunión la gracia, el modelo y el ejercicio de todas las virtudes, pues todas ellas son practicadas en esta obra divina. Así aprovecharemos en ellas por medio de la sagrada Comunión más que por los demás medios de santificación.

Es, pues, necesario que la sagrada Comunión llegue á ser nuestro pensamiento y nuestro deseo

principal, el fin de todas nuestras obras, de nuestra piedad y de nuestras virtudes: el recibir á Jesús debe ser, pues, el fin y como la ley de nuestra vida. Todas nuestras obras deben dirigirse á la sagrada Comunión como á su fin, y proceder de ella como de su principio.

Vivamos de tal manera que podamos ser admitidos á recibir con fruto frecuentemente la sagrada Comunión, y aun á comulgar todos los días: en suma, procuremos ser perfectos para comulgar dignamente, y vivamos para comulgar siempre.

Pero la grandeza de Dios ¿no abrumará, por ventura, tu miserable nada? De ningún modo: aquella grandeza divina y celestial que reina en los cielos, no se advierte en la Comunión. ¿No ves aquí á Jesús que se oculta para no causarte espanto, y para que te atrevas á mirarle y á llegarte á Él?

¿Acaso no es tu propia indignidad motivo para permanecer lejos de este Dios infinitamente santo? En verdad, el querubín más santo y más puro es indigno de recibir á Dios en la Eucaristía... ¿Pero no ves que Jesús oculta sus virtudes y aun su misma santidad para no mostrarte sino su bondad? ¿No oyes esta suavísima voz que te llama diciendote: Ven á mí? ¿No sientes la proximidad del amor divino que te atrae á sí? No son, pues, tus méritos los que te dan derecho para recibirle, ni tus virtudes las que te abren la puerta del cenáculo, sino el amor de Jesús.

¡Pero es tan escasa mi piedad, es tan tibio mi amor! ¿Cómo he de atreverme á recibir á Nuestro Señor, siendo mi alma tan tibia, que por su misma tibieza causa aversión, y tan digna de menosprecio?

¿Eres tibio? He aquí un nuevo motivo para que en

tres en este horno encendido... ¿Eres causa de aversión? Jamás te rechazará este tierno Padre, cuyo amor á ti es más tierno que el de todos los padres y el de todas las madres á sus hijos: cuanto más enfermo te veas y mayor sea tu flaqueza, más necesitado estás de su auxilio: el pan es la vida de los débiles y de los fuertes.

Acaso, dices, estoy en pecado... Si después del examen no tienes certeza moral, si no tienes conciencia positiva de pecado mortal, real ó dudoso, tu alma está viva; si has perdonado á quien te hubiese ofendido, el Señor te ha perdonado á ti. Las negligencias que cometes todos los días, las distracciones en la oración, los primeros movimientos que sientes de impaciencia, de vanidad, de amor propio, la pereza en sacudir inmediatamente el fuego de las tentaciones, todos estos retoños de Adán arrójalos al fuego del amor divino, que lo que el amor perdona, bien perdonado está.

¡Ah! No vivas alejado de la sagrada mesa por vanos pretextos; antes llégate á ella por amor á Cristo, si es que no te mueve á comulgar el amor á ti mismo. Comulgar por amor á Cristo es consolarle del abandono en que le dejan la mayor parte de los hombres; es decirle que no se ha engañado al instituir este santo manjar espiritual; es hacer que fructifiquen los tesoros de gracia que Dios ha encerrado en la Eucaristía para dárselos á los hombres; es todavía más, es dar á su amor en el Sacramento la vida expansiva que su mismo amor desea, es procurar á su bondad la dicha de hacer beneficios, á su Majestad la gloria de difundir largamente sus mercedes. Comulgando se cumple el fin glorioso de la Eucaristía; si no hubiera quien comulgara, este

río correría en vano, este incendio de amor no abrasaría los corazones, este rey estaría sentado en su trono, pero no tendría súbditos

La sagrada Comunión, no sólo da á Jesús Sacramentado ocasión de satisfacer su amor, sino además le procura una nueva vida, que El consagra á su Padre celestial. En su estado glorioso Jesús no puede honrar á su Padre con amor libre y meritorio; pero mediante la Comunión viene al hombre, forma sociedad con él y se une á él; y mediante esta admirable unión, el cristiano da á Jesús glorioso miembros y facultades sensibles, le da la libertad necesaria para el merecimiento de las virtudes: mediante la sagrada Comunión el cristiano se transforma en Jesús y Jesús vive de nuevo en él.

Cuando el hombre comulga sucede en él algo divino: el hombre trabaja, y Jesús le da su gracia; el hombre conserva para sí el merecimiento, mas la gloria es para Jesús; Jesús puede decir á su Padre: de nuevo os amo, os adoro; vivo y padezco de nuevo en estos miembros míos.

He aquí lo que da á la Comunión su más elevado poder: el ser una segunda Encarnación perpetua de Jesucristo. La sagrada Comunión establece una sociedad de vida y de amor entre Jesucristo y el hombre: es, en suma, una segunda vida de Jesús.





DIRECTORIO PARA LA PREPARACION

Opus namque grande est, neque enim hominis praeparatur habitatio, sed Deo.

«Grande obra es, pues, ésta; preparar morada, no para ningún hombre, sino para el mismo Dios.»

(I Par., XXIX, 1.)

Consiste la sagrada Comunión en recibir á Jesús substancialmente en nosotros, en nuestra alma y en nuestro cuerpo, bajo la forma de manjar, á fin de que Jesús nos convierta en sí mismo, comunicándonos primero su santidad y después su felicidad y su gloria.

Mediante la sagrada Comunión, Jesucristo nace, crece y se perfecciona en nosotros. Todo su deseo es que la recibamos, y que la recibamos con frecuencia. Este es también el consejo y deseo de la Iglesia, la cual pone en nuestra mano todos sus medios de santificación para disponernos á recibirla bien, así como todo su culto consiste en preparárnosla y en administrárnosla.

Si conociéramos los dones y las virtudes que nos procura la sagrada Comunión, no dejaríamos de suspirar incesantemente por recibirla. Una sola Comu-

nión puede santificar al hombre en un instante, pues el mismo Cristo, autor de toda santidad, es quien viene á nosotros en ella.

Mas para esto es necesario comulgar dignamente, y para que la Comunión sea digna, se requiere la conveniente preparación y acción de gracias.

I

Dos suertes hay de preparación: la del cuerpo y la del alma. La preparación del cuerpo, consiste en el ayuno completo, á contar desde las doce de la noche anterior, y en presentarnos á la sagrada mesa limpios y decentemente vestidos. La Comunión es las nupcias reales del cristiano, la visita de su divino Rey, el día del Señor del que comulga. Tales títulos exigen que seamos muy diligentes en todo cuanto se refiere á la preparación externa.

La preparación interna supone ante todo la pureza de conciencia, que esté limpia de pecado mortal, y, en cuanto sea posible, de pecados veniales voluntarios. El principal adorno de una casa en que ha de ser recibido algún huésped es la limpieza. Si por ventura son pocas las virtudes que adornan el alma del que va á comulgar, tenga ella por lo menos aquella blancura que la prepara para adquirirlas.

Además son necesarias, devoción, recogimiento interior y fervorosa oración. El amor divino debería hacer que siempre estuviéramos dispuestos á comulgar: el amor desea al amado de nuestro corazón, suspira y anhela por él; el mendigo siempre está pronto á recibir la limosna.

Excitad por lo menos vuestro amor considerando los cuatro fines del sacrificio.

II

Adorad, poseídos de sentimiento de viva fe, á Jesús presente en el Santísimo Sacramento, en la Hostia divina que vais á recibir; adoradle exteriormente con gran respeto y compostura, con profunda modestia de los sentidos, é interiormente con el homenaje de todas las potencias de vuestra alma, diciéndole con Santo Tomás en el transporte de vuestra fe: ¡Vos sois mi Señor y mi Dios!

Dadle gracias por este don tan grande que os hace del amor de Jesús, porque os invita á que os acerquéis á la sagrada mesa y os prefiere á tantos otros mejores que vosotros y más dignos de recibirle en la Eucaristía.

Alabad su designio de haber instituído para vosotros este gran Sacramento, de haber conducido este río de vida, serpenteando á través de todas las generaciones, por espacio de dieciocho siglos hasta llegar á vosotros, tan puro como en su misma fuente.

Bendecid á su omnipotente bondad, que ha triunfado de tantos obstáculos, que no ha retrocedido ante ningún sacrificio ni humillación para darse enteramente á vosotros.

Exaltad el inmenso amor que le ha reducido á ser en este Sacramento la víctima perpetua de vuestra salud, el divino manjar de vuestra vida, vuestro tierno y constante amigo en este destierro. Únanse los ángeles con vosotros; invitadlos á alabar con vosotros á su Dios, á su Rey.

Propiciación.—Después de haber mirado á quien os ha enriquecido y al don tan excelente que os ha he-

cho, volved los ojos á vosotros mismos, mirad vuestra pobreza, vuestras imperfecciones y deudas; humillaos á vista de vuestra miseria y de los pecados que habéis cometido, lloradlos de nuevo; reconoced cuán indignos os habéis hecho pecando, y pedid á Dios que os los perdone y os dé su gracia. Decid á Nuestro Señor: ¿Es posible que olvidéis que he sido un gran pecador? ¿Es posible que no miréis lo que soy todavía, que soy la más vil de las criaturas? ¿Es posible que no veáis lo que por mi desdicha acaso llegaré á ser, la más infiel y desagradecida entre todas ellas?... No, no soy digno de recibiros; pronunciad siquiera alguna palabra de perdón, y esto me basta... Apartaos de mí que soy un pecador indigno de vuestro amor. Detestad luego vuestros pecados; desead y pedid la pureza de los ángeles, la santidad de la Santísima Virgen. Rogad á los ángeles y á los santos que intercedan por vosotros, y consagraos del todo á María para que ella misma prepare vuestra alma para recibir la sagrada Comunión.

Figuraos después que estáis oyendo de labios del mismo Salvador estas dulcísimas palabras: «Por lo mismo que sois pobres, me llego á vosotros; porque estáis enfermos, vengo á sanaros; para daros mi vida y para que participéis de mi santidad he instituído el Sacramento. Venid, pues, con confianza; dadme vuestro corazón; vuestro corazón es lo único que deseo.

Suplicad á nuestro Señor se digne quitar todos los obstáculos que le impiden venir á morar en vuestra alma. Arded en deseos, suspirad porque llegue este momento de vida y de felicidad; estad prontos á toda suerte de sacrificios con tal de recibir la sagrada Comunión. Y luego volad, volad á esta mesa celestial:

los ángeles envidian vuestra dicha, el cielo os contempla con admiración. Jesús os está esperando, corred, volad al festín del Cordero.

III

Llegado el momento de comulgar, no os acordéis ya de vuestros pecados; este recuerdo sería una peligrosa tentación, pues os turbaría y os entristecería con daño de vuestra devoción.

No os cuidéis siquiera de decir oraciones vocales: llegaos á recibir á vuestro amoroso Dios tranquilos y poseídos de confianza en la bondad de Jesús que os llama y que os está esperando.

Llegaos á la sagrada mesa con las manos juntas y los ojos bajos, con paso grave y modesto. Arrodillaos sintiendo inmensa alegría y felicidad en vuestro corazón.

En el momento de comulgar deberéis, tener la cabeza levantada é inmovil, y los ojos bajos; abrid modestamente la boca, sacad la lengua poniéndola sobre el labio inferior, y tenedla así hasta que el sacerdote deje en ella la sagrada forma. Luego podéis tener un momento la hostia en la lengua para que la purifique y santifique Jesús que es verdad y santidad, y, por último, introducidla en vuestro pecho y ponedla en el trono de vuestro corazón. Adoradla en silencio y comenzad la acción de gracias.





EL ESTADO DE GRACIA

COMO PREPARACIÓN PARA RECIBIR LA SAGRADA COMUNIÓN

Probet autem se ipsum homo: et sic de pane illo edat et de calice bibat.

«Pruébese el hombre á sí mismo antes de comer este pan y de beber este cáliz.»

(I Cor., XI, 28.)

I

Es la Eucaristía, pan que contiene en sí toda delicia: luego la primera condición que se requiere para participar de él, es estar vivo, es decir, estar en estado de gracia. Esta es la primera condición y la única esencial: estar libre de pecado mortal.

Es, sin duda alguna, muy conveniente que además nos hallemos exentos de pecados veniales, y que estemos adornados de la piedad y de las demás virtudes; pero todo esto es relativo, más necesario en los religiosos que en los seglares; más en aquellas personas que viven solas y lejos del mundo que en las que están cercadas de cuidados y cargadas de familia. Pero la ley general, ineludible, que comprende á to-

dos, es la que manda que estemos exentos de pecado mortal.

No seamos exajerados en temer ni alimentemos vanos temores en orden á las condiciones que se requieren para recibir dignamente la sagrada Comunión. ¿Estás en gracia de Dios? ¿Quieres llegarte á Jesús y unirte á Él? Pues ven á comulgar. Si eres rico en virtudes, darás mayor gloria á Dios, y tu preparación será mas perfecta. Pero aun así, ¿quién podrá jamás tenerse por verdaderamente digno de recibir á Jesús? Aquella virtud es la verdadera que cree no poseer nada. ¡Habrás de poder pesar tus virtudes y apreciar tus buenas prendas para ver si realmente mereces comulgar! Humíllate y ten vivos deseos, que en esto consiste la verdadera preparación.

Pero fíjate bien sobre este punto de la pureza de conciencia; porque sin ella el pan de vida se convertiría para ti en pan de muerte; pues aunque la Eucaristía no ha sido instituída para dar la muerte, pero si ya estás muerto antes de recibirla, doblemente muerto serás después de haberla recibido.

Este es el estado de gracia que exije San Pablo cuando dice: «Pruébese el hombre á sí mismo antes de comer de este pan divino.» Y porque algunos comulgaban teniendo la conciencia manchada, les dice que han comido su propia condenación. Han crucificado en su corazón á Jesús que es su juez.

La Eucaristía es pan de vivos, y el mismo Cristo lo dijo cuando anunció este misterio con estas palabras: «Yo soy pan de vida; el que me comiere vivirá en mí y yo en él.» Aquí se nombran dos suertes de vida; la vida de Jesús en el alma, y la vida del alma en Jesús.

Mas siendo la sagrada Comunión la unión del alma con Jesús, ha de haber unidad entre estos dos términos; cierta paridad que sea el fundamento de la unión; porque las cosas contrarias no pueden unirse. La luz no puede juntarse con las tinieblas ni la muerte con la vida. Luego si Jesús vivo viene á nosotros, necesario es que nosotros estemos vivos, pues sin esta vida no es posible la unión. A lo más podréis encerrar á Jesús en vuestro pecho durante algunos momentos, pero Jesús no permanecerá en él, y vosotros le habéis hecho sacrílega violencia.

Tengamos, pues, presente siempre esta condición esencial que consiste en la pureza de conciencia. Esta condición nos la inculca enérgicamente la Iglesia por boca del Concilio de Trento, prohibiéndonos terminantemente recibir la sagrada Comunión cuando la conciencia nos acusa de pecado mortal, si no nos hemos confesado antes, aunque estemos arrepentidos de nuestros pecados.

II

Aunque no se nos exigiera de un modo tan expreso y terminante esta pureza de conciencia, la simple razón de honestidad nos mostraría el deber que tenemos de purificarnos de todo pecado mortal antes de recibir la sagrada Comunión. La comunión es un banquete, es el festín nupcial del Cordero. Jesucristo nos admite á su mesa y nos sustenta con su propia carne: El es el comensal y el festín *cibus et conviva*. ¿Nos atreveríamos á tomar parte en este festín con hábito indecoroso? ¿Quién sería osado á presentarse en él llevando los vestidos sucios? No

nos hayamos, pues, con Nuestro Señor como no nos atreveríamos á habernos con cualquier advenedizo. La Eucaristía es un festín regio; en él los ángeles circundan, pero á pesar de su pureza no pueden tomar asiento en el banquete. Procurad vosotros, ya que no poseéis la resplandeciente blancura de los ángeles, llegaros á Él por lo menos con la pureza de conciencia que Jesucristo exije como condición precisa para admitiros á su sagrada mesa.

III

Por otra parte, no hay en la Eucaristía cosa alguna que no nos invite á llegarnos á ella con la conciencia pura. ¿No os acordáis de haber visto á los niños que reciben por vez primera la sagrada Comunión? ¡Qué hermosos y puros son estos niños que se suceden unos en pos de otros en prolongadas filas!...

¡Qué pureza la del pan eucarístico! Procede de trigo puro. Después de quitarle el salvado ha sido convertido en harina. ¿Hay cosa más pura que la harina candeal? Ha sido amasado sin levadura, que pone en el pan un germen de corrupción. El Señor hubiera podido escoger otra materia de diferente color, pero no hallaríamos en ella estos ejemplos de pureza...

Es cosa tan natural la pureza, tratándose de la sagrada Comunión, que si yo os dijera que comulgarais en pecado mortal, vosotros sentiríais horror y preferiríais morir antes que cometer semejante crimen.

Ni siquiera os atrevéis á comulgar cuando la conciencia os acusa de algún pecado venial voluntario,

y eso que bien podríais en este caso recibir el Sacramento, porque el pecado venial no se opone radicalmente á la sagrada Comunión. Pero no os atrevéis, porque creéis que sois indignos, porque vuestros sentidos no tienen la blancura que debieran, y por eso venís antes á pedir perdón. Esta conducta prueba, en verdad, vuestra delicadeza, pero al mismo tiempo muestra cuán inseparable de la pureza es la sagrada Comunión.

Mirad lo que hizo el Señor antes de la cena. «Puros sois—dijo á sus Apóstoles—pero los pies los tenéis todavía manchados de polvo; quiero quitarles ese polvo y purificaros enteramente.» Y les lavó los pies.—¡Hermosa lección de humildad, pero todavía más hermosa lección de pureza!

Llegaos, pues, á comulgar en estado de gracia, que es la vida del alma. El suplicio más horrible á que solían ser condenados los mártires, se dice que era el ser atados á un cadáver. Mil veces preferían la muerte antes que verse sujetos á este tormento; pues tormento era y muy espantoso aquella alianza forzada de la muerte con la vida. ¿Por qué, pues, has de unir á Jesús con un cadáver? ¿Quieres dar digna sepultura á Jesús? Pues procúrale, por lo menos, un sepulcro nuevo y que esté limpio.

IV

Mas la razón que más mueve á las almas verdaderamente cristianas á purificar la conciencia antes de comulgar, es que Jesús se une más ó menos íntimamente con ellas, según es mayor ó menor su pureza cuando se acercan á la sagrada mesa.

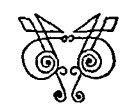
Si te contentas con solo estar limpio de pecado mortal, Jesús vendrá á ti y vivirás por su gracia; pero á semejanza de Lázaro, que aunque estaba vivo no podía andar, porque tenía los miembros sujetos con vendas, no sacarás mucho provecho de la comunión. Pero limpia más todavía tu alma; ven con frecuencia á cobrar nuevas fuerzas, y acabarás por vencerte enteramente á ti mismo y producirás los frutos de gracia y de buenas obras que Jesús espera de ti.

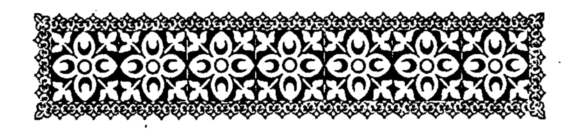
Cuando el que comulga está limpio, aun de pecados veniales voluntarios, Jesús obra en su alma enérgicamente y sin obstáculos; le inflama el corazón, le excita la voluntad, le ilumina el entendimiento y penetra en lo íntimo de su ser. Entra en la cámara reservada á los amigos, donde no ve ninguna telaraña, se deleita allí con el aroma que exhalan los buenos deseos y permanece en ella durante largo tiempo. Entre Jesús y el alma suceden entonces cosas inefables; el alma adquiere extraordinaria delicadeza, no vive ya para sí, pues hace una sola cosa con Jesús y le dice: «Tomadlo todo para Vos, reinad sobre todas las cosas y amémonos constantemente; quiero ser vuestra sierva por toda la eternidad.»

¡Grande consuelo, que Jesús venga á nosotros según la medida de nuestra pureza! ¡Cómo ha de venir á nuestra alma en razón de las buenas obras que hemos hecho y de las virtudes que poseemos! ¿Qué son nuestras virtudes en comparación de la santidad de Dios? Pero si eres puro, si procuras ser cada vez más puro, esto basta, y Jesús vendrá á ti con alegría.

Este es, pues, el bien á que debemos consagrar to-

das nuestras fuerzas; conservarla nuestra alma limpia de pecado, quitar de ella todo germen de corrupción; purificarla y hermosearla; y he aquí también el fruto de la Comunión: de esta manera se hace continua acá en la tierra la unión de nuestra alma con Jesús, y principia la unión que nos espera en el cielo, y que no ha de cesar jamás.





EL DESEO DE RECIBIR LA SAGRADA COMUNIÓN

Esurientes implevit bonis.

« Llenó de bienes á los que estaban hambrientos.»

(Luc., I, 53).

Es condición necesaria y esencial para recibir dignamente la sagrada Comunión, que el alma se halle en estado de gracia. No es necesario sino sólo muy conveniente que esté adornada de virtudes y que sea piadosa, pues las virtudes pueden ser suplidas por la buena voluntad y por el ardiente deseo de recibirla. Mas por desdicha es muy frecuente comulgar sin verdadero deseo y sin idea exacta de lo que es este Sacramento. Para librarnos de estos defectos, veamos cuáles son las condiciones que conviene cumplir al recibirle.

La primera y más importante para sacar de la comunión verdadero fruto, es el deseo de recibir este Sacramento.

I

Para comer es necesario tener hambre, sentir la necesidad de sustentarnos si no hemos de desfallecer, pues el comer es cosa grosera y trabajosa, y

el digerir es á menudo penoso y doloroso. Pero Dios nos ha dado el apetito para que sintamos la necesidad de sustentarnos, y á los manjares les ha dado sabor para que gustemos de ellos.

De la misma manera sentimos hambre de recibir la sagrada Comunión, hambre de Cristo, y esta hambre tiene diversos grados, y á medida que es mayor, es más precioso y abundante el fruto que sacamos de recibirla. Los estómagos sanos sienten el hambre y digieren los manjares, mientras que los flacos no pueden tolerarlos.

Para que nosotros deseemos y pidamos la sagrada Comunión es necesario que Dios nos de hambre de ella; porque es tan grande la distancia que media entre Dios y nosotros, que jamás nos atreveríamos á llegarnos á la sagrada mesa, si la gracia no excitara en nuestra alma un hambre que reclama con urgencia ser satisfecha, que nos hace olvidarnos de la infinita dignidad de Jesucristo y pensar tan solo en nuestra indigencia. Dios con su gracia se lleva en pos de sí nuestra alma para que no veamos nuestra propia miseria, sino únicamente su bondad, para que no pensemos entonces quiénes somos nosotros y quién es Él.

El hombre vive del deseo y nunca busca ni hace ninguna cosa verdaderamente grande sin haberla deseado antes durante largo tiempo. Pues un deseo divino nos impulsa á recibir la sagrada Comunión hasta el punto de darnos valor para acercarnos al Juez de cielos y tierra sin morir de espanto. El hambre que sentimos de recibir á Dios excusa nuestra temeridad.

Acaso dirás que tú no sientes semejante deseo. Verdad será lo que dices si no comulgas; pero si co-

mulgas, yo aseguro que Dios ha encendido en ti ese deseo, porque si no lo tuvieras en algún grado, no te atreverías á recibir la comunión.

Dime si no: ¿Qué pobre habrá tan osado que, aunque sienta que desfallece de necesidad, se atreva á convidarse á la mesa del Rey para comer con él? Esto nunca se verá. Ahora bien: la distancia que nos separa de Dios es mucho mayor que la que media entre el Rey y el mendigo; ¿cómo podremos atrevernos á comulgar? Preciso es que Dios, movido de su infinita bondad, nos ponga un velo delante de los ojos para que nos hayamos respecto de Él como no nos atreveríamos á habernos con los poderosos de la tierra, para que nos invitemos á su banquete soberano.

El principal motivo que nos impulsa á comulgar es, pues, el hambre que sentimos de recibir la Eucaristía. Cuanto más viva y más aguda es esta hambre, mayor es la frecuencia con que comulgáis. ¿Por ventura no crecéis espiritualmente, no os sentís con más fuerzas que antes? Si así no fuera, sería ó porque no comeríais lo suficiente ó porque comeríais sin apetito. Excitad, pues, en vosotros esta hambre, y reconoced por lo menos la necesidad que tenéis de este divino manjar, ya que no podáis sentir el hambre producida por el amor.

II

Porque hay un género de hambre de comulgar, que en todo tiempo la podemos sentir, un deseo que siempre lo podemos concebir.

Este deseo es el mismo que siente el enfermo que está esperando al médico porque el dolor le ator-

menta; que pide de beber porque la fiebre le devora. Pues nosotros, miserables hijos de Adán, tan profundamente llagados, nos presentamos á Nuestro Señor, y le decimos: «¡Oh Señor! ¡Sólo miserias y dolores son nuestra herencia, venid en nuestro auxilio! ¡No os dé en rostro nuestra miseria! ¡Quiero recibiros porque soy flaco y necesito de fortaleza! ¡Tened compasión de mí!» Este es el lenguaje de casi todos los que se acercan á la sagrada mesa. Mira si no á este penitente, á este impío recién convertido; viene trabajosamente de haberse confesado; el confesor le ha dicho, y con razón, que comulgue. «¡Dadme pan—dice á Nuestro Señor—porque me muero de hambre! ¿Cómo he de poder entrar en el estrecho y áspero sendero de la vida cristiana, yo que acabo de salir del ancho y florido camino del vicio?» El hambre de este penitente es verdadera hambre, es del agrado de Nuestro Señor, honra á Dios y á nosotros nos hace descender al lugar que nos corresponde según nuestra necesidad. Plegue á Dios que sintáis con mucha frecuencia el hambre que siente el mendigo, y que en todo tiempo podáis presentar como título que os da derecho á comulgar, la necesidad que tenéis de recibir este Sacramento. Esta necesidad, junto con la pureza de conciencia, basta para comulgar dignamente y con fruto. El Evangelio nos ofrece una prueba conmovedora de esta verdad.

Cierto Rey había dispuesto un espléndido festín. Los convidados se negaron á aceptar la invitación. Según los intérpretes, negáronse los convidados á entrar, porque no querían regalar á los esposos. Cuando llegó la noticia á oídos del Rey, envió á sus criados á buscar á los pobres en las plazas y cami-

nos, y fueron conducidos al festín los mendigos y los lisiados, pues Jesús los prefiere á los ricos y orgullosos. Notad que cada uno de los mendigos, antes de entrar en la sala del festín, se vestía con las vestiduras nupciales que le presentaban los criados que había á la puerta de la sala. Entró el Rey y se regocijó al ver la alegría que se reflejaba en el rostro de aquellos pobres, de ordinario tan tristes. Pero advirtió que uno de los convidados estaba vestido con el vestido ordinario, y viendo en esto una señal de desprecio hacia él, mandó que lo echaran fuera. Este convidado llevó su merecido; no se le pedía que hiciera ningún presente á los esposos, sino sólo que se presentara decorosamente vestido. Los demás, que estaban vestidos de blanco, siguieron en el festín, aunque eran pobres y estaban lisiados; su misma miseria era el título que les daba derecho á entrar al banquete.

Pobres y miserables somos; penas y dolores padecemos; sean, pues, más vivos nuestros deseos. ¡Es tanto el anhelo del Señor por sanar al que le muestra sus llagas! Durante su vida mortal no le vemos frecuentar los palacios de los ricos y poderosos; tan sólo dos ó tres veces aceptó la invitación de los fariseos, y eso porque esperaba sanar sus almas enfermas de orgullo, y disipar sus errores. Estaban enfermos, si bien su enfermedad era de otro género. Pero á la morada de los pobres iba con gusto, pues no había en ella cosa que le diera en rostro.

Venid, venid, pues, á pedirle fuerzas y valor. «¡Débil y flaco soy, oh Señor, por eso me humillo de hinojos á vuestros pies!» Venid, llegaos, no porque os tengáis por dignos de esta gracia, sino por la necesidad que de ella tenéis.

Decidle con confianza: «Dadnos, Señor, el pan nuestro de cada día. Pobres mendigos somos, y no en derecho alguno, sino en la invitación que nos habéis hecho fundamos nuestra súplica.» Y el Señor os recibirá benignamente; os ha invitado y no os rechazará, antes, por el contrario, os admitirá en su seno y os hará ricos de los tesoros de su gracia y de su bondad.





LA PREPARACIÓN QUE PROCEDE DEL ESPÍRITU SANTO

Spiritus sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi.

«El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra.»

(Luc., I, 35.)

MEDIANTE la sagrada Comunión se renueva y se continúa el augusto misterio de la Eucaristía. El mismo efecto que causó en María la voz del ángel, se produce en el cristiano por virtud de las palabras del sacerdote. No contento el Verbo con unirse á la Virgen purísima, y en ella á todo el género humano, todavía quiere unirse á cada uno de los cristianos en particular. El Espíritu Santo fué el divino autor de la Encarnación; Él preparó á María para que fuera la Madre de Dios; Él la preservó en su concepción inmaculada; Él difundió en su alma desde el primer momento de su ser y cultivó después en ella las virtudes más hermosas, y cuando llegó la hora de formar y animar el Cuerpo de Jesús, Él fué quien fecundó el seno virginal de María; y luego después de consumado este misterio,

siguió morando en ella y la cubrió con su sombra para templar los ardores del Sol divino que Ella llevaba en sus entrañas. Aprendamos, pues, á prepararnos á recibir la sagrada Comunión uniéndonos con el Espíritu Santo.

I

El Espíritu Santo santificó á María y la hizo digna de ser Madre de Dios. Aunque las tres personas divinas concurren en la obra de la santificación de las almas, esta obra se atribuye especialmente á la tercera persona, que es el *Don* por excelencia, el vínculo entre el Padre y el Hijo, y quien, entrando en nuestras almas, nos une con Dios. María fué adornada de todo género de virtudes por el Espíritu Santo, y cuando dudó de aceptar la dignidad de Madre de Dios, porque creyó que esta dignidad no se avenía con el voto de virginidad que había hecho, el ángel le dijo y le aseguró que pariría por obra del Espíritu Santo, que descendería sobre Ella para obrar esta maravilla. Notad que cuando el ángel pronunció estas palabras, el Espíritu Santo estaba ya en María, pues antes le había dicho el mismo ángel que Ella estaba llena de gracia. ¿Qué quiso, pues, dar á entender diciéndole: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti?» ¡Ah! Vendrá para darte fortaleza y para prepararte á ti, débil criatura, á este misterio de la divina omnipotencia. Por flaco que seas, ¿habrás de temer, siendo el mismo Dios quien está en ti de un modo singular para recibir á Dios en ti? Porque el Espíritu Santo fué quien recibió al Verbo en María, y quien le dió la naturaleza humana.

La Eucaristía, mediante la sagrada Comunión, nos

asocia á la gloría de María y á los goces de su maternidad.

Mas ¿quién recibirá en mí al Verbo divino? Yo no puedo ser quien lo reciba, pues soy en extremo pobre y miserable. Mi alma, aunque en estado de gracia, acaso no está limpia de toda mancha; aunque por ventura fuera inmaculada, ¿qué sería su pureza en la presencia de Dios, santo por esencia? ¿Acaso serán mis pobres virtudes?.. ¡Pero si Dios las posee todas en grado sumo!... Si hubiera de ser yo sólo el que recibiera á Jesús, no podría recibirle dignamente. Pero no; mediante el estado de gracia, el Espíritu Santo habita en mí; Él es quien ha de recibirle. Uníos, pues, á este divino Espíritu cuando vayáis á comulgar.

Tengamos presente tan sólo que la principal disposición que Jesús pide en nosotros para recibirle, es la que tenía la Santísima Virgen cuando dijo: «He aquí la esclava del Señor.» Me invitáis, Señor, conociendo mi pobreza y miseria y mi ignorancia; pero vuestro Espíritu divino saldrá á recibiros y os hablará en mi favor: de esta suerte seréis dignamente recibido.

Aunque no nos unimos con el Espíritu Santo tan intimamente como debiéramos, ni procuramos aprender á conocerle, templos suyos somos y Él habita en nosotros ¿Sabéis quién es el Espíritu Santo? podría preguntarse á muchos cristianos; los cuales responderían que ni siquiera han oído jamás hablar de Él... !Ah!... la razón es porque para conocer al Espíritu Santo es preciso vivir vida interior: todas sus operaciones son interiores. Los que viven derramados al exterior podrán conocer sus dones, pero jamás comprenderán su lenguaje amoroso y suave: que esto

es patrimonio de las almas silenciosas y recogidas. Rogad, pues, con frecuencia á este divino Espíritu; uníos á Él, y Él os preparará para comulgar; Él hablará por vosotros y dará por vosotros las debidas gracias á Jesús, y Jesús reinará por medio de Él en vuestras almas.

II

No sólo dijo el Arcángel á la Santísima Virgen: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti,» sino añadió: «Y te cubrirá con su sombra.» Lo cual significa: Dios es fuego que consume. Cuando Dios viene á nosotros, viene según su naturaleza divina; si el Espíritu Santo no nos cubriera á modo de nube, al instante seríamos consumidos. Pues ¿qué somos nosotros en Dios sino una paja en medio de un gran océano de fuego? Pero el Espíritu Santo templa estos ardores divinos, y sólo deja que llegue á nosotros el calor necesario para calentarnos y vivificarnos. Este Espíritu nos es necesario, como fué necesario á María que la cubriera con su sombra para que, como dice San Bernardo, su cuerpo virginal fuese protegido al acercarse la Divinidad: *Ipse est qui Virgine, obumbrabit, ut et virgineo corpori temperaret Deitatis accessum.*

III

No sólo está el Espíritu Santo en María para recibir el Verbo divino, pues además ha criado en su seno el alma humana de Jesús y ha formado allí su cuerpo de la sangre purísima de la Virgen. Pues esto mismo hará en nosotros cuando comulguemos; nos

convertirá en Jesucristo, pues este es su efecto propio. Nos convertirá espiritualmente en Jesús, haciéndonos una sola cosa con Jesús; nos hará participar del estado de Jesús, en cuanto al cuerpo, formando en nosotros el germen de la gloria que hará á nuestros cuerpos semejantes al cuerpo glorioso de Jesús; y el Espíritu del Verbo que hizo salir á Jesús glorioso del sepulcro, resucitará también nuestro cuerpo á la misma gloria que Él.

El Espíritu Santo forma en nuestras almas la unión de los afectos, y mediante esta obra, todavía sigue viviendo Jesús espiritualmente en nuestras almas, cuando ha dejado de morar sacramentalmente en ellas. De esta suerte prolonga la Comunión y continúa en nosotros la vida divina de Jesús.

Así como los manjares, después de digeridos, dejan en el estómago su jugo nutritivo, que difundiéndose por los miembros del cuerpo los fortalece y vivifica, así después de consumidas las especies sacramentales, cuando la sagrada humanidad de Jesús no está ya en nosotros, la divinidad que juntamente con su cuerpo hemos recibido y que hemos recibido como manjar, permanece todavía en nosotros; y permanece no sólo como en su propio templo, sino como el jugo nutritivo de los manjares en el estómago, fortaleciendo todas las potencias de nuestra alma, sosteniendo nuestras santas inspiraciones y mociones del amor divino, y convirtiéndonos en lo que Él mismo es, en espirituales y divinos. De esta suerte se cumplen aquellas magníficas palabras: *Qui adhaeret Domino, unus spiritus est.* El que se adhiere al Señor, hace un solo espíritu con Él.

¡Qué dicha la nuestra haber nacido después de instituída la sagrada Eucaristía! Los justos de la an-

tigua ley, aquellos grandes santos de la ley del temor, suspiraban sin cesar por el Mesías, al cual no habían de ver: ¡hoy el último de los cristianos es más favorecido que todos aquellos santos Patriarcas!

Mas ¿qué es lo que debemos hacer nosotros? Debemos dejar al Espíritu Santo que obre en nuestra alma y forme en ella á nuestro Señor. Dejémonos modelar por sus divinas manos, como la blanda cera que recibe toda la forma que se imprime en ella, y cuando vayamos á comulgar, preparémonos en unión con Él, y después oremos y demos las debidas gracias por medio de Él. Querer prescindir de este auxilio, orgullo es y presunción, porque nosotros no sabemos orar. Pero el Espíritu Santo viene en auxilio de nuestra flaqueza y ora en nosotros con gemidos inenarrables.

Si le llamamos en nuestro auxilio, agradaremos al Padre celestial, que podrá entonces darnos gustoso á su divino Hijo, sin temor á que lo recibamos indignamente; procuraremos suma alegría á nuestro Señor, que sin duda quiere darse á nosotros, pero que desea encontrar un cenáculo amplio y ricamente adornado; y agradaremos, finalmente, al Espíritu Santo, que cifra su gloria en fecundar con su divino amor las almas.





EL SANTO SACRIFICIO

Hoc facite in meam commemorationem.

«Haced esto en memoria mía.»

(Luc., XXII, 19.)

I

Procurad oir Misa todos los días, y pasaréis el día felizmente, cumpliréis mejor todas vuestras obligaciones, y vuestra alma cobrará mayores fuerzas con que llevar la cruz cotidiana del cristiano. Es la Misa el acto más santo de la religión; no hay nada que más glorifique á Dios y que sea mas provechoso al alma que oir frecuente y devotamente la santa Misa. Esta es la devoción predilecta de los santos.

Porque el santo sacrificio de la Misa contiene todo el mérito del sacrificio de la cruz, y en él se nos aplica á cada uno de nosotros; es el mismo sacrificio de la cruz, en que se ofrece la misma Víctima de manos del mismo sacerdote, Jesucristo, que se inmola á sí mismo, de un modo incruento, pero real y eficazmente. Si pudieras contemplar en sí mismo el santo sacrificio del altar después de la consagra-

ción, verías allí á Jesucristo en la cruz, ofreciendo á su Eterno Padre sus llagas, su sangre y su vida por tu salud y la del mundo entero; verías á los ángeles de hinojos en torno del altar, admirados, casi asombrados á vista de tanto amor á las criaturas ingratas ó insensibles; oirías al Padre celestial decir, como en el Tábor, contemplando á su divino Hijo: «Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias; adórale, pues, ámale, sírvele con todo tu corazón».

II

Para comprender cuán inmenso es el valor del santo sacrificio de la Misa, conviene tener presente que este augusto sacrificio tiene en sí mismo mucho mayor valor que todas las buenas obras, y virtudes y méritos de todos los santos juntos, y aun de la Santísima Virgen desde el principio hasta él fin del mundo; porque la Misa es el sacrificio del Hombre Dios que da su vida por el hombre y eleva su muerte á la dignidad de acto divino, dándole de esta suerte un valor infinito. Cuando oímos al Concilio de Trento exponer esta verdad, no podemos menos de sentirnos poseídos de santo respeto. ¡Qué grandeza y majestad se advierten en cada una de sus palabras! «Por cuanto en el divino sacrificio que se consuma en la Misa, el mismo Jesucristo, que se inmoló en la cruz una sola vez de un modo cruento, está contenido y se inmola de un modo incruento, este Santo Sínodo enseña que este sacrificio es verdaderamente expiatorio y que, mediante él, obtendremos misericordia, gracia y auxilio en el momento oportuno si nos llegamos á Dios en él con ánimo sin-

cero, con fe recta, con temor y respeto, contritos y humillados. Pues el Señor, aplacado por la oblación de este sacrificio, nos concede en él la gracia y el don del arrepentimiento, y nos perdona nuestros crímenes y pecados, por enormes que sean; porque una sola y misma Hostia, uno mismo es el que se ofrece ahora por ministerio de los sacerdotes que el que en otro tiempo se ofreció en la cruz, si bien de modo diferente. Mediante este sacrificio recibimos abundantemente los frutos del sacrificio sangriento, lejos de ser una diminución de él, como afirman los protestantes. Por esta razón se ofrece con justo título, siguiendo la tradición de los Apóstoles, no solamente por los pecados, penas y satisfacción de los fieles vivos, sino también por los fieles que han muerto en el amor de Jesucristo y que todavía no han sido plenamente purificados.»

Pero si Jesucristo no puede ya morir ni padecer, ¿en qué consiste este sacrificio? Descorred con la fe el velo del misterio, y veréis á Jesús triunfante, inmolándose; lleno de majestad, humillándose; omnipotente, encadenado; impasible, padeciendo; en suma: á Jesús actualmente inmortal, místicamente mortal para continuar su sacrificio.

III

Y todo esto, ¿con qué designio? Para glorificar perpetuamente á su Padre celestial; para que el Padre celestial, mirándole á Él, bendiga y ame al mundo; para prolongar su vida de Redentor y asociarnos á sus virtudes de Salvador, y aplicarnos directamente los frutos de su muerte, uniéndonos á su

propia ofrenda y enseñándonos á sacrificarnos con Él, para procurarnos el medio de estar presentes en su sacrificio y en su muerte, como estuvieron presentes San Juan y la Santísima Virgen.

IV

Mas habiendo instituído Jesús el santo sacrificio de la Misa en lugar de todos los sacrificios de la Ley antigua, ha encerrado en él todos los fines y frutos de aquellos sacrificios.

Por disposición de Dios ofrecían los judíos sacrificios con cuatro fines, que eran: reconocer el supremo dominio de Dios sobre todas las criaturas; darle gracias por sus dones; rogarle que siguiera concediéndoles su gracia, y aplacar su justa cólera. Pues esto mismo hace Jesucristo de un modo incomparablemente más perfecto, porque no ofrece toros y carneros, sino se ofrece á sí mismo, como Hijo de Dios, á su eterno Padre.

Jesús *adora*, pues, á Dios en nombre de todos los hombres, entre los cuales Él es el primogénito; reconoce que toda vida y todo bien procede de Él; que Él sólo merece vivir y que todas las cosas son por Él; y ofrece su propia vida para confesar que procediendo de Dios, Dios dispone absoluta y libremente de Él.

Como Hostia de alabanzas *da gracias* á su Eterno Padre por los dones que le ha concedido y que, mediante Él, también ha concedido á todos los hombres, y se hace nuestra perpetua acción de gracias.

Es víctima propiciatoria, pidiendo incesantemente perdón por los pecados que de continuo se renuevan, deseando asociar al hombre en su repara-

ción y uniéndose á él en la ofrenda que hace de sí mismo.

Es, finalmente, nuestro abogado, que intercede por nosotros con lágrimas y ayes penetrantes, y cuya sangre clama al cielo pidiendo misericordia.

V

Es, pues, la obra más saludable de todas el unirse á Jesucristo en el santo sacrificio de la Misa; pues en ella obtendremos la gracia de la contrición y de la justificación, y eficaces auxilios para no volver á pecar.

La santa Misa nos ofrece el medio soberano de ejercitar la caridad para con nuestros prójimos, aplicándoles, no ya nuestros cortos merecimientos, sino los infinitos méritos, las inmensas riquezas de Jesucristo, las cuales Él pone en nuestras manos.

En ella abogamos eficazmente por las benditas ánimas del purgatorio.

En ella alcanzamos la conversión de los pecadores.

En ella se regocijan justamente los cielos, y los santos obtienen un aumento de gloria exterior.

VI

La mejor manera de oir la santa Misa es unirnos á la augusta Víctima que en ella se inmola: haced, pues, lo que ella hace; ofreceos como ella se ofrece y con la misma intención, que vuestra ofrenda será digna de las miradas de Dios, si está unida á la ofrenda de Jesucristo. Seguid, pues, á Jesús al Cal-

vario, meditando todos los pasos de su pasión y muerte. .

Pero sobre todo uníos al sacrificio, recibiendo la víctima juntamente con el sacerdote: entonces es cuando la Misa produce todos sus efectos; entonces corresponde plenamente á los designios de Nuestro Señor.

¡Qué no harían las benditas ánimas del purgatorio con tal de poder oir siquiera una sola Misa, si pudieran volver al mundo! Ni un solo día dejarías tú de oirla, si llegaras á entender su excelencia, sus gracias y sus frutos.





MÉTODO PARA OIR MISA

MEDITANDO LA PASIÓN DE JESUCRISTO

Quotiescumque... mortem Domini annuntiabitis.

«Siempre que celebrareis los augustos misterios, anunciaréis la muerte del Señor.»

(I Cor., X, 26.)

Si queréis asistir dignamente al santo sacrificio de la Misa, meditad los pasos de la pasión del Salvador, que de un modo tan admirable se renueva en ella.

Preparación.—Considerad al templo como lugar santísimo y dignísimo de respeto, como nuevo monte Calvario. El altar es de piedra; en él se conservan reliquias de santos mártires; los cirios que en él arden y se consumen son símbolo de la fe, de la esperanza y de la caridad; los manteles que le cubren significan los lienzos en que fué envuelto el cuerpo de Jesús; y el crucifijo, imagen del mismo Jesús muriendo por nosotros.

Considerad á Jesús en el sacerdote revestido de las vestiduras todas de la pasión. El amito repre-

senta la tela con que los verdugos cubrieron la faz del Salvador.

El alba, la vestidura blanca de que le revistió, por irrisión, el impúdico Herodes.

El cíngulo, las ligaduras con que le ataron los judíos en el Huerto de las Olivas para conducirlo á los tribunales.

El manípulo, las cadenas con que fué sujeto á la columna para ser azotado.

La estola, las cuerdas con que los verdugos tiraban de Jesús cuando Él iba por las calles de Jerusalén llevando la cruz á cuestas.

La casulla, el manto de púrpura que le pusieron en la espalda estando en el pretorio, ó la cruz que llevó sobre sus hombros.

En suma: el sacerdote revestido con los ornamentos sagrados, se nos ofrece como el mismo Jesucristo que va al suplicio del Calvario, y nos enseña cuál ha de ser la preparación con que debemos asistir al santo sacrificio de la Misa.

La modestia y el recogimiento son significados por el amito que el sacerdote se pone primero sobre la cabeza y después en la espalda; la pureza, por el alba blanca y por el cíngulo; la contrición, por el manípulo; la vestidura de la inocencia, por la estola; y el amor á la cruz y el yugo del Señor, por la casulla.

El sacerdote se llega al altar con el cáliz en las manos.—Mira á Jesús que va al Huerto de las Olivas para principiar en él su pasión por amor á ti; acompáñale tú con los Apóstoles, pero vigila y ora; renuncia á toda distracción, á cualquier pensamiento ajeno á este terrible misterio.

El sacerdote, delante del altar, hace oración, se inclina y se humilla profundamente á vista de sus

propios pecados.— Jesús en el Huerto de las Olivas se arrodilla, tocando su rostro con la tierra; se humilla por los pecadores; un sudor de sangre, producido por su inmenso dolor, inunda todo su cuerpo y corre por sus vestidos hasta regar la tierra. Jesús toma sobre sí, con gran amargura, todos nuestros pecados. Confía tú los tuyos al sacerdote, pide humildemente á Dios que te los perdone, y recibe la absolución de ellos para asistir al santo sacrificio con el corazón puro.

Sin duda bastaría esta sola consideración para emplear todo el tiempo que dura el santo sacrificio. Si penetráis en las intenciones de Jesús, en su agonía, y os sentís fijos á su lado por la gracia, quedaos allí; pero, si no, seguid los pasos de la pasión de Jesús.

El sacerdote se aproxima al altar y lo besa.—Judas se dirige al Huerto de las Olivas, y besa pérfidamente á Jesús. ¡Cuántas veces ¡oh dolor! ha sido pérfidamente besado por sus hijos y por sus ministros infieles!

¿Y yo? ¿no he hecho nunca traición á Jesús? ¿No le he entregado nunca á sus enemigos, á mis pasiones? Pero, á pesar de eso ¡es tan vivo el amor que me tiene!

Mirad á Jesús cargado de cadenas, que va volviendo á Jerusalén, para ser entregado á sus enemigos. Se deja conducir con la mansedumbre de un cordero. Pídele paciencia y mansedumbre con que soportar las flaquezas de tu prójimo.

Empieza el Introito, y se persigna el sacerdote.— Jesús es conducido á presencia del sumo sacerdote Caifás. Pedro le niega. ¡Cuántas veces he negado yo á mi Maestro, su verdad, su ley, sus promesas!

Más culpable soy yo que San Pedro, porque no ha sido por temor ni por sorpresa cuando le he negado. Mas ¡ay de mí! Pedro lloró al punto de haber pecado, pero mi corazón sigue todavía insensible y duro.

Dice el sacerdote los Kiries.—Jesús llama á su Padre celestial y le ruega por nosotros: aceptad, á semejanza de Jesús, todos los sacrificios que Dios se digne enviaros.

El sacerdote dice las oraciones y la Epístola.—Contempla á Jesús en presencia de Caifás, confesando su propia divinidad, sin temor á la sentencia de muerte que había de seguirse á sus palabras.

¡Oh Dios mío! Aumenta y robustece en mí la fe, en tu divinidad, para que la adore, la ame y la confiese aun á riesgo de mi vida, dichoso en poder dar mi sangre por defenderla.

El sacerdote lee el Evangelio.—Jesús da testimonio de su soberanía real en presencia de Pilato. Sé tú ¡oh Jesús! el Rey de mi alma, por tu verdad; de mi corazón, por tu amor; de mi cuerpo, por tu pureza, y de toda mi vida, por el deseo de consagrarla enteramente á tu gloria.

Decid con fe y devoción el *Credo*, teniendo presente que el Salvador fué condenado á muerte por defender la verdad.

El sacerdote ofrece el pan y el vino, la Hostia del sacrificio á Dios Padre.—Pilato presenta á Jesús al pueblo, diciendo: *Ecce homo*; ¡he aquí al hombre! Jesús está en tal estado, que verdaderamente mueve á compasión: acaba de ser azotado hasta saltársele la sangre; tiene en la ensangrentada cabeza una corona de espinas, y un manto de púrpura hecho jirones sobre los hombros, y una caña en la mano, le hacen

parecer un rey irrisorio. Pilato lo mostró así al pueblo para que hallara compasión en él; pero el pueblo gritó diciendo: *Crucifigatur*, ¡sea crucificado! En aquel instante, Jesús se ofreció á su Padre por la salud del mundo, y en particular de su pueblo, y el Padre celestial aceptó su ofrenda.

Ofrézcoos yo ¡oh Eterno Padre! con el sacerdote esta Hostia pura é inmaculada de mi salud y del mundo entero, y, junto con esta divina oblación, os ofrezco mi cuerpo, mi alma y mi vida; quiero continuar y hacer que vivan en mí la santidad, las virtudes y la penitencia de vuestro divino Hijo. *O Domine! regna super nos.*

El sacerdote se lava las manos.—También Pilato se lavó las manos, protestando de su inocencia. Lávame tú ¡oh Salvador mío! en tu purísima sangre, y purifícame de tantos pecados é imperfecciones como manchan mi vida.

El sacerdote, en el Prefacio, invita á los fieles á alabar á Dios.—Jesús, varón de dolores, aclamado poco hace por el pueblo, y hoy coronado de espinas y atado á una columna, recibe de sus verdugos homenajes irrisorios y sacrílegos: le han colmado de ultrajes, le han escupido en el rostro, le han abofeteado. ¡Estos son los homenajes que tributan á Jesús nuestro orgullo, nuestra sensualidad, nuestros respetos humanos!

Al canon: se inclina el sacerdote, ora y santifica las ofrendas, haciendo muchas veces sobre ellas la señal de la cruz.—Jesús se inclina bajo el peso de la cruz: recibe con amor esta amada cruz, la besa, la lleva con amor y se dirige al Calvario encorvado bajo el peso de esta carga amorosa. Lleva sobre sí mis pecados para expiarlos, mis cruces para santificar-

las. Sigamos á Jesús, que lleva su cruz, y va subiendo penosamente la montaña del Calvario. Acompañémosle con María y con las santas mujeres y Simón el cireneo.

El sacerdote pone las manos sobre el cáliz y la Hostia. — Los verdugos se apoderan de Jesús, le quitan violentamente las vestiduras, y lo extienden y lo crucifican en la cruz.

Consagración y elevación. – El sacerdote consagra el pan y el vino, convirtiéndolos en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de nuestro Señor Jesucristo. Adora arrodillado á este adorable Salvador, Dios verdadero y realmente presente en sus manos. Luego lo eleva y lo presenta al pueblo, para que el pueblo le adore. Represéntate á Jesús levantado en la cruz entre el cielo y la tierra, como víctima y medianero entre los hombres pecadores y la justicia de Dios irritada.

Adora, ofrece á esta divina Víctima, en expiación de tus pecados, de los de tus padres y amigos, de los de todos los hombres. Dile, postrado á sus pies, desde lo íntimo de tu corazón: «¡Vos sois mi Señor y mi Dios!»

Considera á Jesús extendido en el altar, como en otro tiempo estuvo en la cruz, adorando á su Padre con el anonadamiento de su propia gloria, dándole gracias por todos los bienes que su mismo Padre ha concedido á los hombres, mostrándole sus propias llagas, abiertas todavía, que claman, pidiendo misericordia y gracia en favor de los pobres pecadores, elevando á su Padre una oración que no puede menos de ser oída, pues procede de su mismo Hijo divino, inmolado amorosamente por su gloria.

Tributad al mismo Jesús la adoración que Él tri-

buta á su eterno Padre. Yo os adoro ¡oh Salvador mío! realmente presente aquí en el altar, para renovar en bien mío el sacrificio del calvario; á Vos, que sois Cordero que se inmola todos los días, bendición, gloria y poder por todos los siglos de los siglos.

Gracias os doy, y nunca cesaré de dároslas porque me habéis amado tanto.

El sacerdote invoca la clemencia divina en favor suyo y de todos nosotros.—Oid á Jesús, que dice á su Padre celestial: *Perdónalos, Padre, que no saben lo que se hacen.* Adora esta bondad que excusa aun á los culpables, que ni siquiera les llama verdugos y enemigos.

Perdóname ¡oh Salvador mío!; yo soy más culpable que ellos: sabía que sois el Mesías, mi salvador y mi Dios, y sin embargo os he ofendido. De esta suerte vuestra misericordia será más grande y más digna de vuestro corazón; hijo pródigo soy, pero hijo vuestro: heme aquí á vuestros pies arrepentido.

El sacerdote hace oración por los difuntos. Jesús ruega en la cruz por aquellos que están espiritualmente muertos, por los pecadores, y su oración convierte á uno de los criminales que había comenzado por insultarle y blasfemar de Él. «Acordaos de mí cuando estéis en vuestro reino, dice el buen ladrón.» Jesús le responde: «Hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso.»

¡Plegue á Dios que á la hora de mi muerte haga yo la misma oración, y escuche la misma respuesta! Acordaos de mí, ¡oh Dios mío! en este momento terrible, como os acordasteis de aquel ladrón penitente.

Al Pater Noster; invoca el sacerdote al Padre celestial.—Jesús en la cruz encomienda su alma á su Padre. Pídele tú la gracia de la perseverancia final,

Al Liberanos, pide el sacerdote ser libre de los males de esta vida.—Jesús en su amor á nosotros, siente sed de nuevas penas, y bebe hiel y vinagre, para expiar nuestros pecados contra la templanza.

El sacerdote parte la sagrada Hostia. — Jesús inclina la cabeza para dirigirnos su última amorosa mirada, y expira diciendo: *Todo se ha consumado.*

Adora, alma mía, á Jesús, que acaba de morir; su alma se ha separado de su cuerpo: mira cómo sabe morir por ti, y aprende tú á vivir y á morir por Él.

Pídele la gracia de una buena y santa muerte en los brazos de Jesús, de María y de José.

Al Agnus Dei, el sacerdote se da tres golpes de pecho.—Al ver á Jesús moribundo, el sol se eclipsa de dolor, la tierra tiembla horrorizada, ábrense los sepulcros, los verdugos y espectadores se dan golpes de pecho, y honran á Jesús en la cruz, le proclaman Hijo de Dios, y salen arrepentidos y perdonados. Une tú tus sentimientos á los suyos, y merecerás ser perdonado como ellos.

El sacerdote se da golpes de pecho y recibe la Comunión.—Jesús ha sido descendido de la cruz y puesto en los brazos de su dolorosa Madre. Luego es embalsamado, envuelto en un blanco lienzo y colocado en un sepulcro nuevo.

Cuando vengáis, ¡oh Jesús!, á mi cuerpo y á mi alma, sea mi corazón, no sepulcro, sino templo adornado de todas las virtudes, blanco y puro, donde Vos únicamente reinéis.

Os ofrezco mi alma por morada: habitad en ella sólo Vos, y reinad allí como señor. No sea yo jamás vuestro sepulcro, sino vuestro tabernáculo vivo. Sí: venid á mí, que no puedo vivir sin Vos.—Seguid al alma de Jesús que desciende al limbo y anuncia la

libertad á las almas de los justos. Uníos á ellos, participando de su alegría y agradecimiento, y adheríos por siempre á vuestro Dios y Señor.

El sacerdote purifica el cáliz y lo cubre.—Jesús sale glorioso y triunfante del sepulcro, pero oculta el resplandor de su gloria por amor á los hombres.

Oraciones de acción de gracias.—Jesús convida á los suyos á alegrarse de su triunfo sobre la muerte y el infierno. Uníos á la dicha que sintieron los Apóstoles y las santas mujeres cuando se les apareció Jesús.

El sacerdote bendice al pueblo.—Jesús bendice á sus discípulos antes de subir al cielo. Inclinaos vosotros bajo su mano, y esperad todo bien de una bendición semejante, que produce los bienes que promete.

El sacerdote lee el último Evangelio.—El último Evangelio es casi siempre el de San Juan, que describe la generación eterna, espiritual y temporal del Verbo encarnado.

Adorad á Jesús, que ha subido al cielo, para prepararos allí una mansión; contempladle reinando sentado en un trono de gloria, y enviando á sus Apóstoles su espíritu de verdad y de amor.

Pedid á este espíritu divino que habite en vuestras almas, que os dirija hoy en todas vuestras obras, y que la gracia del santo sacrificio os santifique durante todo el día, y sea éste fecundo en obras de gracia y salvación.

Método para oir Misa uniéndose en espíritu al santo sacrificio.

Tres son las partes en que puede dividirse la Misa: la primera, desde el principio hasta el Ofertorio; la segunda, desde el Ofertorio hasta la Comunión, y la tercera, desde la Comunión hasta el fin.

I

Cuando el sacerdote ora y se humilla delante del altar, confesad vosotros vuestros pecados y adorad á Dios humildemente, á fin de oir con fruto la santa Misa.

En el *Introito*, acordaos de los deseos de los Patriarcas y Profetas antes de la venida del Mesías, y desead con ellos que Jesucristo venga á reinar en vuestros corazones.

Al *Gloria*, unios en espíritu á los ángeles, para alabarle y darle gracias por el misterio de la Encarnación.

A las *Oraciones*, juntad vuestras intenciones y súplicas á las de la Iglesia, y adorad al Dios de bondad de quien procede todo don.

A la *Epístola*, escuchad su lectura como si la oyeseis á un Profeta ó á un Apóstol, y adorad la santidad de Dios.

Al *Evangelio*, escuchad al mismo Cristo, que en Él os habla, y adorad la verdad de Dios.

Decid el *Credo* con viva fe; renovad vuestra fe uniéndola á la de la Iglesia, y protestad que estáis dispuesto á morir por sostener todas las verdades del Símbolo.

II

En la segunda parte de la Misa unid vuestra intención á la del sacerdote, y ofreced el santo sacrificio con estos cuatro fines:

1.° Como homenaje de soberana adoración, ofreciendo al Padre Eterno la adoración de su Hijo encarnado, y juntando vuestra adoración á la suya y á la de toda la Iglesia, y ofreceos vos mismo con Jesucristo para amarle y servirle.

2.° Como homenaje de acción de gracias: ofreciéndoselo al Padre para darle gracias por los merecimientos, las gracias y la gloria de Jesucristo; para darle gracias por los merecimientos y la gloria de la Santísima Virgen y de todos los santos, así como por todos los beneficios que habéis recibido y que en lo sucesivo recibáis por los méritos de su Hijo.

3.° Como hostia expiatoria, ofreciéndolo en satisfacción de todos vuestros pecados, en expiación de todos los que se cometen en el mundo; recordad al Padre Eterno que no puede negarnos nada de lo que le pedimos, pues nos ha dado á su Hijo, que está en su presencia en este sacrificio para ser la víctima por nuestros pecados y por los pecados de todos los hombres.

4.° Como sacrificio impetratorio ú Hostia de oración, ofreciéndolo al Padre como prenda de su amor, que Él mismo nos ha dado, para que esperemos confiadamente de Él toda suerte de bienes espirituales y temporales. Exponedle en particular vuestras necesidades, y pedidle, sobre todo, que os dé la gracia de corregiros de vuestra pasión dominante.

Al *Lavabo,* purificaos por la contrición, á fin de haceros hostia de alabanza agradable á Dios para que el mismo Dios fije en vosotros con complacencia sus miradas.

Al *Prefacio,* uníos al concierto de la corte celestial para alabar, bendecir y glorificar á Dios tres veces santo, por todos sus dones de gracia y de gloria, y sobre todo por habernos redimido mediante Jesucristo.

Al *Canon,* asociaos á la piedad y amor de todos los Santos de la nueva ley, para celebrar dignamente esta nueva encarnación é inmolación que van á obrarse por virtud de las palabras del sacerdote.

Rogad al Padre celestial se digne bendecir este sacrificio y hacerlo aceptable y bendecir en él todos los sacrificios de virtud y santidad que le ofrezcáis.

Adorad el poder inefable que por amor á vosotros ha sido concedido al sacerdote, mientras el sacerdote, circundado por multitud de ángeles se inclina profundamente en señal de respeto á la acción divina que va á ejecutar, y hablando y obrando de un modo divino en la persona de Jesucristo, convierte el pan y el vino en el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad del Hombre Dios, y renueva el misterio de la Sagrada Cena.

Y cuando Jesús haya descendido al altar por la palabra del sacerdote, adorad la sagrada Hostia y el caliz de la Sangre de Cristo que clama al cielo pidiendo clemencia, y recibid, como la Magdalena á los pies de la cruz, la sangre que brota de las llagas de Jesús.

Ofreced esta divina Víctima á la justicia de Dios por vosotros y por el mundo entero; ofrecédsela á su divina é infinita misericordia á fin de mover á com-

pasión de vuestras propias miserias el divino corazón, y abrid sobre vosotros la fuente de la infinita bondad de Dios.

Ofrecedla á la bondad de Dios, para que Él aplique los frutos de luz y de paz de este sacrificio por las almas del purgatorio, y para que esta sangre apague las llamas en que están ardiendo, y acabando de purificarlas, las haga dignas de entrar en el paraíso.

Al *Padrenuestro*, decid esta oración con Jesús en la cruz, perdonando á sus enemigos; perdonad sincera y enteramente á todos los que os hubieren ofendido.

Al *Libera nos*, pedid por la intercesión de María y de los Santos, ser libres de todo pecado y de todos los males pasados, presentes y futuros, así como de las ocasiones de pecar.

Al *Agnus Dei*, daos golpes de pecho en unión con los verdugos que se convirtieron en el calvario; y después haced con recogimiento un acto de fe, de humildad y de confianza, de amor y de deseo de recibir al Salvador.

Si no comulgáis sacramentalmente, comulgad al menos de un modo espiritual, mediante los actos siguientes:

Concebid un verdadero deseo de estar unidos con Jesús, reconociendo la necesidad que tenéis de vivir de su vida.

Haced un acto de contrición perfecto de todos vuestros pecados pasados y presentes, fundado en la bondad y santidad de Dios.

Recibid luego espiritualmente á Jesús en lo íntimo de vuestra alma, pidiendole la gracia de vivir sólo para Él, pues que sólo por Él podéis vivir.

Imitad á Zaqueo en sus buenos propósitos, y dad gracias á Dios porque habéis oído la santa Misa y habéis comulgado espiritualmente. Ofrecedle en acción de gracias algún homenaje particular, algún sacrificio ó acto de virtud, y pedid á Jesucristo su bendición para vosotros y para vuestros parientes y amigos.

MÉTODO DE OIR MISA MEDITANDO LAS SIETE PALABRAS QUE DIJO JESÚS EN LA CRUZ

Al Introito.—Jesús ruega por sus verdugos. *Pater, ignosce illis; non enim sciunt quid faciunt. Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen.* —Pide á Jesús que te perdone tus pecados, á ti que eres más culpable que los judíos que lo sacrificaron, pues lo has sacrificado conociéndole mejor que ellos.

A las primeras oraciones —El buen ladrón dijo á Jesús: *Memento mei cum veneris im regnum tuum.* Y Jesús le respondió: *Hodie mecum eris in paradiso. Hoy estarás conmigo en el Paraíso.*—El ladrón fué agradecido, y unió sus dolores con los del Salvador. Haz tú la misma oración para el día de tu muerte y para el día de hoy.

Al Ofertorio. —Jesús da á María por hijo á San Juan.—*Mulier, ecce filius tuus: Mujer he aquí á tu hijo.*—Este le sucederá en su título de hijo; con él todos los hombres reciben á María por Madre. Da gracias á Nuestro Señor porque te ha dado á María, y di á esta buena Madre que te ame mucho y que te dirija en todo al servicio de Jesús.

Al Prefacio. —*Fili, ecce Mater tua: Hijo, he aquí á tu madre.*—Has sido dado por hijo á María. Da gracias al Salvador por este hermoso título de

hijo de María que te da derecho sobre su corazón de madre y sobre todos sus bienes.

A la elevación.—Sitio! Tengo sed.—Adora á Jesús crucificado de nuevo en el altar, pidiendo á su Padre padecer todavía más por amor de los hombres y diciéndole: «Tengo sed, tengo sed de corazones, sed de vuestra gloria.» Sufre tú y repara con Jesús para apagar su ardiente sed de padecer por la salud del mundo y de reparar las ofensas cometidas contra la majestad de Dios.

Al Padrenuestro.—Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Deus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?—Adora la santa é inefable soledad en que se ha visto Nuestro Señor para expiar tu culpable desobediencia á su santa ley, y promete á Dios no separarte jamás de Él.

A la Comunión.—Jesús exhala su último suspiro diciendo: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.—Consummatum est.—Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.—Todo está consumado.*—Adora á Jesús que ha puesto en la Comunión su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad en las manos de todos los hombres. Uníos al sacerdote, y adorad á Jesús, que ha sido desclavado de la cruz y puesto en los brazos de su santa Madre. Recibidle vosotros y estrechadlo contra vuestro corazón, para que jamás salga de él.





MÉTODO PARA DAR GRACIAS

DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Gratias Deo super inenarrabili dono ejus.

«Gracias sean dadas á Dios por su don inefable.»

El momento más solemne de la vida es aquel en que damos gracias después de la Comunión. En estos momentos tenemos á nuestra disposición al Rey de cielos y tierra, á nuestro Juez y Salvador, dispuesto á concedernos todo lo que le pidamos.

Consagrad, si podéis, siquiera media hora para darle gracias, ó por lo menos un cuarto de hora. Lo mejor sería, en caso de necesidad, abreviar el tiempo de la preparación para prolongar el de la acción de gracias. ¿Pues qué tiempo podéis hallar más santo y más saludable que aquel en que poseéis á Jesús en cuerpo y alma?

Es tentación muy frecuente la de abreviar el tiempo dedicado á la acción de gracias. El valor de este tiempo lo conoce bien el demonio, y la natura-

leza y el amor propio temen á los frutos que en este tiempo podemos alcanzar. Fijad, pues, el tiempo que habéis de emplear en este santo ejercicio, y no lo abreviéis sin motivo suficiente.

Es la acción de gracias absolutamente necesaria para que una obra tan santa como es la Comunión, no degenere en simple práctica piadosa. Sería no tener corazón, ni saber apreciar el valor de la obra que hacéis, si después de recibir á Nuestro Señor no sintierais afectos que manifestarle, ni conocierais los motivos que tenéis para darle gracias.

Acaso digáis que no estando vuestra alma acostumbrada á la contemplación, no sabéis conversar interiormente con Él. Pero advertid que no es preciso haber llegado á un estado de vida espiritual muy elevado para conversar interiormente con Dios después de la sagrada Comunión. Si tenéis buena voluntad, Dios os hablará en vuestro interior, y vosotros entenderéis sus palabras.

La mayor de las desdichas es dar la sagrada Comunión con mucha frecuencia á las almas carnales que apenas saben distinguir lo sagrado de lo profano. A estos cristianos carnales dadles la comunión por Pascua y en las principales fiestas, pero no permitáis que comulguen con frecuencia. ¡Terrible es la cuenta que nosotros, directores de almas, habremos de dar el día del juicio! Para mostraros hasta dónde puede llegar el abuso de comulgar sin dar después las debidas gracias, os diré que he conocido una parroquia en la cual se había establecido la práctica de comulgar frecuentemente; todas las fiestas de la Santísima Virgen se celebraba una Comunión general. Pero aunque el comulgatorio se llenaba de fieles, apenas se concluía la Misa, todos ellos

se salían á la plaza que había delante de la iglesia, y allí se pasaban horas enteras en conversación. No; jamás es lícito establecer ni permitir la Comunión frecuente en tales circunstancias, porque el permitirla sería desconocer el respeto y decoro que conviene á este Sacramento. No tienen tiempo los fieles para dar gracias, y sí lo tienen para entretenerse en inútiles conversaciones. ¿Es esta la manera de concebir nuestra obligación?

Seamos, pues, muy fieles y aun escrupulosos en esta materia.

I

Cuando hayáis introducido á Jesús en vuestro pecho; cuando le hayáis puesto en el trono de vuestro corazón, quedaos algunos momentos recogidos interiormente sin decir oraciones vocales; adoradle en lo íntimo de vuestro corazón, prosternaos en espíritu á los pies de Jesús, como Zaqueo, como la Magdalena, como la Santísima Virgen, y contempladle poseídos de admiración á vista de su amor.

Proclamadle Rey de vuestro corazón, esposo de vuestra alma, y poned atento oído á su voz. Decidle: «Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha.»

Poned vuestro corazón á los pies de vuestro divino Rey... Ofrecedle vuestra voluntad, pronta á cumplir sus mandatos; consagrad todos vuestros sentidos á su divino servicio.

Encadenad vuestro espíritu á su trono para que no se extravíe; ó más bien, ponedlo bajo sus pies para que Jesús le oprima y lance de él el orgullo y la frivolidad.

Mientras sintáis vuestro espíritu recogido y tran-

quilo en la presencia del Señor, permaneced así postrados en su presencia. Este recogimiento es el dulce sueño del alma en el seno de Jesús; más aprovecha el alma con esta gracia que la nutre y la une tan suavemente con su Amado, que con cualquier otro ejercicio.

II

Pasado este estado de recogimiento, debe el alma empezar los actos de acción de gracias, uniéndose á los cuatro fines del santo sacrificio.

Adorad á Jesús, que está sentado en el trono de vuestro corazón; besad con respeto sus divinos pies, sus augustas manos; reclinaos en su corazón, abrasado en amor á vosotros; exaltad su omnipotencia; ofrecedle las llaves de vuestra morada, como homenaje de adoración y de absoluta sumisión; decidle que es vuestro Señor y que vosotros sois sus siervos, dispuestos á servirle en todo.

Dadle gracias porque os ha honrado y amado tanto, porque os ha dado tantos bienes ahora que le habéis recibido. Alabad su bondad y el amor que nos tiene á nosotros, pobres pecadores. Invitad á los ángeles, á los Santos, á su divina Madre á alabar, bendecir y dar gracias á Jesús por vosotros. Dadle gracias vosotros, uniéndoos á los actos de acción de gracias amantísimos y perfectísimos de la Santísima Virgen María.

Llorad vuestros pecados á sus pies, como la Magdalena; el amor penitente siempre siente necesidad de llorar, y nunca se tiene por exento de las deudas de gratitud. Hacedle protestas de vuestro amor y fidelidad; sacrificad vuestros afectos desordenados,

vuestra negligencia y pereza en hacer aquello que os cuesta algún trabajo.

Pedidle la gracia de no ofenderle, declarando que preferíais mil muertes antes que cometer un solo pecado.

Pedid cuanto queráis, que este es el momento de la gracia. Jesús está dispuesto á daros todas las cosas, incluso su mismo reino, y le agrada que se le ofrezca ocasión de hacernos beneficios. Pedidle el reino de su santidad para vosotros y para vuestros hermanos; pedidle que su caridad llene todos los corazones.

Pedid por nuestras necesidades de cada día.

Pedid por el triunfo de la fe, por la exaltación de la Iglesia, por la paz, y porque Dios envíe sacerdotes santos á los pueblos, fervorosos religiosos á la Iglesia, y fieles adoradores de Jesús en la Eucaristía.

Pedid por la propagación del reino eucarístico de Jesús. Rogad por la conversión de los pecadores, sobre todo por la de aquellos que mas de cerca os tocan, y por todos los que se han encomendado á vuestras oraciones.

Pedid á Dios, por último, que todos los hombres conozcan, amen y sirvan á Jesús.

Antes de salir de la iglesia ofrecedle un ramillete de amor; es decir, algún sacrificio que os propongáis hacer durante el día.

Por último, decid algunas oraciones por la intención del Sumo Pontífice, con intención de ganar las indulgencias que puedan ser ganadas comulgando en este día; y aplicadlas por las ánimas benditas, sobre todo por las que más han amado á Jesús.

Durante el día sed como vasos que hubieran contenido algún bálsamo precioso; como Santos que hu-

bieran pasado algunos momentos en el cielo, y no os olvidéis que habéis sido visitado por Jesús...

III

El mejor modelo de acción de gracias es María cuando recibió en su seno el Verbo encarnado. Así, el mejor medio de recibir á Jesús en la comunión de un modo grato á sus divinos ojos y fecundo en gracias y virtudes, es adorar á Jesús, presente en nuestro corazón, uniéndonos á María.

María empezó indudablemente á adorar á Jesús en aquel solemne momento, haciendo un acto de humildad, de anonadamiento de todo su ser en presencia de la soberana majestad del Verbo, á vista de la elección que Dios se había dignado hacer de su humilde sierva, bajo el peso de tanta bondad y tanto amor para con ella y para con todos los hombres.

Este debe ser, pues, el primer acto, el primer sentimiento de adoración después de haber recibido á Jesús en la Eucaristía. Tales fueron los sentimientos de Isabel cuando recibió á la Madre de Dios, que le llevaba al Salvador del mundo, oculto aún en su seno: *Unde hoc mihi?* ¿De dónde á mí esta dicha que no merezco?

El segundo acto de María debió ser de gozoso agradecimiento á la inefable é infinita bondad de Dios para con los hombres; un acto de humilde reconocimiento por haberla escogido á ella, su digna y dichosa esclava, para hacerle esta señalada gracia. El reconocimiento de María se manifiesta en actos de amor, en alabanzas y bendiciones: María exalta á la divina bondad, porque el reconocimiento es todo ésto; ésta es la expansión del amor en la persona de

quien se ha recibido el beneficio. El reconocimiento es el corazón del amor.

El tercer acto de la Santísima Virgen hubo de ser un acto de consagración, la ofrenda, el don de sí misma y de toda su vida para servicio de Dios: *Ecce ancilla Domini;* un acto de pesadumbre de ser tan pobre, de valer y tener tan poco con que servir dignamente á Dios.

La Santísima Virgen se ofrece á servirle según su divina voluntad, haciendo cuantos sacrificios plegue á Dios imponerle, dichosa de agradarle á este precio y de corresponder de este modo á su amor á los hombres en la Encarnación.

El último acto de María fué sin duda de compasión de los pobres pecadores por cuya salud tomó carne el Verbo divino. María supo interesar á la infinita misericordia de Dios en favor de los pecadores, y se ofreció á expiar en lugar de ellos, á hacer penitencia por ellos á fin de obtenerles el perdón y la gracia de la conversión á Dios.

¡Qué dicha la mía si llegara á adorar al Señor como le adoraba su bendita Madre!—A poseer á Jesús como María le poseyó en la Eucaristía. Dadme ¡oh Dios mío! por madre á esta fiel adoradora; haced que participe de su gracia, de ese estado de continua adoración al Dios á quien ella recibió en su purísimo seno, verdadero cielo de las virtudes y del amor.

¡Plegue á Dios que pase yo todo el día en unión con María, y que, como ella, sólo viva para Jesús presente en mi corazón!





LA EXTENSION DE LA ENCARNACION

Verbum caro factum est.
«El Verbo se hizo carne.»
(JOANN., I, 14.)

I

La Encarnación del Verbo en el seno purísimo de María nos anuncia la Eucaristía. Este sol hermosísimo de las almas, á las cuales ha de vivificar y regenerar, ha nacido en Nazareth y llegará al medio día en el santísimo Sacramento, que será el término del amor de Dios acá en la tierra. El grano de trigo divino ha sido sembrado hoy en las purísimas entrañas de María. En ellas germinará y madurará, y después será molido y convertido en pan eucarístico. De tal manera está ligada la Encarnación con la Eucaristía en el plan divino, que las palabras de San Juan pueden traducirse diciendo: «El Verbo se ha hecho pan». *Verbum caro, Verbum panis.* Todas las circunstancias del misterio de la Encarnación fueron gloriosas con relación á María; así todo es glorioso con relación á nosotros en la sagrada Comunión; este Sacramento nos hace partícipes en la gloria y en el honor de la Santísima Virgen.

El prólogo del misterio de la Encarnación sucede

entre el ángel y la Virgen. El ángel anuncia á María este misterio y le pide su consentimiento.

El ángel que nos llama á la Comunión es el sacerdote, es la Iglesia por medio de su ministro; ¡Qué dicha la nuestra! La Iglesia es la reina, y los ángeles la sirven; es la esposa, y por lo mismo no sólo nos anuncia al Verbo eucarístico, sino que lo lleva consigo y nos lo da. María no creyó la palabra del ángel sino en cuanto esta palabra se fundaba en el prodigio que él mismo le anunció; pero nosotros podemos creer á la Iglesia por su palabra. La iglesia es nuestra madre; nosotros somos sus hijos, y de esta madre no se desconfía preguntandole: Este pan ¿es verdadero pan? ¿No me daréis piedras en lugar de pan? La Iglesia habla, y nosotros la creemos por su palabra. Además puede dar pruebas de la misión que ha recibido de Dios, como el ángel las dió.

El anuncio de la Eucaristía es, pues, glorioso para nosotros, como fué glorioso para María el mensaje en que el ángel le anunció la admirable Encarnación del Verbo divino.

II

Fué condición para que se realizara la Encarnación, la virginidad de María; que Dios quiso que su madre fuera virgen, y esperó por espacio de cuatro mil años á que estuviera preparado este tabernáculo para recibirle. El Espíritu Santo descendió, pues, á María, preservó su virginidad y la hizo fecunda, y el misterio se obró. De tal manera quiso Dios la virginidad en su plan divino, que la primera promesa que hizo de la redención se la hizo á Eva cuando ella era todavía virgen.

A nosotros nos pide Dios la pureza de corazón, que es la vida del alma. Además nos exige, pues no poseemos virtudes dignas de Él, que nos lleguemos á recibirle con profundo respeto y sincera humildad.— *Señor, no soy digno de que entréis en mi alma: apartaos de mí, que soy un miserable pecador.* Tales sentimientos suplirán la falta de otras virtudes; con sólo esto se contenta el Señor; lo que nos falta, Él nos lo dará cuando venga á nosotros. Tengamos fe, humildad y confianza, que el Señor hará lo demás.

En prueba de la verdad de su misión, el ángel comunicó á María el prodigio de la fecundidad de Isabel: «Porque para Dios no hay nada imposible,» añadió.— Así el alma que era estéril como Isabel, se tornará fecunda como ella, con sólo creer y recibir el manjar que da la fecundidad. La sagrada Comunión os hará producir en un solo día más frutos para la gloria de Dios que todos los que pudierais producir sin ella durante toda vuestra vida.

Pero en medio de todas estas grandezas que el ángel muestra á los ojos de María, esta bendita madre sólo ve su propia flaqueza y su propia nada. Este es, pues, nuestro modelo: miserables criaturas somos, siervos indignos de las miradas de Dios... Mas puesto que Él se digna llamarnos y escogernos, digamos con María: «Hágase en mí según tu palabra.»

El mismo misterio que entonces se obró en María, ese mismo se ha obrado ahora en nosotros: en el momento de la Comunión, la Eucaristía es verdaderamente *la extensión de la Encarnación*, la continuación de este incendio de amor cuyo foco es la Santísima Trinidad, que abarca la naturaleza humana, en general, en el seno de María, pero que no tiene toda su fuerza extensiva sino uniéndose á cada uno de los hom-

bres: en María el Verbo se une á la naturaleza humana; en la sagrada Comunión se une á cada uno de los hombres en particular.

Sin duda bastara para que fuéramos redimidos, con que el Verbo se hubiera unido con una sola criatura humana: quería ser sólo en padecer, en expiar en su cuerpo y en su alma, y morir por todos en el exceso de su amor. Pero cuando esta humanidad fué triturada y llegó á ser fuente de toda justificación, Jusús la convirtió en su propio Sacramento, que Él mismo ofrece á todos los hombres para que todos puedan participar de los méritos y de la gloria de aquel cuerpo que había tomado en las entrañas de María. Ahora nos basta recibirle, y recibiéndole poseemos todavía más que la Santísima Virgen, pues poseemos el cuerpo glorioso, ya resucitado, del Salvador, señalado con los estigmas del amor, signo de su victoria sobre las potestades de este mundo.

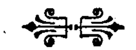
¡Qué maravilla! ¡Recibir en la Comunión todavía más que lo que María recibió en la Encarnación! María sólo llevaba en su seno el cuerpo pasible del Verbo; pero nosotros recibimos su mismo cuerpo impasible y celestial; María llevaba al Varón de dolores, pero nosotros llevamos al Hijo de Dios coronado de gloria. Nosotros le recibimos de una manera más consoladora: cada día que pasaba, veía la Santísima Virgen que transcurría y se disminuía el tiempo durante el cual había de poseer á Jesús en sus purísimas entrañas, y al cabo de nueve meses fué separada del divino cuerpo de Jesús; pero nosotros podemos renovar todos los días nuestra dicha, y recibir y poseer constantemente, hasta el fin de nuestros días, al Verbo eucarístico.

Cuando el Espíritu Santo formó el cuerpo de Jesús

en las entrañas de la Santísima Virgen, dotó á su augusta Esposa de los más preciosos dones: el Verbo le dió su gloria, y todas las virtudes en un grado inaudito hasta entonces. Si este misterio se hubiera obrado muchas veces en María, la Santísima Virgen habría recibido otras tantas veces esta magnífica dote.

Pues esto es lo que nos sucede á nosotros: siempre que recibimos la sagrada Comunión, Nuestro Señor viene á nosotros con todas sus gracias y dones: no se cansa de enriquecernos incesantemente. A semejanza del sol que todos los días sale con nueva hermosura, Jesús viene siempre á nosotros tan hermoso y tan glorioso como si no hubiese de venir más que una sola vez.

Verbum caro factum est. El Verbo se hizo carne: esta es la gloria de María. El Verbo se ha hecho pan: esta es nuestra gloria. Nuestro Señor se dió una vez para satisfacer sus ansias amorosas, y se da incesantemente para alimentar el fuego infinito y siempre nuevo de su amor. La limosna que nos hace en los dones de la gracia es harto poco para contentar su corazón: tórnase don, se hace pan, y la Iglesia nos distribuye este divino pan. ¿Acaso pudo hacer más? ¿Pudo ir más allá en el amor? ¿Pudo asemejarnos más à su Madre Santísima, no en dignidad y en virtudes, sino en la efusión de su amor, más grande al parecer en el don que nos hace, que en el don que hizo á María? Mas la Santísima Virgen supo reconocer las gracias que había recibido de Dios: amémosle, pues, como ella le amó, ya que participamos del honor de María.





EL PAN DE VIDA

Ego sum panis vitae.
Yo soy el pan de vida.
(JUAN, VI, 35.)

I

El mismo Jesús es quien se ha dado á sí mismo el nombre de pan de vida. ¡Hermoso nombre! Sólo Jesús podía darse á sí mismo este nombre. Los ángeles, si hubieran tenido que nombrar á Nuestro Señor, le habrían dado algún nombre tomado de sus atributos; le habrían llamado Señor, Verbo, etc.; pero jamás se hubieran atrevido á darle el nombre de pan. ¡Ah! Pan de vida es el verdadero nombre de Jesús: con este nombre está todo Jesús durante su vida, en su muerte, después de su resurrección. En la cruz será molido y cernido como la harina; y después de la resurrección tendrá, en orden á nuestra alma, las mismas propiedades del pan material en orden á nuestro cuerpo: será verdaderamente pan de vida nuestro.

El pan material alimenta y sostiene la vida. Si no hemos de desfallecer, es preciso que nos susten-

temos con manjares, entre todos los cuales el principal es el pan. El pan es más esencial en orden á nuestro sustento, que todos los demás manjares, pues basta para sostener la vida. El alma, físicamente hablando, ha recibido de Dios una vida que no puede acabarse, porque es inmortal. Mas la vida de la gracia que hemos en el bautismo y que se recupera y repara en el sacramento de la Penitencia; la vida de la santidad, mil veces más noble que la vida natural, no puede durar si el alma no recibe sustento; y su sustento principal es Jesús en la Eucaristía. La vida recobrada en la penitencia se completa en cierto modo en la Eucaristía, la cual nos purifica del afecto al pecado, borra nuestras faltas habituales, nos da fuerzas con que mantenernos fieles en nuestros buenos propósitos, y nos aparta de las ocasiones de volver á pecar.

El mismo Señor lo ha dicho: «El que come mi carne, tiene la vida.» Mas ¿qué vida es ésta de que habla Jesús? La misma vida suya: «Como el Padre, que está vivo, me ha enviado, y yo vivo en mi Padre, así el que come mi carne vivirá en mí.» El manjar comunica en efecto al que se sustenta de él, su propia substancia: así, como Jesús no se convierte en nosotros, nos convierte á nosotros en Él mismo.

Nuestro cuerpo recibe en la Sagrada Comunión una prenda de su futura resurrección, y ya en esta vida será más moderado y estará más sometido al alma. Cuando repose en el sepulcro conservará el germen eucarístico, fuente de mayor gloria en el día de la recompensa.

II

Mas no es sólo el conservar la vida el motivo que nos induce á comer; comemos además para adquirir fuerzas y poder trabajar. No basta comer sólo para conservar la vida. El hombre ha de trabajar, y en su trabajo gasta fuerzas, que ha de sacar, no de su propia substancia, que bien pronto se agotaría, sino de lo que le sobra después de conservar la vida. Es ley universal que nadie puede dar lo que no tiene. El hombre que trabaja en duras faenas y no come lo necesario, pronto desfallece.

Cuanto más deseemos acercarnos á Dios y practicar, mayores son los combates que hemos de sostener, y mayores las fuerzas que hemos de emplear para no ser vencidos. Mas sólo la Eucaristía puede darnos fuerzas suficientes con que vencer en estos combates de la vida cristiana. Sin la Eucaristía pronto languidecen la oración y la piedad. La vida verdaderamente piadosa no es sino una crucifixión continua de la naturaleza, y de suyo no tiene atractivo ninguno: no es, pues, posible al hombre ir delante de la cruz sin ser vigorosa y suavemente sostenido. Por regla general, la piedad sin la Comunión es una piedad muerta.

Mirad lo que á vosotros mismos os sucede. ¿Cómo habéis cumplido vuestros deberes cuando habéis dejado de comulgar? No basta ni el Bautismo que da la vida, ni la Confirmación que la aumenta, ni la Penitencia que la restaura; todos estos Sacramentos son la preparación á la Eucaristía, que los completa y los corona.

«Seguidme,» ha dicho Jesús á los hombres. Pero el seguirle es difícil, supone esfuerzo, exige el ejercicio de las virtudes cristianas; y sólo el que muera en Jesús produce abundantes frutos... Mas ¿cómo hemos de vivir en Jesús, sino comiendo su propio cuerpo y bebiendo su propia sangre? *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in eo.*

Cuando Jesús está en nosotros, Él y yo somos dos en uno, y el peso compartido es ligero. Por eso decía San Pablo: «Todo lo puedo en Aquel que me da fortaleza;» y Aquel que de esta suerte le daba fortaleza es el que vivía en él como vive en nosotros: es el mismo Jesucristo.

III

El pan, por otra parte, es deleitable. Prueba de ello que no se cansa uno jamás de comer pan. ¿Quién se cansa del pan, aunque todos los demás manjares le parezcan insípidos? ¿Pues dónde se halla la dulzura substancial sino en esa dulcísima miel á la cual damos el nombre de Eucaristía? Así la piedad que no se alimenta frecuentemente de la Eucaristía no es piedad suave, porque no se echa de ver en ella el amor de Jesucristo. Es dura, austera, no se hace querer ni atrae á los demás, pues no está sembrada en el amor de Jesús. Las personas que practican esta piedad buscan á Dios sólo por el camino del sacrificio, el cual es buen camino; pero es de temer que el arco siempre tirante llegue al fin á saltar, y que estas almas den, por último, en el desaliento. Los que van por este camino sin duda adquieren merecimientos,

pero carecen del corazón y de la ternura de la santidad, que sólo se encuentra en Jesús.

¿Intentas prescindir de la sagrada Comunión? ¡Ay, hermano, que vas contra la tradición cristiana! Según eso, no digas el Padrenuestro, porque en esta oración se pide el pan cotidiano, sin el cual quieres pasar.

Sin la Comunión está siempre el cristiano en lo más duro del combate; sólo conoce las virtudes por el trabajo que cuesta el adquirirlas, y no tiene idea de lo que hay en ellas de más amable, á saber: el trabajar, no por el propio provecho, sino por sólo el honor de Dios, por amor á Él, por su amistad como hijos suyos, y no solamente por la esperanza de la recompensa. El alma que comulga, fácilmente conoce que pues mucho es lo que recibe, mucho es lo que tiene obligación de agradecer; esta es la piedad discreta, filial y amorosa. Así la sagrada Comunión hace feliz al alma aun en medio de las más duras contradicciones; hace al alma dichosa con una dicha apacible y amable. La cumbre de la perfección está en permanecer el alma unida con Dios aun en medio de las más violentas tentaciones interiores; cuanto más frecuentes y más vivas son las tentaciones que te asaltan, más te ama Nuestro Señor; mas para que estas tempestades no te rindan, es necesario que acudas á la fuente del amor y saques de ella nuevas fuerzas y te purifiques más y más en este torrente de gracias y de amor.

Comulga, pues; come el pan de vida si quieres vivir vida saludable y poseer fuerzas suficientes para sostener dichoso el combate del cristiano, aun en el seno mismo de la adversidad.

La Eucaristía es el pan de los débiles y el pan de

los fuertes, porque es necesario á los unos por lo mismo que son débiles, y á los otros porque llevan su tesoro en vasos frágiles, y están por doquiera cercados de encarnizados enemigos.

Asegurémonos, pues, una guardia, una escolta fiel, un viático que nos dé fortaleza: esta escolta, esta guardia, este viático es Jesucristo, nuestro Pan de vida.





LA COMUNION, MANÁ DE LOS ELEGIDOS

Panem de coelo praestitisti eis: omne delectamentum in se habentem.

«Les diste Pan del cielo, que contiene en sí todo deleite.»

El maná que Dios hacía llover todas las mañanas sobre los israelitas, poseía toda suerte de propiedades, y sabía según el deseo de quien lo comía: reparaba las fuerzas, daba vigor al cuerpo y era muy suave al paladar.

Asimismo la Eucaristía, prefigurada por el maná, contiene toda suerte de virtudes: es remedio contra nuestras enfermedades espirituales, fortaleza en nuestras flaquezas diarias, fuente de paz, de alegría y de felicidad.

I

Es la Eucaristía, según el Concilio de Trento, un antídoto divino que nos libra de las faltas cotidianas y nos preserva de los pecados mortales; un fuego que consume en un instante la paja de nuestras enfermedades espirituales.

La sagrada Comunión es el combate que Dios sos-

tiene en nosotros contra nuestra concupiscencia, contra el demonio á quien nuestras pasiones malas invocan sin cesar, y que posee una parte de nosotros mismos por la connivencia en que está con nuestros apetitos desordenados. ¿Acaso no os ha dicho Jesús: «Vosotros, todos los que gemís bajo el peso de la esclavitud de vuestros antiguos pecados, venid á mí, y yo os consolaré y os libraré de ellos?»

La penitencia nos lava de la mancha del pecado; pero por limpios que estemos, siempre nos quedan las señales de nuestras cadenas, la tendencia á volver á pecar: el demonio, lanzado de la fortaleza, todavía mantiene tratos con algunos habitantes de ella. Jesús viene á nosotros á destruir los restos de nuestros pecados, á contrarrestar nuestras inclinaciones malas, á impedir que el demonio nos reduzca de nuevo á su servidumbre.

II

La sagrada Comunión es todavía más que un remedio: es una fuerza que nos ayuda poderosamente á ser virtuosos y santos.

Sin duda es empresa difícil adquirir alguna virtud cristiana. Cada una de estas virtudes es una cualidad de Jesús, que nosotros debemos adquirir; es cierta educación divina; ellas son las costumbres de Jesús en nosotros. Pues en la sagrada Comunión Jesús se forma á sí mismo en nosotros: Él mismo se convierte en nuestro propio Maestro; con su amor nos inspira la gratitud que le debemos como á bienhechor nuestro, el deseo de ser semejantes á Él, el presentimiento de la dicha que hay en imitarle y vivir de

su propia vida. ¡Qué de encantos posee la virtud adquirida en la escuela de la sagrada Comunión! ¡Cuán fácil es practicar la humidad después de haber visto en la Comunión á Jesús humillarse hasta venir á morar en un corazón tan pobre como el nuestro, en un alma tan ignorante y en un cuerpo tan lleno de miserias!

¡Cuán fácil es practicar la virtud de la mansedumbre bajo el influjo de la ternísima bondad de Jesús, que se da á nosotros en la suavidad de la sagrada Comunión!

¡Cuán hermoso nos parece el amor del prójimo cuando vemos á nuestro hermano sustentado con el mismo Pan de vida, sentado á la misma divina mesa que nosotros y amado de Jesús con la misma efusión con que á nosotros nos ama!

Después de haber recibido en nuestra alma á Jesús crucificado, ¿quién sentirá la amargura de la penitencia, de la mortificación, y del sacrificio?

¡Cuán imperiosa es la necesidad que siente el que ha recibido la sagrada Comunión de imitar la vida de Aquel que le ha salvado y que se le ha dado á sí mismo en la Eucaristía!

En la escuela del Cenáculo se forma el cristiano mucho antes que en cualquiera otra escuela: en la sagrada Comunión se le conceden sumultáneanmente toda suerte de gracias; bajo la acción poderosa de este divino Sol que penetra en su alma con su luz y sus ardores, todas las virtudes del Salvador se reflejan en ella. La Comunión es la forma viva de Jesús, recibida en nuestros cuerpos y en nuestras almas. Oid, si no, estas palabras de Jesús: «El que come mi cuerpo y bebe mi sangre, vive en mí, y Yo vivo en él.» Mediante la Comunión, Jesús mora con

el alma, y el alma mora con Jesús; se hace una sociedad entre dos vidas, una unión inefable de amor, una sola vida en dos personas.

III

La sagrada Comunión es además la misma felicidad.

Porque ¿en qué consiste la felicidad sino en la posesión de un bien infinito, en la posesión real y permanente de Dios? Pues éste es el fruto divino de la sagrada Comunión.

La sagrada Comunión es también la paz. Jesús es el Dios de paz: «La paz os dejo, mi paz os doy», dijo á los Apóstoles después de haberles dado su preciosísimo cuerpo; no como la da el mundo, turbada y llena de sinsabores, sino la paz de Dios, tan suave que excede á todo cuanto puede imaginarse. Con una sola palabra Jesús apacigua las tempestades; con una sola mirada dispersa y abate á nuestros enemigos.

La sagrada Comunión es igualmente la dulzura. Es el verdadero maná que satisface todos los deseos, porque contiene en sí toda dulzura; es el aroma celestial del hermoso frío del valle que nos transporta en Dios.

El alma humilde y recogida siente cierto estremecimiento que produce la presencia de Jesucristo; dilátase bajo la acción de este Sol de amor; advierte cierto bienestar, cierta agilidad y suavidad, cierta atracción que la lleva y la adhiere á Dios, que no proceden de ella misma; siente la presencia de Jesús en todo su ser; mírase á sí misma como á un paraí-

so habitado por Dios, de cuya corte quiere ser ella, repitiendo todas las alabanzas, todas las acciones de gracias y bendiciones que los ángeles cantan á Dios en el cielo.

¡Dichoso momento el de la Comunión, en el cual hasta nos olvidamos de este destierro y de todas sus penas y trabajos!

¡Oh dulce reposo del alma en el corazón del mismo Jesús!

¡Bien conocía este buen Maestro la necesidad que tenemos de gustar de vez en cuando de la dulzura del amor!

No es posible estar siempre en el Calvario del dolor, ni en medio de los campos de batalla.

Así como el infante necesita del seno de su madre, así necesita el cristiano del seno de Jesús.

La virtud sin la sagrada Comunión, es pues, como la fuerza del león: es dura, porque procede de la lucha y de la violencia. Para que tenga la mansedumbre del cordero es necesario que beba la sangre del Cordero sin mancha, que coma de esta miel del desierto.

Finalmente, la dicha implica el amor, pues nadie ama sino lo que le hace feliz. El Salvador no ha puesto esta dicha en las virtudes, ni en los otros misterios, sino en sí mismo; es, pues, necesario comer de él para gustar plenamente de su dicha. «Probad y veréis cuán dulce es el Señor», ha dicho el Profeta. Y el mismo Jesús: «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna.» Pero la vida eterna es el cielo, es la santidad, beatificada en Jesucristo.

Las virtudes de Jesús son, pues, el camino, y los misterios de su vida y pasión las diversas vías que

conducen al Cenáculo eucarístico: aquí es donde únicamente ha establecido Jesús su morada fija en la tierra; aquí donde es preciso permanecer, vivir y morir en su compañía.





LA SAGRADA COMUNIÓN ES GOZO DEL ESPIRITU

Et exultavit spiritus meus in Deo, salutari meo.

«Mi espíritu se alegr en Dios mi Salvador.»

(Luc., I, 47.)

Queriendo Dios alimentar á nuestra alma, le ha dado su pan en la sagrada Eucaristía. Este misterio fué anunciado en las sagrada letras con las siguientes palabras: *Los sustentaré con pan de vida y de inteligencia.*

No hay en la tierra gozo mayor que el gozo del espíritu. La alegría del corazón dura menos que la del espíritu, porque se funda en afectos, los cuales fácilmente se mudan. Pero la verdadera alegría es la del espíritu, que consiste en el conocimiento de la verdad.

Las almas terrenas, los espíritus vanos, nunca se alegran espiritualmente de cosa ninguna. Tampoco gozan jamás de verdadero gozo espiritual las almas piadosas que no son recogidas, pues la superficialidad del espíritu es el mayor obstáculo que se

opone al reino de Dios sobre las almas. Es, pues, necesario que os recojáis y que hagáis oración si queréis gustar de Dios y gozar de su divina presencia. Mas si la base de vuestras meditaciones no es la Comunión, no hallaréis en ellas verdadera dicha, sino constante sacrificio.

El hacernos gustar de las verdaderas alegrías es cosa que Jesús se ha reservado para sí. El alma que sólo rara vez comulga, no ofrece á Dios el medio para que Él more en su corazón de un modo eficaz; mientras que, por el contrario, la que le recibe con frecuencia, se halla más á menudo y durante más largo tiempo que la primera en la presencia de Dios, viéndole y contemplándole á su sabor; y en el momento en que llega á conocerle bien, empieza á gozar inefablemente de Él.

En la Comunión gozamos de Jesús en el mismo Jesús. En ella es donde conversamos más íntimamente con Jesús, y de este trato íntimo nace en nuestra alma el conocimiento verdadero y profundo del mismo Jesús; en la sagrada Comunión es donde más se nos muestra Nuestro Señor. La fe es luz, y la sagrada Comunión luz y calor.

II

Este mostrarse Jesús á nuestra alma en la sagrada Comunión, abre los ojos de nuestro espíritu y le da una aptitud singular para conocer las cosas de Dios. Así como á los elegidos se les da la facultad de contemplar la esencia y la majestad de Dios sin deslumbrarse, así el mismo Jesús aumenta en la sagrada Comunión nuestra facultad de conocer, de suerte

que en una misma persona es inmensa la diferencia entre su facultad de conocer según se la considere antes ó después de recibir la sagrada Comunión. Mirad, si no, á un niño antes de recibir este Sacramento: apenas comprende el sentido literal de las palabras del Catecismo; pero después de comulgar, su alma está como transformada: todo lo entiende y lo siente: anhela por conocer cada vez más á Jesucristo. Explicadle todas estas verdades, que su alma está fortalecida y preparada para entenderlas.

¿Cómo os explicáis esta mudanza? Antes de la Comunión habéis oído hablar de Jesucristo, y ya le conocéis: os conmueve el contemplar su cruz y su pasión, y os compadecéis y enternecéis. Pero ¡cuánto más vivamente sentís estos mismos afectos después de haber comulgado! Ya no se sacia vuestra alma, pues todas estas verdades las comprendéis mejor. Antes de comulgar contemplabais á Jesús fuera de vosotros; ahora le contempláis dentro de vosotros, le miráis con vuestros propios ojos.

La sagrada Comunión es la renovación del misterio de Emaus. En el camino instruía Jesús á los dos discípulos y les explicaba las Escrituras; pero aunque ellos sentían cierta secreta emoción, su fe era vacilante. Mas luego que participaron en la fracción del pan, al punto se les abrieron los ojos y se les dilató el corazón. La voz de Jesús no había bastado para manifestarles la presencia del divino Maestro: fué preciso que ellos sintiesen su corazón y que se sustentaran del verdadero Pan de la inteligencia.

III

En segundo lugar, por efecto de esta alegría espiritual, de esta manifestación de Jesús en nuestra alma mediante la sagrada Comunión, hallamos gusto en Dios. Y este gusto nos introduce en las dulzuras de su corazón, en el santuario de su espíritu, y nos le da á conocer más por impresión que por discurso de nuestro entendimiento. Nos hace desear vivamente la Eucaristía y todo cuanto á ella se refiere, y penetrar con facilidad en el mismo Jesucristo. Esta facilidad, este anhelo es casi un misterio; es la gracia propia de la Comunión. Es el espíritu de esta especie de familia que de esta suerte formamos con Dios. ¿De dónde procede la unidad de afectos, de costumbre y de obras en una misma familia, sino del mismo espíritu de familia, del amor á la familia, que inclina á todos sus miembros á amarse los unos á los otros? Este es el vínculo de la familia natural.

Mediante la sagrada Comunión entramos en el amor, en el corazón de Jesucristo, y participamos del espíritu de su amor, de sus afectos y de su propio juicio. Porque la primera gracia que se nos da en la Eucaristía es la del recogimiento, y mediante esta gracia penetramos en Jesús y tratamos íntimamente con El. Y digo íntimamente, porque el que no comulga, sólo conoce á Jesús exteriormente por medio de la fe. Pues así como no es posible conocer el sabor de la miel sino probándola, así no es posible conocer bien á Jesús sino recibiéndole en nuestro corazón. De esta suerte podremos decir con un gran Santo: «Una sola Comunión me ha dado á conocer la

verdad de Jesucristo, su existencia y sus perfecciones más que todos los razonamientos posibles.»

Es la vida tan corta, que si hubiéramos de alcanzar el conocimiento de la verdad en general y de Dios en particular sólo mediante el discurso de la razón, no llegaríamos á conocer sino un número muy corto de verdades. Pero Dios ha querido que conozcamos muchas cosas mediante impresiones, y ha puesto en nosotros un instinto no razonado, con el cual distinguimos lo bueno de lo malo, y lo verdadero de lo falso; y también ha puesto en nosotros simpatías y antipatías. Pues así, en el orden del conocimiento que adquirimos del Salvador, empezamos sintiendo su bondad, y de aquí nos elevamos al conocimiento de sus demás propiedades, más bien por contemplación y por instinto, que por discurso del entendimiento.

Es defecto de muchas personas el discurrir sin cesar durante la acción de gracias, que es la oración por excelencia; así, hablando demasiado, paralizan el efecto que había de producir en ellos la Comunión. Escuchad á Jesús, que os habla después de comulgar: no es éste el momento de investigar, sino de gustar las dulzuras de la Eucaristía; éste es el momento en que Dios se digna enseñar por sí mismo á los hombres: *Et erunt docibiles Dei.* Así como las madres dan á entender á sus hijos el amor sin límites y la bondad de su corazón maternal para con ellos, dándoles muestras de amor y de bondad, así nos da muestras de amor en la Eucaristía, y de esta suerte nos enseña á conocer el infinito amor con que nos ama. No olvidéis que el que no comulga jamás conocerá el corazón de Nuestro Señor, ni la extensión de su amor. El corazón sólo se da á conocer por sí mismo; es necesario oirle y sentir sus latidos.

Si alguna vez no advertís en la Comunión ningún movimiento de alegría espiritual, esperad, aunque no veáis el Sol en vosotros; y cuando convenga, ya sentiréis su divina presencia en vuestra alma. Mas ¿qué digo sentiréis? ¡Sintiéndolo estáis ya! ¿Pues qué es sino sentirlo esa paz de que gozáis y ese deseo que sentís de glorificar más y más á Jesucristo? ¿Qué es sino los latidos del corazón de Jesús dentro de vuestro pecho?

IV

Por último, el manifestarse Nuestro Señor al alma en la Comunión deja en ella la necesidad de su presencia, hambre de conversar con Él. El alma que ha conocido á Jesús y ha gozado de Él, ya no se deleita en ninguna criatura; pues como las compara con Jesús, las mira con frialdad é indiferencia. Dios ha puesto en ella un anhelo que ningún ser criado podrá jamás satisfacer.

Además siente continuamente vivísimo deseo de Jesús y de su gloria. Su divisa es ir siempre hacia adelante, sin pararse nunca á descansar en la tierra. Sólo suspira por Jesús, que la lleva desde una claridad á otra claridad mayor. Jesús es inagotable, y el que le recibe no puede cansarse de recibirle ni agotarle, antes desea penetrar cada vez más en el abismo del divino amor.

Venid, pues, á gozar con frecuencia de Nuestro Señor, si queréis comprenderle verdaderamente.

No temáis abusar de Él. ¿Acaso abusan de Él los elegidos gozando continuamente de su divina presencia? No: los bienaventurados jamás gozan de Él

con exceso. *Gustate!* Probad y veréis; después de haber comulgado comprenderéis vuestra dicha.

¡Qué desdicha la vuestra si no me creéis! Queréis formar juicio de lo que es Dios sólo por lo que os enseña la fe; pero probad y podréis juzgar. Si los incrédulos quisieran disponerse á recibir dignamente á Jesucristo, le conocerían mucho más pronto y mejor que con toda suerte de palabras y de discursos. El ignorante que comulga dignamente es más sabio que los sabios eruditos que no reciben la sagrada Comunión.

En suma: el supremo grado de dicha intelectual se halla en la sagrada Comunión; tanto más dichoso espiritualmente es el hombre, cuanto es mayor la frecuencia con que comulga. El único principio de dicha es Dios; sólo en Él está la dicha, la cual Dios se la reserva para concederla por sí mismo.

¡Qué dicha la nuestra, tener que llegar á Dios si hemos de hallar la felicidad! Así no nos ponemos en manos de los hombres, ni ponemos en ellos nuestro último fin. Ni aun el sacerdote puede darnos la dicha: sólo puede hacernos partícipes de los frutos de la redención, limpiarnos de pecado, darnos la paz que nace de una conciencia pura; pero no puede darnos la dicha y la alegría.

La misma Santísima Virgen, que es la Madre de misericordia, nos pone en el camino que conduce á la dicha, y aplaca la cólera de su Hijo irritado contra nosotros; pero la dicha y la alegría sólo Dios nos la da. Los ángeles dijeron á los pastores: «Os anuncio grande alegría: os ha nacido el Salvador, que es la causa y la fuente de ella.»

¡Regocijémonos, pues! Sobre el altar está siempre este Salvador para difundir, viniendo á nuestro co-

razón, toda la dicha y alegría que nuestro pecho puede contener, mientras nos llega el día de gozar en la patria celestial de las alegrías inenarrables que no se acabarán jamás.





LA COMUNION Y LA LEY DEL AMOR

Dabo legem meam in visceribus eorum, et in corde eorum scribam eam.

Grabaré mi ley en lo íntimo de su corazón.

(Jer., XXXI, 33.)

La sagrada Comunión, no sólo ilustra nuestro espíritu mediante una gracia especial y nos revela, por impresión más bien que por razonamiento, lo que es Nuestro Señor, sino además y sobre todo manifiesta y enseña á nuestro corazón la ley del amor.

La Eucaristía es por excelencia el Sacramento del amor. Los demás Sacramentos son en verdad pruebas del amor con que Dios nos mira, pero sólo son dones de Dios; mientras que en la Eucaristía recibimos al Autor de la gracia, al mismo Dios.

Por esta razón, en la Comunión es donde mejor aprendemos á conocer la ley del amor, que Nuestro Señor ha venido á enseñar; en ella recibimos la gracia especial del amor, y mediante ella practicamos mejor que de ningún otro modo el ejercicio, la virtud del amor.

I

Mas ante todo, ¿qué cosa es el amor? El amor decimos que es un dón. Así es propiamente dón el Espíritu Santo, que procede como amor en la Santísima Trinidad.

¿A quién debemos, pues, agradecer el amor? A Aquel que nos le da.

Considerad ahora qué es lo que Jesús nos da en la Eucaristía. Todas sus gracias y todos sus bienes son para nosotros: se nos da á sí mismo el que es fuente de todo dón. En la sagrada Comunión participamos de los merecimientos de su vida: en ella nos vemos obligados á reconocer el amor que Dios nos tiene, pues en ella recibimos el dón entero y perfecto.

¿De qué manera comenzasteis á amar á vuestra madre? Poseíais en germen cierto instinto de amor; pero este amor estaba en vosotros como dormido, sin dar señales de vida. Mas el amor que os mostró vuestra madre le despertó: vuestra madre os consagró toda su solicitud, padeció por vosotros, os alimentó con su propia substancia, y vosotros en este dón generoso habéis conocido el amor que vuestra madre os profesa.

Pues así Nuestro Señor, dándose enteramente á todos y á cada uno de vosotros, os prueba de un modo invencible que os ama con infinito amor á cada uno de vosotros; porque por vosotros, y sólo por vosotros, está presente en la Eucaristía. Verdad es que otros gozan también de El; pero gozan de El como del sol, sin impediros gozar de sus rayos todo cuanto deseéis.

¡He aquí esta ley del amor grabada en nuestros corazones por el mismo Dios en la sagrada Comunión! En otro tiempo dijo el Señor: «Ya no escribiré mi ley en tablas de piedra, sino en vuestros corazones, con caracteres de fuego.» El que no conoce la Eucaristía no conoce el amor de Dios. A lo más, conocerá algunos efectos del amor de Dios, como el mendigo conoce la liberalidad del rico recibiendo de él alguna moneda. Pero en la Comunión ama Dios al cristiano con toda su omnipotencia, con todo su ser. Si queréis conocer verdaderamente el amor que Dios os tiene, recibid la Eucaristía, y después dirigid la mirada á vosotros mismos: ciertamente no tendréis que buscar fuera de vosotros el homenaje que debéis tributarle.

II

La sagrada Comunión nos da la gracia que necesitamos para amar á Jesús. Para amarle con amor de amistad necesitamos de una gracia especial: Jesús, viniendo á nosotros, otorga esta gracia á nuestra alma y al mismo tiempo pone en ella el objeto de su amor, que es Él mismo. Nuestro Señor no pidió á sus discípulos antes de la Cena que le amaran como Él los amaba, no les dijo todavía: «Permaneced en mi amor.» Esto habría sido exigirles demasiado, y ellos no le habrían comprendido. Pero después de la Cena no solamente les dijo: «Amad á Dios, amad á vuestro prójimo,» sino «amadme con amor de hermano, con un amor que sea vuestra vida y la ley de vuestra vida.» *Non jam dicam vos servos, sed amicos meos.*

Si no recibís la sagrada Comunión, no podréis amar á Nuestro Señor como á vuestro Criador, como

á vuestro Redentor y Renumerador; no miraréis á Jesús como amigo. La amistad se funda en la unión, en cierta igualdad: y estos dos fundamentos de amistad entre Dios y las criaturas sólo se hallan en la Eucaristía. ¿Quién sería, en efecto, osado á llamarse amigo de Dios y á tenerse por digno de ser amado de Él con especial amor? Si algún criado tratara á su señor con la libertad y confianza con que se trata á los amigos, su señor se quejaría de él y se daría por ofendido: el primero no puede usar de esa libertad mientras el segundo no se la otorgue, dándole primeramente el dulce nombre de amigo. Habiendo venido el mismo Dios á tomar posesión de nuestro hogar, á establecer con nosotros una sociedad de vida común, de bienes y de merecimientos; habiéndose Él adelantado de esta suerte en las pruebas de amistad, en manera alguna podrá decirse que nos excedemos en llamarle amigo, antes tenemos mucha razón para darle este dulce nombre. Así, después de la cena, dijo á sus Apóstoles: «Ya no os llamaré siervos.» ¿Pues cómo habéis de llamarlos, oh Señor? ¿Acaso gloria de Dios, ó fortaleza de Dios, ó medicina de Dios, como los árcángeles? No, todavía otra cosa mejor: «Os daré el nombre de amigos. Mis amigos sois, porque todo lo que he recibido de Dios os lo he dado: sois mis amigos, porque á vosotros he confiado mi real secreto.»

Mas todavía no se contenta con esto: aparécese á la Magdalena y le dice: «Ve y anuncia á mis hermanos lo que has visto.» Pero ¿qué hermanos son éstos? ¿Puede darse mayor exceso de amor? ¡Y eso que los Apóstoles no habían comulgado más que una sola vez! ¿Pues qué hará con los que, como nosotros, le hemos recibido con tanta frecuencia?

¿Quién podrá ahora concebir temor de amar á Jesús con el más tierno amor? Que tembléis antes de comulgar, considerando quién sois vosotros y quién es Aquel á quien váis á recibir, cosa justa es, porque mucha es la necesidad que tenéis de su misericordia.

Pero luego alegráos: ya no puede haber lugar para el temor: la misma humildad debe ceder el puesto á la alegría. Mirad á Zaqueo; mirad la alegría que muestra cuando Nuestro Señor acepta su hospitalidad. Mas ved también cuán suspensas están sus potencias en presencia del que se digna visitarle; pronto está á renunciar á todas las cosas y á reparar diez veces las injusticias que hubiera cometido.

Cuanto más á menudo recibáis la sagrada Comunión, más se dilatará vuestro corazón, y vuestro amor será más tierno y más ardiente, porque el foco de donde procede será más intenso. Jesús nos otorga la gracia del amor: enciende en nuestra alma el foco del incendio, alimenta este foco visitándonos frecuentemente y extiende y difunde esta llama devoradora: Jesús es verdaderamente el carbón encendido que nos abrasa. *Carbo qui nos inflammat* (1). Este fuego no se extinguirá jamás si nosotros no le extinguimos, porque no somos nosotros quien le da pábulo, sino el mismo Jesucristo, que le da virtud y eficacia: si nosotros no lo apagamos voluntariamente con el pecado, arderá sin extinguirse jamás.

¡Oh cristianos que comulgáis sólo una vez al año! ¿Qué es lo que esperáis, pobres de vosotros? Acercad con más frecuencia la leve llama que arde en vues-

(1) San Juan Crisóstomo.

tra alma á este horno de fuego: comulgad todos los días, si fuera preciso. ¿Acaso pensáis que podéis arder si no dais pábulo á la centella de amor que por ventura está escondida en vosotros?

III

Mediante la sagrada Comunión practicamos la virtud del amor. El verdadero y perfecto amor sólo se ejercita plenamente en la sagrada Comunión. El fuego que no se extiende acaba por extinguirse. Por esta razón, queriendo Jesús que nosotros le amemos, y viendo que somos incapaces de amarle, pone en nosotros su propio amor y viene á nosotros para amar Él mismo en nosotros. Entonces trabajamos nosotros en una materia divina. Aquí no se da gradación ni transición alguna: inmediatamente venimos á la posesión de la gracia y del objeto del amor. Esta es la razón porque los afectos que sentimos en la sagrada Comunión son mejores ó más encendidos, pues estamos más cerca de aquel que los forma. Confiad, pues, entonces en Nuestro Señor, y amadle tiernamente.

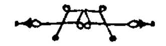
Procurad, pues, no ya practicar actos de tal ó cual virtud, sino hacer que crezca en vosotros Nuestro Señor: sed expansivos, y tratad íntima y frecuentemente con Él. Sea Jesús todo vuestro fondo espiritual, y los réditos serán dobles, porque el capital se habrá duplicado. Si trabajáis en Jesús y con Jesús, obtendréis mucha mayor ganancia que la que lograríais procurando tan sólo acrecentar vuestras virtudes con la práctica de actos de virtud.

Recibid á Nuestro Señor y conservadle en vuestra

alma el mayor tiempo que podáis, formándole en ella una morada grata á sus divinos ojos. El ejercicio más perfecto de amor consiste en dilatar el alma para que Jesús se difunda en toda ella. Bueno y meritorio es en verdad el amor sufrido y penitente; pero quebranta el corazón y le abate á vista de los sacrificios qué incesantemente ha de aceptar, mientras que aquí el corazón se dilata, se ensancha y se abre entera y libremente.

Este lenguaje es incomprensible para el que no recibe la sagrada Comunión; mas tan pronto como se acerca á este incendio divino, empieza á comprenderlo.

No basta de ningún modo creer en la Eucaristía: es necesario obrar según las leyes que impone este Sacramento. La Eucaristía es sobre todo el Sacramento del amor; es voluntad de Dios que participemos de este amor, y que este amor nos inspire: lleguémonos, pues, á Jesús por amor. Cierto debemos humillarnos; pero el amor, ó por lo menos el deseo de amarle de veras, ha de ser el sentimiento que domine en nuestra alma sobre todos los demás. Deseemos, pues, dilatarnos en su corazón; démosle muestras de ternura y de amor, y entonces conoceremos los tesoros de amor que se ocultan en la adorable Eucaristía.





EL SACRAMENTO DE LA BONDAD DE DIOS

In funiculis Adam traham eos, in vinculis charitatis.

«Traerlos he á mi con los lazos del amor...»

(Os., XI, 4.)

I

Es cosa cierta que todo el que recibe dignamente la sagrada Comunión siente una felicidad y gusta de cierta dulzura, que sólo se halla en este Sacramento. ¿Por qué desea Dios tan vivamente comunicarnos su dulzura y suavidad en la Eucaristía? Porque no hay más que una sola cosa capaz de unirnos estrechamente con Él: su bondad. La simpatía sólo se da entre iguales: á los poderosos les cerca la envidia; los Reyes no tienen amigos, si ellos no descienden para buscarlos. Ante el poder de Dios temblamos nosotros; su santidad no nos une á Él. Pero por causa de su bondad le amamos: sabemos que quiere salvarnos, que se humilla hasta llegar á nuestra bajeza; los misterios de la vida del Salvador que más nos mueven á amarle

son aquellos en que se nos muestra su bondad de un modo más tierno y expansivo: Sólo la bondad de Dios puede unirnos á Él de un modo permanente. ¿Cuando vemos á Nuestro Señor adorado en el mundo con mayor amor?

Adoráronle los Magos en la cuna, porque en ella se mostraba enteramente digno de ser amado. El ciego de nacimiento quiere seguir á Jesús, movido del amor que el mismo Jesús le había manifestado. Magdalena, perdonadas ya sus culpas, siente que en su corazón se enciende un fuego que ya no se extinguirá. ¡Tanta fué la bondad que el Señor mostró para con ella! Sí: indudablemente lo único que nos atrae es la bondad. Por esta razón la Iglesia, que tan profundamente conoce el sentido de las cosas divinas, dice en una de sus oraciones: *Deus, cujus natura bonitas*... ¡Oh Dios! cuya naturaleza es la bondad... ¿Mas acaso no son igualmente esenciales en Dios todos sus demás atributos? En verdad cada uno de ellos pertenece á su esencia, y todos son iguales en Él; pero acá en la tierra, á nuestros ojos, la naturaleza de Dios es ser bueno. *Deus, cujus natura bonitas*...

II

Síguese de aquí que debemos amar más á Nuestro Señor allí donde más se nos manifiesta su bondad. ¿Mas no es en la Eucaristía donde más esplendidamente se manifiesta la bondad de Nuestro Señor? Dice el Concilio de Trento que en la sagrada Comunión ha derramado Dios con profusión las riquezas de su amor. *Divitias amoris sui velut effudit.* Este es el término de su amor. Ya no puede Dios hacer más

que dársenos Él mismo. En la sagrada Comunión recibimos á Jesús como Dios y como hombre, con los merecimientos de su vida mortal y de todos sus estados; recibimos la redención y todos sus frutos, y la prenda de la futura gloria. Recibimos la mayor suma de felicidad que Dios puede otorgarnos acá en la tierra.

Esta felicidad la sentimos nosotros, y es necesario que la sintamos; porque sin gustar de la suavidad que produce en el alma el estar unida con Dios, es muy difícil, ordinariamente hablando, perseverar en estado de gracia.

La penitencia nos torna al estado de gracia, sana las enfermedades de nuestra alma; pero es un remedio violento, una victoria costosa, y después de haberla alcanzado sentimos el cansancio consiguiente al combate. Este Sacramento que nos da la vida no será bastante para que la conservemos mucho tiempo, porque con sólo él nunca pasamos del estado de convalecencia.

Mas ¿qué será preciso para que lleguemos á gozar de la plenitud de la vida y á ser fuertes y vigorosos? La Eucaristía, que es bálsamo, calor suave y bienhechor, la leche de Nuestro Señor, como dice el Profeta: *Ad ubera portabimini*. Después de haber recibido el sacramento de la Penitencia, la Eucaristía nos da plenamente la paz. Es necesario que oigamos de labios del mismo Salvador palabras que nos den ánimo y fortaleza: «Id en paz, y no pequéis más:» palabras que salen de su corazón y descienden como celestial rocío sobre nuestro corazón, llagado y dolorido.

La Comunión produce la constancia perseverante. No hay cosa que tanto desanime y abata el ánimo

como el considerar cuán largo es el camino que hay necesidad de recorrer. Esta es la tentación más frecuente de los que comienzan: «Yo no podré perseverar durante tanto tiempo.» ¡Si queréis perseverar, recibid á Nuestro Señor!

El que comulga puede perseverar en estado de gracia para el cielo. Mas ¡qué lejos está el cielo! ¡Qué viva fe es necesaria para mirar siempre con los ojos fijos tan á lo lejos! La vida de fe es un continuo sacrificio, un combate sin tregua ni descanso, en el cual carecemos de fuerza actual que nos dé ánimo y fortaleza. Somos como viajeros, lejos de nuestra patria, á quienes cansa y desalienta lo largo del camino. Comulgando sólo raras veces, es difícil perseverar largo tiempo en estado de gracia, y si por ventura perseveramos en él, tal estado de gracia no es puro ni hermoso: el polvo del camino se adhiere á él y enturbia su esplendor. La experiencia da testimonio de esta verdad.

Pero comulgando, ¡cuán fácil es mantenerse en estado de gracia con toda pureza! El que recibe la sagrada Comunión conserva cuidadosamente la gracia, no con un fin lejano, sino teniendo á la vista un fin próximo que ha de alcanzar mañana, hoy mismo. Sabe que la gracia es la vestidura de honor, el derecho de tomar parte en el banquete, y huye el pecado movido de amor, por no verse privado de recibir la sagrada Comunión; la Comunión es entonces un obstáculo contra el pecado, y de esta suerte podemos fácilmente abstenernos de pecar durante toda la vida. Hablo del pecado voluntario.

¿Es posible que un alma que comulga todos los días consienta en la tentación? Sabe que el pecado la privaría del bien que tanto desea; tiene presente

que va á comulgar, y este pensamiento la sostiene, la anima y la impide caer.

Yo, por mi parte, declaro que no comprendo cómo pueda el alma perseverar en estado de gracia si no comulga con frecuencia.

Este es, por otra parte, el espíritu de la Iglesia: por medio de la voz del Concilio de Trento nos exhorta á comulgar frecuentemente. No falta quien diga que de este Sacramento se debe usar con mucha prudencia; que en teoría tiene razón la Iglesia, pero que en la práctica sólo raras veces se debe seguir este consejo. «Basta—dicen—que los fieles en general comulguen en las festividades solemnes.» A esto diremos que la Eucaristía, recibida tan de tarde en tarde, será un manjar extraordinario. ¿Y dónde se nos dará el pan de cada día, de que habemos necesidad para mantenernos? ¿Cómo se conservará en mí el amor de Dios, que constituye la vida y el mérito de las virtudes cristianas?

Pregúntase á veces por qué razón Europa ha perdido la fe. Porque los fieles no han recibido con frecuencia la sagrada Comunión. El jansenismo ha alejado á los fieles de la sagrada Mesa: los cristianos han dejado de sentir con Jesús, han perdido la fe y el amor, se han tornado torpes y paralíticos, y caen en la inacción. ¿Cuál será el medio de volver á ellos la fe? Dadles el Pan substancial que la Iglesia les ofrece; conducidlos al Foco eucarístico; ponedlos bajo la influencia de este Sol vivificador. Muchos libros se escriben y muchos discursos se pronuncian con el fin de volver los pueblos á la fe; pero la fe no discurre: la fe es la gracia, y es preciso ir á buscarla en su fuente, en la sagrada Mesa.

La Comunión hace, pues, amable el estado de

gracia y asegura la perseverancia en tal estado, porque el fin próximo y directo de ella es Jesucristo. Ella hace fáciles y duraderas las virtudes, porque alimenta en nosotros el amor de Dios; las hace dulces y amables dándolas un objeto vivo y animado. No nos cansemos, pues, de exhortar á los fieles á comulgar con frecuencia. El comulgar frecuentemente no es abusar de este Sacramento. ¿Acaso abusa de su padre el hijo que le visita y nunca se separa de su lado? Pues lo mismo que un hijo con su padre ha de haberse el alma fiel con Nuestro Señor.

Preparémonos, pues, mediante la Comunión, á obtener la felicidad del cielo. En el cielo recibiremos perpetuamente á Nuestro Señor, y viviremos de su conocimiento y de su amor. Comulguemos, pues, ahora dignamente, y estaremos dispuestos á comulgar en el cielo: la Comunión recibida digna y frecuentemente es prenda segura de la eterna bienaventuranza.





EL SACRAMENTO DE VIDA

Nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis.

«Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y no *bebiereis su sangre, no* tendréis la vida en vosotros.»

(JOANN., VI, 54.)

Es la Encarnación, según el juicio de todos los Santos Padres, una segunda creación: en Jesucristo hemos sido creados de nuevo, y rehabilitados: en Él hemos recobrado nuestra vida, nuestra dignidad: *Recreati in Christo Jesu.*

Esto mismo puede decirse de la Eucaristía, que no es otra cosa sino la extensión de la Encarnación. Veamos cómo hemos recobrado, mediante la Eucaristía, la vida, la vida divina que el pecado original habia destruído en el género humano.

I

«El que come mi carne—ha dicho Jesucristo—tendrá la vida; si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis la vida en

vosotros.» ¿Mas no nos ha dado el bautismo la vida diaria haciéndonos hijos de Dios? ¿No nos ha vuelto á dar esta misma vida la penitencia cuando nos ha sobrevenido la desdicha de pecar? ¿Qué significa, pues, esta palabra que pronunció Jesucristo, confirmándola con un juramento? ¿Qué contradicción es *ésta que á primera vista* parece en la doctrina católica? No hay contradicción ninguna. La Eucaristía es el Sacramento de la vida, porque nos da la perfección de la vida, porque nos da la vida más completa y perfecta. Un niño recién nacido vive, sin duda; también goza de la vida el convaleciente que acaba de salir de alguna enfermedad; pero si al tierno infante le dejáis solo, si al convaleciente no le dáis medicinas y manjares con que se restauren sus fuerzas, no tardarán el niño en perder la vida que acaba de recibir, y el enfermo en recaer en la enfermedad. El Bautismo y la Penitencia, nos dan, en efecto, la vida, pero no bastan para mantenernos en ella. Cuando Jesús resucitó á la hija de Jairo, luego ordenó que dieran de comer á la niña; la vida y el manjar que la sustenta son inseparables *entre sí*; es necesario comulgar, so pena de decaer y desfallecer de día en día; el cristiano sin la sagrada Comunión no puede vivir vida de ángeles. Sin duda puede merecer y trabajar para alcanzar la bienaventuranza desde el momento en que se halla en estado de gracia; mas para que persevere trabajando y mereciendo, preciso es que reciba el manjar de los fuertes. Ningún otro medio puede darnos las fuerzas necesarias para luchar en el rudo é incesante combate de la vida.

La oración, con ser tan buena y necesaria como es, os fatigará; y si no está sostenida por la Comunión, día llegará en que dejéis de orar;

Para vivir vida penitente, para adelantar en el estrecho sendero de la cruz y de la muerte, necesario es que obedezcamos á cierto impulso divino, que no es sino la presencia de Jesucristo renovada con frecuencia en nuestro corazón.

Parece contradecir esta verdad el ejemplo de los anacoretas que vivían en lo más escondido del desierto; pero se sabe que aquellos monjes venían todos los domingos á comulgar al monasterio. Para adelantar en tal estado, aquellos piadosos varones necesitaban de la Comunión más que otros. Porque partiendo del deseo y propósito de vivir santamente, tanto más imperiosa es la necesidad de comulgar, cuanto mayor sea la pureza á que el cristiano aspire. Aquel género de vida suponía mayores sacrificios; era, pues, necesario que el que los hacía necesitara de mayores fuerzas. Cuando hayáis de hacer rudos esfuerzos, alimentáos abundantemente. Considerad la Comunión como el medio de sostener y aumentar vuestras fuerzas. No es un acto de virtud sublime y difícil; no se os propone como recompensa de vuestras virtudes: no porque seáis Santos habéis de comulgar, sino para llegar á serlo. El principio es el siguiente: comulgad por lo mismo que sois flacos y os abaten los trabajos de la vida cristiana: por eso os invita Jesucristo á comulgar, diciendo: «Venid á mí todos los que estáis atribulados, que Yo os consolaré.» Si alguna vez no sentimos por ventura descanso y fortaleza después de la Comunión, la razón es porque la convertimos en un acto de virtud difícil, porque nos fatigamos practicando mil actos de devoción, porque, en una palabra, trabajamos, en vez de alimentarnos con ella y de reposar en ella. Recibir á Nuestro Señor y permaneced

tranquilos. ¿Por qué os agitáis? A los banquetes no se va á tratar de negocios: tomad, pues, de este manjar celestial, y pues coméis del manjar de los ángeles, permaneced algún tiempo en contemplación como los ángeles. No aprovecháis el tiempo de gustar de Nuestro Señor, ¿y sentís inquietud porque no habéis experimentado consuelo? Imitad en vuestra alma á los cartujos, que durante el tiempo de la acción de gracias permanecen postrados en tierra al pie del altar. No faltan almas piadosas que dicen: «A mí no me aprovecha la Comunión, porque no advierto consuelo ninguno.» Falso discurso es éste. Puesto que vivís, aprovecháis. No es preciso hacer actos heroicos de virtud ni sacrificios muy costosos para demostrar que hemos comulgado dignamente. La Eucaristía es fortaleza ó dulzura, y así está prefigurada en todo el Antiguo Testamento: aquí bajo la figura de un Pan que contiene toda suavidad; allí en forma de Pan misterioso que se da al profeta Elías que se hallaba desmayado, y le da fuerzas para proseguir su camino; en otro lugar bajo el símbolo de la nube del desierto que daba frescura durante el día, y luz y calor durante la noche. Así es la Eucaristía. Si os sentís débil, os da vigor y fortaleza; si estáis cansado, os da descanso: es por su naturaleza un auxilio proporcionado á las necesidades de cada uno.

Síguese, pues, de todo cuanto hemos dicho, que si queréis ser vigorosos, si queréis tener en abundancia la vida de que habéis necesidad, es preciso que recibáis la sagrada Comunión. «El que cree en mí, será salvo», ha dicho el Señor; y hablando de la Eucaristía: «El que coma de mi carne, tendrá la vida.»—La abundancia de la vida, no un hilo de vida, sino la fuente de la vida, el océano de la vida;

vida que se alimenta por sí misma, y que dura siempre, con tal que queramos de veras conservarla; vida que es la vida de Jesús, vida de amor, que dura en tanto que dura nuestro amor, y el que vive de acción de gracias tiene en sí la verdadera vida de Jesús. Es, en verdad, muy breve el tiempo durante el cual permanece materialmente Jesús en nuestros corazones después que recibimos la sagrada Comunión; pero los efectos de ella duran, su espíritu permanece en nosotros: las sagradas especies son como la envoltura en que va oculta una medicina; la envoltura se rompe y desaparece para que el remedio produzca efectos saludables en el organismo.

No comprendo cómo se puede conservar la inocencia en medio del mundo sin comulgar. Sin la Comunión no es posible adelantar en la virtud. No falta quien dice: «Yo no necesito comulgar con frecuencia, pues estoy tranquilo.» ¡Ah! Esa calma es presagio de alguna tempestad. No te engañen tus pobres virtudes, no creas en esa paz, no descanses tanto en ti mismo; mira hacia adelante, y, para poder progresar, recibe la sagrada Comunión. Cierto que en este punto debes seguir la conducta que te prescribe el confesor; pero puedes exponerle tus deseos y tu necesidad. Él juzgará en su prudencia.

Pero, por desdicha, hay muchos que, aunque tienen el permiso de su confesor, se excusan so pretexto de cansancio, de enfermedad ó de falta de devoción. Todo esto es artificio del demonio; y si una vez consigue su intento, siempre te ofrecerá los mismos pretextos.

Esta conducta es descortés para con Nuestro Señor, y aun desagradecida é injuriosa. El permiso de vuestro director es la invitación que os hace Jesús

para que os acerquéis á la sagrada Mesa. ¿Te atreverás á negarte á aceptar esta invitación? De esta Comunión que has dejado de recibir se te pedirá cuenta, como se le pidió al siervo *negligente* de que habla el Evangelio, por haber enterrado el talento que recibió para que negociara con él.

Animo, pues; llegáos á menudo á la sagrada Mesa en demanda de fortaleza, y en ella hallaréis una vida activa y poderosa. ¡Plegue á Dios que esta vida crezca en vosotros hasta que Dios la torne en vida de eterna bienaventuranza!





LA REHABILITACIÓN

POR MEDIO DE LA EUCARISTÍA

Deus, qui humanae substantiae dignitatem mirabiliter condidisti et mirabilius reformasti...

«¡Oh Dios, más admirable en la restauración que en la creación de la naturaleza humana!»

(MIS. ROM.)

Jesús ha establecido la Eucaristía para rehabilitar al hombre. El hombre ha sido degradado y envilecido por el pecado original; se ha olvidado de su origen celestial, ha perdido la dignidad de rey de la creación; se ha hecho semejante á los animales sobre los cuales había de dominar, y se ha lanzado en medio de ellos: si son débiles, huirán; si son fuertes, le atacarán: el pecado ha hecho al hombre, de señor que era de ellos, su mayor enemigo. El hombre es rey por naturaleza, y seguirá siendo rey, pero rey destronado.

Pero todavía se degradará más vergonzosamente el hombre privado de su reino, cometiendo pecados voluntarios; descenderá al nivel de los brutos: tanto se degradaron los hombres por el pecado, que se cre-

yeron semejantes á ellos y los hicieron dioses suyos, y se postraron en su presencia. Tan envilecido se creía el hombre, que sintió cierta secreta necesidad de adorar á seres que no le avergonzaran, pues huía de su Criador y no se atrevía á sostener sus miradas. Mas he aquí la invención divina, y cuán admirable por cierto: si Dios llamara á sí al hombre en tan miserable estado, el hombre se avergonzaría. Por eso quiso Dios rehabilitarlo y tornarlo digno de honor; y como el manjar y el vestido son las cosas que más aproximan á los hombres entre sí, Dios les dará otro manjar y otros vestidos: les dará un vestido y un manjar divino, y esta será la rehabilitación del hombre.

El Bautismo purificará á los hijos de Adán; las virtudes de Cristo los embellecerán y la Eucaristía los santificará. El hombre se verá elevado y honrado, pues Jesucristo reviste al sacerdote de su propio cuerpo: *De suo vestiens sacerdotis*, como dice Tertuliano; el sacerdote es otro Jesucristo, que se alimenta de Jesucristo, su voluntad es la voluntad de Jesucristo, es el mismo Jesucristo viviendo todavía. Y todos los fieles que comulgan participan de este privilegio, y cada uno de ellos unido á Jesucristo es infinitamente digno de honor: nos sentiríamos movidos á postrarnos de rodillas ante el cristiano que ha recibido la sagrada Comunión, y á adorarle. ¿Por qué venera la Iglesia con tanta piedad las reliquias de los Santos, sino porque los mismos Santos recibieron á Jesucristo y fueron miembros incorporados á su cuerpo, y miembros de su mismo cuerpo? Todavía digo más: mediante la Comunión somos elevados sobre los ángeles, si no en naturaleza, al menos en honor. ¿No nos convertimos, recibiendo la Eucaristía,

en parientes del mismo Jesucristo? Los ángeles, con ser sólo ministros suyos, están con mucho respeto en torno de nosotros cuando hemos comulgado, tributándonos sumo honor. He aquí cómo el hombre es elevado por la Eucaristía sobre su estado anterior al pecado original. El hombre, si hubiera permanecido siempre en la inocencia, sería inferior á los ángeles, mientras que regenerado después de la caída, ha venido á ser consanguíneo del mismo Jesucristo por la Eucaristía, y puede sentarse en el cielo en un trono más alto que el de los espíritus celestiales. Y cuanta mayor sea la frecuencia con que comulguemos, más resplandeciente será nuestra gloria, y cada una de nuestras comuniones aumentará el brillo de nuestra corona.

Mas, humanamente hablando, ¿por qué sucede á veces que ciertas personas, algunos sacerdotes, por ejemplo, inspiran desde el momento en que los vemos un como respeto religioso? Porque desde luego reconocemos á Jesucristo en ellas: Jesucristo se muestra y se da á conocer obrando desde el corazón de estas personas en todo su porte y en su conducta, como la violeta, cuyo aroma nos recrea antes de que lleguemos á verla. Más todavía: si Jesucristo no ocultara su gloria en los que comulgan, ellos brillarían como soles. Mas aunque se oculta para preservar la humildad de los que le reciben, todavía salen al exterior algunos resplandores de su gloria. La proximidad de un Santo siempre tranquiliza y produce bienes.

Oid, además, lo que voy á deciros. Cada una de las almas ha recibido en este mundo una misión saludable para con otras almas, y si ha de cumplir esta misión necesita de cierta autoridad proporcio-

nada al fin que debe alcanzar. Esta autoridad moral sólo la halla el alma en la sagrada Comunión; nadie se resiste á quien tiene á Jesús consigo, á quien con sus palabras y obras da á conocer la presencia de Jesucristo. El sacerdote que sólo rara vez dice Misa, tiene su misión propia, como la tienen todos los sacerdotes, pero carece de la autoridad necesaria para cumplirla: el ascendiente sobre los corazones, que los lleva en pos de sí y los convierte, sólo viene de Dios. Más fácil es obedecer á los Santos que á los que no lo son, porque en los Santos se ve una imagen más perfecta de Dios; aun los mismos animales les obedecían. Y si convertían reinos y regiones, no obraban este efecto con sus propias fuerzas, sino mediante la virtud de Jesucristo, á quien habían recibido, y que salía en llamas ardientes del corazón de aquellos varones de Dios. Y la razón era porque sabían recibir á Jesús y conservarle en su corazón, y servirse de Él para gloria del Padre celestial.

He aquí, pues, al hombre rehabilitado en su dignidad por medio de la sagrada Comunión. Sí, dichosa culpa: *o felix culpa!* Aunque estéis degradados y vestidos con pieles de animales en castigo de vuestro orgullo, revestíos de Nuestro Señor Jesucristo. En la sociedad humana, el vestido es la causa del mayor ó menor respeto con que son miradas las personas: cada uno lleva en lugar visible las insignias de su dignidad. Revestíos, pues, de Jesucristo; si estáis revestidos de este vestido de gloria, seréis honrados, ycon razón; gozaréis de autoridad en torno vuestro; vuestra autoridad será honrada y amada; esta autoridad es la única que puede ejercer influencia saludable. Zaqueo era despreciado como publicano; mas tan pronto cómo recibió á Jesús, Nuestro Se-

ñor le proclamó hijo de Abraham y tapó la boca á sus calumniadores. Y vosotros que recibís la sagrada Comunión, ennoblecidos sois por el Señor; y vuestras casas, donde lleváis á Jesucristo, dignas son de respeto y de honor.

Esta es la rehabilitación de nuestra dignidad. Bien sé que no hemos vuelto al Paraíso terrenal; pero esté cerrado en buen hora aquel paraíso, que la Comunión es el paraíso, el jardín delicioso donde Dios conversa con el alma fiel; si me ofrecieran el paraíso á cambio de mi condición actual, no lo aceptaría; á pesar de todas mis desdichas, renunciaría á él con tal de conservar la Eucaristía. Tales desdichas no son pecado, y teniendo este Pan divino fácil es sobrellevarlas; con amor no hay penas, y si por ventura las hay, esas penas son amadas.

Dad, sobre todo, vosotras, mujeres cristianas, dad gracias á Dios que tanto os ha ennoblecido, mientras que en el paganismo no érais sino esclavas y máquinas á disposición del hombre. Vuestro título de nobleza está en la Comunión, á la cual tenéis el mismo derecho que el hombre; en la Comunión, que honra vuestros cuerpos y los une al Verbo hecho carne; aquí está vuestro honor: la Comunión os eleva hasta María. Tenéis el derecho de sentaros al banquete divino. ¡Desdichados de vuestros esposos si os impiden recibir este honor! Si llegara algún tiempo en que dejarais de comulgar, volveríais á caer en el miserable estado de donde, gracias á la sagrada Comunión, habéis salido. De aquí procede vuestra grandeza; no veo ninguna otra fuente de donde pueda haber venido. Ahora, en estos tiempos, invéntanse no sé cuántas coronas de virtud y de otras cosas en honor de la mujer; proclámanse sus derechos, pídese su

emancipación. Pero sea vuestra corona la gloria de recibir á Jesucristo, y vuestro derecho la libertad absoluta de llegaros á Él en todo tiempo: vuestra gloria consiste en uniros á Jesús sacramentado, esplendor del Padre, en quien y por quien resplandece toda gloria verdadera: procurad, pues, poseerla en toda su plenitud en la patria celestial.





LA COMUNIÓN, SACRAMENTO DE PAZ CON DIOS

Dicite pusillanimi; confortamini et nolite timere.

«Tened confianza, hombres pusilánimes, y no temáis.»

(Isa., XXXV, 4.)

I

El hombre pecador siente instintivamente miedo á la presencia de Dios Desde el momento en que escucha la voz de Satanás, se esconde, huye de la presencia de su Criador, y no se atreve á responder á su voz.

Este sentimiento de temor es tan natural en nosotros, cuando hemos pecado, que hasta los niños dudan de llegar á su madre, que tan tiernamente los ama, si por ventura la han desobedecido. De tal manera están poseídos de este temor los criminales que huyen de la justicia humana, que se manifiesta en su rostro, y á veces su aspecto basta para convencerlos de su crimen.

Esto mismo, en mayor grado todavía, nos sucede

respecto de Dios. ¿Creéis, por ventura, que muchos pecadores son pecadores endurecidos que perseveran en su pecado sólo por orgullo? No: tienen miedo á Dios, y cuanto más culpables son, tanto mayor es el espanto de que están poseídos. Acaso entrarán todavía más adentro en el abismo de sus crímenes; acaso cometerán pecados sobre pecados; pero esto mismo probará todavía más su terror. ¿Qué muestra esta conducta, sino la desesperación, la falsa idea de estos pecadores, que creen que Dios no los perdonará y que habrán de caer en las manos de su justicia? Los que se niegan á entrar en la iglesia, niéganse porque tienen miedo á Nuestro Señor; y si por ventura entran en ella contra su voluntad, están violentos y temblando. El pecador tiene miedo de sí mismo: no puede estar á solas con su corazón y su conciencia: le da miedo de verse y por eso procura aturdirse, y huye.

Este sentimiento de temor nos lo muestra la Sagrada Escritura tan vivo en el hombre, que aun los más Santos temblaban cuando el Señor se les mostraba ó les hablaba por medio de algún ángel. La misma Santísima Virgen, con ser tan pura, tembló en la presencia del ángel del Señor: el temor dominaba á la humanidad.

Cuatro mil años tardó el Señor en preparar la aproximación del hombre á Dios, la cual sólo llega á consumarse por medio de la Eucaristía. La Encarnación es ya mucho en orden á esta aproximación, pero no basta. Jesus nos muestra su bondad sólo por espacio de treinta y tres años; bien puede afirmarse que si después de aquel tiempo Jesús nos hubiera privado de su presencia, seríamos tan pusilánimes como los judíos antes de la venida del Salvador. ¿Habría

sido suficiente la Encarnación, obra de salud, magnífico monumento del amor y del poder de Dios, para establecer la confianza de amigos entre el Criador y la criatura? De ningún modo: la amistad exige comunicación personal y constante.

Pero Nuestro Señor instituye este Sacramento, y por medio de él está en nuestro pensamiento, en nosotros, con nosotros, á nuestro lado; continúa y perfecciona su obra de amistad íntima. Vela su gloria, muéstrase bajo el incógnito de la amistad, lo mismo exactamente que si un Rey tomase el vestido de un pobre y viniendo á sentarse á su mesa le dijera: «Yo soy de tu familia; trátame como á uno de los tuyos.» Pero ¿qué digo? ¡Esto es poco todavía! Jesús se hace pan: ¿quién podrá temer á un grano de trigo? ¿Puede concebirse medio mejor de ocultarse la majestad de Dios?

II

Ved, pues, cómo se hace fácil y amable la comunicación entre Dios y las criaturas. Estando Jesús oculto en la Eucaristía, vosotros podéis acercaros á Él y oir su palabra divina. Si no fuera así, una sola palabra que saliera de su boca haría temblar de espanto al mundo entero, como sucedió en el monte Sinaí; una sola palabra amorosa nos abrasaría y nos consumiría; una sola palabra amenazadora bastaría para anonadarnos.

Por otra parte, si Jesús no velara sus virtudes en la Eucaristía; si no las pusiera, por decirlo así, á nuestro alcance, ni siquiera podríamos concebir la esperanza de imitarle. Pero ocultándolas, tomando

más bien la apariencia de quien obedece á modo de un cadáver, con obediencia del todo material, nos anima á seguir su ejemplo. No de otra manera tartamudea la madre, da pasitos cortos para enseñar á andar y á hablar á su tierno hijo.

La Eucaristía puede definirse diciendo que es el mismo Jesús en cuanto nos conduce y aproxima á Dios. ¿Mas será posible describir los misterios de íntima unión que Jesús obra con nosotros en la Comunión? La amistad supone unión; sin unión no se da perfecta confianza. Jesús quiere unirse personalmente á cada uno de nosotros. Con santo atrevimiento dijo Moisés al Señor que le mostrara su faz. Al principio no accedió el Señor á los deseos de Moisés; mas habiendo él insistido en su demanda, Dios no pudo resistirse á aquella prueba de confianza, pero le mandó que permaneciera lejos y que no hiciera más que pasar por delante de Él, para que no fuera consumido por el esplendor de su gloria. Moisés vió un rayo de la majestad de Dios, un solo rayo, y por haberlo visto se tornó él mismo tan esclarecido, que durante su vida entera permaneció una señal luminosa sobre su rostro.

Si Jesús nos mostrara su gloria en la Eucaristía, nos sucedería lo mismo que á Moisés; mas ¿qué sería de nuestra amistad, de nuestra intimidad con Él? Moisés, deslumbrado, ya no sintió deseo de hablar con Dios ni de abrirle su corazón. Pero Jesús desea nuestra amistad, quiere que le tratemos como á amigo. Por eso se reviste de un cuerpo humilde: á nadie causa temor, sólo vemos una cosa que desde nuestra infancia estamos acostumbrados á ver; la forma de pan: y sentimos valor para hablarle abriéndole nuestro corazón; Nuestro Señor nos ha sorprendido.

Zaqueo no se atrevía á desear hablar á Nuestro Señor: con sólo verle se contentaba. Jesús le sorprende y *le llama por su nombre. Zaqueo obedece*, y se siente enteramente mudado por tanto amor. Ya no se acuerda de que ha sido un miserable pecador; no: después de hacer un acto sincero de humildad, recibe á Jesús en su casa y goza sin temor de su dulcísima presencia.

Si Jesús nos enviara un ángel que nos anunciara y nos trajera la sagrada Comunión, no nos sorprendería como nos sorprende; nosotros temblaríamos de espanto mucho tiempo antes de recibirla. Mas para que podamos saborear nuestra dicha en la Comunión es necesario que seamos sorprendidos; y, en efecto, sorprendidos somos. Porque nuestros ojos sólo ven accidentes, humildes formas; ésta es la gracia de las gracias, sin la cual nos sentiríamos enteramente poseídos de turbación al comulgar.

Bueno es estar admirado, mas no turbado; la emoción nos hace pensar en Aquel á quien vamos á recibir y menos en nuestras propias miserias.

¿Y qué hemos de hacer sino alegrarnos cuando Nuestro Señor está en nosotros? Su bondad nos oculta el esplendor de su santidad y nos hace olvidarnos de su poder, de su gloria y de su grandeza.

Regocijémonos, pues, á causa de esta admirable invención de Dios en favor nuestro. La Eucaristía hace que Jesús esté presente entre nosotros; la Comunión nos introduce en su amistad y trato íntimo.

¡Oh dichosa culpa! ¡Cuando éramos inocentes, Dios era nuestro Dueño y Señor; ahora es nuestro amigo, nuestro comensal y nuestro manjar!



LA COMUNIÓN, FUENTE DE CONFIANZA EN DIOS

Confidite: ego sum.

«Tened confianza: soy yo.»

(MARC., VI, 30.)

I

El acercar el hombre á Dios destruyendo el temor instintivo que le domina, no es el fin único de la Eucaristía, sino inspirarle además confianza, que es un fin más precioso todavía. En rigor podríamos estar en la presencia de Dios; pero ¿quién se atrevería á acercarse á Él y á hablar con Él, si el mismo Dios, movido de bondad, no se ocultase á nuestras miradas, y allanase todas las desigualdades que median entre Él y nosotros? Ya durante su vida mortal velaba con su humanidad el esplendor de su divinidad, de tal manera que los pecadores y los niños se atrevían á acercarse á Él: sólo se mostraban en Jesús la bondad y la misericordia.

Pero hoy que ya ha resucitado triunfante y glorioso, ¿quién se atreverá á hablar con Jesús? Ha con-

quistado el título de juez de vivos y muertos, y como tal quiere ser temido y adorado. Claro que siempre es el Dios bueno y misericordioso, pero su estado se ha mudado; y si no tuviéramos la Eucaristía, no nos atreveríamos á hablarle con sencilla confianza. Nuestro Señor ha instituído este Sacramento para que le amemos, para que le miremos con tanto amor y tan tierno afecto como le tendríamos si todavía viviera vida mortal. Nosotros los sacerdotes os predicamos, como San Juan Bautista, perdón y misericordia; pero no podemos daros el amor y la confianza ni establecer entre vosotros y Nuestro Señor la tierna y familiar comunicación que Jesús desea mantener con vosotros.

Cuando Jesús vivía vida mortal sobre la tierra, todo su ser revelaba su bondad: todo Él mostraba amor y atraía los corazones. Ahora está oculto, pero su bondad trasciende á través de la nube que le oculta á nuestras miradas. Esta nube no lo encubre de tal manera que cuando nosotros nos lo representamos, no veamos siempre los rasgos de su bondad y ternura para con nosotros. De esta suerte se representa en nuestra alma con las tintas del más tierno amor. Viendo las santas especies, nos acordamos al punto de lo que fué Jesús antes y de lo que es ahora: amor, bondad, misericordia y ternura. *Ecce Agnus Dei.*

II

La familiaridad debe manifestarse sobre todo mediante íntimas y amorosas pláticas. Hay en estas pláticas palabras que electrizan y que os dan á gustar de un encanto irresistible. Oyendo á Nuestro

Señor decían las multitudes: «Jamás ha hablado nadie como habla este hombre.» La dulzura de sus palabras movía los corazones de los pecadores, que no podían resistir á su bondad. Aquí Jesús nos habla interiormente. ¿Cuáles son sus palabras? ¿Qué nos dice este su amistoso lenguaje? Sin duda las habéis oído muchas veces. Son de suyo dulces y suaves, y algunas, aunque pocas veces, severas... No es posible resistirse á ellas... ¿No habéis estado interiormente recogidos á los pies de Nuestro Señor? ¿No le habéis *oído* deciros cuando vuestro arrepentimiento era sincero: «Os perdono vuestras culpas; no hayáis temor?» ¡Qué dulces lágrimas aquellas con que habéis respondido á estas palabras! La voz interior es sin duda más penetrante que el sonido material de las palabras: el *oído* del alma es más fino y delicado que el del cuerpo. No hay cosa más cierta que esta verdad; en la Santísima Trinidad hay una palabra tipo de toda palabra: palabra interior, palabra verdadera, pues es el mismo Verbo. ¿No nos conmueve el simple recuerdo de la palabra de nuestro padre ó de nuestra madre, ya difuntos, como si ellos volvieran de nuevo á la vida? Hay, pues, una palabra interior y espiritual; la palabra más verdadera, la que conmueve es la palabra interior: la palabra exterior no basta para conmovernos.

La palabra de Jesús en la Eucaristía es palabra íntima; penetra hasta lo más profundo del alma. Cuando algún alma desnuda de virtudes y de merecimientos, conociendo y confesando su pobreza, se llega al Salvador y le habla con la sencillez y confianza de un niño que habla con su madre, ¿qué es por ventura lo que la atrae, sino el encanto de la intimidad? ¿Se atrevería á hablar así, con el corazón

en la mano, en presencia de testigos? No por cierto: ha oído decir á Jesús: «Venid á mí todos los que estáis atribulados, que yo os aliviaré», y ha venido. En secreto habla á Jesús de lo íntimo de su corazón, y se deja llevar en pos de una conmovedora confianza.

Esta íntima y suave invitación es la que nos convida á la sagrada Comunión; si no fuéramos así llamados, jamás nos atreveríamos á acercarnos á la sagrada Mesa. Porque la gracia de la preparación á la Comunión es una gracia de confianza, y no gracia de examen, ni aun gracia de oración. Buenas son estas cosas; pero la verdadera preparación consiste en tener confianza en aquellas palabras: «Yo soy el Dios de vuestro corazón, no temáis.» Con esta preparación recibe Dios más honor que el que recibiría si os prosternarais en tierra sin esperanza.

Acaso diréis que al comulgar sentís el corazón seco y sin devoción, y que no sale de él afecto ninguno. La razón es porque no ponéis atento oído á las palabras de Jesús en lo íntimo de vuestra alma, porque no os postráis á los pies del Salvador, como la Magdalena, que se deshacía en lágrimas de alegría aunque el Señor no le dirigiera palabra ninguna. Penetrad, pues, en su palabra íntima, que no es sino la manifestación de su ternura. Mientras estamos trabajando no podemos comer. El Pan celestial que váis á recibir es el Verbo, la palabra de vida: es preciso oirla en paz y reposo.

III

La acción de gracias debe hacerse todavía con mayor recogimiento que la preparación. Obraríais como niños si luego de comulgar os afanarais en ejercicios continuados. Cosa buena es, sin duda, seguir un método, escoger un medio de ejercitar la devoción después de haber comulgado, si no sentís recogimiento interior. Pero esperad un momento. Tenéis un amigo en vuestra compañía; es, pues, natural que le atendáis y le oigáis. Mas por desgracia esto es lo que muchos rehusan. Semejante conducta es no conformarse con los deseos del Salvador. Represéntanse muchos á Jesús viniendo á reprendernos por nuestros pecados. Pero no sucede así. Los amigos no vienen á nuestra casa para dirigirnos cargos; y aunque así fuera, sus primeras palabras no son de censura. Nuestro Señor, tenedlo muy presente, jamás os hace cargos en los primeros momentos después de la Comunión. El demonio será en todo caso quien os turba, deseando impediros gozar de las palabras de suavidad: esfuérzase en mostraros á Jesús como Señor imperioso, como Juez severo, y en espantarnos por este medio: á veces casi se siente uno movido á interrumpir la acción de gracias y á huir de las vengadoras miradas del Señor. Pero no; no es ésta la condición de Dios Nuestro Señor.

Las almas perezosas se dejan llevar de estos pensamientos después de la Comunión. Miserable pecadora soy..., etc. Esperad, pues, que vuestro corazón se dilate, que una mirada que os dirija el Salvador será más eficaz para conmoveros que todos

vuestros esfuerzos. ¿Por ventura cuando el rico bienhechor va á visitar á un pobre en su mísera vivienda, le pone de manifiesto sus riquezas y su nobleza al entrar, comparándolas con el miserable estado del infeliz á quien desea proteger? De ningún modo; para humillarlo de esta suerte valdría más que no le visitara. Antes por el contrario, le anima, le consuela, se humilla cuanto puede para hacer nacer la simpatía en el corazón del pobre.

Si no gozáis de los consuelos de Jesús cuando le recibís en la Eucaristía, la razón es porque no aprovecháis estos preciosos momentos: abridle y dilatad vuestro corazón: todo no lo ha de hacer Jesús.

El Señor — dice la Sagrada Escritura — llamó á Samuel en el silencio de la noche para revelarle su designio. Samuel no conocía la voz del Señor, porque nunca la había oído. Dos veces volvió á dormirse después de haber oído la voz de Dios, hasta que habiéndole dado el sumo sacerdote la clave de las comunicaciones sobrenaturales, que consiste en hacer oración, en hablar y en escuchar á Dios, dijo al Señor, que de nuevo le llamaba: «Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha» Y el Señor entonces le reveló los secretos de lo porvenir.

Esto mismo debemos hacer nosotros. Jesús viene á nuestro corazón, pero es preciso que entremos en relación con Él, según la gracia que en tal momento recibimos, que consiste en la familiaridad de la amistad. Verdad es que todo pensamiento de virtud, todo pensamiento divino está en Nuestro Señor; pero como la Eucaristía es el más alto término, el colmo del amor de Dios, la condición de Jesús en la Comunión es de bondad y mansedumbre, bondad no semejante á la que manifiesta en el cielo, sino más

bien á la que mostró durante su vida mortal; pero bondad propia de su estado sacramental, que consiste en la amistad íntima, en la más cordial familiaridad.

Este es el verdadero medio de entrar en comunicación con Nuestro Señor. ¿Por qué, pues, os atrevéis á venir á comulgar, sino porque habéis oído una dulce voz que se dirigía á cada uno de vosotros, con tal bondad que os embargaba los sentidos y os impedía oir todo lo que no era aquella palabra con que amorosamente os llamaba? Por eso, apenas entró el Señor en vosotros, dijisteis en los transportes de vuestra admiración: «¡Oh cuán bueno sois, oh Señor!» *O quam suavis est Spiritus tuus, Domine!* Este es el sentimiento unánime de todos los que comulgan; sentimiento instintivo, que prueba que la bondad y la dulzura de la Eucaristía son los medios divinos por los cuales Dios repara al hombre decaído y se une á él con lazos de amistad y de íntima confianza.





LA COMUNION, REMEDIO DE NUESTRA TRISTEZA

Quí jucundus eram et dilectus in potestate meae...; ecce pereo tristitia magna in terra aliena.

«Yo, que tan dichoso era en mi reino, me muero ahora de tristeza en tierra extraña.»

(I Mac., VI, 11 y 13.)

En esta vida somos constantemente combatidos de la tristeza, que está en lo íntimo de nuestro corazón, y nunca podemos desecharla de él: para nosotros no hay verdadera alegría, no hay ni puede haber alegría duradera y que no acabe en dolor y llanto. Hemos sido lanzados de nuestra propia casa y de la casa de nuestros padres. Esta tristeza es parte integrante del patrimonio que ha dejado Adán pecador á su desdichada posteridad.

Sobre todo sentimos esta tristeza cuando nos hallamos á solas con nosotros mismos; y algunas veces es desgarrador este sentimiento, que está en nosotros mismos, y que no sabemos de dónde nos viene. Los incrédulos se desaniman, se desesperan y prefieren morir antes que vivir vida tan triste: crimen horrible, prenda de eterna condenación.

Mas ¿qué remedio hallaremos nosotros los cristianos contra esta tristeza natural? ¿Bastará, por ventura, la práctica de las virtudes, el celo por la perfección cristiana? No por cierto: todavía vendrán sobre nosotros pruebas y tentaciones, y nos dominará la tristeza. Cuando un corazón está dominado por la tristeza, de nada sirven palabras y obras para consolarle, pues está abatido y traspasado. Á punto de desfallecer estuvo Jesús en el Huerto de las Olivas, y durante los treinta y tres años de su vida mortal no dejó de sentir el peso de la más profunda tristeza. Mostrábase dulce y bondadoso, pero siempre triste, porque había tomado sobre sí todas nuestra miserias. ¡Ved cómo lloraba! nota el Evangelio; pero ni una sola vez refiere que se riera.

Á semejanza del divino Maestro, los Santos pasaron tristes la vida: su tristeza nacía de su condición de desterrados, de ver el mal en torno suyo, de no poder glorificar á Dios en la medida en que anhelaban darle gloria. Pero en ellos la tristeza tomaba un carácter sobrenatural.

Es, pues, necesario un remedio de esta universal tristeza, remedio que no consiste en encerrarse uno dentro de sí mismo, sino en dar expansión á nuestro corazón, para no ser arrastrados por ella como por un torrente. Muchos, buscando consolaciones humanas, abren su corazón á algún amigo ó consejero, pero esto de bien poco sirve; sobre todo, cuando Dios nos envía como prueba un nuevo aumento de tristeza, entonces no sirve de consuelo alguno; antes por el contrario, viendo el que padece la tribulación que ni las palabras amorosas ni los avisos paternales bastan á disipar las obscuras nubes que sobre él se ciernen, se aflige más todavía: el demonio intenta

entonces aprovechar esta coyuntura para inducirnos á desconfiar de Dios; y se da el triste caso de ver almas muy puras y santas huyendo de Dios, temiendo su voz, como Adán en el paraíso. La oración, es verdad, puede aplacar algún tanto la tristeza, pero no basta á dar alegría pura y duradera. Tres horas perseveró Nuestro Señor en oración en el Huerto de Getsemaní, pero su tristeza no se disminuyó: sólo recibió fortaleza con que sufrirla.

La confesión sincera también nos consuela y tranquiliza; pero luego volvemos á entristecernos, considerando que hemos ofendido á un Dios tan bueno y digno de ser amado.

¿Cuál será, pues, el verdadero remedio?

II

El verdadero remedio es la Comunión; remedio siempre nuevo, siempre activo, al cual no se resiste la tristeza. Jesucristo está en la Eucaristía, y viene á nosotros para combatir directamente nuestra tristeza. Supongamos que un alma ha comulgado con verdadero deseo, con verdadera hambre de recibir á Jesús, y que está afligida y triste. Después de la Comunión podrá ser combatida de nuevo de la tristeza, porque su condición es el destierro; y tanto más pronto volverá á ser combatida de ella, cuanto más éntre dentro de sí misma y salga de la consideración de la bondad de Dios; pero en el momento de la Comunión jamás sentirá sus asaltos. La Comunión es un festín en que Jesucristo celebra sus bodas con el alma fiel, y en un festín de bodas no se concibe el llanto. A vuestra experiencia personal apelo;

cuando oprimidos por la tristeza, á pesar de haberos absuelto el sacerdote en el sacramento de la Penitencia habéis recibido la sagrada Comunión, ¿no habéis sentido en ese mismo momento renacer la alegría en vuestro pecho? ¿No se alegró vivamente Zaqueo cuando recibió á Jesús, y eso que tenía motivos poderosos para estar triste, á causa de las depredaciones de que fué públicamente reprendido?

Tristes iban por el camino los dos discípulos de Emaus, y eso que caminaban en compañía del Salvador, y que oían sus palabras y su doctrina durante la jornada; pero cuando llegó la fracción del pan, luego se sintieron poseídos de alegría, que se les salía del pecho. A pesar de la obscuridad de la noche y de lo largo del camino y del cansancio, fueron corriendo á Jerusalén á decir su gozo y participarle á los Apóstoles.

He aquí un pecador que, habiendo cometido todo linaje de pecados, se ha confesado, y con la confesión ha cerrado sus heridas. Pero está convaleciente y siempre triste: su conversión le hace más accesible á la tristeza, pues ahora siente una pena que antes no conocía: la de haber ofendido á Dios. Y cuanto más sincera es su conversión, más profunda es esta pena. ¡Cuán gravemente he ofendido—dice— á un Dios tan bueno! Si no le sacáis de sus tristes pensamientos, la tristeza le abatirá y el demonio hará que se desaliente. Pero tan pronto como comulga experimenta la bondad de Dios, y la paz y la alegría se difunden por su alma. «¡He recibido—dice— el Pan de los ángeles! Ya soy amigo de Dios.» Y en ese momento ya no le afligen las culpas pasadas: Nuestro Señor le dice con sus mismos labios que le ha perdonado. ¿Dejará de creer su palabra?

Sí: la alegría que produce en el alma la sagrada Comunión es la más hermosa prueba de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. Jesús hace que advirtamos en ella su presencia. «Yo vendré á aquel que me ama y me manifestaré á él.» Y, en efecto, se manifiesta por la alegría que siempre lleva consigo.

III

Notad, para vuestro gobierno, que hay dos suertes de alegría. Una que resulta del bien que se hace; alegría que procede de la práctica de la virtud. Esta es la alegría propia del triunfo qué sentimos cuando llega la recolección del fruto; es buena, pero no la busquéis. Se funda en vosotros mismos, y por lo tanto no es sólida; buscándola, os exponéis á que ésta sea la única recompensa de vuestras buenas obras.

Pero esa otra alegría que procede de la sagrada Comunión, que no podemos menos de considerarla como venida sólo de Jesús, que no guarda relación con nuestras obras, aceptémosla sin temor. Reposemos en ella cuando Nuestro Señor nos la envía, pues toda ella es de Él. Los niños no poseen virtud ninguna, ningún merecimiento; sin embargo, se alegran y saborean la felicidad que les causa el verse al lado de su madre. Sea, pues, sólo la presencia de Nuestro Señor la causa de nuestra alegría. No investiguéis si habéis merecido más ó menos la alegría de que gozáis: alegráos de poseer á Nuestro Señor y permaneced postrados á sus pies saboreando vuestra dicha y gustando de su bondad.

Muchos hay que temen considerar muy atenta-

mente la bondad de Dios, pues es tanta esta bondad que exige que en cambio nos demos nosotros por completo á Dios. Cálculo mezquino es éste, indigno de las almas á quien el Señor se da con tanta profusión. Gustemos sin temor de la bondad de Dios; recibamos con avidez la alegría que se nos ofrece, prontos á dar generosamente á Nuestro Señor todo cuanto plegue á su divina voluntad pedirnos en retorno.





LA COMUNION, EDUCACION DIVINA

Et erunt omnes docibiles Dei.

«El mismo Dios será nuestro maestro.»

(JOAN., VI, 45.)

PARA dirigir la educación de un Príncipe acúdese á los varones mas sabios, nobles y excelentes: honor que la majestad soberana se debe á sí misma. Cuando el Príncipe ha crecido, el mismo Rey es quien le enseña el arte de gobernar á los pueblos. El es quien únicamente puede enseñar este arte, porque es el único que lo practica.

Todos nosotros los cristianos somos príncipes de Jesucristo; todos tenemos sangre de reyes. En nuestros primeros años Dios nos confia á sus ministros, para que nos hablen de Él, nos expliquen su naturaleza y sus atributos, nos le muestren y nos le prometan; pero no pueden hacer que sintamos su presencia ni comprendamos su bondad. Después, el dia de nuestra primera Comunión, el mismo Jesucristo viene á nosotros, y nos da á gustar el sentido intimo y oculto de todas las lecciones que hemos recibido; el

mismo Jesús viene al alma á revelarse á sí mismo: efecto que no podían producir ni las palabras ni los libros. Este es en verdad el triunfo de la Eucaristía: formar al hombre espiritual, formar á Jesucristo en nosotros: siempre será incompleta la educación interior si el mismo Jesucristo no es quien la forma en nosotros.

I

Jesús viene á nosotros á enseñarnos todo linaje de verdades. La ciencia de aquel que no recibe la sagrada Comunión es sólo ciencia especulativa. El que no comulga sólo conoce los términos, pero no sabe cuáles son las cosas significadas con ellos, pues Jesús no se ha mostrado en él. Conocerá acaso la definición, la regla, el curso que ha de seguir una virtud para acrecentarse y prosperar, pero no conoce á Jesucristo. Aseméjase al ciego cuya curación nos refiere el Evangelio; que hablaba de Nuestro Señor, pero que aún no le conocía. Creía que Jesús sería algún gran Profeta, un verdadero amigo de Dios. Pero cuando Jesús se le mostró, aquel hombre vió á Dios, cayó á sus pies, y le adoró.

Así el alma que antes de la Comunión sólo sabe de Nuestro Señor lo que ha *oído ó leído* de Él en los libros, en la sagrada Mesa le ve y le reconoce con admiración y encanto, pues sólo directamente se da á conocer del todo Nuestro Señor. Entonces llegamos á conocer la verdad por medio de la misma verdad viva y substancial, y no podemos menos de exclamar, en medio de transportes de admiración: *Dominus meus, et Deus meus!* Jesucristo, como el sol, se muestra por su propia luz, no con razonamientos.

Esta íntima revelación induce al espíritu á investigar las razones ocultas de los misterios, á sondear el amor, la bondad de Dios en sus obras: conocimiento no seco y estéril, como la ciencia ordinaria, sino afectuoso y dulce: al mismo tiempo que conocemos, sentimos; excita el amor, inflama y da alas para obrar. Este conocimiento nos introduce en las profundidades de los misterios. Cuando después de la Comunión y bajo la influencia de la gracia de este Sacramento adoramos al Señor, nuestra adoración no se detiene en lo que á primera vista parece, sino mira y contempla el fondo del plan divino: *Scrutatur intima Dei.* Entonces vamos de luz á más luz; el Salvador se nos muestra como día siempre nuevo, pues aunque el asunto de nuestra meditación es siempre el mismo, Jesús viviendo en nosotros, nunca es la misma la meditación. Los abismos de amor que hay en Jesús, necesario es sondearlos con fe amorosa y activa. ¡Ah! ¡Cuánto amaríamos á Jesús, si pudiéramos llegar á conocerle bien! Mas la apatía, la pereza se da por satisfecha con lo que ya posee, y sólo mira lo que á primera vista se ve. La pereza teme amar, y cuanto mejor conocemos, mayor es el impulso que sentimos al amor.

La educación que nos da Jesús en la sagrada Comunión produce en nosotros amor, y nos hace ejecutar numerosos actos de amor, en el cual están comprendidas todas las virtudes. Jesús nos educa para que le amemos, mostrándonos íntima y claramente el amor que nos tiene. Convénccnos de que nos ha dado todo cuanto posee, todo lo que es Él, y nos obliga á amarle mediante su exceso de caridad para con nosotros. Las madres forman el corazón de sus hijos para que ellos las amen, amándolos ellas

primero. Esto mismo hace con nosotros Nuestro Señor.

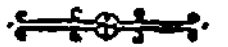
No hay quien pueda daros el amor de Nuestro Señor: nadie puede infundir este amor en vuestros corazones. Pueden, es cierto, exhortaros á amarle; pero enseñaros cómo debe ser amado, empresa es que excede á las fuerzas humanas: sólo se aprende á amar á Dios, amándole. Sólo Nuestro Señor puede educar de esta suerte el corazón: Él sólo quiere ser el fin del amor: Jesús nos impulsa, finalmente, hasta el heroísmo del amor. Mas este amor sólo se aprende en la sagrada Comunión. «Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis la vida en vosotros.» Mas ¿qué vida es ésta, sino la vida del amor, la vida activa que no se recibe sino de la fuente, del mismo Jesucristo?

¿En qué momento, en qué acto de la vida cristiana somos y nos sentimos más amados de Jesús, que en la sagrada Comunión? En verdad sentimos deslizarse por nuestras mejillas lágrimas de alegría cuando hemos sido perdonados en la confesión; pero tan pronto como nos acordamos de nuestras culpas, ya no puede ser completa nuestra dicha. Mas en la Comunión se halla plenamente la dicha; solamente en ella vemos y ponderamos los sacrificios que por nosotros ha hecho Jesús, y bajo el peso de tan grande amor no podemos menos de exclamar al fin: «¡Oh Dios mío, Dios mío! ¿Es posible que tanto me améis?» Y nos levantamos de la sagrada Mesa respirando el fuego del amor: *Tanquam ignem spirantes* (San Juan Crisóstomo). Conocemos que sería inmensa ingratitud permanecer con los brazos cruzados á vista de tanta bondad. Y desde lo profundo de nuestra miseria, conociendo que nada podemos con nues-

tras propias fuerzas, pero muy poderosos en Aquel que está en nosotros, nos aplicamos al punto á la práctica de todas las virtudes. El amor sentido de esta suerte produce siempre amorosos sentimientos de gratitud y deseo de corresponder á ese mismo amor.

El amor mismo nos enseña lo que debemos hacer, Hace que salgamos fuera de nosotros mismos, nos eleva á las virtudes de Nuestro Señor, nos introduce en él, y dirigidos de este modo, adelantamos mucho y rápidamente en esta educación. Si muchos cristianos se quedan en el dintel de la virtud, la razón es porque no quieren romper las cadenas que los sujetan, y no se ponen con entera confianza bajo la dirección de Nuestro Señor. Conocen que si comulgaran, no podrían resistir al amor de Jesús, y á vista de este amor tendrían que darse por completo á Él. Por eso se dan por satisfechos con lecturas y palabras, pero no se atreven á llegarse á Nuestro Señor.

Tomad vosotros, hermanos míos, por Maestro al mismo Jesucristo. Recibidle en vuestra alma para que él dirija todas vuestras acciones. No os quedéis en la meditación del Evangelio y de las tradiciones cristianas; no os déis por satisfechos con la consideración de los misterios ya consumados: Jesús está en vosotros y en vosotros vive; en Jesús están contenidos todos los misterios; todos viven en Él y de Él reciben su gracia: dáos, pues, á Jesucristo: sea vuestra alma su morada, y produciréis abundantes frutos, según la palabra que Él mismo os dió diciendo: *Qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum magnum.*





LAS BODAS MÍSTICAS

Gaudeamus et exultemus, et demus gloriam ei, quia venerunt nuptiae Agni, et uxor ejus præparavit se.

«Alegremonos y regocijémonos y glorifiquenos á Dios, porque han venido las bodas del Cordero y la esposa está preparada.»

(Apoc., XIX, 7.)

En la Encarnación se ha desposado Nuestro Señor Jesucristo con la naturaleza humana, ha tomado naturaleza semejante á la nuestra, aunque exenta de pecado. Las primeras nupcias de la naturaleza humana con el Verbo se han celebrado, pues, en el seno de María. Jesucristo con esta naturaleza ha salvado al mundo. Habiendo amado á la humanidad, pues se había desposado con ella, por amor de ella se entregó á la muerte; y tanto la amó, que quiso llamarse Hijo del hombre. *Filius hominis.*

Pero Jesucristo, no contento con esto, queriendo además desposarse con cada una de nuestras almas, ha instituído la Eucaristía. En este Sacramento se celebran diariamente las bodas de Jesús con el alma cristiana; y nuestras almas, no sólo son invitadas á la

fiesta, sino además á desposarse con Jesús. ¡Qué mayor sorpresa que la de oir al Verbo divino invitarnos, diciéndonos: *Veni, sponsa, veni, coronaberis!* «Ven, esposa mía, ven á recibir de mi mano la corona nupcial.» Sólo nos pide Nuestro Señor la voluntad de venir; y l mismo nos da en la penitencia la vestidura nupcial. Aunque seamos pobres, aunque estemos paralíticos y lisiados, aunque vayamos errantes y mendigando, Jesús nos dice: *Venite, inebriamini..., posui mensam.* «Venid y embriagáos todos los días de castas delicias en mi festín nupcial.» Más no pudo honrarnos Nuestro Señor. A todos se dirige la invitación; pero yo sé que no todos acuden y que muchos dejan de acudir por su culpa. Aquellos que por justas causas no pueden llegarse todos los días á la sagrada Mesa, alégrense viendo á sus hermanos, más favorecidos que ellos, comulgar con más frecuencia; alégrense de ver que no es estéril la presencia de Nuestro Señor en el Tabernáculo, y sea la fiesta de los demás recuerdo de la vuestra, que llegará cuando seáis más dignos de ella.

Jesús se desposa, pues, con el alma que comulga, y se une con ella mediante una alianza divina. En la Comunión se celebra libremente un contrato entre Jesús y el alma, mediante el cual se unen ambos, formando una sola persona moral. Jesús no quebrantará jamás este contrato; á nosotros nos corresponde, pues, ser fieles á él, hacer que Jesús viva en el amor y fidelidad de la conciencia, y anteponer á todo, con voluntad inquebrantable, las obligaciones que este contrato impone.

Esta fidelidad se la habéis prometido vosotros á Jesús. Jesús os ha llamado para que os unáis con Él. A vista de vuestra propia miseria, vosotros os sen-

tíais inclinados á no acudir á su invitación; pero Jesús os decía: «Venid á mí. Todo lo seré yo para vosotros.» Y á vista de tanto amor, en el ardor de vuestra gratitud, vosotros habéis prometido ser enteramente de Dios, y os habéis unido á Él con eterno lazo. ¿Habrá alguno que se atreva á decir á Nuestro Señor: «En el día de hoy os guardaré fidelidad, pero en lo sucesivo nada os prometo?» De ningún modo: el que comulga se da á Dios para siempre, por lo menos con deseo y voluntad actual. Éste es, pues, el pacto que habéis concluído con Dios: Jesús será fiel á él; procurad vosotros por vuestra parte no quebrantarlo.

La esposa, al unirse con el esposo, pierde su personalidad, entra bajo la potestad de su esposo y contrae la obligación de obedecerle: por su parte, al esposo le corresponde mandar en la familia y gobernarla, pues es la cabeza y la autoridad de ella.

En esta unión sacramental el alma no se une con Jesús para seguir siendo señora de sí misma, sino para someterse y entregarse á su esposo. Así, pues, deberá poner todo su conato en conocer sus deseos, y en ayudarle y en seguirle adonde quiera que Él vaya; pues ella es la esposa y Jesús el esposo. Considerad cuáles son las obligaciones que este magnífico título impone, y aceptad el cargo, ya que recibís el honor que lleva consigo. No faltan almas piadosas que dicen: «desposarme con Cristo, mucho es para mí. Con ser sierva suya me contento.» A estas palabras debe responderse diciendo que la sierva no come á la mesa de su señor. Si te contentas con ser esclava del Señor, no te levantes de delante de sus pies. Muchas veces hay en esto algo de cobardía.— Pero nobleza obliga; deja, pues, que el Señor te eleve

y te engrandezca; no temas, que tal honor no procede de ti, sino del Señor, que es quien te eleva: Jesús te dará las gracias y virtudes necesarias para cumplir con las obligaciones que semejante honor lleva consigo. Recibe, pues, con sencilla confianza este hermoso título de esposa de Jesucristo, y honra al Señor con el amor y la delicada ternura propias de una esposa fiel. No digáis, por Dios, á Jesús que han sido defraudados los amorosos designios con que os adoptó.

La unión de Cristo con el alma es más íntima que cualquiera otra unión; pues sean cuales fueren las personas que se unen, sean cuales fueren sus cualidades, sea cual fuere el grado de su recíproco afecto, ninguna otra unión puede compararse con ésta. La unión de Jesús con el alma se hace de un modo espiritual todavía mas íntimo que la transformación de los manjares en la substancia del que se alimenta de ellos. Es tal la unión del alma con Jesús, que el alma pierde en cierto modo su propio ser, para que solo Jesús viva en ella: *Vivit vero in me Christus.*

En esta unión se dan diferentes grados de intimidad: cuanto más fuerte es el amor, más estrecha y firme es la unión; así como la cera de varios panales se mezcla y se confunde una con otra tanto mejor cuanto más derretida y líquida está.

El alma se difunde en Cristo como la gota de agua se difunde en el Océano y forma parte del mar: *Divinae consortes naturae.*

En verdad pudiera Dios haberse limitado á otorgarnos las gracias necesarias para obtener la salud. Pero habiendo visto almas generosas que habían de amarle con afecto de verdaderas esposas, les ha

dicho: «Desposarme he con vosotras para siempre.» *Sponsabo te mihi in sempiternum.*

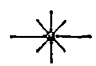
Mas si Jesús se desposa con el alma en la sagrada Comunión, esta unión se consumará comulgando una sola vez. ¿A qué comulgar con tanta frecuencia?

Es cierto que Jesús podría consumirnos y hacer que nos difundiéramos en él comulgando nosotros una sola vez. Este es el deseo de Jesús, que no pone límites á la abundancia del dón que nos hace de sí mismo. Mas es tanta la escoria que hay en nuestra alma, somos materia tan poco apta para fundirnos en Jesús, que es preciso que el mismo Jesús venga con frecuencia á renovar su unión con nosotros para fortalecer y perfeccionar nuestra primera Comunión: cada vez que comulgamos confirma esta alianza y la torna más pura y más estrecha; Jesús no se nos da con parsimonia, y si la unión no es perfecta, no depende de Él, sino de nosotros, que no estamos prontos á oir su voz y que vacilamos en hacernos una sola cosa con Él.

Honremos, pues, á Jesús como á esposo divino de nuestras almas. Amémosle con todo el amor de nuestro corazón. ¿Qué importa haber sido infieles á nuestro esposo, quebrantando con el pecado los vínculos que nos unían á él, si Jesús nos ama á pesar de todo y nos invita á unirnos de nuevo con él, y olvida todos nuestros yerros? ¿Es posible que dejemos de amarle? ¿Hemos de rehusarle la promesa íntima y sincera de guardarle inviolable fidelidad? ¿Hemos de ser nosotros semejantes á mujeres indignas que, asociadas al trono por Príncipes excesivamente bondadosos, se tornan arrogantes y hacen desdichados á sus pueblos; mujeres que, educadas sin las virtudes propias de ese alto rango, viven vida vergonzosa y

son infieles á sus esposos? ¿Hemos nosotros de portarnos de esta manera con Jesucristo?

Nada poseíamos nosotros, nada éramos, y Jesucristo nos ha amado y nos ha dado parte en su gloria y en sus riquezas: correspondamos á este amor dándole todo cuanto poseemos, pues todo procede de él, y nosotros nada hemos merecido; y dándonos á él á nosotros mismos, ya que por tantos títulos le pertenecemos. Si consideráramos el amor que Jesús nos muestra en el Santísimo Sacramento, toda nuestra vida sería un solo y nunca interrumpido acto de amor y de reconocimiento al divino é infinito amor con que nos mira.





JESÚS PARA MÍ, Y YO PARA ÉL

Dilectus meus mihi, et ego illi.

«Mi amado es todo mio, y yo todo suyo.»

(CÁNT., II, 16.)

El soberano reino del amor consiste en poseer el alma á Jesús y ser poseída de Él. Esta es la vida de unión entre Jesús y el alma, alimentada por el don recíproco de sí mismo. Mi muy Amado es para mí en el Sacramento un don entero y perfecto, personal y perpetuo: esto mismo debo ser yo para Él.

I

Dilectus meus mihi. En todos los demás misterios, mediante cada una de las gracias, el Señor nos otorga algún don; su gracia, sus merecimientos, sus ejemplos; pero en la sagrada Comunión se nos da Él mismo enteramente; se da á nosotros con sus dos naturalezas, con la gracia y el mérito de los estados en que vivió. ¿Qué don es éste? *Totum tibi dedit qui nihil sibi reliquit.* «Aquel te lo da todo que no

se *queda para sí con nada.»* ¿*Y no es éste el don* que nos hace Jesús en la Eucaristía? ¿Qué pudo mover á Nuestro Señor á darse á nosotros de esta manera sino el amor sin límites á los hombres en que está abrasado su divino Corazón? ¡Oh Corazón de Jesús, Corazón infinitamente dadivoso! ¡Sed por siempre bendecido y alabado!

Jesús se nos da á todos en particular, amándonos á cada uno de nosotros. El amor que se nos muestra á muchos en general, poca impresión nos causa; pero á los testimonios particulares que se nos dan de afecto, no sabemos resistirnos. Cosa admirable y hermosa es que Dios ame al mundo; pero el amarme á mí, el decirme que me ama y darse del todo á mí para convencerme del amor que me tiene, éste es el triunfo del amor. Porque Jesús viene para mí, y aun podría decir que *vive sólo* por *mí*. ¡Oh amor! ¿Qué os daré yo en pago? ¡Yo, mísera criatura, objeto de las miradas de Jesucristo! ¡Yo, término de su amor! Vivid, pues, y reinad en mi ¡oh Dios mío! No quiero que me hayáis amado en vano.

Jamás se arrepiente Dios de otorgarnos este magnífico don; este don es, pues, perpetuo. La dicha que algun día ha de acabarse, siempre lleva consigo temor y tristeza. Si el cielo hubiera de acabarse algún día, no sería verdadero cielo, ni sería pura y sin mezcla de tristeza la dicha del que goza de él. Pero la Eucaristía es un don perpetuo que durará mientras dure el amor que ha movido á Dios á instituirle. Jesús nos le ha prometido formalmente: Jesús sacramentado cerrará la serie de los siglos, y sean cuales fueren los accidentes de los tiempos, estará con su Iglesia hasta la consumación de los siglos.

¡Qué dicha la mía, tener en mi compañía, poseer, tener por mío al mismo Jesús! ¿Quién podrá jamás arrebatarme á mi Jesús? Semejante al sol, por do quiera le veo; todas las cosas las alumbra y vivifica. Es compañero de mi destierro, es pan en mi peregrinación, y me seguirá y me sostendrá hasta llegar al puerto de salud. ¡Oh dulce destierro, amable viaje en compañía de Jesús!

II

Et ego illi. Así como Jesús es todo mío, yo debo ser todo de Jesús; pues de otra manera no podría haber verdadera sociedad entre Jesús y yo.

Mas como Jesús no piensa ni obra sino por mi bien, yo no debo pensar ni obrar sino por Jesús. Jesús debe ser, pues, la inspiración de mis pensamientos, el objeto de mis conocimientos (pues sin esto, mi espíritu, no sería de Él), el Dios de mi corazón, la ley, el centro de mis afectos: todo amor que no sea según Él, todo afecto que no proceda de Él, que no permanezca en Él y que no le tenga á Él por fin, impide la unión perfecta de mi corazón con el suyo. No puede decirse que le doy todo mi corazón, si me reservo alguna parte de él.

Jesús debe ser la regla soberana de mi voluntad y de mis deseos. Quiero todo lo que Él quiere, y mis deseos serán según los suyos. El pensar en Jesús debe regular todos los movimientos de mi cuerpo, y el considerar que está presente á mis ojos debe imponer la modestia á mis sentidos. Este es el mandamiento puesto en práctica: *Dilige,* amarás á Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas.

El amor es *uno* en el afecto, universal en sus obras; todo lo hace según un solo principio, que aplica á todos los deberes por varios y numerosos que sean.

¿No soy todo de Jesús? Así lo exige la justicia, y más aún el amor y la palabra que he empeñado, y que Jesús ha aceptado y ha sancionado otorgándome gracias y favores.

Jesús se ha dado á mí enteramente: así, le debo yo todo mi ser, toda mi persona. Si he de hacerle este don, necesario es que renuncie á ser fin de mí mismo en cada una de las cosas, y que renuncie á estimarme á mí mismo como término de mi estimación, es decir, á estimarme á mí mismo en razón de mis cualidades ó de mis talentos ó de las buenas obras que puedo hacer, sin referirlo todo á Dios. Es necesario que renuncie á todo afecto que se funde en mí con la delicadeza de una esposa que sólo quiera mirar el corazón, y sólo admitir obsequios de su esposo. No quiero el afecto de los demás sino para conducirlos á Jesús, único que merece ser el fin de los afectos del corazón.

Darle toda mi persona es renunciar á mí mismo en los placeres, ofrecérselos á Jesús en mis penas, guardar para Él solo el secreto de ellos. Sólo entonces vive Jesús en mí: cuando refiero yo á Él la estima y el afecto de que soy objeto; si no lo refiriera todo á Él, yo sería quien viviría en mí, y no Jesús.

Finalmente, para corresponder al don perpetuo que Jesús nos hace de la Eucaristía, debo ser siempre suyo. Los motivos que tengo para amarle siempre son los mismos que me han movido á empezar á amarle, y estos motivos son cada vez más poderosos, cada vez mas urgentes, porque cada día que

pasa Dios renueva los prodigios de amor para conmigo.

Debo, pues, ser suyo totalmente, lo mismo en una vocación que en otra, en cualquier estado en que se halle mí espíritu, lo mismo en el dolor que en la alegría, en el fervor que en la sequedad, en la paz y en las tentaciones que en la salud y en la tribulación; Jesús se da á mí en medio de todas estas circunstancias: yo debo, pues, ser suyo, lo mismo en las unas que en las otras.

Pertenezco á Dios, cualquiera que sean las obras en que me ocupe: las diversas obras que la Providencia me impone, sólo son apariencias exteriores, formas de vida diferentes: Jesús se da á mí en todas ellas; y así me pide que en todas ellas le haga el don de mí mismo.

¿Quién podrá separarme de la caridad de Dios que está en mí, que vive en mí, que me impulsa y mueve á amarle? Ni la tribulación, ni la angustia, ni el hambre, ni la desnudez, ni el peligro, ni la persecución, ni la espada: todo lo venceré por amor de Aquel que nos ha amado tanto antes que nosotros pudieramos amarle.

III

Tres son las maneras con que podemos ser de Jesús.

Hay un amor á la ley, que cumple el deber y se contenta con esto. Este amor es necesario á todos, es el amor de la conciencia, que consiste en no ofender á Dios. Puede haber en él grados y elevarse á gran perfección.

Cuando consideramos lo que Dios tiene derecho á

exigir de nosotros por ser Criador, Redentor y Santificador nuestro, no podemos menos de admirarnos de que aun este primer amor quiera Dios recompensarlo. Sin embargo, su bondad lo recompensa, y el que lo practica con fidelidad alcanza la bienaventuranza del cielo. Mas ¡oh dolor! muchos, aun á vista de esta recompensa, se niegan á practicarlo.

Hay además un amor de adhesión. Este amor es el que anima á tantas almas santas que viven en el siglo y que practican en él las virtudes propias de la vida cenobítica; vírgenes fieles, verdaderos lirios en medio de espinas; esposas amantes que rigen su familia con la mira puesta en Dios, que sólo educan sus hijos para el cielo; viudas consagradas á servirle con obras de oración y de caridad del prójimo; este es el amor que gobierna á los religiosos en los monasterios: amor grande, libre y afectuoso, que impulsa al alma á ponerse confiadamente en las manos de Dios; amor que da mucha gloria á Dios: este amor es el apostolado de la bondad divina.

Pero sobre todos estos amores domina el soberano amor del corazón. Este amor del cristiano es aquel que no sólo da á Dios su fidelidad, su piedad, su libertad, sino también le sacrifica todos los placeres de la vida; aun el gozo, el deleite legítimo de vivir vida piadosa, la paz de la vida cristiana, el contento que produce en el ánimo la práctica de las buenas obras, de la oración y de la Comunión.

¿Quién es el que ofrece á Dios en sacrificio sus propias alegrías y placeres espirituales? ¿Quién piensa en renunciar á estas alegrías, á estos placeres íntimos y personales? El que sufre amorosamente y en silencio por Jesús, teniéndole á Él por único amigo, buscando consuelo y protección sólo en Él

Mas ¿será esto posible? Sí, posible es al verdadero amor. En esto consiste la verdadera ternura del amor, su verdadero poder y aun su inefable dicha: *Superabundo gaudio in omne tribulatione nostra.* «De alegría rebosa mi corazón en medio de todas mis tribulaciones,» exclamaba aquel gran amador de Jesús.

¡Ojalá podamos decir como él: Jesús me basta; fiel soy á su amor: toda mi vida consiste en amarle!





LA COMUNIÓN, SACRAMENTO DE UNIDAD

Sicut tu, Pater, in me, et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint.

«Como tú en mí y yo en tí ¡oh Padre! sean todos uno en nosotros.»

(JOANN., XVII, 21.)

El coronamiento de la rehabilitación obrada por la sagrada Comunión es la unión de Dios con nosotros. ¡Qué significado tan profundo encierra por sí sola la palabra comunión! No quiere decir unión moral, unión de afectos, de amistad, sino unión de substancias, unión la más próxima y semejante á la unión hipostática, excepto la maternidad divina.

En la Encarnación la naturaleza humana se unió á la naturaleza divina en unidad de persona, y viendo el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo veíamos á Dios. Ahora Jesús, Dios y hombre, viene á nosotros y obra un milagro semejante al que se obró en el seno de María. Hablando de la dignidad del sacerdote, decia San Agustín: *O dignitas venerabilis sacerdotum, in quorum manibus, velut in utero Virginis de novo incarnatur!* De las manos del sacerdote vie-

ne la Eucaristía á nuestro cuerpo, y uniéndose con nosotros prolonga, extiende la Eucaristía á cada uno de los hombres en particular. Cuando el Verbo divino tomó carne en María, tuvo presente esta encarnación en cada uno de nosotros. y uno de los fines de su venida á este mundo ha sido el unirse con nosotros en la Comunión: la Comunión es, pues, el desarrollo, la difusión del misterio de la Encarnación; así como es el complemento del augusto sacrificio del Calvario, renovado constantemente en el santo sacrificio de la Misa. Jesús desciende, pues, al altar en la consagración para unirse con el sacerdote y con los fieles; y un sacrificio, sin Comunión, sería sacrificio incompleto.

El cuerpo de Jesús se une, pues, con nuestro cuerpo; su alma con nuestra alma, y su divinidad está sobre nuestro cuerpo y sobre nuestra alma. Nuestro cuerpo está, por decirlo así, en el cuerpo de Jesús; y siendo este cuerpo el más noble y el más digno, nos envuelve y nos señorea: estamos revestidos de él, es el cuerpo de nuestro cuerpo, su sangre circula por nuestras venas, y nosotros nos unimos con él en unión inefable. ¡Qué magnífica maravilla esta unión de un cuerpo glorioso, resucitado, con nuestra pobre naturaleza! Este espectáculo lo contemplan Dios y los ángeles; nuestros ojos terrenos no lo ven, porque es espectáculo digno del cielo. Cuando se funden dos cirios bajo la acción del fuego, ambos se mezclan y llegan á ser una sola cosa; sin embargo, los elementos de cada uno de ellos permanecen distintos y podrían ser separados de los del otro. Esta es la unión que se consuma en la sagrada Comunión. Cuando se destruyen las especies sacramentales, dejan de estar presentes corporalmente dentro de nos-

otros; pero si el pecado no lanza de nosotros mismos á Nuestro Señor, nuestro cuerpo sigue participando de la virtud del Cuerpo de Jesús, del cual recibe fortaleza, gracia, integridad, buenos hábitos, viviendo así de la savia de Nuestro Señor y haciéndose espiritual. ¿No conocéis, por ventura, que después de la Comunión están amortiguadas vuestras pasiones, y que la paz reina en vuestros miembros? Hay fiebres muy ardientes que se curan por medio del hielo. Así nos libra Jesús del ardor de la concupiscencia mediante la pureza de su cuerpo virginal. Dice San Cirilo que, gracias á la sagrada Comunión, llegamos á ser consanguíneos de Cristo: *consanguinei et concorporei*. La sangre de Jesucristo circula en nuestras venas, somos convertidos en Jesús: *Non ego mutabor in te; sed tu mutaberis in me. Inmiscemur*, somos mezclados con Jesús—dice San Crisóstomo.—Dejemos, pues, á nuestro cuerpo formarse en este molde divino y germinar en él para la gloria.

Y del alma, ¿qué diremos? Jesús va derecho á nuestra alma, y le dice: Desposarte he, para siempre. *Sponsabo te sempiternum.* En el alma es sobre todo en quien Dios tiene puesta la mira. El cuerpo es sólo la antecámara del alma: es el primero que recibe honor, pero Jesús pasa de largo por él. El alma recibe á Jesús y participa de su vida divina: está como perdida en Nuestro Señor. Empieza Jesús dándole á gustar cierto sentimiento de su bondad, que la penetra toda ella, sin pedirle nada en cambio. Este sentimiento de felicidad lo siente el alma inmediatamente, si considera con atención la bondad de Dios y no ve más que á esta bondad: Jesús es semejante al sol de la mañana, que al nacer da vida y alegría á la naturaleza entera.

Dios Nuestro Señor desea comunicarse á los hombres con la mayor abundancia posible, porque cada uno le recibe según la medida de sus disposiciones y capacidad. Á las almas bien dispuestas les da vida fuerte, resoluciones generosas, que las impulsan á jurar eterna fidelidad á su Esposo. Desde entonces estas almas sólo *buscan su beneplácito, lo que* puede agradarle; todo lo miran con los mismos ojos que el Salvador, con aquella mirada tan delicada con que Jesús *discierne las cosas que se refieren á la gloria* de su Padre; mirada que ve todas las cosas desde un punto de vista divino. El alma que no tiene este sentido delicado, se busca *á sí misma en todo*, y ni aun en la Comunión piensa más que en los consuelos que podrá sacar de este Sacramento. La delicadeza es la flor del amor.

Jesucristo comunica además al alma delicada la gracia de olvidarse y de renunciar por completo á sí misma. Es necesario que el alma que comulga llegue á amar á Jesús por ser Él quien es, que sepa darse sin preguntar qué recibirá en cambio. El amor que pide la recompensa de todo cuanto hace, no es verdadero amor. Vivir uno de Jesús para sí, bueno es, pero es mucho mejor vivir de Jesús para Jesús. Mirad lo que Jesús pregunta á San Pedro: «¿Me amas tú?—Si os amo, Señor.—¿Me amas tú más que los otros?» San Pedro lloró entonces, y con aquellas lágrimas confesó su ardiente deseo de amarle más que los otros. Jesús se dió por satisfecho y le encargó que apacentara sus corderos y sus ovejas; le puso en los hombros la carga más pesada que jamás ha llevado hombre alguno, y en recompensa de este trabajo no le prometió cosa ninguna: quiso que se olvidara de la recompensa. Á los que verdadera-

mente aman á Dios, el Señor les pide que se nieguen á sí mismos y se pongan generosamente en sus manos, sin mirar su propio interés espiritual ó corporal, temporal ó eterno. La desconfianza, el pedir prendas, el reservarse algo para sí, signos son ordinariamente de pereza. Decir á Dios que le amamos cuando rebosan en nuestra alma los tiernos afectos, poco es; en las tribulaciones es cuando especialmente debemos clamar, diciendo como Job: *Etiam si occideris me, in te sperabo*. En este caso damos de lo que es nuestro; en el anterior damos de la abundancia que Él nos ha dado. Claro es que Dios Nuestro Señor no busca su bien cuando nos muestra el amor que nos tiene, pues no tiene necesidad de nosotros, y que sólo nos ama por nuestro bien, para hacernos dichosos.

Jesús nos pide todas las cosas: así, pues, si queremos amarle verdaderamente, no nos detengamos á pensar lo que hemos de recibir si le amamos verdaderamente como Él nos ha amado. Mas ¿queremos decir en estas palabras que no obtendremos recompensa ninguna por esta absoluta entrega de nosotros mismos? De ningún modo. Nuestro Señor nos pide todas las cosas para darnos luego más todavía. Es como una madre que, para probar el amor de su hijo, le pide los juguetes y luego le da otros mejores, contenta de ver que su hijo le ama sobre las demás cosas.

Animo, pues; dad todas las cosas á Nuestro Señor ¡oh almas que vivís de la vida de la Comunión! vuestras obras, vuestros merecimientos, vuestro corazón con todos sus afectos, aun los más legítimos. Esta donación es difícil, es la agonía del pobre corazón humano; pero cuando pensamos en quién es

Aquel que la recibe, ¿habrá alguno que vacile en hacer semejante sacrificio?

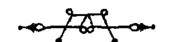
La Comunión es además el medio por el cual Nuestro Señor obliga á su Padre para con nosotros. Si el Padre celestial no nos recompensara más que en consideración á nuestros merecimientos personales y en razón de criaturas, jamás podríamos esperar otro premio que la felicidad natural. Pero Nuestro Señor ha hecho sociedad con nosotros, y estrecha y renueva esta sociedad mediante la sagrada Comunión: de esta suerte atestigua á su Padre el amor que nos tiene y su deseo de permanecer unido con nosotros; y el Padre queda obligado á coronarnos juntamente con su Hijo. El Padre no puede separar la cabeza y el corazón de los demás miembros del cuerpo místico de Jesús; y así es tan fácil la entrada en el cielo, gracias á la sagrada Comunión, que casi podríamos decir que nos introduce en la gloria por sorpresa.

He aquí, pues, lo más sublime que hay en la Eucaristía: Jesús sólo vino al mundo para dar gloria á su Padre celestial, y después, cuando subió al cielo, no queriendo que su Padre dejase de recibir el honor que le es debido, y prolongándose y multiplicándose en los que comulgan, presenta á su Padre este honor, y le dice: «He venido á sentarme á tu diestra en la gloria, pero tomo de nuevo carne en todos estos cristianos para honrarte en ellos y por ellos: quiero que ellos y yo seamos uno solo para vuestra gloria.»

¡Quién no se admirará considerando cómo sabe Dios unir la gloria de su Padre celestial con nuestra felicidad! ¡Quién podrá comprender esta maravilla del amor de Jesús á su Padre y á nosotros! ¡Qué

divina industria ésta de que se vale el Salvador para darnos parte en su gloria y hacernos acreedores á más abundante recompensa!

Sea, pues, la Comunión el centro de nuestra vida y de todas nuestras obras. Vivid para comulgar, y comulgad para vivir santamente y glorificar á Dios en vosotros, que Él os glorificará magníficamente en su bienaventurada eternidad.





LA VIDA DE AMOR

Nos ergo diligamus Deum, quoniam Deus prior dilexit nos.

«Amemos, pues, á Dios, pues Dios nos amó primero á nosotros.»

(I Joann., IV, 19.)

El alma que desea subir á la cumbre de la perfección evangélica y llegar á vivir la vida de Dios, debe, desde el principio, fundarse en el amor, porque es verdad cierta que el amor da la vida: como es el amor así es la vida. No hay sacrificio excesivo para el amor. Así sucede en la naturaleza humana; conquistado el corazón, fácilmente se consagra y se da todo el hombre: ganado el corazón, ganado está todo el hombre.

La principal de nuestras pasiones, la que subyuga á todas las demás, es el amor. Cuando amamos algún bien, nos dirigimos á él; al punto que tememos ó aborrecemos alguna cosa como á mal, huimos de ella; tan pronto como esperamos algún bien ó tememos algún mal inevitable, surge en nosotros la alegría ó la tristeza: el amor va siempre delante de los

movimientos de las pasiones y las arrastra á todas ellas.

Así nos lo enseña la naturaleza: la madre que desea que su hijo la obedezca, empieza por moverle á que la ame, y para conseguir su amor le ama ella misma primero.

Esto hace Dios con el hombre, que es criatura suya.

Dios ha puesto el poder del hombre en su corazón, y no en su entendimiento ni en su cuerpo; el Señor se ha con el hombre como la madre con su hijo. Manifiéstase al hombre en sus dones y beneficios: todo lo ha criado para servicio suyo.

Más tarde se hace visible en la encarnación del Verbo al hombre decaído. Jesucristo ama al hombre; manifiéstale que el amor es lo que le ha movido á descender del cielo, á ser su compañero, su hermano, á vivir con él, á tomar sobre sí sus penas y trabajos y á adquirirle las riquezas de la gracia y de la gloria. Jesús es, pues, la manifestación que Dios hace al hombre de toda su bondad y caridad.

Por amor al hombre muere en lugar suyo, haciéndose prenda y víctima por sus pecados.

Por no separarse del hombre aun estando en la gloria, instituye, después de haber consumado la obra de la redención, el Sacramento de la Eucaristía, que perpetúa su presencia en la tierra y da vivo testimonio de la vitalidad de su amor.

Delante del pecador va Jesús ofreciéndole el perdón cuando el pecador le ha ofendido, y el pecador jamás se arrepentiría de sus culpas si en su corazón no pusiera el Señor este sentimiento de amor. Y si con diabólica malicia el pecador rehusa la gracia del perdón por no verse obligado á enmendarse, Jesu-

cristo le cubre con el manto de su misericordia y le sustrae á los golpes de la justicia de su Padre, implorando gracia y paciencia en favor suyo, sin que su bondad se canse, esperando años y más años; y cuando el corazón del hombre se abre al arrepentimiento, Jesús, semejante al padre del hijo pródigo, sólo tiene palabras de amor para con él. ¡Cuán bueno es Jesús! ¿Será posible que nosotros le ofendamos, y le afligamos, y nos neguemos á corresponder á su amor?

II

Mas lo que da mayor fuerza y virtud al amor de Dios, es que este amor se fija y se determina en cada uno de los hombres como si cada uno de ellos fuera el único hombre que viviera en el mundo.

Si el hombre estuviera bien penetrado de estas verdades, á saber: que Dios le ama personalmente; que por amor á él solo ha criado el mundo con todas sus maravillas; que por amor á él solo se ha hecho hombre, ha querido ser su guía, su siervo, su amigo, su defensor, su compañero en el viaje del tiempo á la eternidad; que por él solo ha instituído el Bautismo, mediante el cual se hace el hombre, gracias á los méritos y gracia de Jesucristo, hijo de Dios y heredero del cielo; que á él solo le da su persona, su Espíritu Santo y sus dones; que sólo él recibe en la Eucaristía la persona del Hijo de Dios, las dos naturalezas de Jesucristo, sus dones y gracias; que para que expíe los pecados que ha cometido, hay una Víctima propiciatoria, omnipotente, y que sin cesar está inmolándose; que Dios ha instituído para él el sacramento de la Penitencia como eficaz reme-

dio en todas sus enfermedades, como bálsamo de resurrección y de vida; que para santificarle ha instituído el sacerdocio, que ha llegado hasta él mediante una sucesión nunca interrumpida; que ha querido santificar y divinizar el estado del matrimonio y hacerle símbolo de esa unión con la Iglesia; que le tiene preparado un viático, fuente de fortaleza y suavidad para cuando llegue su última hora; que ha puesto á disposición del hombre á sus ángeles y á sus santos, y aun á su augusta Madre, para guardarle, ayudarle, consolarle y sostenerle; que Él ha preparado un trono magnífico en el cielo, donde está dispuesto á colmarle de honor y de gloria; donde el hombre tendrá por manjar la visión beatífica de la Santísima Trinidad, cara á cara, sin velos: si el hombre estuviera íntimamente poseído de estas verdades, el corazón debía rompérsele de amor, y vivir de amor y consumirse de amor en Dios. ¿Es posible ¡oh Dios mío! que haya siquiera un solo pecador, un solo hombre ingrato en el mundo? Pero ¡oh desdicha! no conocemos tu amor, tememos conocerle íntimamente; huímos de él porque somos esclavos de las criaturas ó de nuestro amor propio. Idolatramos en nuestros cuerpos; queremos que el mundo nos ame, deseamos participar de sus placeres, obtener sus aplausos y su gloria; queremos, en suma, vivir para nosotros mismos.

¡Oh adoradores de Dios! Dejad á los esclavos del mundo servilmente encadenados á su carro triunfal; declarad la guerra á los enemigos de nuestro Dios; sacrificad vuestro amor propio; sujetaos á la ley del amor, y jamás habréis saboreado felicidad más cumplida que ésta. La virtud será en vosotros una necesidad, será como natural en vosotros; amaréis los

combates que supone la práctica de la virtud, y os parecerán muy dignos de ser amados los sacrificios. El amor es el triunfo de Dios en el hombre y del hombre en Dios.

III

Toda la perfección del adorador consiste en darse á Dios incesantemente, por amor, pues su vida no es más que una creación continua de la bondad de Dios, un tejido de beneficios recibidos del mismo Dios. Cuanto más puro sea vuestro don, será tanto más perfecto. Dejaos, pues, de reservar cosa alguna para vosotros mismos y de poner condiciones en el servicio de vuestro Rey divino. Amar con pureza es amar á Jesús por sí mismo, por ser quien es, digno por todo título de nuestro amor. «¿Puedo, por ventura—dice San Francisco de Sales—aproximarme á alguna persona para hablar con ella, para verla mejor, para obtener de ella alguna cosa, para percibir el buen olor que consigo lleva, para apoyarme en ella? Entonces me llego á ella y me uno con ella; pero mi principal deseo no es el acercarme y unirme á ella, pues esta unión ó aproximación la considero como medio para obtener alguna cosa. Mas si me llego y me uno á ella solo porque deseo estar más próximo á ella y gozar de esta unión, entonces esta unión será pura.» «Jacob—dice San Bernardo—tenía á Dios consigo, y le dejó de buen grado con tal de recibir su bendición; mas la Esposa de los Cantares no le dejará por ninguna bendición: *Tenui eum, nec dimittam;* porque no quiere las bendiciones de Dios, sino al Dios de toda bendición, diciéndole con David: «¿Qué hay en el cielo para mí, qué he de que-

rer acá en la tierra sino á ti? Tú eres el Dios de mi corazón y mi herencia para siempre.»

Mas ¿cómo podremos llegar á esta vida, á este estado de amor? Muy fácilmente. El hombre es de suyo amor; no aprende á amar, sino ama y se da á sí mismo. Pero lo que aviva el amor, lo que le nutre y le eleva á la categoría de la más noble entre todas las pasiones, es la vista, la contemplación del objeto amado; es la verdad conocida en su bondad y en su belleza; es la bondad manifestada individualmente á cada uno de nosotros. San Pablo, por ejemplo, vió á Jesucristo, le oyó, entendió el amor que le puso en la cruz, y no pudo menos de exclamar: «Jesús me ha amado y se ha entregado á la muerte por mí.» *Christus dilexit me, et tradidit semetipsum pro me.* Esta consideración le conmovió hasta hacerle derramar lágrimas; su corazón se dilató bajo la acción poderosa de este fuego del amor de Jesús. Por su parte quiso hacer cosas grandes por Aquel que tanto le había amado, y llamó en su auxilio á los más penosos sacrificios; desafió á todos los tormentos, á todas las potestades, afirmando que nada bastaría para separarlo del amor de Jesús.

Charitas Christi urget nos. La caridad de Cristo le urge y le estrecha. El mundo entero es pequeño en comparación del fuego de su amor: hubiera querido amar con el corazón de todos los ángeles y de todas las criaturas del mundo. Así se consagra á convertir á las almas y á llevarlas á todas á Jesús. Este es el fruto natural y sencillo que produce el que verdaderamente ama á Dios, el que quisiera amar á Dios tanto como Dios le ama, amar á Jesús tanto como Jesús merece ser amado.

¿Queréis, pues, vosotros vivir del amor y ser di-

chosos en esta vida de amor? Pues permaneced pensando constantemente en la bondad de Dios, siempre nueva para con vosotros, y seguid en Jesús las obras del amor con que os ama. Empezad todas vuestras obras con un acto de amor; empezad á adorarle haciendo un acto de amor, y de esta suerte abriréis dichosamente vuestra alma á la acción de Jesús.

Si por ventura os detenéis en el camino, la razón es porque empezáis por vosotros mismos; y aun habréis errado el camino si hubiereis empezado haciendo actos de otra virtud diferente del amor. ¿Acaso el niño no abraza á su madre antes de obedecerla? La única puerta del corazón es el amor.

Cuando hayáis de cumplir algún penoso deber, empezad haciendo un acto de amor, y decid de esta manera: «Os amo ¡oh Dios mío! más que á mí mismo, y en prueba de mi amor, voy á hacer esta obra de caridad, este acto de abnegación, de paciencia.» Cuando vuestro corazón haya producido este acto de amor, esa acción difícil será como hecha en la presencia de Dios, y se habrá mudado su naturaleza respecto de vosotros. La causa del trabajo que nos cuesta la práctica de las buenas obras, la que sostiene la repugnancia que sentimos en el cumplimiento de nuestros deberes, en el ejercicio de la virtud, es el amor propio: mas el primer efecto del amor de Dios, que reina en un alma, es hacer guerra incesante al amor propio, es decir, á la sensualidad de la vida, á la ambición del corazón, al orgullo del espíritu, al espíritu del mundo, que es todo mentira y egoísmo.

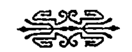
A medida que es más poderoso el amor divino en el corazón humano, el hombre se torna más valiente y esforzado. No se satisface con huir el mal, toda-

vía aspira á más: pone la mira en la mortificación, en la inmolación de la propia persona, que es el perfecto dominio y completo desasimiento del hombre sobre sí mismo.

El segundo efecto del amor es dirigir habitualmente la vida, ser la regla inflexible é invariable de todas las obras del hombre.

¿Qué es, por ventura, lo que en este momento desea Nuestro Señor? ¿Hay tal pensamiento en este deseo, en esta obra algo que se ordene á la gloria de Dios, á su santo servicio?

Esta es la ley del verdadero amor. No mira lo que él mismo da, sino lo que se merece el objeto de su amor.





LA PERFECCIÓN DEL AMOR

Suspectus est mihi amor cui aliud quid adipiscendi spes suffragari videtur.
Amor habet praemium, sed id quod amatur. Praeter se non requirit causam, non fructum; amo quia amo; amo ut amem.

«El amor que espera obtener otra recompensa que el mismo amor, amor sospechoso es; la recompensa del amor es el objeto amado. El amor no necesita ninguna otra causa, ningún otro fruto que el mismo amor; amo porque amo, amo para amar.»

(S. Bern., Ser. LXCV, in Cant.)

Hay dos clases de amor de Dios; el primero ama á Dios para sí, en razón de los beneficios que nos ha otorgado y de la recompensa con que nos ha de premiar en el cielo. Ámase á sí mismo en Dios: éste es el amor de la ley. Este amor es bueno, muy bueno; es el que se nos exige en el primer mandamiento. En rigor, no es posible exigir más: el que ama de esta suerte se salva. Este amor glorifica la bondad, la liberalidad, la munificencia de Dios para con nosotros, cosa por cierto muy buena.

Pero el reconocimiento á los beneficios singulares que Dios concede á ciertas almas, pide á estas almas mucho más. Habéis sido enriquecidos por Dios con su gracia; no solamente os ha dado las gracias de que habéis necesidad, sino os las ha dado con exceso. No os contentéis por vuestra parte con ser como el jornalero, el doméstico ó el mercenario, pues las gracias que habéis recibido os dan derecho para ser hijos de Dios. El hijo de familia trabaja, no sólo por la paga, sino además por amor. Su ley es el amor, y el amor no reconoce límites. «La medida del amor es amar sin medida», dice San Bernardo: *Modus diligendi Deum est diligere sine modo*. Verdad es que Dios no nos ha obligado á tanto, pero es por dejar en nuestra mano el alcanzar la felicidad de amarle más que lo que Él nos manda que le amemos. ¡Qué vergüenza para nosotros que Dios tenga que ordenarnos que le amemos! ¿Habremos menester que nos diga á nosotros, criaturas racionales, á quienes ha colmado de beneficios, que hemos visto el inmenso amor que nos tiene; habrá de ser preciso que nos diga: «Me amarás sobre todas las cosas, mas que á las riquezas y á los placeres, y en premio de este amor yo te daré el Paraíso?» Pero ¡ah! ni siquiera este amor da el hombre á su Dios.

Y nosotros, á quienes Dios llama como á amigos suyos, ¿hemos de contentarnos con tan poco? De ningún modo: Dios nos muestra su liberalidad para que nosotros por nuestra parte seamos liberales para con Él. Nos deja que le amemos cuanto podamos; esta libertad de que gozamos para amarle, nos impulsa al heroísmo del amor, á agradarle, á prepararle amorosas sorpresas, á darle mucho más que lo que le daríamos si nos fijara el amor con que había-

mos de amarle. Nos ha dicho: *Sponsabo te mihi in sempiternum.* «Me desposaré contigo para siempre.» La esposa debe darse enteramente á su esposo, perder por él todas las cosas, dejarlo todo por él: la patria, los padres, la familia, y aun el propio nombre y personalidad. *Erunt duo in carne una.*

Pero el amor puro de Dios es aquel que dice: «Os amo, Dios mío, por ser Vos quien sois, y sólo por ser Vos quien sois. Este amor no excluye el deseo y la esperanza del cielo, pero este deseo y esta esperanza no son el motivo habitual y principal del amor. Bien sabemos que, en siendo nosotros generosos con Dios, Dios será generoso con nosotros; pero solemos decir: «Aunque, cosa imposible, no hubiera cielo con que recompensar mis buenas obras y mi amor, ¡oh Dios mío! yo os amaría lo mismo que ahora os amo, porque en razón de ser Vos quien sois, merecéis todo mi amor. Mi recompensa es amaros: *Fructus amoris usus ejus.* En todo cuanto yo haga te amaré, pues, y te daré testimonio de mi amor.

Mas ¿qué es todo esto en comparación de lo que debemos á un Dios que tanto nos ama? ¡Qué poco es! Esto hacemos en la vida natural. Mirad á los pobres jornaleros trabajar todo el día en las fábricas, desde la más tierna edad, para ganar el sustento de sus padres y sacrificarse por ellos. Este trabajo les parece fácil, porque trabajan por amor y no piensan en lo que les cuesta. La recompensa que reciben es el amor. *Amor habet praemium, sed id quod amatur.* ¿No hemos de ser así nosotros para con Dios? ¿Hemos de hacer por nuestros padres naturales mayores sacrificios que por nuestro Padre que está en los cielos? Y vosotros, padres y madres, mucho habéis hecho por vuestros hijos; por ellos, y sólo por su

bien, os habéis sacrificado. Pero tales sacrificios todos los hacen. Sucede por ventura en la calle alguna desgracia, y al punto corréis á prestar socorro, desinteresadamente, y aunque sea desconocida la persona á quien vais á socorrer. Pues ¿por qué no padecéis con Jesús cuando oís blasfemar del santo nombre de Dios, cuando veis que se renueva su pasión? ¿Por qué no es sacrificáis por su divina gloria?

Y no se diga que esto es cosa superior á nuestras fuerzas. La primera necesidad del corazón es dar más que aquello á que estamos obligados. «No intentes practicar este amor desinteresado, nos dice sin cesar el demonio. Deja ese amor para los Santos, y no seas tan vano que te creas del número de ellos.»

Pero en esto no hay orgullo. Amad sin medida, y sabed ciertamente que cuanto más améis de esta manera, mejor comprenderéis vuestra propia miseria y la santidad y la majestad de Dios.

¡Qué inconsecuencia la nuestra! Decimos con frecuencia que nuestro deseo es permanecer á los pies de Nuestro Señor, que somos indignos de estar más altos. Pero ¿qué decimos? ¿A los pies de Nuestro Señor? ¿No es éste el lugar de la santísima Virgen? ¿Acaso nos tendremos por dignos de estar á sus divinos pies?

No miréis tanto aquello á que tenéis derecho, lo que creéis haber merecido; antes decid siempre: «Todavía no he hecho bastante; todavía debo amar más, más todavía.» Acá en la tierra nadie merece ser amado por sí mismo, sino por causa del reflejo divino que hay en su ser. Pero Dios es nuestro supremo fin, merece que le amemos por sí mismo: es la santidad, el amor creado, infinito. Conocedle, pues, más y más, amadle cada vez más, que nunca llega-

réis á amarle como se merece que le amemos. Las almas que hacen oración crecen cada vez más en el amor, porque cada vez comprenden mejor quién es Dios, llegan á amarle por el mismo Jesucristo, que inspira su amor y le adorna de sus infinitos méritos; á amarle con un amor en cierto modo infinito, que sólo podrá ser recompensado con un premio infinito y eterno, pues Jesús es quien ama en ellas.

Amad, pues; dad siempre, y nunca temáis dar demasiado. Nuestro Señor no pone límites al amor que aconseja á sus amigos: «Amadme con el amor que mi Padre me ha amado á mí, como Yo os amo á vosotros; permaneced y vivid en el infinito amor con que yo amo á mi Padre.» Amemos, pues, á Dios por sí mismo, por sus excelencias y porque merece ser amado, y sea este amor el norte que dirija y domine toda vuestra vida.

II

Con este fin, en primer lugar, haced todas las cosas por su gloria; rendidle homenaje por todo lo que hay de bueno en vosotros y por todo lo que con vuestras obras hacéis. Mas ¿cuál es el fin de este sacrificio? Dar gracias á la bondad divina, glorificar al amor de Dios. ¿Y cuál la razón de este sacrificio? Dar gracias á la divina bondad, glorificar al amor de Dios. Haced con frecuencia actos de reconocimiento á la bondad divina, dadle gracias y alabadle; exaltadle, no tanto por la recompensa que algún día os dará, cuanto porque es bueno, santo y bienaventurado en sí mismo, porque nos ha dado á conocer su bondad y su felicidad y quiere manifestarse á nosotros.

En segundo lugar, sea su voluntad la regla soberana de todas nuestras acciones. Decid en todo sin vacilar y sin temor: «Dios lo ha querido así, yo también lo quiero. Su voluntad es la expresión de su *bondad para conmigo.» Y cumplid todas vuestras* obligaciones teniendo presente esta idea.

No os inquietéis escudriñando para qué razón querrá Dios que suceda tal ó cual cosa, que esto sería desconfiar de Él y faltarle al respeto debido. ¿Acaso no es la misma bondad y sabiduría? ¿Acaso no quiere mi bien y su propia gloria? ¿Puede haber alguna cosa imprevista á sus divinos ojos?

Inquirir el motivo por el cual Dios quiere tal ó cual cosa, es, en último término, seguir la propia voluntad.

Básteos conocer que Dios quiere alguna cosa, que lo demás no es cosa nuestra. Esto es difícil; pero ¿qué importa? La bondad de Dios lo dispone. «Bástame conocer vuestra voluntad; lo demás de aquí se sigue.»

En esto consiste la obediencia ciega y pasiva: en obedecer sólo porque Dios es nuestro Señor. Esto mismo hizo Jesús durante su vida entera. «La obra que me encomendasteis está consumada. No puedo decir ni hacer cosa alguna sino por mandato de mi Padre.» Jesús vino al mundo sólo porque su Padre le envió, y para hacer en todo libremente y por amor la voluntad santísima de su Padre.

Mas ¿cómo conoceremos la voluntad de Dios? En primer lugar, todos tenéis vuestras obligaciones, los deberes de vuestro estado, sea éste cual fuere. En el tiempo libre, cuando el deber no os impone obligación alguna, también podéis hacer la voluntad de Dios, si verdaderamente le amáis. Quiero amar á

Dios más que á mí misma, dice el alma que ama á Dios. Así, por ejemplo, cuando se me ofrecen dos cosas que me conducen á Dios, haré la que sea más de su divino agrado y la que más trabajo me cueste, y la haré sin vacilar ni desfallecer, pues el alma que verdaderamente ama á Dios quiere en todo y de antemano lo que más agrada á Dios. El que mira á lo que da, no tiene verdadero espíritu de familia: *Hilarem datorem diligit Deus*. Hacer lo que más os agrada y os cuesta menos, amor propio es; es buscar vuestra propia satisfacción. Al corazón que ama nada se le hace duro. Si se os hace muy duro dar á Dios tal cosa, no se la déis, que más vale que no se la déis que dársela contra vuestra voluntad. No me refiero al hombre carnal, que ha de clamar y de hecho clama siempre. Si le arrebatáis todas las cosas y le sacrificáis, bien está que levante el grito; pero no le hagáis caso. La voluntad superior, el hombre espiritual, es quien debe dar el don sin vacilar ni flaquear. En la vida natural, ¡cuántas cosas hacemos que nos cuestan mucho trabajo! Sin embargo, las hacemos sin dirigir cargos á los que nos las exigen. ¿Y no ha de merecer Dios Nuestro Señor que nos hayamos con Él con la misma generosidad?

Por último, y en esto consiste la perfección del amor, el alma enamorada de Dios llega á cifrar las obras del amor sólo en lo que le cuesta trabajo. Hasta aquí el alma se hallaba á sí misma, aun sin buscarse. Hallaba consuelo y fortaleza en trabajar por la gloria de Dios; sentíase dichosa en conformar su propia voluntad con la voluntad de Dios; conocía que iba por el verdadero camino y no había cosa que le causara inquietud, pues gozaba de paz verdaderamente divina. Siguiendo fielmente la voluntad de

Dios, conocía que se mitigaban la curiosidad de su espíritu, los afectos de su corazón y aun las exigencias de los sentidos. Cierto que no estaba libre de penas, pero sentíalas como de paso, pues en el fondo de su alma reinaba una paz soberana: que sólo hay discordia y guerra allí donde no reina Dios como soberano Señor.

Mas ahora el amor puro se ejercita en aquello mismo que sacrifica. Parte del principio que no es verdadero amor sino aquel que nace del sacrificio de uno mismo en todas las cosas, y sabe que la esencia del puro amor consiste en la libre elección de las penas y de los sacrificios. Esto es lo que significaba Nuestro Señor diciendo: «No hay amor más grande que el de quien da su vida por los que ama.»

Cuando el alma se da á Dios de esta manera, Dios le envía penas, y penas incesantes; la abate y anonada para tomar posesión de ella, y ocupa en ella el lugar de ella misma. Y como surge en ella sin cesar la tentación que la induce á recobrar el señorío sobre sí misma, Dios combate esta tentación y hace padecer al alma, y anula al espíritu y sofoca los afectos del corazón.

El espíritu que no quiere rendirse á discreción en manos de Dios, se ve envuelto, por disposición divina, en las tinieblas, asaltado de tentaciones contra la fe, la esperanza, la confianza en Dios, é inducido á la desesperación; y mientras no se rinda del todo y renuncie á su propio juicio, no gozará de verdadera paz. En tal estado del alma nada pueden hacer en su favor sus directores. Estos juzgan y le hablan de la bondad de Dios, pero el alma no la percibe, el tiempo pasado le espanta, lo presente le hace temblar. ¿Qué deberá hacer en este caso? Aceptar la

prueba. Dios quiere que os veáis en este trance sin deciros cuál es la razón de esta su voluntad, y está esperando que le digáis: «Acepto humildemente vuestros designios y me someto á ellos; haced de mí lo que sea de vuestro agrado. ¿Queréis que yo me vea agitado y afligido? Pues este es también mi deseo. Con todo me conformo. En vez de ofreceros las buenas obras que se ofrecen á mis ojos, presentaré á vuestros pies mi propia miseria, que Vos me mostráis. No la amaré ciertamente, pero aun de ella me serviré para glorificaros.» Y entonces estará Dios con vosotros. Dios lo quiere así: ¿qué os importa todo lo demás? Sobre todo, no tratéis de mirar demasiado las cosas. Si dijerais: «Dios me abandona: ¿qué va á ser de mí?», perderíais el juicio. Dios quiere saber si le amáis más que á vuestra propia voluntad, aunque esta vuestra voluntad propia sea sobrenatural: permaneced tranquilos, y aun en el infierno le glorificaríais. ¿Queréis, por ventura, alguna cosa fuera de su gloria?

¿Y el corazón? El corazón es por su naturaleza sensible; hace un momento se hallaba en el paraíso, mas ahora se ve frío y desolado. Decir que amáis os parecerá blasfemia. ¿Pues qué habéis de hacer? ¿Habéis de argüir á vuestro corazón y levantaros contra él? Esto agravaría vuestra aflicción. Decid entonces á Dios: «Cuando yo os amaba en medio de la dulzura ¡oh Dios mío! era muy feliz: ahora me veo en tierra seca y desolada; pero os amaré más que á la dulzura de vuestro amor. Mi corazón me dice que no os amo; pero os he de amar con toda mi voluntad, á pesar de mi corazón.»

Estos terribles asaltos permite Dios que padezcan las almas á quienes Él quiere llevar consigo: no para

satisfacerse, sino para nuestro mayor merecimiento: Dios quiere que seamos afligidos para que adquiramos mayores méritos y seamos dignos de mayor gloria. Si á pesar de todos los medios que empleéis para salir de tal estado, todavía dura la aflicción, conoceréis que procede de Dios. Entonces habéis de decirle: «¿Queréis que os ame más que á toda mi vida espiritual? Pues yo también lo quiero, y me sepultaré vivo.» Esto es preciso si queremos unirnos con Dios. Dios quiere oro, no tierra ni liga. La unión de Dios con el hombre se hace en el fuego de la tribulación. Cuando Dios pone al alma en este camino, adquiere el alma una libertad interior increíble, libertad independiente de toda práctica, de todo estado particular. Su estado es su vida. Dios es quien la ha puesto en él: ¿quién la sacará de este estado?

Quizá digáis: ¿cómo es posible que nos privemos de toda acción, de toda iniciativa? Sí: éstos son los caminos de Dios en las almas á quienes escoge. ¿Acaso no las ama cuanto es posible amarlas? Contentaos, pues, con amaros á vosotros mismos como Dios nos ama, y ponedlo todo en sus manos.

Decid á Dios, con San Buenaventura: «Sé que me amáis más que lo que yo puedo amarme á mí mismo; no pensaré, pues, en mí, y os dejaré á Vos este cuidado: no quiero pensar sino en Vos.» *Scio quia plus quam ego me diligis. De me igitur non curabo, sed solum tuis deliciis inhaerebo: et tu mei curam habeto.* (Stim. Am., p. II, cap. II.)





LA GRACIA DE VIDA

Ait illis (Jesus): Venite post me. At illi continuo, relictis retibus, secuti sunt eum.

«Jesús dijo á Pedro y á Andrés: Seguidme. Y ellos dejaron al punto sus redes y le siguieron.»

(MATTH., IV, 9.)

I

Estas palabras encierran un gran misterio de la vida espiritual, y nos indican que en la vida espiritual hay dos suertes de gracias: una ordinaria y común á todos, que recibimos mediante los Sacramentos, la oración y los demás medios de salud. Esta gracia la tenían Pedro y Andrés cuando Jesús les llamó; estaban en la vía de la gracia ordinaria, hacían penitencia según había predicado San Juan Bautista, y cumplían la ley: esto les bastaba para obtener la salud.

Pero Nuestro Señor los llama especialmente. ¿Para qué? Para darles la gracia de la perfección, la gracia de la propia santificación. Todo el mundo puede salvarse, correspondiendo á la gracia que á todos en

general se da; pero no todos reciben esta gracia, especial de privilegio, que se concede sólo á las almas á quienes Jesucristo ama con un amor singular.

Para corresponder á esta gracia de perfección no basta cumplir la ley, pues esta gracia constituye la vida, la santidad del alma. No todos, repito, la reciben. Todos son llamados á la salud por la ley, pero solamente algunos son llamados á la perfección por el amor.

¡Dichosos los que poseen esta gracia verdaderamente soberana! Todas las almas verdaderamente piadosas puede decirse que la han recibido: á ellas les toca reconocerla y seguirla, y de la manera como corresponden á ella depende su progreso y perfección.

La siguiente comparación hará comprender más fácilmente esta doctrina. En la naturaleza los seres menos perfectos dependen de los más perfectos, y ciertos seres son complemento de otros: se unen á seres superiores, se alimentan de ellos y forman un todo con ellos.

Lo mismo sucede en el orden moral; la sociedad consiste en una jerarquía que consta de gobernantes y gobernados; hay en ella autoridad y obediencia, y sin ambas condiciones no puede existir la sociedad.

Pues así, en el orden natural, hay gracias soberanas, gracias accesorias y gracias complementarias. Las gracias soberanas bastan por sí solas para conducir á la perfección; todas las demás gracias reciben de ellas movimiento y vida: estas gracias son el sello, forman el carácter de una vida. Los Apóstoles recibieron la gracia soberana de seguir á Jesús por amor. Si no hubieran correspondido á esta gracia, quizá habrían podido salvarse, pero no habrían al-

canzado la perfección evangélica. Pero correspondieron á ella, y ésta fué la gracia de santidad que recibieron, la ley de su vida, la condición de su felicidad.

II

La gracia soberana que recibe un alma produce en ella dos efectos: en primer lugar le traza la conducta interior que debe seguir, y además la conduce á una vocación especial.

Esta gracia, que supone muchas otras gracias, formará en ella el carácter de la piedad, de la virtud, de la vida; será la que dé impulso á todas sus obras, de suerte que el alma hará todas las cosas impulsada por un movimiento único.

Así, por ejemplo, el alma cuya gracia soberana sea un afecto dominante á la Pasión de Jesús, pensará habitualmente en los padecimientos de Jesucristo, y sus virtudes, su amor y su vida entera estarán inspirados en la Pasión del Salvador.

En la que haya recibido como gracia soberana la virtud de la penitencia, esta gracia formará su santidad; todo en ella se reducirá á penitencia; este alma vivirá de penitencia; todas sus virtudes tendrán carácter de penitencia y convergerán el foco de su vida.

¿Y por qué da Dios estas gracias? Por una razón divina. El espíritu humano es harto limitado para abrazar todas las virtudes en conjunto; no puede abarcarlas todas con una sola mirada; si todas ellas las mirase á la vez, su mirada sería muy violenta, carecería de sencillez y tendría mucho que padecer. El movimiento de la vida no sería único, no partiría

de un solo centro. Habría en ella líneas paralelas, no rasgos convergentes hacia un centro. Pero dándonos una gracia dominante, Dios quiere dar á nuestra perfección un carácter propio, y esta gracia simplifica nuestra vida y obras, pues abrevia el camino que debemos seguir.

A cada uno corresponde conocer su gracia dominante, y en esto consiste el trabajo interior; esta es la fidelidad á la gracia, de que depende toda la vida espiritual.

III

La gracia mayor, la más excelente de todas las gracias, es aquella por la cual sentimos vivo deseo de recibir la sagrada Comunión. Considerada en sí misma esta gracia, excede en valor á la que nos mueve á considerar la Pasión de Jesús ó cualquier otro misterio, y á la gracia de desear el cielo ó de meditar en la eterna bienaventuranza. La razón es porque su objeto es más perfecto, más capaz para santificarnos y hacernos bienaventurados. En efecto; mediante esta gracia, Jesús está más próximo á nosotros que mediante la que se refiere á los otros misterios. La unión del alma con Jesús es más íntima, la llama de su amor nos cerca por todas partes; sólo nos toca á nosotros juntar nuestra débil llama con este foco para que arda con él.

La gracia de deseo del Santísimo Sacramento es la gracia de las gracias, pues da á la vida un carácter más perfecto. Nos traza un camino más fácil, que nos conduce á los otros misterios, y además les da vida y es la glorificación de todos ellos; encierra la

glorificación de todas las virtudes y de todas las perfecciones.

Memoriam fecit mirabilium suorum. En ella ha compendiado el Señor todas sus maravillas de gloria, de virtud y de santidad. La Eucaristía las encierra, pues, todas.

Esta gracia eucarística es muy común. En la piedad es más común que otras gracias, y entre las almas que se sienten llamadas á la perfección es mucho mayor el número de las llamadas por medio de la gracia eucarística, que el de las favorecidas con todas las demás gracias.

La razón es porque esta gracia es más fácil y está más á nuestro alcance: los medios de que se vale son más suaves y tienen mayor atractivo. Para dirigiros, por ejemplo, por medio de la meditación de la Pasión, es necesario que la hagáis revivir en vuestra alma mediante un poderoso acto de fe y con gran amor, pues es misterio ya pasado y lejano. La gracia de atractivo en orden á la Pasión, separada de la Eucaristía, es gracia de inmolación y de crucifixión.

Por el contrario, la gracia de atractivo á la Eucaristía es gracia de suavidad, de expansión de nuestro amor en Jesús, y claro es que más fácil es esta expansión que no la crucifixión. Desde la Eucaristía iréis al Calvario, á Nazareth, á Belén; pero estos misterios, separados de la Eucaristía, carecen de vida y de presencia actual.

IV

Mas ¿cómo se hace este llamamiento tan poderoso que arrebata en pos de sí todo nuestro ser? Para responderos á esta pregunta os diría que miraraís lo que sucede en lo íntimo de vuestra alma, la cual es en cierto modo educada.

Cuando Jesucristo quiere otorgar á un alma la gracia soberana de la Eucaristía, empieza dándole una gracia de sentimiento; gracia que en los primeros momentos acaso apenas es notada. El sentimiento de alegría que produce en nuestra alma la presencia de Jesús el día de la primera Comunión, ha sido el primer atractivo. Sin que nosotros lo advirtamos, así como el germen se desarrolla insensiblemente debajo de tierra, así crece, merced á nuestra solicitud, este deseo, se aumenta en nosotros y llega á convertirse en una necesidad, en una aptitud, en un espíritu, en un instinto: todo nos conduce entonces á la Eucaristía, y en no recibiendo este Sacramento, nos faltan todas las cosas. El alma poseída de este deseo, dirige su piedad y todas sus virtudes al Santísimo Sacramento, y siente en sí la necesidad de oir Misa y de comulgar, de entrar en las iglesias y ver el tabernáculo, pues experimenta cierto impulso que la lleva en esta dirección. Mas ¿qué impulso es éste? Es la gracia soberana que ha recibido, la cual ha formado en ella cierta educación y ha llegado á ser madre de todas las demás gracias, principio y motor de todos sus actos. Cuando la oís decir que se siente poseída de devoción al Santísimo Sacramento, que sólo se halla bien en su divina presencia, que

esta devoción la practica naturalmente y sin esfuerzo alguno, entonces habla á impulsos de esta gracia soberana.

Esta gracia llega á convertirse en nuestro espíritu, imprime su ser en todos nuestros pensamientos, palabras y obras; todo lo que se refiere á la Eucaristía nos parece mas fácil y agradable, y lo hacemos más cordialmente.

Conviértese en un instinto, en una ley del corazón que influye sobre nuestra vida, que es nuestro guía, que nos conduce á la Eucaristía naturalmente, sin que nosotros lo pensemos.

El espíritu de familia no se para en discursos: lo hemos mamado con la leche, tenemos conocimiento de él por ciencia *infusa*. Pues así nos sucede en la gracia eucarística cuando es nuestra gracia dominante.

Cuando tenemos la dicha de poseer esta gracia, es necesario que por nuestra parte cooperemos con ella, uniendo á la misma gracia nuestra piedad y nuestras virtudes; que, mediante la oración y la contemplación, hagamos que esta fuerza obre y se desarrolle, y que la alimentemos con lecturas y oraciones. Para que una hoguera no se apague es necesario ponerle continuamente leña. Así vosotros, si queréis obtener el mayor aumento de vuestra gracia de vida, aumentad sin cesar su fuerza y seguidla siempre: es tentación del demonio inducirnos á olvidar y perder de vista, por cosas vanas, la gracia dominante que hemos recibido.

Sobre este punto afirmo, sin temor de ser desmentido, que todo el que recibe la sagrada Comunión varias veces á la semana, posee una gracia que le atrae á la Eucaristía, y que esta gracia es su gracia

soberana: la cual dirige á la Eucaristía todas las demás devociones, como hacia su madre y su reina, y las alimenta con la Eucaristía y les inspira el espíritu eucarístico.

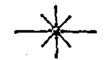
Es necesario corresponder con gran fidelidad á esta gracia, porque si somos infieles á ella, que es la principal, infieles seremos á todas las demás.

Debemos ser también agradecidos; y si la gratitud ha de medirse por la grandeza del beneficio ¿cuál no será la que debemos á Jesús por semejante gracia?

Es además necesario que cooperemos con ella con solicitud constante y perseverante, y que nuestro corazón, nuestro espíritu y nuestra vida obren armónicamente bajo la influencia de esta gracia soberana.

La savia de los árboles en el corazón está, protegida por la madera y por la corteza: como es la vida del árbol, todas las partes de él están dispuestas para conservarla durante los fríos del invierno.

Pues así vuestra savia es la gracia soberana que habéis recibido, la que dará fecundidad á todas las ramas de vuestra vida: conservadla y guardadla cuidadosamente, como conserváis y defendéis vuestro propio corazón, como el alma que es de vuestra vida sobrenatural.





LA VIDA DE JESÚS EN NOSOTROS

Christus, vita vestra.

Jesucristo, vuestra v da.

(Coloss., III, 4.)

Necesario es que vivamos de la Eucaristía: la Eucaristía es amor, y sólo amor: es, pues, necesario que perfeccionemos en nosotros el amor, y que cada uno renueve constantemente su propio foco, á fin de que se inflame á sí mismo más y más. Es necesario que afirmemos en nosotros mismos el amor antes que intentemos comunicarlo fuera de nosotros con actos externos. Toda nuestra vida debe ser, ya que tan frecuentemente recibimos al Amor encarnado, desarrollo y difusión de este amor. El que no procure con diligencia perfeccionarlo en su corazón, jamás avanzará. Sed verdaderos discípulos de Cristo, y vivid de amor. El Espíritu Santo es quien ha puesto en vuestros corazones este espíritu de amor: es, pues, necesario que améis mucho, generosa y soberanamente.

Los dones de Dios son infinitamente varios; sin embargo, ciertas gracias se dan en muchas almas á

quienes quiere santificar por un mismo camino. De aquí nacen las sociedades religiosas, en las cuales se congregan las almas á quienes Dios concede el mismo género de gracias. Vosotros los que queréis santificaros por medio de la Eucaristía, debéis vivir de la misma vida interior y oculta que Jesucristo vive en el Santísimo Sacramento. La Eucaristía es el fruto del amor de Jesús, y el amor radica en el corazón. El mismo Jesús, para hacernos sentir esta verdad, se oculta á nuestros ojos: no percibimos su Cuerpo ni vemos su Sangre, porque en la Eucaristía no hay cosa alguna que se dirija á nuestros sentidos, pues Jesús quiere que vayamos en pos de su amor, que lleguemos á lo más profundo de sù corazón.

En el Santísimo Sacramento practica Jesús las mismas virtudes que practicó durante su vida mortal, pero las practica de un modo invisible y del todo interior. Vive aquí en *continua oración*, contemplando sin cesar la gloria de su Padre y rogándole por nosotros, para enseñarnos que en la oración está el secreto de la vida interior, que es preciso que cuidemos de la raíz del árbol para que podamos aprovecharnos de sus frutos; que la vida exterior, tan estimada en el mundo sólo es estéril flor si no se alimenta de la caridad que la hace fecunda. Contemplad, pues, á Jesús si queréis producir frutos de buenas obras. Dolíanse los Apóstoles de no tener tiempo suficiente para hacer oraciones, y ordenaron diáconos que les ayudaran en su ministerio exterior. Jesucristo, durante su vida, se sustraía á las miradas de la multitud y se ocultaba para consagrarse á la oración y á la contemplación. ¿Hemos de desear nosotros vivir una vida puramente exte-

rior? ¿Somos por ventura más ricos en gracias, poseemos mayor fortaleza para hacer buenas obras que los Apóstoles? ¿Acaso no es para nosotros el ejemplo de Jesús? No: la piedad que no se alimenta de la oración, que no se recoge en su centro, en Jesucristo, para reparar sus fuerzas y renovar su vida, desfallece y acaba por morir.

En vano estudiarán los predicadores sus sermones: que si su palabra no se alimenta de la oración, palabra estéril será. De esta falta de vida de oración viene aquel dicho que suelen repetir los que van á oir el sermón: «Vamos á coger flores.» Pero al sermón no se debe ir por las flores, sino á buscar frutos de virtud y buenos propósitos. Estos frutos sólo maduran con la oración, y sólo con la oración podemos recogerlos. Rogad, pues, á Dios con fervientes súplicas por los ministros de la palabra de Dios; pero no pidáis para ellos más que una sola cosa: *que sean varones de oración*. La oración de una sola alma unida á Jesús que hace oración en el fondo del tabernáculo, puede salvar al mundo.

De Dios procede toda virtud, y sobre todo de la Eucaristía es de donde Jesús se complace en enviar á nuestras almas torrentes de gracia, mediante los ejemplos que en ella nos da. Pero estos ejemplos debemos nosotros verlos y contemplarlos, estudiarlos y entenderlos. ¿De dónde hemos de sacar mayor afecto á la humildad que de la sagrada Hostia? ¿Dónde hallaremos ejemplos más hermosos de silencio, de paciencia, de mansedumbre?

En el Santísimo Sacramento no practica Jesús exteriormente las grandes virtudes de que nos dió ejemplo durante su vida mortal: su sabiduría no se manifiesta en divinas sentencias; su poderío y su

gloria no parecen; su vida eucarística consiste en parecer pequeño, sencillo y pobre. Muéstranos solamente pobreza, mansedumbre y paciencia. ¡Y cuán delicada atención tiene para con nosotros así! En la vida son raras las ocasiones que se nos ofrecen de practicar virtudes heroicas, y á veces carecemos de valor para aprovecharnos de esas ocasiones. ¿Hemos de perder por eso la esperanza, y so pretexto de no poder hacer nada por Dios, dejar la senda de la piedad? Jesús nos da en la vida eucarística el remedio contra esta tentación, y nos enseña que la santidad se ejercita sobre todo en la vida ordinaria. Su humildad y su vida oculta nos enseñan que la vida más perfecta es la vida interior, formada de actos del corazón, de transportes de amor y de unión con las intenciones de Jesús. Dios ama con singular predilección á los humildes, á los que viven á sus pies bajo el influjo celestial de su corazón. Pero la vida de oración no excluye el celo por la salvación de las almas. El alma interior sabe trabajar y vivir recogida al mismo tiempo; obra á lo exterior de un modo interior, como Jesús, que se hace sentir en el corazón sin mostrarse exteriormente. El pecador que acude á Él en la oración, siente la dulzura de su corazón; entre Jesús y el alma se establece una corriente que nadie ve, se entabla un diálogo que nadie oye; nadie conoce la acción de Jesús en lo íntimo del alma, pero no por eso deja de ser verdadera. Sea, pues, nuestro celo á semejanza del de Jesús: oculto é interior.

No tengáis por perdidos los momentos que paséis postrados delante del altar: cuando el grano está enterrado en el surco, entonces se manifiesta su fecundidad: la comunicación del alma con Jesús en la

Eucaristía es la semilla de las virtudes. En nuestros días no faltan personas consagradas á toda suerte de obras de celo: son de todos alabadas, y á veces con exceso; pero vosotros pedid á Dios que lo íntimo del corazón de esos fieles guarde relación con el celo que exteriormente manifiestan, y que estas almas se alimenten de la oración.

Sean vuestras virtudes amables á los ojos del prójimo. Con este fin, procurad revestiros de la mansedumbre de Jesucristo: no hay cosa que más se haga querer que la sencillez sin pretensiones; la virtud que se oculta, que procede silenciosamente, es de todos bendecida; la paciencia que sale del corazón sin dar muestras de violencia, la caridad sincera y como natural, son los frutos de la vida oculta sustentada por la Eucaristía y por la contemplación de los ejemplos de la vida de Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.





EL DON DE LA PERSONALIDAD

Qui manducat me, ipse vivet propter me.

«El que come de mí, vivirá de mí.»

(Joann., VI, 58.)

I

Mediante la sagrada Comunión, Jesús viene á tomar posesión de nosotros, á hacernos cosa suya. Es, pues, necesario, si hemos de conformarnos con sus designios, que pongamos en sus manos todo derecho y propiedad que pudiéramos tener sobre nosotros mismos; que le dejemos la dirección y la iniciativa de todos nuestros actos, que no hagamos cosa alguna por nosotros y para nosotros, sino todo por Jesús y para Jesús.

De esta manera se realiza la nueva encarnación del Verbo en nosotros, y se continúa, para gloria del Padre, la obra que consumó en la naturaleza humana de Jesús. En el misterio de la Encarnación la humanidad de Jesucristo fué privada de este último elemento, mediante el cual cada uno de los hombres es señor de sí mismo, y su propia naturaleza es incomunicable á los demás. No recibió subsistencia ó

personalidad connatural, pero la persona del Verbo reemplazó á la personalidad que la naturaleza humana de Jesucristo habría debido naturalmente recibir. Ahora bien; siendo la persona quien en los seres perfectos obra por su naturaleza y facultades; siendo la persona lo más noble que hay en ellos y la que nos hace seres perfectos y completos, claro es que á ella se refieren todos los actos naturales: ella es el primer principio y de ella reciben todos su valor. Yo mando á las facultades de mi alma, y todos los miembros de mi cuerpo me obedecen: este yo, hombre perfecto, es quien obra y quien hace obrar, y quien es responsable de todos los movimientos, así como de todos los actos de mí ser: mis potencias me sirven ciegamente; el único responsable de mis actos es el principio de donde proceden, porque por él y para él obran todas las potencias de mi ser, y no para sí mismas.

Síguese de aquí que en Nuestro Señor, en quien había dos naturalezas y una sola persona, la del Verbo, estas dos naturalezas obraban por el Verbo, y que aun la más leve acción humana de Nuestro Señor era al mismo tiempo acción divina, acción del Verbo, que era el único que pudo inspirarla y darle infinito valor. Síguese también de aquí que la naturaleza humana no era principio primero de ningún acto, que no tenia interés alguno propio, que no obraba para sí, que no era sino la sierva del Verbo, único motor de todos sus actos: el Verbo quería de un modo divino y de un modo humano, y obraba por medio de cada una de sus naturalezas.

Esto mismo debe suceder en nosotros, ó por lo menos debemos procurar con todas nuestras fuerzas acercarnos á este ideal divino, de suerte que el hom-

bre no obre sino como instrumento pasivo, conducido, guiado por un motor divino, el Espíritu de Jesucristo, mirando al único fin que Dios puede proponerse al obrar, que es el mismo Dios, su propia gloria. Debemos, pues, anonadarnos á todo propio deseo, á todo interés propio, y no mirar sino á la voluntad de Jesús en nosotros, que no es otra que vivir en nosotros para gloria de su Padre, y que se da en la sagrada Comunión para estrechar esta unión inefable.

Cuando el Verbo dice en el Evangelio: *Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem; et qui manducat me, et ipse vivet propter me*, viene á decir: Al enviarme al mundo mediante la Encarnación para ser la persona divina de una naturaleza que no es persona humana, el Padre ha cortado de raíz á esta naturaleza el buscarse á sí misma, para que sólo viva para Él: así, mediante la sagrada Comunión yo me uno á vosotros para vivir en vosotros y para que vosotros sólo viváis para mí; yo viviré en vosotros y llenaré vuestra alma con mis deseos; yo consumiré y destruiré en vosotros toda suerte de propio interés; yo desearé y querré en vosotros, me pondré en vuestro lugar: vuestras potencias serán mis potencias, yo mismo seré quien viva y obre por medio de vuestro corazón, de vuestro entendimiento y de vuestros sentidos: yo seré vuestra persona divina; por ella participarán vuestras obras de una dignidad sobrehumana, tendrán un mérito divino, serán obras dignas de Dios, y merecerán la bienaventuranza, la visión intuitiva de Dios. Seréis por gracia lo mismo que soy yo por naturaleza, hijos de Dios, herederos legítimos de su reino, de sus riquezas y de su gloria.

Cuando Nuestro Señor vive en nosotros por su Espíritu, nosotros somos miembros suyos, somos Él mismo: el Padre celestial se complace en nuestras acciones; mirándolas el Padre celestial, ve las obras de su divino Hijo y se complace en ellas; el Padre, inseparablemente unido á su Verbo, vive y reina también en nosotros; y esta vida y reinado divinos paralizan y destruyen el reino de Satanás: entonces las criaturas dan á Dios el fruto de honor y de gloria que le es debido.

Así, el primer motivo por el cual desea Nuestro Señor que nos unamos sobrenaturalmente con Él mediante la vida de la caridad perfecta, es la gloria de su Padre en estos sus miembros: por esta razón nos llama San Pablo con tanta frecuencia: *membra Christi,* miembros, cuerpo de Cristo; y Nuestro Señor nos dice muchas veces durante la cena: «Permaneced en mí.» Este es el verdadero don que uno hace de sí mismo, pues no permanece en sí quien trabaja por aquel en quien está y está del todo á su disposición.

II

Nuestro Señor desea además esta unión por amor á nosotros, á fin de ennoblecernos por sí mismo, y de comunicarnos algún día su gloria celestial con todo lo que la constituye: el poder, la dicha, la belleza perfectas. Y como Nuestro Señor no puede comunicarnos su gloria sino en tanto que somos sus miembros, y sus miembros son para Él santos, quiere santificarnos para unirnos consigo y darnos parte de su vida gloriosa.

Nuestras obras acá en la tierra llegan á ser obras de

Nuestro Señor y tienen mayor ó menor mérito según el mayor ó menor grado de su unión con las obras de Nuestro Señor; y esta unión está en relación con las costumbres, las virtudes, con el Espíritu de Jesús que vive en nosotros. De aquí aquellas hermosas palabras: *Christianus alter Christus; vivit vero in me Christus*; *non ego solus, sed gratia Dei mecum*. «El cristiano es otro Cristo; Jesús vive en mí: no soy yo sólo quien obra, sino su gracia conmigo.»

Esta unión es el fruto del amor de Jesucristo; es el fin de toda la economía divina en el orden natural y en el sobrenatural: todo cuanto ha establecido la Providencia tiende á conseguir y consumar la unión del cristiano con Jesucristo, á alimentar y perfeccionar esta unión: porque es toda la gloria de Dios en sus criaturas y toda la santificación de las almas, y, en suma, todo el fruto de la redención.

III

La unión de Jesucristo con nosotros será en razón de nuestra unión con Él: «Permaneced en mí, y yo en vosotros. En aquel que permanezca en mí, yo viviré.» Sé, pues, ciertamente que Jesús vivirá en mí, si yo quiero vivir en Él. Como el aire corre al vacío, y el agua se precipita corriendo hacia el abismo, así el Espíritu de Jesús llena al punto el vacío que el alma hace en sí misma.

En esta unión del hombre con Nuestro Señor consiste la dignidad del hombre. No llego á ser una parte de la divinidad, ni alguna cosa digna de adoración, sino una cosa sagrada, santa; mi naturaleza será siempre como nada en la presencia de Dios, y

de suyo podrá volver á caer en el abismo; pero Dios la eleva hasta el punto de unirse á ella por su gracia, por su presencia en mí, y se une *á mí con* parentesco tanto más estrecho cuanto más íntima y estrecha es mi unión con Él y mayor es mi pureza y mi santidad: el parentesco con Nuestro Señor no es, en efecto, sino la participación en su santidad, según sus mismas palabras: «El que guarda mi palabra, ese es mi hermano y mi hermana, mi padre y mi madre.»

De esta unión procede el poder del hombre: *Sicut palmes non potest ferre fructum a semetipso nisi manserit in vite, ita et vos nisi in me manseritis.* Sin mí nada podéis. No puede decirlo con más claridad: *nada.* Mas así como la fecundidad de una rama procede de su unión con el tronco y la savia, así la fecundidad espiritual viene de nuestra unión con Jesucristo, de la unión de nuestros pensamientos con los suyos, de nuestras palabras con sus palabras, de nuestras obras con sus obras. La vida de los miembros procede de la sangre del corazón, y la sangre se produce mediante los manjares; mas nuestro manjar es Jesucristo, Pan de vida, y sólo el que le come tiene la vida en Él. Este es el principio de nuestro poder y santidad: la unión con Nuestro Señor. Cuando no existe esta unión, nuestras obras son nulas, vacías, inútiles: la rama seca que no participa de la vida del árbol, no puede producir frutos.

De esta unión nace el mérito de nuestras obras: Nuestro Señor toma nuestra obra y la hace suya, haciéndola así digna de un precio infinito, de una recompensa eterna; y esta obra, que si fuera sólo nuestra no valdría casi nada, adornada con los mé-

ritos de Jesús, es digna de Dios; y cuanto más íntima es nuestra unión con Jesús, mayor será la gloria de nuestras buenas obras.

Pero ¡cuán fácilmente nos olvidamos de esta divina unión! ¡Cuántos merecimientos perdidos, cuántas obras estériles, porque no las hemos hecho en unión con Cristo! ¡Cuántas gracias sin fruto! ¡Oh dolor, con tantos medios, en negocio tan fácil, haber logrado tan escasa ganancia!

Vivamos, pues, unidos á Nuestro Señor Jesucristo; sigamos dóciles la dirección que nos marque, sometidos á su voluntad, guiados por su pensamiento, obrando según sus inspiraciones, ofreciéndole todas nuestras obras, así como la naturaleza humana vivió sometida, unida y obediente á la persona del Verbo que la gobernaba, como Jesucristo á su Padre celestial. Mas para vivir esta vida es necesario estar unidos con Jesús mediante una unión viva, recibida, renovada y sostenida por la comunicación continua con Él: Es necesario que, como las ramas de los árboles, seamos templados y dilatados por el sol para que la savia divina nos penetre enteramente. Y el sol que nos atrae la savia divina y nos dispone á recibirla y la mantiene en nosotros, es el recogimiento, el deseo, la oración, es el don que hace el hombre constantemente de sí mismo, es el amor que sin cesar suspira por Jesús, lanzándose continuamente en pos de Él y diciendo: *Veni, Domine Jesu, veni*. Y la savia misma no es sino la sangre de Jesús, que nos da su vida, su virtud y su fecundidad divinas. La vida de comunión puede, pues, reducirse á estos dos términos: comulgar sacramentalmente y vivir vida recogida.



LA VIDA DE UNIÓN CON EL ESPÍRITU SANTO

Si Spiritu vivimus, Spiritu ambulemus.

Si vivimos del Espíritu, caminemos también en el Espíritu.

(GALAT., V, 25.)

I

El principio de nuestra santidad es el Espíritu Santo, el espíritu de Jesús, este espíritu divino que Jesús ha venido á traer al mundo. La vida interior no es otra cosa que estar el alma unida con el Espíritu Santo y obedecer sus mociones. Estudiemos estas operaciones en nosotros mismos.

Notad ante todo que el Espíritu Santo es quien nos comunica á cada uno en particular los frutos de la Encarnación y de la Redención. El Padre nos ha dado á su Hijo, y el Verbo se da á nosotros y nos redime en la cruz: éstos son los efectos generales de su amor. ¿Quién sino el Espíritu Santo nos comunica estos divinos efectos? El Espíritu Santo forma á Jesucristo en nosotros y le completa. Este es, pues,

el tiempo de la venida del Espíritu Santo, así como el que siguió á la Ascensión del Señor. Esta verdad nos la mostró el Salvador cuando dijo: «Os conviene que yo me vaya para que venga el Espíritu Santo.» Jesús nos ha adquirido las gracias, ha reunido el tesoro, ha puesto en la Iglesia el germen de la santidad: la misión del Espíritu Santo es cultivar este germen y conducirlo hasta su término; acaba y perfecciona la obra del Salvador; así decía Nuestro Señor: «Yo os enviaré mi Espíritu, y este Espíritu os enseñará todas las cosas; os explicará y os dará á entender todas las palabras que yo os he dicho; si no viniera, seríais débiles é ignorantes.» En el principio el Espíritu se extendía sobre las aguas para fecundarlas. Esto mismo hace con las gracias que nos ha dejado Jesucristo: las fecunda y nos las aplica, porque habita en nosotros y en nosotros obra. El alma justa es mansión y templo del Espíritu Santo; Él habita en ella, no solamente por su gracia, sino por sí mismo; su adorable Persona mora en nosotros, y cuanto más pura es nuestra alma, más lugar halla en ella el Espíritu Santo y mayor es en ella su poder.

Este divino Espíritu no puede obrar ni morar allí donde hay pecado, porque el pecador está muerto, porque sus miembros están paralíticos y no pueden cooperar á su acción; cooperación que siempre es necesaria. Cuando nuestra voluntad es perezosa ó son desordenados nuestros afectos, puede, es verdad, morar en nosotros, pero no puede obrar. El Espíritu Santo es una llama que siempre sube y quiere hacernos subir consigo. Si queremos ponerle obstáculos, se extingue esta llama, ó más bien el Espíritu Santo acaba por alejarse de nuestras almas

paralíticas y adheridas á la tierra, porque no tardamos en caer en pecado mortal. La pureza es, pues, condición necesaria para que el Espíritu Santo habite en nosotros. No consentirá que ni siquiera haya una paja en el corazón El posee, y si la hay la quemará, dice San Bernardo! *Qui nec minimam paleam intra cordis quod possidet habitaculum residere patitur, sed exurit.*

La misión del Espíritu Santo es formar á Jesús en nosotros. Es cierto que su misión general en la Iglesia consiste en dirigirla y guardar su infalibilidad; pero su misión especial en las almas es formar á Jesucristo. Esta nueva creación, esta transformación la hace mediante tres operaciones, en las cuales es absolutamente necesaria nuestra asidua cooperación.

II

Empieza inspirándonos ideas y sentimientos conformes á los de Jesucristo. Está personalmente en nosotros, mueve nuestros afectos, conmueve nuestra alma, nos presenta en el pensamiento á Nuestro Señor. Es verdad de fe que sin el Espíritu Santo no podemos concebir ni siquiera un solo pensamiento sobrenatural. Sin su auxilio podremos concebir pensamientos naturalmente buenos, razonables; pero ¿qué valen semejantes pensamientos? El pensamiento que el Espíritu Santo pone en nosotros es leve y pequeño al principio; pero luego se engrandece y se difunde mediante las obras buenas y sacrificios que hacemos. ¿Qué es lo que debemos hacer cuando concebimos estos pensamientos sobrenaturales? Consentir en ellos sin vacilar. Debemos, además,

estar atentos á la voz de la gracia, recogidos en nuestro interior para ver si el Espíritu Santo nos inspira sus pensamientos divinos. Debemos escuchar al Espíritu Santo, estar recogidos cuando Él obra. Podria oponerse á esto que si todos los pensamientos sobrenaturales vinieran del Espíritu Santo, seríamos infalibles. Á lo cual respondo que el hombre está de suyo sujeto á error; pero cuando estamos en nuestra gracia y seguimos la luz que nos muestra el Espíritu Santo, entonces indudablemente estamos en la verdad, y en la verdad divina. Por esta razón el alma recogida en Dios está siempre en la verdad, porque el que es sobrenaturalmente sabio nunca da pasos falsos. Lo cual no puede atribuírsele á él mismo, no procede de él, pues no se guía por sus propias luces, sino por las del Espíritu de Dios que está en él y le ilumina. Si somos groseros y materiales, si estamos derramados en las cosas exteriores, no comprenderemos estas palabras; pero si sabemos oir la voz del Espíritu Santo dentro de nosotros, fácilmente las entenderemos. ¿Cómo distinguimos el manjar bueno del malo? Probándolo. Pues lo mismo sucede tratándose de la gracia: el alma que desea juzgar rectamente no tiene más que hacer sino sentir en sí misma estos efectos de la gracia, que no engañan. Entre en la gracia y conocerá el poder de la gracia, así como conoce la luz porque la luz le rodea: cosas son éstas que no pueden explicarse á los que nunca las han experimentado.

Humíllanos, acaso, el no comprenderlas, porque este no comprender prueba que muchas veces no sentimos apenas las operaciones del Espíritu Santo, siendo así que el alma, que es interior y muy pura,

está dirigida constantemente por el mismo Espíritu Santo, que le revela sus vías directamente mediante alguna inspiración interior é inmediata.

Sobre este punto quiero insistir. El Espíritu Santo guia por sí mismo al alma interior y pura: es su maestro y su director. Claro es que ella debe obedecer las leyes de la Iglesia y someterse á su confesor en todo cuanto se refiere á las prácticas de piedad y á ejercicios espirituales; mas en cuanto á su dirección interior é íntima, el Espíritu Santo es quien la guía, quien dirige sus afectos y sus pensamientos, y nadie podrá, aunque fuera osado á hacerlo, ponerle obstáculos. ¿Quién podrá intervenir en el coloquio del Espíritu divino con su amada? Y, aunque quisiera y pudiera, ¿qué ganaría en ello?

Quien ve un hermoso árbol, no trata de averiguar si sus raíces están del todo sanas: bien se lo muestran la belleza y el vigor del árbol. Así, cuando una persona adelanta en el bien, sus raíces, por ocultas que estén, son sanas, y cuanto más profundas tanto más vivas están.

Pero, por nuestra desgracia, ¡cuántas veces nos pide el Espíritu Santo que sigamos sus inspiraciones, y nosotros no queremos seguirlas! Sólo somos máquinas exteriores, por lo cual seremos confundidos como los judíos, que no conocieron á Nuestro Señor: tenemos al Espíritu Santo en medio de nosotros y no le conocemos.

III

El Espíritu Santo ruega en nosotros y por nosotros. Toda la santidad, al menos en principio, consiste en la oración; porque la oración es el canal de

todas las gracias. Ahora bien; el Espíritu Santo está en el alma que ora: *Ipse postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus*. El Espíritu Santo ha elevado nuestra alma á la unión con Dios. Él es el sacerdote que ofrece á Diòs Padre, en el altar de nuestro corazón, el sacrificio de nuestros pensamientos y de nuestras alabanzas. Presenta á Dios nuestras necesidades, nuestras flaquezas y miserias y esta oración, que es la oración de Jesús en nosotros, unida á la nuestra, la hace omnipotente.

Sois templo verdadero del Espíritu Santo; el templo es casa de oración. Orad, pues, sin cesar, pero orad en unión con el divino Sacerdote de este templo. Podrán enseñaros maneras de orar, pero la unción y la dicha de la oración os la dará el Espíritu Santo. Los directores sólo están á la puerta de nuestro corazón; pero quien habita en él es el Espíritu Santo. Necesario es que llegue á todas sus partes para hacerle dichoso. Rogad, pues, con Él, y Él os enseñará toda verdad.

IV

La tercera operación del Espíritu Santo en nosotros es formarnos en las virtudes de Jesucristo. Con este fin nos da la inteligencia de ellas, la gracia inapreciable de comprender las virtudes de Jesús, porque estas virtudes tienen una doble faz. La primera rechaza y escandaliza, porque crucifica. El mundo, desde el punto de vista natural, tiene razón para no amarlas. Aun las virtudes más amables, como la mansedumbre y la dulzura, son difíciles de practicar á la naturaleza. No es, en efecto, fácil practicar la mansedumbre cuando somos insultados, y compren-

do que sin la fe el mundo rechace las virtudes del Cristianismo. Pero el Espíritu Santo nos muestra la otra faz de las virtudes de Jesús. Su gracia, suavidad y unción rompen la corteza amarga de la virtud, y nos hacen gustar en ellas la dulzura de la miel, la gloria más pura. Entonces nos admiramos de que la cruz sea tan dulce; pero es porque, en vez de humillaciones y cruces, sólo vemos en los sacrificios el amor de Dios, su gloria y la nuestra.

A consecuencia del pecado, nos cuesta trabajo la práctica de la virtud y sentimos aversión á ella, porque humilla y crucifica. Pero el Espíritu Santo nos muestra que Jesús las ha ennoblecido practicándolas Él primero. Así nos dice: «¿No queréis humillaros? Pues no os humilléis, pero sed semejantes á Jesús, que esto no es descender, sino elevarse y ennoblecerse.» Y la pobreza y los harapos son vestiduras regias porque Jesús ha sido el primero en vestírselas; las humillaciones son gloria, y las penas alegrías; porque Jesús ha puesto en ellas la verdadera gloria y la verdadera alegría.

El Espíritu Santo es quien nos hace entender de este modo las virtudes y quien nos muestra el oro puro que se oculta en esta mina de ásperas rocas. El carecer de esta luz es lo que detiene á muchos en el camino de la perfección: sólo ven la humilde apariencia de las virtudes de Jesús, y no penetran sus ocultas grandezas.

A este conocimiento íntimo y sobrenatural de las virtudes añade el Espíritu Santo una aptitud especial para practicarlas, de tal suerte que no parece sino que sólo hemos nacido para ejercitarnos en ellas, pues nos son como naturales, y poseemos cierto instinto divino que nos conduce á ellas. Todas las

almas reciben aptitudes conforme á su vocación. Á nosotros, adoradores, nos da gracia para que adoremos en espíritu y en verdad. Ruega en nosotros y nosotros rogamos en Él: Él es el maestro que nos enseña á orar. El es quien ha dado á los Apóstoles la fuerza y el espíritu de la oración: llámase espíritu de oración y de plegaria. *Spiritum orationis et precum*. Unámonos, pues, á Él. En la Pascua de Pentecóstes vino á la Iglesia y habita en cada uno de nosotros para enseñarnos á orar, para formarnos según el modelo de Jesucristo, para hacernos semejantes á Él, á fin de que algún día podamos entrar unidos con Él y verle cara á cara en la gloria celestial.





LA VIDA DEL VERDADERO SIERVO

Servus tuus sum ego: da mihi intellectum ut discam justificationes tuas.

«Siervo tuyo soy: dame inteligencia para que aprenda tus divinos preceptos.»

(Salm. CXVIII, 115.)

I

Nuestro Señor me ha amado y se ha dado á mí. Debo, pues, ser suyo. Esto es estrictamente justo. Pero debo ser suyo como Él es de su divino Padre, porque el Verbo se ha hecho carne, ha venido á morar entre nosotros, ha vivido en nuestra presencia y viene á nosotros en la sagrada Comunión para ser nuestro modelo, para comunicarnos sus virtudes y hacer que vivamos la misma vida que Él vive.

El Padre celestial ha dado á Jesús el título de siervo: *Justificavit ipse servus meus multos.* Mi siervo será fuente de la justificación de muchos. En los Salmos habla David en la persona de Nuestro Señor y dice á Dios: «Vuestro siervo soy, y el hijo de vuestra sierva.» *Servus tuus sum ego.*

Tres son las cosas que hace un siervo fiel.

1.° Está siempre junto á su Señor, dispuesto á obedecerle.

2.° Obedece prontamente y con buena voluntad todas sus órdenes.

3.° Trabaja para la gloria de su Señor.

Estas tres cualidades del siervo fiel las tuvo Nuestro Señor del modo más perfecto durante su vida mortal.

II

Jesús estaba siempre al lado de su Padre, con su Padre. Su espíritu le contemplaba incesantemente y adoraba su verdad: su alma contemplaba su belleza, gozaba de la visión beatífica y no podía separarse de la vista de Dios.

Así Nuestro Señor en el santo Evangelio se dirige á su Padre, como contemplándole sin cesar. En dos palabras revela este misterio: *Filiis hominis non potest a se ipso facere quidquam, nisi prius viderit Patrem facientem.* «El Hijo del Hombre no puede hacer cosa alguna sin haber visto antes hacerla á su Padre.» Siempre estaba, pues, contemplando á su Padre para pensar, hablar y obrar como Él.

La segunda palabra es la siguiente: «El Padre, que permanece en mí, hace Él mismo las obras que yo hago.» *Pater in me manens, ipse facit opera.* Entre el Padre celestial y Nuestro Señor existía, pues, una sociedad habitual en todos y cada uno de los momentos de la vida de Jesús.

Además, «Jesús fué conducido al desierto por el Espíritu»; luego estaba atento y fué obediente á la dirección del Espíritu Santo.

Pues así, nuestro puesto está al lado de nuestro Señor; debemos oir atentos como Él la voz de Dios y tener fijos en Él los ojos para obedecerle á la primera señal que nos haga: *Sicut oculi servorum in manibus dominorum, ita oculi nostri ad Dominum nostrum.*

Esto han hecho todos los Santos, así de la antigua como de la nueva Ley. Noé caminó con Dios; *ambulavit cum Deo*: luego es esto posible; más aún, es necesario. «Camina en mi presencia si quieres ser perfecto», dice Dios á Abraham. *Ambula coram me, et esto perfectus.*

Acaso diga alguno que el estar constantemente en la presencia de Dios nada le costaba al alma de Jesús ni á la de María, y nada les cuesta ahora á los ángeles; pero que en nosotros supone una lucha muy trabajosa. Verdad es que Jesús, su Santísima Madre y los ángeles sólo hallan delicias en contemplar á Dios, y no hay cosa que pueda apartar de Dios sus ojos. ¿Pero acaso no nos asiste á nosotros la gracia de Dios? Además, con el corazón es como debemos permanecer al lado del Señor, y al corazón, cuando ama, no le cuesta trabajo estar con la persona amada; antes halla en esto su mayor delicia. Es, pues, necesario vencer todas las dificultades y llegar á vivir habitualmente con todas nuestras facultades al lado del Señor.

III

Nuestro Señor no hacía otra cosa que reproducir las acciones que el Padre le mostraba para que Él las hiciera, cumpliendo en todo su voluntad: era, pues, el eco de los pensamientos del Padre, la repro-

ducción sensible y humana del pensamiento, de la palabra y de la acción divina del Padre.

Nosotros, pues, tenemos que reproducir á Nuestro Señor, que obedecerle, que hacer su voluntad en el momento presente, en el ejercicio de tal ó cual virtud; tenemos que estar dispuestos á obedecerle interiormente y con actos exteriores, si por ventura es ésta su voluntad; tenemos que inspirarnos en sus pensamientos y deseos, y todo esto con amor y fidelidad.

Pero tengamos presente que donde Nuestro Señor quiere sobre todo obrar es en nuestra alma, más bien que en obras exteriores; en nosotros y sobre nosotros: *Pater in me manens, ipse facit opera.*

IV

Jesucristo no hace cosa alguna sino por la gloria de su Padre, y rehusa todas las alabanzas y honores que se le tributan en cuanto hombre. *Quid me dicis bonum?* ¿Por qué me llamáis bueno? *Gloriam meam non quaero.* No busco mi propia gloria.

El siervo bueno no busca sino el bien de su señor; procura por los intereses de su señor más bien que por los suyos propios: en esto consiste la delicadeza en su servicio. Así, nosotros sólo debemos procurar por los intereses de Nuestro Señor y Maestro; sólo debemos trabajar en que su gracia y sus dones fructifiquen para su mayor gloria.

V

Pero esta vida del todo interior, toda en sí, que no hace ni dice cosa alguna sino por la voluntad de Dios, acaso pueda parecer inútil. Sin embargo, ¿quién podrá dejar de admirar á Nuestro Señor en Nazareth, en su vida inútil á los ojos del mundo, oculta á los hombres, tan sencilla en sí misma? El Padre prefiere esta vida á otra cualquiera. Prefiere á su divino Hijo y Salvador nuestro, glorificándole y santificándonos, oculto, sin más testigos que el mismo Dios, trabajando en su humilde estado, en cosas de tan poco valor. Pues así nos prefiere también á nosotros.

La razón es porque esta vida oculta es toda para Dios, mediante el sacrificio de uno mismo: en ella damos más gloria á Dios que en todo género de sacrificios. Este es el reino de Dios en nosotros; es la muerte y la tumba de nuestro amor propio.

Así, cuando nuestro Señor nos llama á nuestro interior para morar allí con nosotros, tratando sólo con Él, recibimos una inestimable gracia. Entonces nos llama á trabajar secretamente con Él en su retiro; somos sus confidentes; quiere que repitamos sus palabras, que sólo hagamos las obras que en lo interior nos muestra, que no hagamos sino lo que Él mismo ha hecho; quiere que seamos otro Él, el cuerpo de su alma, la libre expresión de su deseo, la ejecución humana de sus pensamientos, divinizada y de un precio infinito mediante la unión con sus méritos.

VI

Para llegar á este término, necesario es que trabajemos interiormente sobre nosotros mismos: *Christus in me manens*; es necesario morar en mí mismo. Mas para morar en mí mismo con fruto, es necesario que Nuestro Señor permanezca en mí; y nuestro Señor morará en mí según yo more en Él: esta unión es recíproca. La morada en Nuestro Señor se hace por el don, por el homenaje de uno mismo, hecho actual mediante el ejercicio de las virtudes que reclama el momento presente, fortalecido y sostenido por el amor activo que, más que gozar, desea inmolarse á la voluntad de nuestro Señor.

Pero ¡oh desdicha! acaso hace largo tiempo que nuestro Señor nos está llamando á esta vida oculta en Él, y que nosotros huímos hacia lo exterior, imáginándonos torpemente que todo consiste en moverse, en obras exteriores y sacrificios de mucho valor; mas la razón es porque no queremos habitar siempre en una casa donde moran la miseria, la enfermedad y los dolores. Nos hace salir de ella el tedio ó algún amor extraño, ó el gas de la vanidad que se escapa.

Vivid Vos y reinad é imperad en mí: *In me vive, regna, impera.* Oir quiero las palabras que me decís en mi interior. *Audiam in me quid loquatur Dominus Deus*, y yo os haré fielmente compañía en mi corazón.





EL RECOGIMIENTO, VÍA DE LAS OBRAS DIVINAS

Ecce enim regnum Dei intra vos est.

El reino de Dios está en vosotros mismos.

(Luc., XVII, 21.)

I

CUANDO Dios crió al hombre, se reservó el reinar en su alma, el recibir Él solo el homenaje de su vida, y ser su fin y su gloria. Mediante nuevas gracias Dios había de perfeccionar la imagen y semejanza de sí mismo que puso en el hombre, obrando juntamente con él.

Pero el pecado todo lo trastornó. El hombre pecador no quiso permanecer con Dios dentro de sí mismo, y derramándose al exterior se hizo esclavo de los objetos exteriores.

Para hacerle volver en sí, Dios se le muestra en su Encarnación, y después de haberle dado pruebas de su amor y bondad, de haberse hecho amar de él, y de haber permitido que le tocara con sus propias manos, se vela, se oculta mediante la Eucaristía y la gracia santificante. Aquí nos habla, nos aconseja,

nos consuela, nos santifica. En nuestro interior es donde quiere establecer su reino, y obligarnos así á permanecer con Él en nosotros mismos, á hacer lo mismo que hizo la Santísima Virgen en la Encarnación, que vivía considerando atentamente el divino fruto que llevaba en sus entrañas.

Si nosotros somos fieles á esta gracia, Jesús nos consuela, nos da la paz, nos hace gustar de la suavidad de esta palabra: «¡Cuán bueno es morar con Vos!»

Este deseo de Nuestro Señor de hacernos entrar en nuestro interior, nos explica mejor aquellas palabras de la Escritura: «Pecadores, volved á nuestro corazón.» *Reddite ad cor.* «Hijo mío, dame tu corazón.» *Fili, praebe mihi cor tuum.* «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón.» *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo.* El corazón es la vida; y donde está tu tesoro, allí está tu corazón.

II

Cuando Dios quiere santificar al alma, la aparta del mundo enviándole pruebas y persecuciones, ó haciéndole concebir con su gracia horror al mundo, amor á la soledad, al silencio, á la oración. El don más frecuente que Dios otorga al alma es el don de oración, por medio de la cual el alma se ve como obligada á aislarse, á recogerse, á espiritualizarse, y, para llegar á este punto, á mortificarse. Y si el alma no hace lo que está de su parte, le envía desgracias, enfermedades, penas interiores que la desprenden y la purifican de sí misma, como las tempestades purifican la atmósfera.

III

«Permaneced en mí, y yo permaneceré en vosotros. Así como la rama no puede llevar fruto si no está unida al tronco, así vosotros nada podéis si no estáis unidos conmigo.» Nuestra unión con Nuestro Señor debe ser, pues, tan íntima como la de la rama con el tronco y con las raíces: debe ser una unión de vida.

Y como esta savia divina de la verdadera viña es poderosísima y fecundísima, según aquella palabra: «El que permanece en mí da muchos frutos», síguese que si estamos unidos con Jesucristo, no sólo mediante el estado de gracia y la fidelidad á la gracia, sino mediante la unión con sus palabras, que son espíritu y vida, seremos omnipotentes para el bien. «Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis, que os será concedido.»

Por último, la unión de amor práctico que únicamente procura agradar á Dios, complace á la Santísima Trinidad: «Si alguno me ama, guardará mi palabra y mi Padre le amará; y nosotros vendremos á él y haremos en él nuestra morada.»

El Salvador sólo pidió para nosotros, en su última oración, esta unión. «Les he dado ¡oh Padre! la luz que he recibido de Vos, para que ellos sean uno, como nosotros somos uno. Yo en ellos, y ellos en mí, á fin de que ellos sean consumados en la unidad, y el mundo sepa que Vos me habéis enviado y que los habéis amado como Vos me habéis amado á mí.»

San Pablo, á semejanza de su Maestro, nos predica la unión con Jesucristo: «Vosotros sois miembros

suyos y Él es vuestra cabeza. Sois el cuerpo de Jesucristo, y Jesucristo el alma de este cuerpo místico.» Vive en nosotros y nos hace que vivamos.

Recibimos en la Comunión el cuerpo y la sangre de Jesús á fin de unirnos más estrechamente con su alma, con su espíritu, con sus operaciones interiores, sus méritos, sus virtudes y, en suma, con su vida divina.

Esta es la unión que constituye una sociedad en que Jesús todo lo hace en nosotros, porque nosotros sacrificamos nuestra persona á la suya para que ella piense y obre por nosotros, á fin de que ella sea nuestro yo. La Eucaristía ha sido principal, por no decir únicamente, establecida para ayudarnos á practicar y á conservar esta unión admirable: es el sacramento de la unión con Dios.

IV

Es indudable que sin esta unión íntima con Nuestro Señor podríamos concebir buenos propósitos y conocernos á nosotros mismos, y conocer á Dios; pero todo esto sería muy poco eficaz, porque no obrando en unión con Jesús, no pensando con Jesús, nos dejaríamos cautivar por los actos exteriores, ó nos dejaríamos llevar de nuestro propio gusto.

Es, pues, necesaria la unión actual, viva y duradera; es preciso que los ojos de mi alma estén siempre abiertos para mirar á Jesús en mí. Mas ¿cómo hemos de llegar á este punto? Practicando la unión. ¿Qué necesidad tengo de discurrir acerca de los medios que he de emplear para llegar á esta unión? ¿De qué sirven tantos propósitos é investigaciones espirituales? Esto sólo sirve para entretener al espíritu.

Es necesario ponerse en Nuestro Señor sin examinar cómo; someterse en cada caso á su divina voluntad; no querer otra cosa más que su voluntad; cumplirla según su deseo y ser enteramente suyo por amor, por agradar á Nuestro Señor; ser del todo de su voluntad por la gracia y virtud del momento presente: aquí está todo el secreto del *manete in me*: permaneced en mí.

Si por ventura nos halláramos en casa de alguna persona superior á nosotros, honraríamos á esa persona; si en el palacio de algún soberano, le obedeceríamos; si en casa de algún amigo, procuraríamos agradarle. Pues todas estas cosas debemos hacer cuando nos hallemos en la Casa de Nuestro Señor.

V

Mas ¿cómo llegar á esta unión? Pensando en ella, queriendo pensar en ella, dirigiendo nuestra intención al fin debido, ofreciendo y volviendo á ofrecer nuestras obras, investigando los defectos en que hubiéramos incurrido.

Para esto es necesario pensar en Dios; el medio mecánico de la unión es la práctica habitual de la presencia de Dios. Este es el único medio de tener el espíritu en reposo, en consejo con Dios, el medio de mantener firme el corazón en la bondad del divino amor, de tener la voluntad á su disposición y el cuerpo sumiso y respetuoso.

Este efecto produce naturalmente la presencia de un hombre grave y prudente á quien amamos: este debe ser el efecto que produzca en nosotros la presencia de Dios, á quien amamos y tememos, el cual

nos sostiene en este estado mediante la dulce unción de su gracia.

Sin la presencia de Dios, la vanidad lleva al espíritu en pos de sí, nos disipamos, y, á semejanza de las mariposas, vamos revoloteando de una cosa en otra. Sin la presencia de Dios, el corazón busca consuelos piadosos, pero humanos, y la voluntad se deja llevar de la pereza y de antipatías naturales.

Es sobre todo la presencia de Dios necesaria para calmar la excitación que produce en nosotros la lucha consiguiente á la práctica de la virtud y al vencimiento de las naturales antipatías. No es posible permanecer siempre en el campo de batalla; es necesario descansar en Dios.

Llegamos á conseguir el hábito de la presencia de Dios gradualmente, empezando por lo más fácil: ofreciéndole nuestras obras, diciendo con frecuencia breves palabras, aspiraciones, haciendo actos de amor. Es necesario observar cierto plan: recogernos y contemplar á Dios en nosotros mismos al ver tales ó cuales cosas, en tales ocasiones y determinados lugares, y después dar cuenta á Dios de estos actos como hace un niño con su madre. Mas para que esto no sea en vano, conviene establecer y observar con rigor una sanción externa y corporal contra las faltas que cometamos en estos ejercicios.

Uniéndonos de esta suerte con Dios, dámosle toda nuestra vida; nos damos á Él totalmente nosotros mismos.

¿Qué mayor gracia podemos desear, ni qué virtud podrá ser más útil para nosotros y más gloriosa para Dios? Este es el *egredere*, el salir uno de sí mismo y entrar enteramente con todo nuestro ser en Dios nuestro Señor.



EL RECOGIMIENTO, LEY DE LA SANTIDAD

Viam justificationem tuarum instrue me.

Enseñame ¡oh Dios mio! el camino de la santidad.

(PSALM. CXVIII, 27.)

En el recogimiento se halla la ley de la santidad. Siempre que Dios llama algún alma á sí, hace que salga del pecado, entrando en sí y examinando su conciencia; cuando quiere elevarnos á un alto grado de virtud se sirve asimismo del recogimiento, y, finalmente, éste es el medio de que hace uso para unir consigo al alma en la vía del amor. Es, pues, el recogimiento la ley de la santidad, tanto para los penitentes como para los que van adelantando en la perfección, como para los que están cerca del término.

I

Habiendo sido degradada, envilecida y corrompida por el pecado original la naturaleza humana, el hombre se avergüenza de hallarse á solas consigo

mismo. Cuéstale trabajo pensar en Dios; quiere vivir entre las locuras de la imaginación que le entretiene y le engaña durante casi toda su vida, entre la vanidad y *la curiosidad del espíritu, y su corazón* busca simpatías en las criaturas para gozar con ellas de la vida. Pronto acaba por ser esclavo de una idea fija, de un deseo que le agita, de una pasión que le devora, de un vicio que le consume: en el fondo de todos sus actos está la sensualidad; trabaja, estudia y se esfuerza por gozar el día de hoy ó por prepararse á gozar el día de mañana.

Este es el hombre terreno: pasa la mayor parte de la vida sin pensar jamás en Dios, su Criador, su Salvador, su Soberano Juez. ¡Cuántos hombres hay que jamás han sabido hallar tiempo de pensar en Dios!

Mas ¿cómo convierte Dios á este hombre material y vicioso y muestra en él su misericordia? Tornándole hombre espiritual é interior, obligándole á entrar dentro de sí, ya valiéndose de alguna enfermedad que le aisla de los demás, ya de alguna desgracia que le muestra la vanidad de las cosas de este mundo, ya *haciéndole conocer,* en vista *de la* infidelidad é iniquidad de los hombres, cuán vanos son sus deseos de felicidad.

Cuando el pecador conoce estas miserias que le entristecen y agobian, Dios le llama como en otro tiempo llamó á Adán después de haber pecado; le llama en el fondo de la conciencia, haciéndole sentir el aguijón de los remordimientos; muéstrale la causa de su desgracia, pone en su pensamiento el recuerdo de la bondad y misericordia de Dios á quien amó en su juventud; el recuerdo de un Dios Salvador dispuesto á recibir benigno al pecador arrepentido. Este pensamiento es ya provechoso á su

alma: el pecador advierte en su alma ternura y derrama con sorpresa dulces lágrimas. Su corazón, hasta entonces tan duro, se ablanda; parécele oir estas palabras del cielo: «Ven á mí, y yo te consolaré, y te perdonaré, y tú recobrarás la paz.»

¡Dichoso el pecador que se rinde al oir esta voz, porque éste ha recobrado á su propia alma y á su Dios!

Toda conversión es, pues, fruto de una gracia interior, del recogimiento del hombre en su propia conciencia, en la penitencia de su corazón, en la bondad de Dios.

Este vacío, esta tristeza que siente el pecador en medio de sus extravíos, es ya la voz de Dios que le dice, como en otro tiempo á Israel: «¡Desdichado del hombre que halla su felicidad en el mal, que reposa en el pecado, que se deleita en dar hartura á sus pasiones!» Lejos está de Dios este desdichado, y lejos de sí mismo. La fiebre del vicio le da vida artificial; es un loco que se llama y se cree á sí mismo rico, sabio y feliz; pero es un ignorante, está desnudo y no conoce la felicidad

II

Cuando Dios quiere conceder á algún alma una gracia extraordinaria y conducirla á la perfección, concédele la gracia de un mayor recogimiento. Esta verdad incontestable ni siquiera es conocida y apreciada por muchas personas piadosas, que creen con frecuencia que el adelantamiento en la virtud consiste en practicar las obras externas de la vida cristiana, ó en gozar más de la presencia de Dios.

Sin embargo, es cosa cierta que la gracia del re-

cogimiento, por lo mismo que nos acerca más á Dios, nos obtiene más luz y más calor, porque nos acerca más al foco divino. Por esta razón, cuando estamos profundamente recogidos, entendemos mejor ciertas verdades, porque las penetramos iluminados con la luz misma de Dios. Entonces experimentamos una paz antes desconocida y una fortaleza que nos causa admiración: conocemos que estamos con Dios.

Cuando estamos más en la presencia de Dios, oímos aquellas suaves palabras que Dios dice solamente á los que, como San Juan durante la cena, reposan sobre su corazón, con la voz secreta, baja y misteriosa del amor: «Escucha y mira, alma recogida; inclina tu oído á mi voz; olvida á tu pueblo y á la casa de tu padre; tú serás el objeto del amor del Rey.» *Audi, filia, et vide; inclina aurem tuam et obliviscere domum tuam et domum patris tui et concupiscet Rex decorem tuum.*

Síguese de aquí que lo que da valor y precio á alguna gracia es su unción interior, que nos recoge en Dios; que una gracia interior vale más que mil gracias exteriores, y que nuestras virtudes y nuestra piedad sólo viven por el recogimiento que las anima y las une con Dios.

En la vida natural no es el hombre más hábil y poderoso aquel más robusto y que trabaja con más brío, sino el pensador profundo, el hombre paciente y reflexivo que sabe examinar los negocios bajo todos sus aspectos, que conoce su alcance, prevé los obstáculos, sabe combinar los medios. Este hombre es el dueño, y sólo será vencido por otro que posea estas mismas cualidades en grado más excelente que él.

En el mundo espiritual, el cristiano más ilustrado en las cosas de Dios es el más recogido, el más desasido de los sentidos, de la materia, del mundo. Sus ojos son más puros: á través de las tinieblas de la atmósfera natural penetran hasta la luz de Dios. Su oración es la más poderosa, porque la hace en Dios; su palabra la más eficaz, porque no hace sino repetir como Jesucristo la palabra de Dios. Es también el más poderoso en sus obras, sencillas é inútiles en la apariencia, pero que convierten y salvan al mundo. Moisés en lo alto de la montaña, solo, recogido en la presencia de Dios, era más fuerte y poderoso que todo el ejército de Israel.

Así la vida de adoración, la vida contemplativa, es de suyo más perfecta que la vida de más trabajo y sacrificio. Díganlo, sino, los treinta años de la vida oculta de Jesús en Nazareth; su vida en la Eucaristía, que se continúa á través de los siglos. Porque si hubiera habido algún estado más santo y en que hubiera podido dar más gloria á Dios, ciertamente le habría escogido para sí Jesucristo Nuestro Señor.

III

La perfección de la vida cristiana en este mundo consiste en la unión más íntima del alma con Dios. Maravilla verdaderamente extraordinaria es que todo un Dios haga perfecta al alma, se una á ella para embellecerla, cuando el alma se da enteramente á Él en el recogimiento.

Empieza aislándola del mundo para poseerla enteramente como amante celoso que quiere gozar él solo de su amada. Dios torna el alma inhábil, inca-

paz, sin sentido alguno para las cosas del mundo, de las cuales nada entiende. ¡Quiere libertarla de la servidumbre con que liga á los hombres el resultado feliz de sus afanes!

Después le muda Dios la manera de orar. La oración vocal la cansa; ya no encuentra en ella el alma la unción y el gusto divino que otras veces encontraba: hace oración vocal por deber, mas no porque sienta inclinación á ella. Los libros le causan tedio: su corazón no encuentra ya alimento suficiente en ellos, ó no los entiende, porque ya no expresen sus pensamientos. En cambio se siente atraída, suave y poderosamente, á orar interiormente en silencio, en paz en la presencia de Dios. En tal estado no advierte sus propias obras, sino sólo la obra de Dios. No busca tal ó cual medio: está en su fin, en Dios. Piérdese enteramente de vista á sí misma, pues más que en sí, está en Dios y la domina el encanto y la belleza de su verdad y la bondad de su amor.

¡Oh dichoso momento aquel en que Dios nos atrae á sí de este modo! Con más frecuencia nos atraería si nosotros estuviésemos más desligados de afectos terrenos, si fuésemos más puros en nuestras obras, más sencillos en nuestro amor. Dios sólo desea comunicarse á nosotros, pero quiere ser el rey de nuestro corazón y el señor de nuestra vida. Quiere serlo todo en nosotros.





EL RECOGIMIENTO,

ALMA DE LA VIDA DE ADORACIÓN

María, sedens secus pedes Domini, audiebat verbum illius.
Unum est necessarium (ait Dominus): María optimam partem elegit.

María, sentada á los pies del Salvador, oía sus palabras.
Una sola cosa es necesaria (dijo el Señor), y María ha escogido la mejor parte.

(Luc., X, 39, 42.)

La virtud característica y dominante de un adorador es la virtud del recogimiento, mediante la cual el alma domina y gobierna en la presencia de Dios, y con auxilio de la gracia, todos sus sentidos y potencias.

El alma recogida es semejante al piloto que con el timón gobierna á su arbitrio el buque; es como el espejo que forman las aguas límpidas y puras, en que Dios se mira con alegría; es como el espejo argentino en que Dios se retrata en cierto modo, en

el esplendor de su luz, tan admirablemente reflejada por el alma recogida en su presencia.

¡Cuán dichosa es este alma tan amada de Dios! No pierde ni siquiera una palabra de las que salen de la boca de Dios, ni el sonido de su voz, ni mirada ninguna de sus ojos.

Procura, pues, llegar á este precioso estado, fuera del cual todo tu trabajo sería como árbol sin raíces, como tierra árida y seca. En cada uno de los estados de la vida hay cierta medida de felicidad, y esta felicidad depende de ciertas condiciones. Unos la hallan en la penitencia, otros en el silencio, otros en las obras de celo. Los adoradores sólo la encuentran en el santo recogimiento en la presencia de Dios: así el niño sólo es dichoso en el seno de los suyos; el bienaventurado en el cielo, en el seno de Dios.

II

Mas ¿cómo podemos adquirir y conservar el santo recogimiento? Empezad cerrando las puertas y ventanas de vuestra alma: recogerse es reconcentrarse en Dios; hacer un acto de recogimiento es ponerse enteramente á disposición de Dios; tener espíritu de recogimiento es hallar placer en vivir uno recogido.

Pero el recogimiento no sólo necesita de la gracia; exige además *un centro divino*. El hombre no ha sido criado para detenerse en el bien que hace, que esto sería idolatrar en sus obras: el fin principal del hombre no puede ser la virtud, pues esta es sólo un medio, un camino que es preciso seguir, pero sin hacer en él nuestra morada. Ni aun el mismo amor puede ser centro, sino en cuanto nos une con el objeto

amado, porque de otro modo languidecería y sufriría como la Esposa de los cantares, que buscaba desolada al Amado de su corazón. En Jesús, pues, en Jesús amantísimo es donde debéis poner el centro de la vida de vuestro recogimiento, porque sólo en Él hallaréis la libertad sin trabas, la verdad sin nubes, la santidad en su fuente: á vosotros principalmente, que queréis vivir de la Eucaristía, es á quien ha dicho Jesús: «El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él.» Notad que Jesús permanece en nosotros en razón de permanecer nosotros en Él, aunque Él es quien nos llama á esta unión, quien nos da la gracia de desearla, quien nos penetra y atrae, contentándose con que nosotros le ayudemos con nuestras débiles fuerzas. Este es, pues, el valor y la fuerza del santo recogimiento; mutua morada, sociedad divina y humana que se establece en nuestra alma, en nuestro interior, con Jesucristo presente en nosotros con su espíritu.

III

Porque ¿cuál es el lugar donde se hace la unión entre Jesucristo y nosotros? En nosotros mismos es donde se obra esta mística alianza. La unión se hace, se practica en Jesús presente en mí. No hay cosa más cierta que ésta: «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y nosotros vendremos á él y fijaremos en él nuestra morada». El espíritu de Jesús habita en nosotros como en su propio templo: nos ha sido dado para que permanezca con nosotros. Así, dice la *Imitación*: *Eia, anima fidelis, praepara huic Sponso cor tuum quatenus ad te ve-*

nire et in te habitare dignetur. «Ea, pues, alma fiel, prepara tu corazón para que tu Esposo venga á ti y fije en ti su morada.»

¿Y por qué ha escogido Nuestro Señor lo interior del hombre como centro de su unión con él?

Porque ha querido obligar al hombre á entrar dentro de sí mismo. El hombre huye de sí mismo como se huye de un criminal; se teme á sí mismo como se teme á obscuro calabozo; porque el hombre verdaderamente es todo esto: pues se avergüenza y siente horror de sí mismo, naturalmente busca las cosas exteriores. Por efecto de esta huída del hombre lejos de su propio corazón, Dios se ve abandonado de su criatura, á quien ha dado el ser para que ella sea templo suyo y trono de su amor. Así no puede Dios obrar en el hombre y con el hombre. Queriendo, pues, obligarlo á entrar dentro de sí mismo viene á él, habla á su corazón, y no á sus oídos; viene á nosotros en el Sacramento para vivir espiritualmente en nosotros; el Sacramento es el velo que le oculta, velo que luego se desgarra y pone delante de nuestro espíritu á la Santísima Trinidad. No de otra manera el éter contenido en el globulito que entra por la boca se difunde en las vísceras de nuestro cuerpo cuando por la acción del calor natural se rompe la envoltura que lo contiene. Jesucristo quiere, pues, que lo interior del hombre sea su verdadero templo, para que el hombre no esté lejos de la casa de su Señor, sino antes le halle fácilmente, como á Señor, como á modelo y gracia suya que es; de suerte que no tenga necesidad de esforzarse para esto, sino le baste recogerse dentro de sí mismo en Jesús: así en todos los momentos de la vida puede el hombre recogido ofrecerle el homenaje de sus actos, los sen-

timientos de amor de su corazón, y mirarle con esas miradas que todo lo dicen y que todo lo dan. Porque estas palabras de la *Imitación* son la expresión perfecta de esta vida de recogimiento interior: *Frequens illi visitatio cum homini interno dulcis sermocinatio, grata consolatio, multa pax et familiaritas stupendas nimis.* «Jesús visita frecuentemente al hombre interior; le habla muchas veces, le consuela amorosamente, y mantiene con él maravillosa familiaridad.»

¿Es posible que Dios vaya de esta suerte en pos de un alma? ¿Que esté así á su disposición, que haga su morada en un cuerpo tan vil, en un alma tan terrena, tan miserable, tan ingrata? Sin embargo, todo esto es divinamente cierto.

IV

Mas ¿cómo alimentaremos y perfeccionaremos el santo recogimiento? ¿Cómo viviremos de amor? De la misma manera que conservamos el fuego, la vida del cuerpo, la luz: dándole siempre nuevo alimento.

Es necesario que fortalezcamos al hombre interior, que es Jesucristo, en nosotros, que le recibamos, que le hagamos nacer y crecer mediante nuestras obras, nuestras oraciones y lecturas, mediante nuestros trabajos, mediante las acciones todas de nuestra vida; mas para conseguir este fin hemos de renunciar por completo á la persona de Adán, á sus miras y deseos, y vivir bajo la dependencia de Jesús, presente en nuestro interior: es preciso que los ojos de nuestro amor estén siempre mirando á Dios en nosotros; que tributemos á Jesús el homenaje afectuoso,

así de cada uno de nuestros placeres como de nuestros dolores, que advirtamos en nuestro corazón el dulce sentimiento de su presencia, como la de un amigo á quien no vemos, pero á quien sentimos cerca de nosotros. Contentaos ordinariamente con estos medios, que son los más sencillos y os dejan libertad de accion y de atención para cumplir vuestros deberes. Tales medios serán una como dulce atmósfera en la cual viviréis y trabajaréis con Dios: y ¡plegue al cielo que los frecuentes transportes de amor, las oraciones y jaculatorias y los clamores de vuestro corazón hacia Dios, presente en vosotros, acaben por hacer que sea cosa enteramente natural en vosotros el pensar y sentir que Dios está presente en vuestros corazones!

V

Mas ¿cuál es la causa porque el recogimiento sea tan difícil de adquirir y tan trabajoso de conservar? Fácil es hacer un acto de unión con Dios, pero muy difícil vivir vida continua de unión con Él. ¡Ah! nuestro espíritu se ve combatido por diversidad de pensamientos que le hacen divagar; nuestra imaginación se desborda, nos divierte y nos extravía; nosotros no estamos con nosotros mismos; los quehaceres del espíritu ó del cuerpo nos reducen á un estado de servidumbre; la vida exterior nos lleva en pos de sí: ¡somos tan impresionables aun en la más leve ocasión! Entonces viene la derrota. Por esta razón nos cuesta tanto recogernos en la presencia de Dios.

Para asegurar, pues, la paz de vuestro recogimiento, nutrid vuestro espíritu con alguna verdad predilecta que él desee conocer, y de esta suerte le

tendréis ocupado como á un estudiante; dad á vuestra imaginación sustento puro y análogo al objeto que os ocupa: si el simple afecto de vuestro corazón fuera bastante para mantener en paz vuestro espíritu y vuestra imaginación, dejadlos tranquilos y no los excitéis.

También Dios nos da muchas veces una unción de gracia, un recogimiento tan suave, que se desborda y se difunde y llega aun á los sentidos: este recogimiento es un como encanto divino; procurad entonces no salir de esta contemplación y dulce paz: permaneced en vuestro corazón, porque allí es donde únicamente reside nuestro Señor y nos hace oir su voz. Cuando conozcáis que esta gracia sensible decae y se va desvaneciendo poco á poco, retenedla, haciendo actos positivos de recogimiento: llamad al espíritu en vuestro auxilio; nutrid vuestro entendimiento con alguna verdad divina, á fin de adquirir con vuestro recogimiento el efecto que Dios habrá comenzado á obrar en vosotros con la suavidad de su gracia.

No olvidéis jamás, que la medida de vuestro recogimiento será la medida de vuestra virtud y la medida de la vida de Dios en vosotros.





LA VIDA DE ORACIÓN

Ego cibo invisibili et potu, qui ab hominibus videri non potest, utor.

Tengo una comida y una bebida invisibles á los ojos de los hombres.

(Tob., XII, 19.)

Hay en el hombre dos vidas: la del cuerpo y la del alma, cada una de las cuales sigue en su propio orden las mismas leyes.

La vida del cuerpo depende en primer término de los manjares con que el hombre se sustenta: si el alimento es bueno, el hombre goza de salud; en segundo término depende del ejercicio, mediante el cual se desarrolla y adquiere fuerzas, y, finalmente, del reposo con que repara sus fuerzas. Cualquier exceso ó defecto en este orden es principio de enfermedad ó de muerte.

Estas mismas leyes rigen al alma en el orden sobrenatural, y el alma debe cumplirlas lo mismo que el cuerpo.

Ahora bien: el manjar, el sustento, la vida del alma es Dios. Acá en la tierra es Dios conocido, amado y servido mediante la fe, y en el cielo es el mismo Dios visto, poseído y amado directamente. El alma se alimenta de Dios mediante la meditación de su palabra, mediante la gracia y la plegaria, que es el fondo de la oración y el medio único de obtener la gracia divina.

Y así como en el orden de la naturaleza cada uno de los hombres necesita de manjares diferentes según su edad, su temperamento, el trabajo á que haya de aplicarse y las fuerzas que consuma, así cada una de las almas necesita de una dosis especial de oración. Notad bien que lo que sostiene en nosotros la vida divina no es la virtud, sino la oración, porque la virtud es sacrificio, gasto de fuerzas, pero no manjar. Mas quien sabe orar según sus propias necesidades, posee la ley de su vida. Esta ley no es la misma para todos los hombres: unos necesitan de orar mucho; á otros les basta orar menos para mantenerse en estado de gracia. Esta observación es absolutamente exacta, según lo acredita la experiencia.

Mirad, por ejemplo, un alma que con poca oración tiene bastante para perseverar en la gracia: no volará muy alto, pero no necesita de más.

Ved otra á quien, aun orando mucho, le cuesta gran trabajo mantenerse en estado de gracia. Siente la necesidad de orar, y por lo mismo debe hacer constante oración. Este alma es semejante á esas naturalezas débiles que para conservar la salud necesitan de alimentos con mucha frecuencia.

Hay oraciones obligatorias en ciertos estados. Así el sacerdote está obligado á rezar las horas divinas,

los religiosos las oraciones que prescribe la regla de cada uno. Estas oraciones ninguno puede omitirlas nunca, ni abreviarlas por autoridad propia.

Pero la piedad convierte á los simples fieles en religiosos que viven en medio del siglo. Á estas almas les pide la gracia de Dios otras oraciones, además de las de la mañana y las de la noche. Esta es condición esencial para perseverar en la piedad.

Sabéis ya que hay dos maneras de oración: la oración vocal, de que acabamos de hacer mención, y la oracion mental, que es el alma de ésta. Si por ventura el alma no hace oración, si la intención no se dirige á Dios cuando hacemos oración vocal, las palabras no significan nada, pués éstas reciben su valor de la intención, del corazón.

Más ¿será necesaria la oración mental, considerada en el sentido estricto de meditación? Por lo menos es muy útil, pues todos los Santos la han practicado y recomendado; es, además, muy útil, porque sin ella es difícil llegar á la santidad.

Esto me conduce á decir que hay una oración necesaria, otra oración de consejo y otra de perfección.

Sin duda hay obligación rigurosa de hacer oración, so pena de condenación eterna. Abrid el Evangelio y veréis el precepto de la oración. La medida de la oración no está marcada en él, porque la han de dar las necesidades de cada uno. Así, pues, debéis orar lo que sea necesario para que os mantengáis en estado de gracia y podáis cumplir con fidelidad vuestros deberes.

Si no oráis lo bastante, seréis como el que va nadando, pero no mueve los brazos cuanto necesita para sostenerse; que ciertamente se ahoga. Si no

redobla sus esfuerzos, se irá al fondo por su propio peso.

Cuando os veáis fuertemente estrechados por las olas de las tentaciones, redoblad vuestras oraciones. Esta es la regla que seguís en todas las cosas: aplicar el remedio según la necesidad. ¡Y cuán grave negocio es éste de hacer oración según nuestras necesidades! De guardar esta debida proporcion depende nuestra salud. Si faltáis fácilmente á los deberes de vuestro estado, ciertamente no hacéis bastante oración y os condenaréis por eso. Invocad á Dios, moveos. La miseria humana os ha retrasado en vuestro camino, y si no resistís fuertemente, os derribará por tierra. Orad, pues, cuanto hayáis necesidad, para ser verdaderos cristianos.

La segunda oración, de consejo, es la del alma que desea unirse con Dios, entrar en su cenáculo. Aquí es necesario orar más, porque las obligaciones de este estado son más estrechas. Así como la amistad íntima exige que los amigos se visiten y se traten con frecuencia, así el que quiera vivir en la intimidad de Jesús ha de visitarle más frecuentemente, ha de orar más. ¿Queréis seguir al Salvador? Pues no os faltarán empeñados combates, en que es preciso que venzáis; orad, pues, si queréis recibir las gracias y auxilios que necesitáis para obtener la victoria.

La tercera oración, de perfección, es la del alma que quiere vivir de Jesús, que toma por regla de su conducta la voluntad de Dios en todas las cosas. Estas almas llegan á tratar familiarmente con Dios, y á vivir en Dios y por Dios. Así es la vida religiosa: vida de perfección para los que la comprenden, en la cual el alma se da á Dios para que Él sea

nuestra única ley, nuestro fin, nuestro centro, nuestra felicidad. Todo el deleite de estas almas consiste en hacer oración. Lo cual no es extraño; porque si ellas oprimen su imaginación y sujetan su espíritu, Dios, en recompensa, derrama en su corazón la abundancia de sus más dulces consuelos. ¡Cuán raras son estas hermosas almas! Sin embargo, no faltan algunas. ¿Y qué no serán capaces de hacer en tal estado? Los Santos convertían países enteros haciendo oración. ¿Y eran ellos los que más oraban en el mundo? No siempre; pero hacían oración con todas sus potencias. Sí: todo el poder de los Santos—¡y cuánto podían!—estaba en su ora ción.

Pero ¿cómo podremos saber si hacemos la oración necesaria, según el estado de cada uno? Será suficiente vuestra oración, si progresáis en la virtud. Conocemos que una persona toma el alimento suficiente cuando vemos que digiere sin dificultad y que goza de salud firme y robusta.

¿Os sostiene la oración que hacéis en la gracia de vuestro estado? Pues, en este caso, digerir bien. Si las alas de la oración os elevan en las alturas, el alimento que tomáis es suficiente, y cada vez os remontaréis mas arriba.

Pero, por el contrario, cuando las oraciones que hacéis sólo os dan fuerzas para volar rastreramente, y á cada momento creéis que vais á caeros, sabed que no son suficientes para qué dominéis la miseria del hombre viejo. Esta falta de fuerzas probaría que orabais poco y mal, y que mereceríais la censura que dirigió el Salvador á los judíos cuando dijo: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí.»

¿Qué sucederá entonces? Una inmensa desdicha: que nos moriremos de hambre en presencia de la mesa real del Salvador. Estamos muy enfermos, próximos á la muerte. El Pan de vida se nos ha convertido en manjar mortífero, el buen vino en veneno mortal. ¿Qué remedio nos queda? Ninguno. —Si quitáis al cuerpo el sustento, pronto desfallece y muere; si quitáis al alma la oración, á un adorador la adoración, todo se acaba; el alma cae, y cae para siempre.

Pero ¿será esto posible? No sólo es posible, sino cierto. Ni aun la confesión podrá salvaros, porque la confesión sin contrición de nada sirve; y por otra parte, ¿qué es la contrición sino una oración mas perfecta?

La Comunión tampoco os servirá; pues ¿qué efecto podrá causar la Comunión sobre un cádaver que no sabe hacer más que abrir los ojos estupefactos?

Y si Dios quiere obrar un milagro de misericordia, todo lo que podra hacer será que volváis á cobrar amor á la oración.

El que ha perdido la vocación, quien ha dejado de vivir piadosamente, empezó omitiendo la oración. Las tentaciones fueron cada vez mas violentas, los enemigos le saltaron con más furor, y él, habiendo dejado sus armas, fué vencido. Fijaos bien en este punto, que es de la más decisiva importancia. Por esta razón nos conjura la Iglesia que nos guardemos de descuidarnos en el ejercicio de la oración, y nos exhorta á orar con la mayor frecuencia posible. La oración es nuestro guía, es nuestra vida espiritual, y sin ella no podemos menos de tropezar á cada paso.

¿Sentís acaso la necesidad de orar? ¿Vais á hacer

oración, á adorar á Jesús con tanta facilidad como á la mesa? Entonces todo va bien. ¿Procuráis corregiros de vuestros defectos y ser mejores? Esto es buena señal. Esto es prueba de que os sentís con fuerzas para trabajar.

Pero si la adoración os causa tedio, si esperáis con júbilo el momento de salir de la iglesia, enfermos estáis, lástima me causáis.

Se dice que el que goza en abundancia de manjares exquisitos acaba por aborrecer los mejores, y que siente náuseas sólo de gustarlos.

Guardaos mucho de esto en el servicio de Dios, cuando estéis á la mesa del Rey de los reyes. No permitamos jamás que el hábito nos haga insensibles; suscitemos siempre en nuestra alma algún sentimiento nuevo que nos recoja, que inflame nuestro corazón y nos haga orar. ¡Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia! Es necesario sentir esta hambre, excitarla en nosotros y huir de perder el gusto espiritual; porque, os lo repito, Dios no podrá salvarnos sin hacernos orar. Vigilemos, pues, con suma diligencia sobre nuestras oraciones y sobre la manera de hacerlas.





EL ESPÍRITU DE ORACIÓN

Effundam super domum David spiritum gratiae et praecum.

« Derramaré sobre la casa de David el espíritu de gracia y de oración.»

(Zac., XII, 10.)

Cuando Dios prometió al pueblo judío el Mesías, caracterizó la misión del Salvador diciendo: «Derramará sobre la casa de David y sobre todos los moradores de Jerusalén el espíritu de gracia y de oración.» Antes de la venida del Mesías los hombres hacían oración y Dios daba su gracia, sin la cual no hubieran podido santificarse los justos; pero esta gracia de la oración no era buscada con afán ni era apreciada. Jesús vino como rocío de gracia que cubrió toda la tierra y difundió por todas partes la oración.

La oración es el carácter de la Religión católica, es el signo de la santidad; es la santidad misma; es la que hace Santos, y el primer signo de la santidad. «Este es un Santo», decimos al ver alguna persona que vive vida de oración.

Tan pronto como San Pablo sintió el llamamiento

de Dios, se puso en oración, y permaneció orando por espacio de tres días en Damasco. Habiendo resistido un instante el sacerdote Ananías la orden de Dios, que le había enviado á Pablo para bautizarle, y temiendo llegarse al perseguidor de los cristianos, le dijo el Señor: «Ve, y le hallarás orando.» *Ecce enim orat.* Ya es un santo, porque hace oración. No dijo el Señor que Pablo ayunaba y se mortificaba, sino sólo que hacía oración. Todas las almas que oran alcanzarán, pues, la santidad.

Es la oración luz y poder; es la acción misma de Dios: el que hace oración dispone del poder mismo de Dios.

Jamás veréis santificarse á quien no hace oración. No os dejéis seducir de vanas palabras ó de hermosas apariencias. El demonio, en su forma propia, muy poco es lo que puede; pero es astuto y se transforma en ángel de luz. No os fiéis de la ciencia, que no es ella la que hace Santos. El simple conocimiento de verdad no basta para santificarnos: es además necesario el amor. Pero ¿qué digo? Entre el conocimiento de la verdad y la santidad media un abismo. ¡Cuántos poderosos genios se han condenado!

Todavía digo más: las obras de celo y de caridad no santifican por sí solas; Dios no ha dado este carácter á la santidad. Los fariseos observaban la ley, daban limosnas, pagaban el diezmo al Señor; sin embargo, Nuestro Señor les da el nombre de «sepulcros blanqueados.» El Evangelio nos muestra que la prudencia, la templanza, el sacrificio, pueden aliarse con conciencias viciosas: testigos los fariseos: trabajaban mucho, pero sus obras eran vanas: no oraban.

Las buenas obras externas, aunque sean obras de penitencia y mortificación, no constituyen, pues, la santidad del alma. ¡Cuánto orgullo é hipocresía pueden ocultarse bajo unos miserables andrajos y un rostro extenuado á causa de privaciones!

Pero cuando el alma vive de oración—no es posible engañarse nunca respecto á este carácter—cuando ora, entonces posee todas las virtudes, somos Santos. Porque ¿qué otra cosa es la oración sino la misma santidad puesta en práctica? Orando se ejercitan todas las virtudes. Practicamos la humildad confesando que estamos desnudos de todas las cosas y que nada podemos, reconociendo nuestros pecados, levantando los ojos á Dios y declarando que sólo Dios es bueno y santo.

Orando practicamos la fe, la esperanza y la caridad. Mas aún: ejercitamos todas las virtudes morales y evangélicas.

Cuando oramos, hacemos penitencia y nos mortificamos: dominamos la imaginación, sujetamos la voluntad, encadenamos el corazón y nos humillamos. La oración es, por tanto, la misma santidad, pues comprende el ejercicio de todas las virtudes.

Hay algunos que dicen que orar es dejarse llevar de la pereza. Está bien; pero escojamos á los que más trabajan y emplean el tiempo en obras de celo, y veremos que la oración les cuesta más trabajo que no el sacrificarse practicando buenas obras. La razón es porque es más fácil y consolador á la naturaleza el dar que no el pedir á Dios alguna cosa.

Sí: la oración es de suyo la práctica de todas las virtudes: sin ella no hay ninguna que valga ni subsista. La caridad misma sin la oración que la fecunda y refrigera, se seca como planta sin raíces.

La oración no es otra cosa, en el orden de la Providencia, que la misma gracia. ¿No habéis observado que las tentaciones más violentas se dirigen contra la oración? Es tanto el temor del enemigo á la oración, que con tal de impedir, ó por lo menos de viciar nuestra oración, nos dejaría practicar todas las buenas obras posibles. Por esta razón debemos estar constantemente en guardia, fomentar siempre en nosotros el espíritu de oración y considerarle como el primero de nuestros deberes. No dice el Evangelio que debamos preferir la salud del prójimo á nuestra propia salud; antes por el contrario dice: «¿De que le serviría al hombre convertir al mundo entero si pierde su alma?» La primera ley de cada uno es salvarse, y el único medio de salvarse es la oración. ¡Oh desdicha! ¡Violamos continuamente esta ley! ¡La olvidamos por cuidar de los demás! Hacemos, es cierto, obras de caridad, porque la práctica de la caridad es fácil y consoladora, nos eleva y nos honra; pero huímos de la oración y no nos atrevemos á consagrarnos á ella, porque es humillante para la naturaleza, porque no produce fama, ni ruido alguno exterior.

Como el manjar es condición de la vida natural, así la oración es condición absoluta de la vida sobrenatural. Aunque hubierais de omitir toda suerte de obras de celo, penitencias y mortificaciones; aunque hasta hubierais de dejar de recibir la sagrada Comunión, no dejéis jamás de hacer oración: la oración conviene á todos los estados, y á todos los santifica. Mas ¿qué es esto? ¿Dejar la Comunión en que se nos da el mismo Jesús, antes que dejar la oración? Sí, porque si no oráis, este Jesús á quien recibís no causará en vuestra alma efecto alguno, como no conseguiríais

alivio tomando medicinas envueltas en alguna substancia que os impidiera sentir sus saludables efectos. Sin la oración no es posible hacer cosa alguna de valor á los ojos de Jesús: la oración os reviste de sus virtudes, y si no oráis, ni los Santos ni el mismo Dios harán que adelantéis en el camino de la santidad.

De tal modo es la oración ley de la santidad, que cuando Dios quiere elevar á algún alma, no aumenta en ella la virtud, sino el espíritu de oración; es decir, la suma de su virtud: la acerca más á sí, y en esto consiste todo el secreto de la santidad.

Consultad á vuestra propia experiencia: siempre que os habéis sentido más cerca de Dios, habéis recurrido más á la oración y al retiro. Los Santos, que conocían la importancia de la oración, la amaban sobre todas las cosas; suspiraban continuamente por el momento en que podían consagrarse á la oración; eran atraídos á la oración como el hierro por el imán. Por eso la oración ha sido su recompensa, y en el cielo hacen oración continua.

Sí: los Santos oraban siempre y en todas partes. Esta era la gracia de su santidad; esta era la gracia de todos los que quieren santificarse. Todavía más: sabían hacer orar á todas las cosas que les rodeaban. Oid, si no, á David: *Benedicite, omnia opera Domini, Domino. Omnia,* todas las cosas. David da á todos los seres, aun á las criaturas inanimadas, un cántico de amor á Dios. ¿Qué significa esto? Todas las criaturas alaban á Dios si nosotros sabemos ser sus intérpretes; debemos alabar á Dios por ellas. Podemos animar á toda la naturaleza con este soplo divino de la oración y formar un magnífico concierto de oraciones con todos los seres de la creación.

Oremos, pues; amemos la oración, crezca en nosotros de día en día el espíritu de oración. Si no hacéis oración, sois perdidos: cuando os veáis abandonados de Dios, tened por cierto que Dios os abandona porque no hacéis oración. Sois semejantes á un desdichado que, estando en trance de ahogarse, rechaza la cuerda que le tienden para que se salve. ¿Qué remedio le quedará? Está inevitablemente perdido.

Dejad todas las cosas, os repito, pero no dejéis la oración: que ella sola os volverá á Dios, aunque os hayáis alejado mucho de Él. Entendedlo bien: ella sola.

Si la practicáis en la vida cristiana, ella os conducirá á la santidad y os hará felices en este mundo y en el otro.





EL ESPÍRITU DE JESUCRISTO

Sicut ergo accepistis Jesum Christum Dominum in ipso ambulate, radicati et superaedificati in ipso...

«Pues habéis recibido á Jesucristo Nuestro Señor, caminad según Él, arraigados y fundados en Él.»

I

La vida interior es á la santidad como al árbol la savia, como á la savia la raíz.

Es verdad cierta que el grado de virtud y perfección de las almas es tanto más elevado, cuanto mayor es la vida interior de ellas, y que cuanto más interior es el alma, tanto más es favorecida con luces divinas, más constante en el cumplimiento de sus deberes y más dichosa en el servicio de Dios. Todas las cosas contribuyen á su recogimiento, todas le aprovechan, todas le sirven de medio para unirse íntimamente con Dios.

La vida interior puede decirse que es la vida familiar del alma con Dios y con los Santos; y ser

alma interior es amar lo necesario para poder vivir y conversar con Jesús.

Procurad, vosotros los que deseáis vivir de la Eucaristía, procurad, más que nadie, vivir la vida interior de Jesús, porque este es vuestro fin y esta vuestra gracia. Debéis adorarle *en espíritu y en verdad*. Sois la guardia de honor de Jesús sacramentado, cuya vida es del todo interior en la Eucaristía, pues vela su Cuerpo sagrado para que comuniquéis con su alma y con su corazón: sus palabras son interiores, y hasta sus virtudes las oculta, deseando que penetréis en la fuente de ellas, que es su infinito amor divino.

Mas ¿cómo habremos de llegar á este estado de vida interior, principio y perfección de la vida exterior? No hay más que un solo camino: el recogimiento.

Recogerse es reconcentrarse interiormente. Tres grados hay en el recogimiento: el primero es aquel que posee quien se fija en el pensamiento de su deber; el segundo, el de quien se reconcentra en la gracia de la virtud; y el tercero, el del alma que se aplica toda ella al amor.

II

En el primer grado de recogimiento nos fijamos en la consideración de nuestro deber, de la ley de Dios.

Preguntámonos qué cosas son las que ordena la ley, y cuáles otras las que prohibe. ¿Puedo detenerme en tal pensamiento, concebir tal deseo, ejecutar tal obra de acuerdo con la ley de Dios? Tales

son las preguntas que se dirige á sí misma la conciencia del alma recogida; y según es la respuesta, así obra y dirige su vida.

El hombre recogido en la consideración de su deber, tiene sin cesar los ojos fijos en su conciencia, y observa su conformidad ó su repugnancia, su asentimiento ó su negación en cada caso, lo mismo que el piloto mira á la brújula para dirigir, según sus indicaciones, el rumbo de la nave.

Este recogimiento es fácil, porque aun á la más leve infracción de la ley se sigue cierto desasosiego, cierta turbación; la conciencia levanta su voz y nos dice que hemos obrado mal. Sólo el hombre que es esclavo de sus pasiones, y culpable voluntario, huye de sí mismo por librarse de esta censura interior, y corre y se aturde no queriendo verse á sí mismo: sólo él deja de oir esta voz. El demonio le empuja, le encadena á una vida puramente natural, le lanza en la fiebre de los negocios mundanos, en medio del ruido, de los azares, de las novedades; en tal estado no oye á Dios ni á su propia conciencia.

Sólo cuando Dios le concede la gracia de enviarle alguna enfermedad que le clave en el lecho, á solas consigo mismo, ó cuando se ve humillado de algún modo, abre los ojos, y las desgracias le hacen ver palpablemente la verdad de aquella sentencia del Sabio que dice: «Todo es vanidad, fuera de amar á Dios y servirle á Él solo.»

Vivid, pues, por lo menos teniendo presente la ley; recogeos en vuestra conciencia obedeciendo aun á la más leve palabra suya; no os acostumbréis á desdeñar su voz, obligándola á que repita sus censuras; *mirad con atención á la primera señal*

que os haga. Rodead vuestro brazo de la ley del Señor y no apartéis jamás de ella vuestros ojos ni vuestro corazón.

III

El segundo grado de recogimiento nos concentra en el espíritu interior de la gracia divina.

Es cosa cierta que por ser nosotros hijos de Dios, el Espíritu Santo habita y permanece en nuestra alma, cumpliendo la misión divina de formar en ella al hombre nuevo, á Jesucristo, enseñándonos sus virtudes, su espíritu y su vida. Mas como quiera que el Espíritu Santo es nuestro maestro, nuestro consejero y nuestro santificador, nosotros debemos escucharle, estar dispuestos á obedecerle y ayudarle en la obra de transformar al viejo Adán en Jesucristo; y por esta razón es de absoluta necesidad que estemos recogidos en Dios, presente en nuestra alma. Porque esta transformación del hombre en Jesús se hace gradualmente y ha de ser continuada y permanente. Hacer algún acto de virtud, no es cosa difícil; pero adquirir la virtud supone un trabajo continuo hasta que nos connaturalizamos con los actos propios de la misma virtud.

Así, por ejemplo, si queréis llegar á ser humilde como Jesús, ó más bien reproducir en vuestra persona á Jesús humilde, necesario es que declaréis incesante guerra al amor propio, á la vanidad, al orgullo en todas sus formas; y como os está asaltando continuamente y mantiene inteligencias con la plaza, porque una parte de vuestro ser está por él, es preciso que vigiléis siempre y que sigáis todos sus pasos con el fin de conocer sus astucias, y que no

dejéis de la mano las armas con que habéis de rechazar sus asaltos.

Mas no consiste toda la virtud en luchar contra el mal. Este trabajo es sólo trabajo preliminar, como para despejar el terreno, y condición de la fidelidad que Dios nos exige ante todo, y que nos libra de la esclavitud del vicio. Pero la virtud no se adquiere más que mediante el amor y el aprecio que la misma virtud inspira, considerada en Dios Nuestro Señor; porque la virtud sólo es amable mirada en Jesús y practicada por amor al mismo Jesús, pues la consideramos como una de sus cualidades hacia las cuales nos sentimos atraídos por una amorosa simpatía: lo que nuestro amigo aborrece es objeto de nuestro odio; amamos las mismas cosas que Él ama, y miramos sus obras para imitarlas. Amar la virtud en cada uno de los actos que le son propios es sin duda poseer la misma virtud. Este amor de la virtud viene á convertirse en regla de nuestra vida, que nos induce á practicarla y hace que nazca en nosotros, que sintamos necesidad de ejercitarnos en ella, y que nos alegremos íntimamente cuando se nos ofrece ocasión de practicarla. Mas como las ocasiones de hacer actos externos de virtud se presentan rara vez, y no tardaría en extinguirse el amor á ella si sólo se alimentara de tales actos exteriores, este amor hace vivir á la virtud en lo íntimo del alma: el alma contempla sin cesar la bondad y hermosura de la virtud en Cristo, y el corazón hace de ella un ser divino con quien conversa habitualmente. A los ojos del alma amante y recogida, la humildad no es otra cosa que el mismo Jesús manso y humilde de corazón; el alma le ve y le contempla, le admira, le exalta, le ama y va en pos de Él en todos sus diversos

actos de humildad; ofrécese á imitarle siempre que á Él plegue que ella le imite, dejando en manos de su bondad que le ofrezca las ocasiones de imitarle, tan tranquila cuando estas ocasiones son frecuentes como cuando sólo rara vez se le ofrecen, cuando son de ejercitar la virtud ocultamente, como cuando puede dar públicas y brillantes muestras de ella. La virtud está en su amor, que siempre dura, que contiene en sí todas las virtudes y todos los actos de virtud. Este es el segundo grado de recogimiento; recogimiento en la gracia del Espíritu Santo, en el amor de la virtud que al alma inspira el mismo Espíritu divino.

IV

El tercer grado es el recogimiento del amor. Hasta aquí el alma estaba recogida en sí misma para consultar dentro de sí á su propia conciencia, para seguir las inspiraciones de la gracia, para escuchar la voz del Espíritu Santo. Ahora sale de sí misma para ponerse en Dios, para vivir en el mismo Dios. Es fruto natural del amor transportarnos á la persona amada, hacernos vivir en ella y por ella, hacer todas las cosas por agradarle, consultando ante todo su juicio, su deseo, y aun adivinar y penetrar sus pensamientos cuando ella no nos los manifiesta.

Cuando el alma recogida en el amor de Dios se propone ejecutar alguna acción, no piensa, ante todo, si aquella que va á hacer le conviene á ella, si le reportará algún bien, sino consulta la voluntad de Jesús para saber si tal cosa le agrada y contribuye á su gloria, y siente íntima dicha si por agradarle

tiene que negarse á sí misma haciendo algún sacrificio.

Este recogimiento no consiste, como los otros, en hacer alguna cosa, en practicar alguna virtud, sino busca la persona misma de Jesús; consiste en amar con amor desinteresado al mismo Jesús. Este amor es su ley, porque es el centro de su vida: todo lo que Jesús quiere, todo lo que Jesús desea, todo lo que le agrada, lo desea con noble y dichoso afán. No de otra suerte vive un buen hijo para su amado padre, para su tierna madre; así es la esposa fiel, toda y del todo de su esposo: *Et ego illi.*

El alma de este modo recogida goza de entera libertad, porque vive del espíritu de amor: está dispuesta á todo, todo fomenta su recogimiento, porque todas las cosas las ve en la voluntad de su Dios. De este recogimiento hablaba Nuestro Señor cuando decía, estando á la mesa con sus Apóstoles la noche de su Pasión: «Permaneced en mí y yo permaneceré en vosotros. Aquel que permanece en mí y en quien yo permanezco, produce muchos frutos. Si vosotros permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, todo lo que me pidiereis os será concedido. Si observáis mis preceptos, permaneceréis en mi amor, como yo observo los preceptos de mi Padre y permanezco en su amor.»

Así, el recogimiento perfecto consiste en permanecer en el amor de Nuestro Señor.

Mas ¿será acaso muy difícil, se necesitará, por ventura, mucho tiempo para llegar á este grado de recogimiento? Todo depende del amor que haya en el corazón. Cuando el amor de Jesús es nuestro pensamiento habitual, dulce y poderoso al mismo tiempo; cuando este amor es el divino objeto de nues-

tros deseos; cuando nuestro corazón está triste sin Jesús, se siente desdichado cuando no está con Jesús y dichoso con sólo pensar en Él, entonces permanece en el amor de Jesús.

Lo esencial entonces es conversar con Jesús sirviéndonos de todas las cosas que forman nuestra vida, mostrarle habitualmente nuestro amor y tener los ojos constantemente fijos en Él.

Finalmente, la facilidad de recogernos, la paz y suavidad de que gustamos en el recogimiento, son prueba divina de que realmente lo poseemos y de que permanecemos en el amor de Jesús: *Manete in dilectione mea.*

¡Plegue á Dios Nuestro Señor concedernos este amor, que será nuestra santidad y nuestra dicha en esta vida y en la otra!





EL ROCIO DE LA GRACIA

Ego quasi ros, Israel germinabit sicut lilium et erumpet radix ejus ut Libani.

Seré como rocío bienhechor: Israel florecerá como el lirio y sus raíces se extenderán como las del cedro del Líbano.

(OSEAS, XIV. 6.)

Es nuestra alma un jardín, un paraíso de Dios, en el cual debemos cultivar la divina semilla sembrada en nosotros por la Comunión, que es Jesucristo, que germinará y producirá flores de santidad. Es condición esencial del cultivo de las flores en la naturaleza, conservarlas frescas y mantener húmedas sus raíces. Si la raíz se seca, la planta perece. La humedad trae la fecundidad. El sol hace que se abran las flores; su calor sólo las secaría, pero con la humedad fecundiza la tierra y la hace producir. Esto mismo es lo que vosotros habéis de hacer para cultivar la flor de vuestra santidad, que es Jesús en vosotros: conservar la humedad y la frescura de la raíz, vivir de la

vida interior. La naturaleza da á la tierra el rocío y la lluvia. Así la gracia de Dios es el rocío del alma, y cuando el alma lo recibe en abundancia es lluvia que la inunda y la fertiliza.

El cultivo de vuestra alma consiste, pues, en la vida de recogimiento.

Es indudable que la vida exterior, aun la vida santa y consagrada á obras de celo, nos hace perder algo de nuestro recogimiento, y que si no recobramos lo que hemos perdido, acabamos por perder toda la gracia y la vida sobrenatural.

A primera vista parece lo contrario; pues siendo meritoria la virtud, la práctica exterior de ella parece que debería procurarnos cada vez mayores gracias. Esto es cierto: la virtud tiende de suyo á atraernos mayores gracias; pero como el fondo de la vida interior que poseemos es escaso, pronto se agota con el ejercicio. Los hechos me dan la razón. Preguntad á los misioneros si la vida de celo los hace hombres interiores, y todos os responderán que no.

Según refiere el Evangelio, una mujer se acercó, sin ser notada, al Salvador y tocó sus vestiduras. Al punto quedó sana de la enfermedad que padecía, pero Jesús le dijo: «Una virtud ha salido de mí; yo la he sentido.» Jesús no perdió por esto aquella virtud, ni se disminuyó el océano de su divino poder: el sol lanza sus rayos y difunde su calor sin agotarse: así Dios nos otorga sus dones sin empobrecerse. Pero no nos sucede así á nosotros: cuando damos al prójimo algo de lo nuestro en las obras de celo, disminuimos el fondo que poseemos de vida sobrenatural. Esto, repetimos, no procede de la naturaleza de la virtud; pero nuestro degradado y mísero

estado, nuestra tendencia á descender siempre, hacen que jamás ejercitemos exteriormente la virtud sin perder algo de nuestras fuerzas interiores, y sin que dejemos de sentir la necesidad de volver luego al reposo á rehacer nuestras fuerzas.

Y no me refiero sólo á las obras brillantes ó trabajosas, como son la predicación, la confesión, el estudio, la dirección de las obras de caridad; no: las obras sencillas de cada día, á las cuales nos ligan nuestras obligaciones ó la obediencia, gastan nuestra vida interior, y si no renovamos nuestra intención, acabarán por perdernos: llegaremos á convertirnos en máquinas, menos perfectas que las máquinas de vapor, las cuales dan con regularidad y constancia la fuerza de que son capaces, mientras que nosotros cada vez iremos á menos. ¡Llegaremos á ser una máquina monstruosa, pues al mundo lo llevamos en nosotros mismos, y, por apartada que sea nuestra vida, por alguna parte se desliza en nuestros corazones! ¡Es tan fácil que el amor propio éntre allí donde sólo debiera reinar el amor de Dios!

Esto que digo de las obras exteriores y manuales es aplicable al estudio. Aun el estudio cuyo objeto es Dios, el estudio de la Sagrada Escritura y de la Teología, que es la reina de las ciencias, os inflará y secará vuestro corazón, si no practicáis la vida interior. Vuestro entendimiento dominará á vuestro corazón y lo agostará si no le regáis cuidadosamente, renovando la intención, con aspiraciones y transportes de amor á Dios. La ciencia ayuda á la piedad, pero la piedad santifica á la ciencia.

Mas ¿no sucederá lo contrario cuando ejecutáis obras de celo que requieren gran solicitud, como la

predicación, la confesión, la dirección de obras de caridad? No: en tales obras gastáis más fuerzas, y por lo mismo es mayor vuestra necesidad de repararlas. «El agua del bautismo—dice San Crisóstomo—que en tan alto grado purifica al hombre, sale muy sucia de la piscina después que hemos sido sumergidos en ella.» Y yo os digo: ¿Habréis de perderos vosotros por salvar á los demás? ¡Oh desdicha!

Cuanto más subís en dignidad, tanto más perdéis en vida interior, más fuerzas divinas perdéis, porque todos las toman de vosotros. Por eso tenéis necesidad de orar más. Los Santos trabajaban durante el día y hacían oración durante la noche. El soldado victorioso necesita entrar en su campamento para descansar; si no descansa, el estandarte de la victoria será su sudario. Cuanto más trabajéis, mayor necesidad tendréis de retiro.

El mundo se engaña en esto de un modo extraño. Mirad, dice, qué hermosa vida la de esta persona; ni de un momento puede disponer para sí propia: toda su vida se consume en servicio del prójimo. Todo esto es muy bueno; pero si lo examino con detención, veo en medio de sus buenas obras algunos defectos que hacen sospechoso su ardiente celo: paréceme que las hojas de este hermoso árbol empiezan á agostarse antes de tiempo: debe haber en él algún vicio interno: poco á poco le veréis perecer, porque le falta la verdadera savia, la vida interior. Es necesario estar interiormente tan unido con Dios, cuanto estamos exteriormente unidos á las obras de celo que practicamos. El demonio sabe utilizar en nuestro daño la ignorancia de este principio ó la falta de atención á esta regla. Cuando ve algún alma generosa y que está poseída de

celo, la empuja, la absorbe, le impide que se mire á sí misma, le ofrece mil ocasiones de consumir sus fuerzas hasta quedarse del todo agotada, y mina la plaza y se apodera de esa alma enteramente consagrada á atender á las miserias de los demás.

¡Cuán pronto se seca la planta bajo la acción del sol ardiente cuando las raíces no profundizan en la tierra húmeda!

Acaso diréis: «Es necesario trabajar: la mies es abundante; las obras de Dios nos están llamando por doquiera.» Esto es cosa cierta; pero no por eso dejáis de buscar tiempo de comer y de dormir para no perder el juicio. Sí: hay mucho peligro en entregarse con exceso á las obras buenas exteriores, á menos que, como el Profeta, no tengamos nuestras almas siempre en la mano, para ver si permanecemos siempre en la ley, si caminamos siempre por el verdadero camino. ¡Es tan fácil y á veces tan seductor el dejarse llevar hacia la derecha ó hacia la izquierda! Las avanzadas en los ejércitos prestan muy buenos servicios, pero no son ellas las que alcanzan la victoria. Así, pues, no corráis siempre los primeros, sino replegaos frecuentemente dentro de vosotros mismos para pedir fuerzas á Dios y meditar sobre el modo mejor de serviros de ellas. He aquí la regla que debéis seguir. ¿Domináis vuestra posición, en vez de ser dominados por ella? Si os domina, estáis perdidos. ¿Qué será de la nave cuando, á pesar de la habilidad del piloto, las olas embravecidas le arrebatan el timón? Vuestro timón es el recogimiento: el recogimiento es quien os dirige y os mueve: conservadlo, pues, á toda costa, pues sin él os perderéis.

Y no se diga: ¡Qué alma tan santa, que celosa es! Si es interior y recogida, todo lo podéis esperar de

ella; si no lo es, no hará ninguna obra santa ni grande en la presencia de Dios. Dominad, pues, vuestra vida exterior, que si sois dominados de ella, ella os conducirá á la perdición. Si vuestros quehaceres os permiten considerar interiormente á Nuestro Señor, seguid adelante, que estáis en buen camino. Si en medio de vuestras obras vuestros pensamientos se dirigen á Dios; si sabéis prevenir la sequedad, el vacío del corazón, si salís cansado y con tedio de vuestras obras exteriores, pero sintiendo gran paz en el fondo de vuestra alma, entonces todo va bien: sois libres y señores en vuestra propia casa, bajo las miradas de Dios.

Cuando los Apóstoles volvieron triunfantes después de haber predicado, de haber sanado á los enfermos y de haber obrado todo género de milagros, mirad la recompensa que el Señor les dió: «Venid y descansad á solas.» *Venite, et requiescite seorsum.*» Es decir: «Mucho habéis gastado, venid á reparar las pérdidas.»

Después de Pentecostés, los Apóstoles, llenos del Espíritu Santo, estaban poseídos de inmenso celo: todo les parecía poco. Este celo es la señal de las almas generosas. Cuando están al frente de alguna obra, todo lo quieren abarcar, nunca les parece haber hecho bastante, cuando todavía queda algo por hacer. Así habiendo Moisés reunido en su persona los cargos de caudillo de Israel, de juez y de representante del pueblo en la presencia de Dios, el Señor le mandó compartir su trabajo con otros ancianos. Así, aun los mismos Apóstoles servían á los pobres, dirimían las diferencias, predicaban y bautizaban á las muchedumbres. Pero no se les ocurrió siquiera que dedicando parte del tiempo á la predica-

ción y otra parte al servicio del prójimo, no les quedara ninguno para hacer oración. Esto nos sucede á todos: cuando estamos sobrecargados de trabajo, podríamos pedir auxilio, pero no pensamos en ello: sentimos necesidad de hacerlo todo nosotros. Esta conducta es imprudente: nos quitamos la vida, y no por eso van mejor las cosas: pero nos arrebata este deseo de obrar y de afanarnos.

Mas Pedro, que tenía una luz especial superior á la de los demás Apóstoles, dijo un día: «No conviene que nosotros lo hagamos todo, pues no nos queda tiempo de orar. Elijamos diáconos que sirvan á los pobres, y compartamos nosotros el tiempo entre la predicación y la oración. *Nos autem orationi et ministerio verbi instantes erimus.* ¿Quién podrá tenerse por más santo y más lleno del Espíritu divino que los Apóstoles? ¡Pobres de nosotros, pigmeos en la vida espiritual! ¿No es verdad que deberíamos orar constantemente de día y de noche?

La virtud que no viene de lo interior á lo exterior, no es verdadera virtud. La virtud empieza en los pensamientos, en los afectos, en la oración. Durante el invierno la espiga se halla en el grano de trigo, debajo de la tierra: el calor y la humedad combinados hacen germinar el grano y madurar el fruto. Pues así la virtud es un grano sembrado en vuestra alma, y sólo le haréis germinar mediante la oración, la vida interior y el sacrificio. El reino de Dios está dentro de vosotros. Jamás será sólida vuestra virtud exterior si no es antes virtud interior.

¿Y no veis que Dios empieza siempre su obra en lo interior del hombre? ¿No sentís las tentaciones interiores? Pues esto es que Dios prepara vuestro corazón para echar en él la semilla. Violentas tem-

pestades combatirán el frágil tallo de vuestra virtud naciente para que su tallo extienda en la tierra sus raíces. Esta es la obra de Dios. Cuando hacéis alguna cosa trabajosa, no son vuestras manos, no es vuestro cuerpo quien se rebela, sino vuestro corazón y vuestra voluntad, que son muy débiles.

Por esta razón no poseeréis virtudes que no empiecen por ser virtudes interiores, que no reciban su vida de la parte interior. Si queréis, pues, conocer el grado de virtud de algún alma, conoced el grado de su vida interior.

Este pensamiento debería ser la regla de vuestra vida. Cuando forméis el propósito de practicar alguna virtud, resolveos á practicarla interiormente; esto es, empezad practicándola en la oración, habituándoos interiormente á ella, y pidiéndosela á Dios. De esta suerte llegaréis á practicarla con actos exteriores.

Este es el orden que sigue Nuestro Señor en la Eucaristía. ¿Por qué razón entra Jesús dentro de nosotros en ella? Sin duda viene á visitarnos; pero como permanece en nosotros, algo más hará en nuestra alma. Viene á sembrar y cultivar en nosotros sus virtudes, á formarse Él mismo, á formarnos conforme á sí. Viene á educarnos en su vida divina, de suerte que crezca en nosotros al mismo tiempo que nosotros crecemos en Él, hasta que lleguemos á la plenitud del hombre perfecto, que es el mismo Jesucristo.

Considerad el estado de Jesús en el Santísimo Sacramento. ¿Le veis por ventura allí? Sin embargo, allí está; pero su vida exterior sólo la ven los ángeles. Nosotros nada vemos, pero creemos que allí viene, como creemos que el sol está en el horizonte,

aunque las nubes nos le oculten, como creemos en la acción de la naturaleza, aunque ignoramos del todo como obra. Esto nos prueba que no todo consiste en la vida exterior, y que hay además una vida invisible, interior, pero muy real y verdadera.

En la Comunión pedís, pues, á Nuestro Señor vivir en Él, y que Él viva en vosotros. Todo esto es cosa interior. La mayor parte de los cristianos hacen esta petición: comulgan, pero su espíritu, su intención, su voluntad, todo se dirige á las obras exteriores, y Jesús no halla en ellas á nadie con quien conversar.

En suma, el poder de la virtud está en la vida interior: sin vida interior no hay virtud, á menos que Dios obre un milagro.

Diréis acaso que, según esto, la salud es cosa muy difícil. Pero yo no me dirijo á las personas que se contentan con cumplir estrictamente los preceptos: estas personas conocen sus deberes y saben, por la rectitud de su conciencia, dónde está el bien y dónde el mal: el corto número de obligaciones los salva.

Pero si queréis vivir vida piadosa, si queréis vivir en la intimidad del divino Maestro, una vida superior á la vida ordinaria, estáis obligados á más. Si os eleváis en dignidad, creced también en virtud: vuestras obligaciones son más numerosas; el Salvador, que os ama con predilección y que os concede mayores gracias, exigè más de vosotros.

Guardaos, pues, de la rutina, que es muy fácil dar en ella cuando la vida sigue un curso regular, cuando nuestras obras exteriores son buenas; renovad á menudo la intención, conservad húmeda la raíz, si queréis que el árbol produzca frutos saludables.



LA INSENSIBILIDAD DEL CORAZÓN

Percussus sum ut foenum et aruit cor meum.

«He sido herido como el heno, y mi corazón se ha secado.»

(PSALM. CI, 5.)

DECÍA San Bernardo, escribiendo al Papa Eugenio: «Temo, Eugenio, que la multitud y variedad de los negocios os haga dejar la oración, y que de esta suerte llegue á endurecerse vuestro corazón.»

De este modo hablaba el Santo Doctor á un gran Pontífice, dedicado á los negocios más santos que puede haber en el mundo, que son los que se refieren al gobierno de la Iglesia: con razón incomparablemente mayor debemos aplicarnos estas palabras á nosotros mismos, que nos apartamos de la oración por dedicarnos á negocios mucho menos importantes. En medio del mundo como vivimos, con muy poco basta para distraernos y dejar de hacer oración. Para ocupar enteramente nuestro espíritu bastan las menudas obras exteriores que practicamos,

las cuales pueden hacernos caer en la insensibilidad espiritual, que es la mayor entre todas las desdichas.

Mirad con sumo temor á la insensibilidad y á la dureza de corazón, porque es cosa necesaria que nuestro corazón sea sensible y dócil, que se sienta á sí mismo en el servicio de Dios. El que carece de esta sensibilidad no sentirá horror de sí mismo si por ventura llega á caer en pecado, y por profundas que sean sus heridas, no las conocerá.

Y me sirvo de la palabra sensibilidad porque no hallo otra más á propósito para expresar mi pensamiento. Esta sensibilidad no es sino cierto afecto á todas las cosas que debemos hacer, unido á cierta aversión al pecado, aun al más leve. No me refiero—notadlo bien—á la sensibilidad nerviosa de los falsos devotos.

Para no incurrir en exageración ninguna, excluiré de este lugar á la insensibilidad involuntaria. Confesaba el rey David hallarse á veces en la presencia de Dios como una bestia de carga, tan tardo é insensible como ella. Pero luego añadía: *Ego autem semper tecum.* Á pesar de esta insensibilidad, permaneceré siempre á vuestros pies, con Vos. Este estado de torpeza espiritual no es siempre un castigo: á veces pasamos por él para llegar á ser más sumisos y humildes con Dios. Y nosotros ¿qué es lo que debemos hacer en este caso? Estarnos allí con paciencia, hacer lo que podamos, y esperar. Como no hemos venido á este estado por culpa nuestra, no somos responsables de la sequedad que sentimos ni de los defectos que podamos cometer en la oración: Dios misericordioso es quien nos ha reducido á tal estado para que nuestro espíritu no se entretenga en cosas

de poco valor, para inflamar nuestro corazón en amor más ardiente, y para que nuestra voluntad sea más firme y perseverante.

La insensibilidad del corazón es también muy penosa, más todavía que la torpeza del espíritu, porque el corazón es el que ama á Dios; además, la voluntad, como es dirigida únicamente por el amor, se queda entonces como paralizada. Esta prueba la envía Dios ordinariamente á los corazones excesivamente sensibles que quieren gozar constantemente de Dios: condúcelos Nuestro Señor consigo algún tanto al huerto de Getsemaní, para darles á gustar de su amargura.

Pero lo más frecuente es que la dureza del corazón nos sobrevenga como castigo. En este caso debemos huirla á toda costa, porque es consecuencia del pecado. Las pruebas no son muy duraderas: pronto pasan y nos disponen á recibir señaladas gracias: nos sirven para pagar algunas deudas, y después de la tempestad sale el sol radiante de esplendor. El corazón de suyo no puede ser insensible á Dios: para que padezca esta insensibilidad es necesario que el pecado le torne insensible de un modo violento. Tres horas sufrió Nuestro Señor en el huerto de las Olivas, y en este tiempo se vió en trance de muerte á causa de la tristeza que sintió y de verse abandonado de su Padre.

Cuando tales estados se prolonguen, debemos investigar si esto sucede por nuestra culpa, porque la duración de tal estado del alma es ordinariamente señal de que nosotros somos los que lo hemos atraído sobre nosotros mismos. Si, por ejemplo, hace largo tiempo, un año ó más, que sois insensibles á las gracias que recibís de Dios, á sus inspiraciones

á la oración, no busquéis lejos la causa, porque está en vosotros, sois vosotros mismos: fijaos, pues, en ella y no omitáis medio de salir de tal estado. Claro es que el alma que ha empezado á gustar de Dios y que viene á tal estado, se ve en él por su propia culpa. Dios no se ha con vosotros con tanta dureza: es Padre bondadoso y no puede permanecer oculto largo tiempo. Si apartara su faz durante largo tiempo de nosotros, moriríamos. La Escritura atestigua que Dios es bueno, que está poseído de amor y ternura para con nosotros; que es padre y madre para con aquellos á quienes ha elegido. Así nosotros tenemos que sentir su ternura y su bondad; y si no las sentimos, culpa nuestra es: nos falta un sentido, estamos paralíticos, y en esto consiste nuestra falta: busquemos, pues, las causas para remediar el mal.

II

Una de estas causas es la superficialidad del espíritu, la disipación en las cosas exteriores. El espíritu superficial no está nunca en sí, no sabe reflexionar, obra por impresiones y por impulsos exteriores. Cuando siente hambre, pide de comer, pero no se cuida de buscar el manjar: y no hallándole en Dios, se dirige en busca de él á las criaturas. La insensibilidad y dureza de corazón comienza, pues, ordinariamente por la ligereza del espíritu. Si meditáramos, nuestro espíritu se nutriría. Pero si pasa en cosas vanas el tiempo que había de emplear en la oración, ¿qué extraño es que el corazón padezca el daño que de aquí se sigue?

Guardaos, pues, mucho de la disipación del espí-

ritu; fijaos especialmente en vuestra oración, en la cual habéis de nutriros, de inflamaros y de formar el plan que habéis de seguir en el combate espiritual. Meditación que no sirve de arma en el combate espiritual, nada vale, porque no nos alimenta, y con ella desfalleceríamos.

Acaso decís que la oración no os alimenta, á pesar de poner todos vuestros sentidos en ella. Si tal cosa os sucede, tomad otro asunto, buscando el que más os convenga. Si tal arma no os sirve, buscad otra, pues es necesario que estéis armados. Tened presente que en la vida espiritual hay prácticas de simple devoción y otras que son absolutamente necesarias, como la meditación, el espíritu de fe y de oración. No hay nada que pueda remplazar á éstas: si las omitimos, la vida espiritual se extingue, porque ellas son las que la sostienen. Es indudable que el corazón vive del espíritu, y que el amor, el afecto, sólo se nutre de la oración.

Otra causa de la dureza de corazón es la infidelidad á la gracia. Gracias, luces, inspiraciones de Dios, nunca nos faltan: nunca deja Dios de hacernos oir su voz; pero nosotros la ahogamos, y de este modo paralizamos nuestro corazón; porque el corazón sólo vive de la gracia, y cuando no la recibe se muere de inanición.

Además de las gracias necesarias para obtener la salvación, recibimos otras con las cuales podemos alcanzar la santidad y cumplir fielmente con nuestra vocación. Es asimismo necesaria la fidelidad á estas últimas gracias, porque mediante ellas llegamos verdaderamente á ser lo que debemos: ser infiel á ellas es no corresponder á la gracia propia del estado de cada uno. La gracia del estado de un

adorador se halla en la oración, en el sacrificio de sí mismo á los pies de Jesús sacramentado. Si despreciáis esta gracia, pereceréis. Donde no hay fuego, no hay calor. Examinad vuestra conducta: si hacéis oración, todo irá bien; si la omitís, camináis á vuestra *propia ruina*. *Sólo por medio de la oración*, del sacrificio y de la meditación obtendréis la gracia de Dios. Si no queréis poner la causa, no busquéis los efectos. Estas gracias las podéis obtener, pero si no hacéis valer vuestro derecho, culpa vuestra es, y en su día tendréis que dar cuenta del talento que habéis recibido y que habéis guardado inútilmente. Mientras el cuerpo vive según el régimen debido, todo va bien. También el alma debe seguir cierto régimen: ¿hacéis, por ventura, la oración que os ha sido prescrita?

Acaso digáis que si habéis omitido la oración, ha sido durante algún tiempo, y que ya volveréis á orar. Presunción sería creer tal cosa. Si queréis vivir sin Dios, sin alimento, no tardaréis en caer desfallecidos.

¡Pero si no omitimos — decís — más que las oraciones que no son obligatorias! Fijaos en esto. ¿Habéis practicado estas devociones durante largo tiempo para dejarlas ahora? Semejante conducta sería ingratitud y pereza; sería caminar hacia el pecado. No dejéis nunca de cumplir la regla que os habéis propuesto. Si queréis hacer más, bien está; pero menos, nunca. De otro modo vuestra devoción languidecerá de día en día. No digáis que no hay ley *que os obligue á observar tal ó cual regla en* vuestras devociones, porque el amor de Dios no mira lo que la ley exige, sino lo que pide el corazón.

Otra causa proviene de la sensualidad de la vida.

Es tanto el amor que Dios nos tiene, y de tal manera quiere elevarnos, que siempre que buscamos satisfacción en las criaturas, nos castiga, ó por lo menos permite que nos castiguemos nosotros mismos, perdiendo el vigor y la alegría en su santo servicio. Este castigo nunca se tarda, viene en pos de la falta: ley es ésta de la santidad. Los otros pecados no llevan en pos de sí inmediatamente el castigo, como lo lleva el gozar el alma de las criaturas ó de sí misma: el pecado mortal es castigo de sí mismo, pues el infierno vengará algún día á la justicia de Dios. Pero la persona que busca consuelo en sí misma ó en las criaturas malogra la gracia de Dios, disminuye á Dios en sí misma y le deshonra. Por lo cual es al punto castigada, perdiendo la paz y el contento que procura el servicio de Dios: es castigada por donde mismo ha pecado.

Este linaje de almas es muy numeroso. Siempre están deseando gozar. En todos los estados empiezan buscando la parte sensible; creen amar mucho, porque son muy impresionables. Pero les sucede lo que al niño á quien, para tranquilizarlo y contentarlo, se da un premio que no merece: él es el amado, no el que ama. Gozan y se tornan ingratos para con Dios, que es la única fuente de esta alegría del todo gratuita: atribuyen á su virtud y merecimiento lo que sólo es un don del Salvador. ¡Desdichados de nosotros si Dios se viera obligado á tratarnos de esta suerte! Nos sucedería lo que á los enfermos desahuciados, á quienes todos ocultan y disimulan la enfermedad que los consume.

Veamos, pues, nosotros, cuando nos hallemos insensibles, si hemos sido excesivamente sensuales. No me refiero en este lugar á la sensualidad abomi-

nable, sino á la sensualidad en el bien; al placer que siente el amor propio cuando hacemos buenas obras, sensualidad que obra el bien por recrearse, por honrarse y glorificarse, en vez de referir á Dios todo el honor y la gloria. Salid de tal estado y bendecid á Dios, que os trata con dureza para mostraros vuestro mal.

III

Es, pues, necesario que nuestro corazón sea sensible, dócil, impresionable á la gracia, capaz de oir aun sus más leves voces y de sentir en sí la obra de Dios.

No falta quien diga: «El que trabaja hace oración; aunque no sienta la presencia de Dios, el trabajo me santifica.» Todo esto sería mucha verdad si hiciérais oración trabajando. Pero trabajar no es orar, como el trabajo no esté animado de buenos deseos, de aspiraciones hacia Dios y de la unión con Él. También trabajan los paganos y los impíos. Así vosotros, sólo cuando trabajáis por amor de Dios, hacéis oración, y nada más que entonces.

Pero diréis acaso: «¿No bastará hacer la voluntad de Dios trabajando?» A lo cual os responderé preguntándoos á mi vez: Cuando trabajáis, ¿tenéis el pensamiento puesto en hacer la voluntad de Dios? ¿Trabajáis por conformaros con su divina voluntad?

No digáis que de esta suerte cumplís con vuestra obligación, porque también la cumplen los soldados y los presidiarios, condenados á trabajos forzosos. La vida exterior no es de suyo una oración; para que se convierta en oración es necesario que esté animada del espíritu de oración y de amor de Dios.

Es necesario, repito, que nuestro corazón sea sencillo para con Dios. ¿Para qué, si no, nos ha dotado Dios de sensibilidad, sino para que la empleemos en su santo servicio? Tal es la vida del espíritu de fe. «Yo os quitaré vuestro corazón de piedra y os daré un corazón de carne», decía el Señor á los judíos. Tenían el corazón de piedra, porque eran hombres exteriores y cifraban toda su recompensa en la felicidad de la vida presente. Pero el Señor ha dado á los cristianos un corazón de carne, capaz de sentir la vida divina y de unirse á Dios y á su Verbo. El Verbo sólo obra en los corazones semejantes al suyo; es espíritu, y sólo habla espiritualmente mediante la fe: es, pues, preciso que nuestra alma y nuestro corazón estén siempre en nuestras manos, dirigidos hacia Dios, para que este divino Artífice pueda formarlo según el modelo de su propio corazón y darle el sello, la vida y el movimiento propios. Cuando hacemos un vaso, preparamos la forma con tierra blanda y húmeda, y luego la ponemos al sol. De esta suerte ha de ser nuestro corazón, como de tierra blanda y dócil.

El Señor rechazó y maldijo la tierra diciendo en la Sagrada Escritura: «Árida serás; la lluvia no te regará; de tu seno ninguna cosa saldrá, y no hará mella en ti la reja del arado.» Por el contrario, cuando la bendice, se expresa en estos términos: «La lluvia y el rocío te fecundarán.» ¡Plegue á Dios regar nuestro corazón y fecundarle con el rocío de su gracia y dilatarlo con el fuego de su amor, tornándole de esta suerte capaz de recibir todas las impresiones de su amor!

El primer efecto de la sensibilidad del corazón es darnos aptitud para conocer mejor la proximidad de

Dios, para oir su voz más de lejos y con mayor alegría, para estar bajo la impresión de su amorosa presencia. Hace que el corazón se dirija más fácilmente á Dios, más bien por impresión, por instinto, que por razonamiento. Cuanto más se da el alma á Dios, más sensible se torna, y más delicada. No consiste la sensibilidad del corazón en derramar lágrimas; esta sensibilidad y delicadeza son cosas misteriosas, que no pueden definirse, pero que se sienten. Son el signo mismo de la gracia.

A medida que el alma se aleja de Dios, su delicadeza se disminuye: deja la compañía del Rey para confundirse entre la plebe; en vez de mirar á Dios, fija sus ojos en las criaturas. ¡Desdichado del que decae de esta suerte!

El segundo efecto de esta sensibilidad es inducirnos á orar interiormente. Las oraciones vocales no bastan: por santas que sean, no satisfacen del todo. El corazón necesita alimentarse incesantemente de muchos sentimientos. Quiere desprenderse del mundo cada vez más y elevarse cada vez á mayor altura; siente necesidad de vivir con Dios por la meditación.

Es, pues, necesario que el corazón sea sensible al servicio de Dios. Como somos tan flacos, tenemos necesidad de tal sensibilidad. Doctrina presuntuosa es aquella que rechaza la sensibilidad del corazón y enseña á caminar sin gozar de Dios. Es indudable que no debemos buscar como fin el gozar de Dios; si os detenéis demasiado en este goce, Nuestro Señor sabrá quitároslo. Pero si os sentís atraídos por Dios, si fuese verdad que os eleváis y sentís al corazón de Jesús sobre vuestro corazon, ¡qué dicha la vuestra! Pedid esta gracia, que es sostén firme y seguro para ayudaros á caminar.

Los que dicen que tienen su tienda levantada en el monte Calvario, no me agradan. Si estáis allí llorando, bien está; pero si permanecéis insensibles y fríos, quien os sostiene en ese lugar es el orgullo.

¿Queréis, por ventura, no hacer uso de los medios suaves y fáciles que os ofrece la misericordia de Dios? ¿Quién sois vosotros? Por desdicha, en estas tierras en que son instruídos los niños de tal suerte que á los siete años ya quieren pasar por sabios, tórnanse pedantes y arrogantes porque su espíritu acaba por sobreponerse á su corazón.

Pero mirad al Evangelio: cuando la Magdalena y otras mujeres lloran, Jesús, lejos de apartarlas de sí las consuela.

Dios ha puesto en nosotros un corazón sensible: sentid, pues, á Dios y gustad de Él.

Pero la ternura de corazón es ordinariamente fruto del sacrificio. Si el Señor os lo envía, someteos y dejad que haga en vosotros su santísima voluntad.

Dios quiere nuestro corazón todo entero. Tememos darnos por completo á Él, y decimos: «Mejor queremos padecer.»

Pero en el fondo de estos sentimientos está la pereza. ¡Queremos hacer dejación absoluta de nosotros mismos, queremos escoger los sufrimientos y tememos dejar á Dios que haga Él la elección!

Sea, pues, nuestro corazón sensible y afectuoso para con Dios, sobre todo cuando hacemos oración. ¿No nos consideramos bastante dichosos con servir á Dios? Dios nos comunicará más abundantemente las dulzuras de su gracia: aceptadlas con confianza y seréis más dichosos en el tiempo y en la eternidad.





LA PUREZA DE LA VIDA DE AMOR

Cor mundum crea in me, Deus.

«Crea en mi ¡oh Dios! un corazón puro.»

(PSALM. L, 12)

I

ENTRE todas las virtudes hay una sin la cual ninguna de las demás vale nada: esta virtud es el estado de gracia; la virtud, el hábito del estado de gracia. De ella necesitamos absolutamente para agradar á Dios, para vivir en Él. El estado de gracia es necesario para poseer la eficacia de la vida apostólica, así como la de la vida contemplativa; sin él todas las virtudes son como diamantes perdidos en el cieno. El manjar en un estómago enfermo, lejos de dar la vida, le daña; el que ofrece á Dios un cádaver hediondo, ¿podrá creer que le ofrece una víctima de olor agradable? ¿Y qué otra cosa somos nosotros cuando no estamos en estado de gracia?

Este estado es indispensable para que Dios pueda amarnos y otorgarnos su gracia. Es verdad que Dios

no nos ama porque nosotros seamos dignos de su amor, y que no ama á nuestras obras en tanto que proceden de nosotros. ¿Qué somos nosotros en sus divinos ojos? ¿Qué cosa buena pueden dar de sí un cuerpo y un alma manchados por la culpa? Sólo algún bien meramente natural, cuando más; pero de sobrenatural, nada. Lo que Dios ama en nosotros es su gracia, su santidad, que se refleja en un corazón puro. No se necesita de ninguna otra cosa para satisfacer las miradas de Dios. Cuando un niño ha recibido el bautismo, ¿no es por ventura objeto del amor de Dios? No posee virtud ninguna adquirida, pero es puro, está en gracia: Dios se mira en la gracia que adorna su corazón; se recrea en el aroma de esta delicada flor y espera que ha de producir exquisitos frutos.

En los adultos lo que Dios ama sobre todo es también el estado de gracia, ese estado de pureza adquirido en el baño de la sangre de Jesús: toda nuestra hermosura consiste en estar en gracia. Tal estado es el reflejo de Jesucristo en sus Santos. Jesús se contempla en el alma de los justos, como el Padre Eterno en su Verbo. Pero cuando el alma está en pecado, Dios no puede mirarse en ella. ¿Cómo ha de mirar con agrado al verdugo de su divino Hijo? El mal nunca es digno de amor. Cuando estamos en pecado, Dios no puede amar nuestro estado: su bondad misericordiosa empieza purificándonos, y sólo entonces nos atestigua su amor, y nosotros podemos ser objeto de sus miradas. La primera razón que tenemos para mantenernos en estado de gracia es, pues, que, mediante tal estado, somos amados de Dios y agradables á sus divinos ojos.

II

¿Qué habran de hacer entonces los adoradores que con tanta frecuencia vienen á postrarse á los pies de Jesús y á estar en su compañía? ¿Ha de mirarlos Jesús como á enemigos suyos? Sea, pues, vuestra alma su imagen viva, si queréis que Él os reciba con agrado. Cuando venís á adorarle, lo primero que debéis hacer es lanzar de vosotros al demonio tomando agua bendita y haciendo un acto de contrición. Deber es éste que tanto obliga al pobre como al rico. Si estuviéramos poseídos del espíritu de fe, en pesando sobre nuestra conciencia algún pecado, ya no nos atreveríamos á entrar en la iglesia ó nos quedaríamos cerca de la puerta, como el publicano. ¿Pero no habríamos de poder entrar ya nunca con confianza? Purificaos, y luego entrad. El pecador que no se atreve á presentarse á Dios en la iglesia, discurre rectamente; aunque de cierto obra mal si no recurre á la penitencia; pero en el fondo este sentimiento de temor es legítimo.

El estado de gracia debería ser nuestra virtud predilecta. Notad cuál es en este punto el espíritu de la Iglesia. Sus sacerdotes son reputados por santos, pues representan á Jesucristo y van á renovar las maravillas que en otro tiempo obró Nuestro Señor. Sin embargo, la Iglesia les obliga á detenerse á los pies del altar, á postrarse allí, humillándose y confesando sus pecados, á obtener, por decirlo así, el perdón del que le ayuda la Misa, que ordinariamente es un niño, el cual le dice: «Compadézcase de ti el Señor omnipotente! *Misereatur tui!*

Cuando venís á la adoración venís á hacer el ofi-

cio de los ángeles. Sed, pues, puros como ellos. El que viene á adorar á Jesús teniendo la conciencia manchada, le insulta. La Escritura misma lo dice: *Peccatori autem dixit Deus: Quare tu enarras justitias meas et assumis testamentum meum per os tuum?* Dice Dios al pecador: «¿Cómo te atreves á narrar mis alabanzas y á referir mis promesas, teniendo la boca manchada?» Si queréis, pues, adorar al Señor, sed puros.

¿Se atreverá á presentarse ante el purísimo Jesús un alma hedionda como un cadáver? Yo te ruego que no desprecies á Nuestro Señor viniendo á adorarle con conciencia manchada de pecados.

Pero el demonio intenta engañarnos: ejercitamos con diligencia leves actos de virtud, mientras que descuidamos la pureza de nuestra conciencia. Mas ¿qué cosa es un acto de virtud? Todo acto de virtud es un fruto; la raíz es la parte que sustenta al árból y hace que dé frutos; procurad, pues, que la raíz esté sana. El Señor recibe con agrado las alabanzas que salen de la boca de los niños, porque proceden de un corazón puro.

Examinemos estos conceptos. Decid con frecuencia. Cuando adoramos al Señor representamos á la Iglesia, á toda la familia de Jesucristo; somos abogados de los pobres y de los pecadores, é intercedemos por ellos: ¿cómo hemos de atrevernos á pedir á Dios que los perdone, siendo nosotros pecadores? El Señor sólo mira una cosa: la pureza, el estado de gracia. No ignoráis la respuesta que dió el ciego de nacimiento á los fariseos que intentaban demostrarle que Jesucristo era un pecador: «No sé si es ó no pecador; lo que sé es que me ha sanado, y Dios no escucha á los pecadores.»

¿Por qué aplacaban la divina cólera los Santos, sino porque eran en los ojos de Dios víctimas puras, embellecidas con la pureza de su Hijo, que es el Pontífice puro, inocente y sin mancha?

III

¿Qué hemos, pues, de hacer nosotros? Debemos amar sobre todas las cosas el estado de gracia, y no temer cosa ninguna tanto como á las ocasiones de pecar. ¡Es tan frágil el vaso en que llevamos nuestro tesoro! Por lo mismo siempre debemos desconfiar y estar muy en guardia. La misma Virgen María tembló en la presencia de un ángel. Debemos poner todos los medios para conservar la pureza de nuestra alma; debemos ser centinelas siempre vigilantes. Vigilemos, pues, sobre nuestros sentidos. Cuando estamos en las ciudades, tan pervertidas hoy día, debemos cubrir nuestros ojos con las manos para que la muerte no penetre por nuestras ventanas. Debemos decir continuamente: «En vuestras manos ¡oh Dios mío! pongo mi alma.» El ambiente de las ciudades está corrompido: en ellas reina el pecado, y los hombres se glorían en servirle: allí se respira una atmósfera que asfixia; las tentaciones que nos asaltan son allí más violentas: flotan en ellas nieblas de pecados, y nosotros las aspiramos sin querer. Vigilemos, pues, más y más sobre nosotros mismos.

Aquel que ha recibido mayores gracias, vigile más todavía. Aquel que ha recibido el don de oración, tema aún más que los otros que no le han recibido. No hay personas tan impresionables al frío

como las que vienen de países templados. Así, el que vive de Dios en la compañía de los ángeles y de los Santos, necesita de más activa vigilancia cuando está en medio del mundo. Por esto vemos almas piadosas caer torpemente. Estas almas han recibido la sagrada Comunión, han orado, y sin embargo caen; y caen porque no han vigilado lo suficiente. Eran como niños queridos que vivían en el seno de su familia, y no sabían que en torno suyo había fieros leones. Los Santos estaban siempre muy vigilantes, porque apreciaban en mucho sus riquezas y conocían su propia flaqueza. Cuanto más gracias poseemos, más expuestos estamos; cuanto más amados somos, más tenemos que temer.

Precioso es vuestro tesoro: merece que el demonio, que conoce su valor, se tome el trabajo de arrebatároslo; y el perderlo es cosa de un momento.

¿Y cómo puede ser esto? El que antes era tan santo, ha confiado excesivamente en sí mismo, se ha enorgullecido con sus gracias, ha presumido de la excelencia de su estado, y ha caído. ¿Creéis que porque Dios os ama con predilección y os colma de sus gracias, le amáis vosotros y merecéis su amor, y tenéis derecho á ser amados de Él? De ningún modo; los niños más amados son ordinariamente los que menos aman. No os confiéis, pues, en la santidad de vuestras costumbres y de vuestro estado. ¡En el cielo estaban los ángeles, y sin embargo muchos de ellos pecaron!

Nosotros tenemos inclinación á no mirar sino el honor que nos reporta el servicio de Dios, la gloria que de aquí se nos sigue, y á los que ocupan un lugar inferior al nuestro. Pero volvamos los ojos á nuestra miseria: las gracias extraordinarias que

Dios nos otorga, suponen una flaqueza de parte nuestra: pues Dios acude á nosotros con tanta solicitud y pone en torno de nosotros tantas barreras, claro es que somos muy frágiles. Este pensamiento hará que estéis muy en guardia contra vosotros mismos.

Vigilemos, pues, y no nos fiemos de nuestra santidad: considerad que el color blanco es el que más se destaca entre los demás colores, y que aun la más leve mancha se ve en él y lo empaña y obscurece. El color blanco es en nosotros un color prestado, que nos da Jesucristo: procuremos, pues, no mancharlo ni empañarlo.

Si eres más favorecido de Dios que los demás, teme más que ellos. ¿Creéis, acaso, que porque Dios os ama, sois también amados de Satanás? El demonio ve que procuráis ocupar el lugar de los querubines y de los serafines, y tiene envidia de vosotros.

Además, dirige sus asechanzas contra vosotros por burlar á la divina voluntad. «Ya que no pude rendiros á Vos—parece que dice á Jesucristo—destruiré por lo menos estos templos vivos.» Y se venga en nosotros de su impotencia contra el Salvador, que ha destruído su reino. ¿No sabéis que el que quiere llegar á la santidad debe estar preparado á sostener terribles combates y á resistir violentas tempestades? «Antes no me asaltaban tentaciones tan violentas,» soléis decir, y decís bien: antes no os temía el demonio. No os atemoricéis al ver que las tentaciones se redoblan cuando sois más celosos en el servicio de Dios. Si hubiera motivo para que nos pudiéramos gloriar de alguna cosa, éste sería el único: cuando el demonio os

asalta, será porque valéis el esfuerzo que emplea para rendiros.

Seamos, pues, puros: así nos quiere Jesucristo. Procuremos purificar cada día más nuestra cándida vestidura celestial. Seamos firmes en la fe; sepamos á quién servimos. Prueba de que carecemos de fe es nuestra falta de delicadeza para con Dios Nuestro Señor. Reprendámonos con frecuencia esta falta; seamos puros; extienda sus raíces en nuestro corazón la delicadeza, flor de la fe y del amor, y guíenos como soberana en todas nuestras comunicaciones con Jesús, que ama los corazones puros y se apacienta entre los lirios. El secreto de su soberana amistad es la pureza de corazón fielmente conservada: *Qui diligit munditiam cordis, habebit regem amicum.*





LA VIRGINIDAD DEL CORAZÓN

Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias.

«Como el lirio entre las espinas, así es mi amiga entre las hijas de los hombres.»

(CANT., II, 2.)

El reinado del amor está en la virginidad del corazón: es figurado por la azucena que se eleva como reina en medio de las flores del valle.

El amor es uno: en partiéndose y dividiéndose es amor infiel. La verdadera unión consiste en darse mutuamente el corazón las personas que se aman. En el corazón es donde se hace la unión, y para simbolizar la pureza de esta unión, la esposa se viste de blanco.

Jesucristo nos pide nuestro corazón de una manera absoluta: quiere reinar en nuestro corazón Él solo, y no puede sufrir que lo dividamos entre Él y las criaturas.

Jesús es Dios de toda pureza: ama con singular

predilección á las vírgenes; á ellas les otorga sus favores y el singular privilegio de cantar el cántico del Cordero; las vírgenes son su corte privilegiada y le siguen á dondequiera que va.

Jesús sólo se une á los corazones puros: el efecto de esta unión es engendrar, conservar y perfeccionar la pureza, porque el amor de suyo es causa, entre los que se aman, de indentidad de vida y de simpatía de afectos.

El amor huye de desagradar y procura agradar á la persona amada: lo que desagrada á Jesús es el pecado: el amor huye con horror el pecado, le combate con energía, y muere contento antes que pecar.

Esta es la historia de todos los Santos, de todos los mártires, de todas las vírgenes. Este es el sentimiento necesario á todos los cristianos: estar resueltos á morir antes que ofender á Dios.

No hay cosa tan delicada como la blancura de la azucena: aun el más leve átomo de polvo, el más leve soplo empaña su brillo; lo mismo es la pureza del amor. El amor es celoso por naturaleza.

El título que Dios prefiere sobre todos los demás, y el que nosotros debemos decir con más amor, es este: *Deus, cordis mei*. Dios de mi corazón. El corazón es el rey en nosotros: dirige la vida, es la clave de la posición. Así, todas las tentaciones del mundo van contra el corazón y tienden á conquistarlo; porque, una vez ganado el corazón, todo está ganado. Por esta razón nos dice la divina Sabiduría: «Hijo mío, custodia con toda vigilancia el corazón, porque de él procede toda la vida.» *Fili, omni custodia custodi cor tuum, ab ipso enim vita procedit.*

Jesús reina en el alma como señor, sólo por la pureza del amor.

Pero hay dos suertes de pureza en el amor de Jesucristo.

La primera es la pureza virginal, que procede como fruto natural del amor de Jesucristo. El alma que está poseída de este amor, anhela por consagrar su corazón á su Esposo; todo su corazón es para Él. *Ut sit sancta corpore et spíritu.* Es un lirio, y Jesús se apacienta entre lirios.

Jesús reina en su espíritu tranquilo y puro, donde sólo brilla su verdad.

Reina en su corazón, donde está como un rey en su trono.

Reina en su cuerpo, cuyos miembros todos le han sido consagrados y ofrecidos como hostia viva, santa, de olor agradable: *Ut exhibeatis corpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentem.*

Esta pureza constituye la fuerza del alma. El demonio tiembla en presencia de un corazón virgen; por una Virgen ha sido vencido el mundo.

¿Son muchos los corazones vírgenes que nunca han amado sino solamente á Jesucristo? Muchos debería haber si consideraran los hombres quién es Jesucristo. ¿Qué hombre, qué rey puede ser comparado con Él? ¿Quién hay más grande, más santo, más amante que Él? Verdaderamente la majestad real de este mundo no vale la majestad virginal de Jesucristo.

Muchos de estos corazones había en los siglos de persecución; muchos en los siglos de fe; los fieles sabían apreciar la honra de dar su corazón, de pertenecer solamente al Rey de los cielos. Todavía hay muchos hoy día, á pesar de la guerra que les hacen

el mundo y la sangre. Ángeles son que viven en el mundo, y mártires de su fidelidad. Los combates que tienen que sostener, los que les ofrecen el mundo y sus parientes, son terribles y pérfidos: no hay dardo que no sea lanzado contra ellos para arrancarles esta corona de rey que han recibido de manos de su celestial Esposo.

Jesús recompensa la fidelidad de éstas almas uniéndose cada vez más íntimamente con ellas: como es la suma pureza, las purifica incesantemente y las convierte en oro purísimo.

La recompensa que en el cielo recibirán será sólo para ellas. «He visto—dice San Juan, el Apóstol virgen,—he visto al Cordero en lo alto del monte Sión, y con Él las ciento cuarenta y cuatro mil vírgenes que llevaban su nombre y el nombre de su Padre escrito en la frente, y cantan un cántico nuevo ante el trono del Cordero, cántico que sólo las vírgenes pueden cantar.» Son vírgenes, y siguen al Cordero dondequiera que va; porque están sin mancha ante el trono de Dios.

A los que no tienen la corona de la pureza virginal, les queda la pureza de la penitencia. Esta pureza es hermosa, noble y fuerte, reconquistada y conservada á costa de violentos combates y de los sacrificios más penosos á la naturaleza; fortalece al alma y la hace señora de sí misma. Es además el fruto del amor de Jesús.

El primer efecto del amor divino que toma posesión de un corazón arrepentido, es rehabilitarlo, purificarlo, ennoblecerlo y tornarlo digno de ser honrado.

Además, el amor le sostiene en los combates que tiene forzosamente que librar contra sus antiguos señores, contra sus hábitos viciosos.

El amor penitente ofrece un ejemplo magnífico; es una virtud pública mediante las victorias que alcanza y los lazos que rompe.

Sus victorias son sublimes: su triunfo completo consiste en hacer al hombre modesto.

Alcancemos, pues, aunque sea á costa de los mayores sacrificios, este oro acrisolado en el fuego de la pureza, á fin de enriquecernos y de revestirnos de cándida vestidura, sin la cual nadie entra en el cielo. Este es el consejo de San Juan al Obispo de Laodicea: *Suadeo tibi emere a me aurum ignitum probatum, ut locuples fias et vestimentis albis induaris.*

¿Quién podrá subir á la montaña del Señor? El que es inocente en sus obras y quien tiene el corazón puro.

La gran obra de toda nuestra vida presente es purificarnos. En el reino de la santidad de Dios no puede entrar cosa alguna manchada: para verle, para contemplar el esplendor de su gloria, es necesario que los ojos de nuestro corazón sean enteramente puros. Si hubiera en nuestra túnica un átomo siquiera de polvo, no podríamos entrar en el reino de los cielos sin haberla antes lavado en la sangre del Cordero. La palabra que el Señor pronunció no pasará. «En verdad os digo que de toda palabra ociosa que hubieren pronunciado los hombres, tendrán que dar cuenta en el día del juicio.»

Es, pues, necesario, que nos purifiquemos constantemente. Antes que perder el tesoro de la pureza, sería mejor que huyéramos á un desierto, y nos condenáramos á vivir una vida de sacrificios; valdría más dejar todas las cosas, por bellas y buenas que sean. El salvar á todos los hombres no vale la

salud de tu propia alma. Lo que Dios quiere de ti, ante todo y sobre todo, es que tú te salves; sin esto, es nada todo lo demás.

Ya que no poseemos todas las virtudes sublimes y heroicas de los Santos, seamos al menos puros; y si por nuestra desdicha hemos perdido la inocencia bautismal, vistámonos de la inocencia laboriosa de la penitencia.

Sin la pureza no puede darse la vida del amor.





EL ESPÍRITU DE JESUCRISTO

Qui adhaeret Domino unus spiritus est.

«El que está unido al Señor es un espíritu con Él.»

(I Cor., VI, 17.)

I

Examinándonos atentamente á nosotros mismos, no podemos menos de ver los esfuerzos que hace la parte natural de nuestro ser para dominar sobre nosotros: el espíritu procura incesantemente dejarse llevar de la superficialidad, de la movilidad, de la curiosidad natural; el corazón, de sus simpatías y preferencias; la voluntad, tan tenaz en las cosas que hace por su gusto y libremente, es débil para seguir las inspiraciones de Dios: el alma entera, aunque momentos antes haya estado tranquila y recogida en oración, en un instante se disipa y deja de pensar en Dios. Olvídase también de Dios en sus relaciones con el prójimo. Esta es la naturaleza no muerta, ni siquiera domada, ni bien sujeta, que á cada momento quiere exasperarse.

¡Pobre del árbol espiritual que no tiene raíces! Somos desdichadamente como plantas de estufa que no pueden ser expuestas al aire libre sin que se hielen y se marchiten. Lo cual prueba que nuestra vida interior es ficticia y artificial: vive bajo la acción del fuego de la oración, pero se hiela tan pronto como nos dejamos llevar de nosotros mismos ó nos dedicamos á obras exteriores.

¿Cuál es la causa de todo esto?

II

Dos son las causas. La primera, que fuera de la oración ninguna de las obras que hacemos nos alimenta espiritualmente. Cuando estudiamos, no es la devoción la que nos mueve al estudio, sino el celo y actividad natural; en nuestras relaciones con el prójimo nos disipamos, en vez de tomar de aquí ocasión de hacer algo por Dios. Nuestros diversos quehaceres son como fiebre que nos consume y debilita.

Sin duda es necesario trabajar, pero nutriéndonos de la virtud que hay en nuestro trabajo: obrando con espíritu de recogimiento, considerando en él el cumplimiento de la voluntad de Dios, y proponiéndonos, al empezar nuestro trabajo, honrar á Dios con él.

La segunda causa es que nos falta un centro donde retirarnos á reparar nuestras fuerzas, ó á renovarlas á medida que las vamos gastando. Nos deslizamos como un torrente, y nuestra vida es sólo movimiento y ruido como de pólvora.

Necesitamos pensar habitualmente en que Dios

está presente, ó en hacer su voluntad, ó en su gloria, ó en algún misterio, ó en alguna virtud. En suma: debemos estar poseídos de los mismos sentimientos de Jesucristo, vivir bajo sus miradas, sometidos á sus inspiraciones, como Él mismo vivía unido á su Padre. *Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu.*

III

Esta unión de Jesucristo con su Padre se manifiesta en sus palabras y en sus obras. Se manifiesta en sus palabras cuando dice: «No os hablo de mí mismo.» *A me ipso non loquor.* «Todo lo que he oído á mi Padre os lo he manifestado.» *Qua cecumque audivi a Patre meo, nota feci vobis.* Así Nuestro Señor no dice ni una sola palabra de sí mismo: oye al Padre, le consulta, y luego repite su divina respuesta con fidelidad, sin añadir ni alterar cosa alguna. Es la palabra del Padre: *Verbum Patris*, la repite con respeto, porque es santa; con amor, porque es gracia de su bondad; con poder, porque ella ha de santificar al mundo, ha de crearle de nuevo en la luz de la verdad, ha de encenderle en el fuego del amor, y, finalmente, ha de juzgarle el último día. Por todas estas razones la palabra de Jesús era espíritu de vida. Había en ella un fuego misterioso: *Nonne cor nostrum ardens erat in nobis dum loqueretur?* Era omnipotente: *Si verba mea in nobis manserint, quidquid volueritis petetis, et fiet vobis.* «Si mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis, y os será concedido.» Las palabras de Jesús salían de su boca como los rayos salen del sol, para disipar las tinieblas interiores. *Erat lux mundi.*

Esto mismo debemos ser nosotros para con el prójimo: *Verbum Christi*, la palabra de Jesucristo. Esto fueron los Apóstoles, y también los primeros cristianos: el Espíritu Santo hablaba por su boca en presencia de los paganos. San Pablo decía á los fieles: «Que la palabra de Jesucristo more en vuestros corazones.» *Verbum Christi habitare in cordibus vestris.*

Es, pues, necesario oir á Jesucristo que nos habla dentro de nosotros mismos; comprender y repetir la palabra interior de Jesús, oirla con fe, recibirla con amor y respeto, y transmitirla con fidelidad y confianza, con dulzura y fortaleza. Pero por desgracia ¡qué poco nos hemos inspirado hasta aquí en la palabra de Jesús, sino en nuestro amor propio ó en nuestro afecto natural al prójimo! Por eso nuestras palabras son estériles, inconsideradas y con frecuencia culpables.

IV

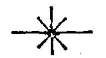
Todos las obras de Jesús eran inspiradas, y aun los más leves accidentes de sus acciones regulados por el Padre celestial: *A me ipso non facio quidquam.* «Por mi mismo—dice el Salvador—no hago cosa ninguna.» Nuestro Señor cumplió literalmente en todo la voluntad de su Padre.

Este es el deber del verdadero siervo de Jesucristo, del alma que se alimenta de Él y le recibe con frecuencia. ¡Inmenso honor es éste, tener á Jesús por Señor, verle que se digna dirigirme en todo, inspirarme hasta en los más leves accidentes de mis obras! ¿Por qué no he de hacer, ya que soy su discípulo, lo mismo que él hace, como Él y con la

misma intención que Él? Si así obráramos, obtendríamos libertad, paz y la unión con Dios; no nos concentraríamos en nuestras obras, sino permaneceríamos en Dios mientras estuviéramos trabajando exteriormente; no ligaríamos nuestra voluntad sino á la voluntad del Señor, como el siervo á quien se dice: «Ven,» y viene; ó «vete», y se va.

Pero esto supone un trastorno en el gobierno, en la clave, en la norma de nuestra vida; supone una revolución completa que encadene y crucifique al hombre viejo; es necesario que dejemos á Nuestro Señor la dirección de nuestra vida y que nosotros nos contentemos con obedecerle.

Con este fin viene á nosotros. Sin este abandono de nuestras *facultades*, de *nuestra voluntad*, de nuestra actividad, Jesús no vive en nosotros con una vida actual. Nuestras obras siguen siendo nuestras, y de escaso mérito; estamos unidos con Él mediante *la gracia habitual*, mas *no* por el amor actual, vivo y eficaz; no podemos decir con verdad y según su profundo sentido: «No soy yo el que vivo, sino Jesús es quien vive en mí.» *Vivo, jam non ego; vivit vero in me Christus.*





LOS SIGNOS DEL ESPÍRITU DE JESUS

Fili, diligenter adverte motus naturae et gratiae, quia valde contraria et subtiliter moventur; et vix nisi a spirituale et intimo illiminato homine, discernuntur.

«Advierte con cuidado, hijo mío, los movimientos de la naturaleza y de la gracia; porque son muy sutiles y contrarios, y apenas pueden ser discernidos sino por el hombre espiritual, interiormente ilustrado.»

(IMIT., *lib.* III, cap. LIV.)

Dos son las vidas que hay en nosotros: la vida natural y la sobrenatural, una de las cuales ha de dominar necesariamente en nosotros. Cuando nos domina la primera, somos culpables; cuando la segunda, todo está ordenado y santificado por ella: la cual da su propio lugar á todas las cosas, y las corrige y purifica. Nuestra virtud consiste en mantener viva y fuerte esta vida sobrenatural. Es necesario que sepamos cuál es el espíritu de que somos animados; si el espíritu de la

gracia ó el de la naturaleza. Hay momentos en que es muy difícil discernir cuál es, pues ambos luchan en nosotros; pero el resultado de esta lucha nos dirá cuál es el espíritu que nos mueve, cuál la vida que domina en nuestra alma.

Todas las cosas en el mundo sirven á la vida natural, la sustentan, exaltan y glorifican; pero si queremos vivir de Dios, es necesario que mantengamos y aumentemos en nosotros, con todas nuestras obras, por todos los medios posibles, la vida sobrenatural.

Si quisierais distinguir los varios movimientos de cada una de estas dos vidas, os aconsejaría que acudierais al capítulo LIV de *La Imitación:* solamente la humildad y la delicadeza de conciencia nos ilustran acerca de los defectos allí emunerados. Pero la prudencia debe regir todas las cosas. En nosotros está el germen de todas las malas inclinaciones, pero en la práctica no incurrimos en todos los defectos. Pidamos á Dios la gracia de conocer los nuestros y de enmendarnos de ellos, y esforcémonos á conseguirlo sin turbarnos sin afanarnos, que si somos fieles á la gracia de Dios, ella hará triunfar la vida de Jesús en nosotros.

He aquí los signos de la vida sobrenatural cuando está sólidamente arraigada en nuestra alma y dirige nuestra conducta:

1.° Ante todo la vida de Jesús domina la conciencia, la purifica, la aparta del pecado, no se une á las conciencias dudosas ó culpables. Examinemos si Jesús vive en nosotros mediante la delicadeza de nuestra conciencia. Si no aborrecemos el pecado, el espíritu de Jesús no está con nosotros. Es necesario que nuestra conciencia esté libre y que sea pura, que el enemigo esté de tal modo sujeto, que no pue-

da turbar la limpidez de la conciencia. Para conseguir este bien es necesario hacer uso de la violencia, y emplearla al principio contra nosotros mismos y contra el pecado, que la dulzura vendrá después. Luego diremos cuáles son los caracteres de esta violencia. Veamos, pues, si nos aflige el haber pecado. Si no nos afligimos de haberlo cometido, extranjeros seremos solamente, no hijos de familia. Si no sentimos dolor de haber ofendido y afligido á Nuestro Señor, de haber levantado entre Él y nosotros una barrera que nos impide conversar con Él, nuestro corazón está muerto.

2.° Vive en nosotros Nuestro Señor cuando no sólo está en Él nuestra voluntad para huir el pecado, lo cual basta para obtener la salud, sino también para hacer en todo la suya santísima.

Sin embargo, aun *en este último* estado se dan casos en que la voluntad lucha contra el pecado, en que vacila y es inclinada al mal por la tentación, en que es obscurecida y trastornada. No se trata entonces de experimentar sentimientos buenos, sino de afirmar la voluntad contra el pecado, y contra los más graves pecados. Tal estado lo permite Dios: los Santos unas veces están con los querubines y otras con los demonios. Quiere que no nos olvidemos enteramente de la conciencia; y como la dulzura en su santo servicio nos induce á perderla de vista, y el corazón hace que nos olvidemos del combate, envía estas tentaciones que se dirigen directamente contra la voluntad. Entonces el orgullo cede: el alma duda de todo cuanto ha hecho, y se cree tan pobre y flaca que vendría á caer si Dios no la tuviera como por la mano. Todo esto es muy provechoso, porque el alma se humilla: conviene que conozca su miseria

y que tema, para huir la familiaridad de la pereza. Semejantes estados son más duros que el temor positivo del infierno. El alma llora en la presencia de Dios, y padece tanto más cuanto más ama y más amada es de Dios. Pero Dios nos deja en tal estado hasta que nos convencemos de nuestra propia miseria. ¡*Á qué extremo he venido!* dice el alma entonces. ¡Hasta dónde no habría llegado si Dios no me hubiera sostenido! Este acto de humildad nos repone y nos rehabilita: Dios se da por contento y todo sucede en nosotros según el orden debido.

En tales estados es preciso esperar, que ya pasarán. ¿Acaso sois cada vez mejores? Pues entonces necesario es que os purifiquéis. Esto sucederá en la hora de Dios. Cuando llegue ese momento, abrazaos á la cruz, recurrid á la oración: éste no es tiempo de huir. Hay almas que vienen á este estado tan pronto como cometen algún pecado con el corazón, con el afecto: de esta manera las purifica Dios.

Acaso diréis que estas almas son culpables y que por su culpa pasan por tales pruebas. De ningún modo: todavía no estamos en el paraíso. Podrá haber falta en ellas, pero Dios toma ocasión de tales faltas para excitarlas á que progresen más rápidamente, para hacerlas salir de la sangre y de las lágrimas, para despejar el campo.

Pero volvamos al punto que más arriba hemos procurado investigar: ¿cuál es el segundo signo de que Nuestro Señor vive en nosotros? Además de los estados de que acabamos de hablar, este signo consiste en que nuestra voluntad esté del todo unida á la suya. Avivemos, pues, y fortalezcamos en nuestra adoración y en nuestras oraciones esta voluntad de ser de Dios, poniéndola constantemente en sus

manos, y poniéndola para que Él disponga de ella ahora y siempre según su divino beneplácito.

Porque es grave defecto de la piedad el concretarse á desear alguna cosa determinada, pues en faltando esa cosa y ofreciéndose otras circunstancias, ya no está pronta nuestra voluntad. Es preciso que nos demos por completo y en todas las cosas. Aunque Dios no nos pida cosa alguna en el momento presente, no importa: suyos somos y debemos esperar á que nos hable. Este es el verdadero signo de la vida de Jesús en nuestra voluntad. De esta manera viviréis en la vida de Dios: la vida sobrenatural, la vida en Dios es vida de la voluntad; y lo que el hombre acepta voluntariamente es lo mismo en la presencia de Dios que si lo llevara á cabo; el hombre contrae el mérito de todo cuanto ha deseado: estar en manos de Dios es obrar.

El día en que Dios nos manifieste su voluntad, estemos prontos á cumplirla. Poco importa que la naturaleza se preste ó se niegue: en conociendo la voluntad de Dios, á cumplirla se apresura el alma. Siempre estará contento el hombre espiritual, sean cuales fueren los sacrificios que Dios le exija. La naturaleza se doma con el castigo: necesario es que adelante; si se niega á avanzar, castigadla duramente.

Si sois débiles, os derribará; pero en viéndoos fuertes, avanzará aunque le cueste trabajo. Huyamos de investigar qué es lo que hemos de hacer en tal ó cuál caso. Antes por el contrario, estad siempre en las manos de Dios. No os reservéis tiempo alguno, que en el cielo no hay momento libre. Los reglamentos prescriben sin duda los ejercicios que hemos de practicar en tiempos fijos; pero

en los intervalos estad siempre dispuestos á hacer la voluntad de Dios.

Es asimismo imprudencia querer saber de antemano cuáles son los sacrificios que Dios nos va á pedir en lo sucesivo: semejante conducta es como la del que desea combatir sin armas. Esperad á que Dios os los pida, que al mismo tiempo os dará la gracia que necesitáis para llevarlos á cabo. Dejad en sus manos lo que habéis de hacer; permaneced en el centro de su divina voluntad y no os cuidéis de las buenas obras que pudierais practicar fuera de este divino querer. Cuando Dios no os pida cosa ninguna, nada hagáis, porque en tal caso quiere que descanséis, que durmáis á sus pies.

3.° ¿Cuándo podemos decir que Jesucristo vive en nuestro corazón? Cuando el corazón sólo halla contento y alegría en Dios. Esta alegría no siempre la sentimos, porque á veces está crucificada: nace de amar á Dios sobre todas las cosas; el corazón que vive vida divina llega á vivir más de aflicción que de alegría, y acaba por amar su pasión y su cruz por Dios. La dicha de este corazón, así en la alegría como en el dolor, consiste en ser de Dios; y no vive en sí, sino en Dios.

El signo de que el corazón vive de Dios no siempre es fácil de reconocer. Para que su amor sea cada vez mayor, Dios permite que el corazón se vea á menudo en tinieblas y que crea que no le ama bastante. Entonces se excita á amar todavía más, y como nunca cree que lo consigue, se esfuerza á acrecentar más y más su amor.

4.° Respecto del espíritu, es esto más fácil: aun podemos saber de cierto cuándo el espíritu vive en Dios. La certeza de su vida sobrenatural es

prueba de que la voluntad y el corazón viven de Dios, porque el espíritu es quien les ofrece los motivos y pensamientos que los conservan en la vida divina, y es como la leña que alimenta al fuego. Ahora bien; tener el espíritu en Dios es pensar en Él con pensamiento fijo, dominante, fecundo. ¿Pensáis habitualmente en Dios? Si así es, Jesucristo está en vuestro espíritu y en él vive, porque está en él como Legislador y Señor.

Si el espíritu no vive en Dios y no alimenta la vida sobrenatural, sólo sentirá el corazón algún impulso y la voluntad algún transporte; pero si la sostiene, la vida será sólida y permanente. Las almas piadosas deben, pues, leer, meditar, proveerse de luz y fortaleza. Y cuanto más interior es el alma, tanto más instruída debe ser por medio de la lectura, ó de la meditación, ó del mismo Dios. De aquí que hay multitud de cristianos que por no pensar nunca en tales cosas, sólo son honrados, pero no verdaderos amantes de Jesús. Hay cierta piedad pueril que nunca piensa en Nuestro Señor, mas que por medio de representaciones que pronto se desvanecen: estas almas deben ejercitarse en hacer sacrificios personales: como no saben meditar, sólo se les ocurre pedir gracias muy concretas y accidentales. Jamás piensan en Nuestro Señor, ni saben pedir su amor, ni la gracia de la vida interior; sólo piensan en hacer buenas obras; pero en el mismo Dios, en el principio de su amor, en sus perfecciones, nunca. Tales almas vuelan á poca altura; viven fuera de la vida sobrenatural del espíritu. De aquí que muchas doncellas que eran ángeles de piedad en casa de sus padres, tan pronto como contraen matrimonio, no pasan de ser cristianas vulgares. La

razón es porque toda su piedad consiste en las prácticas exteriores de devoción: siendo imposibles estas prácticas en el nuevo estado, su piedad ha desaparecido.

Es, pues, necesario amar y conocer á Jesucristo en Él mismo, y conociéndole y amándole así, es indiferente practicar este ó aquel ejercicio: la parte exterior, el calor de la vida puede mudarse, pero el fondo íntimo y verdadero de ella permanece siempre.

Mas ¿por qué no aman muchos á Jesucristo por sí mismo? Porque Nuestro Señor es severo; porque nunca se satisface, pues es fuego devorador que siempre reclama nuevo alimento. Temen á Nuestro Señor, y por eso es tan rara la vocación de adorador. Cuando la piedad consiste en las prácticas, una vez cumplidos estos deberes, ya no hay más que hacer; pero no sucede así con Nuestro Señor, que siempre nos exige más, sin que podamos nunca decirle basta. Es tan perfecto, que vemos cuán lejos estamos de asemejarnos á Él.

Esta es, pues, la balanza de la vida sobrenatural. ¿Dónde está la vida de Nuestro Señor en vosotros? ¿Se aparta de vosotros Nuestro Señor ó penetra cada vez más en vuestra alma? Esto lo conoceréis según que sintáis en ella calor ó frío. Lleguemos, pues, á vivir la vida de desasimiento y renuncia de nosotros mismos, porque esta es la vida de Jesús en el Santísimo Sacramento que se da, se despoja y se anonada allí incesantemente, y viva sólo Jesús en nuestras almas.

II

Dijimos, al analizar el primer signo de la vida sobrenatural, que es preciso que seamos fuertes contra el pecado, fuertes contra nosotros mismos. La piedad es sólo como leche; necesitamos de fortaleza para alcanzar la victoria. El reposo prolongado enerva, el ejercicio aumenta las fuerzas y nos hace aguerridos. La piedad que no quiere emplear la fuerza, que no usa de la violencia, es falsa piedad.

1.° Hay cierto modo de violencia, que es necesario usar contra las pasiones. Esta violencia no es la fuerza que nace de la razón: el que discute con quien intenta seducirle, ya está perdido: alguna consideración le muestra cuando consiente en discutir con él. Es necesario emplear esta violencia contra el mundo y contra nosotros mismos: hemos de ser crueles, intolerantes, como lo es la vida religiosa, que rompe todo linaje de relaciones con la carne y con la sangre. Lejos de nosotros la tolerancia: nada de tolerancias con el enemigo. «No he venido á traer la paz, sino la espada», dice el Salvador; espada que corta el hilo que une al hijo con su padre, á la hija con su madre, al hombre consigo mismo. Jesucristo fué el primero que sacó la espada contra los fariseos, contra los sensuales, contra los hipócritas: nos ha dejado su espada en el mundo, y nosotros debemos recogerla. Con una parte de ella basta: tomadla. Esta espada está muy bien templada en la sangre de Jesús y en el fuego de lo alto. El reino de los cielos padece violencia y sólo los violentos lo arrebatan: *rapiunt illud.* Jesús quiere, pues, que los hombres sean, en orden al cielo, violentos, duros, sal-

teadores, capaces de todo, que declaren y sostengan por su nombre guerra mortal, que aborrezcan á su propio padre, á su madre, á todos los hombres; es decir, al pecado, no á las personas. Guerra del hombre contra sí mismo, contra los siete pecados capitales en sí mismo, ó lo que es lo mismo, contra las tres maneras de concupiscencia. Es necesario llegar al corazón, cortar la raíz, que nunca se arranca del todo.

¡Qué violento combate! Siempre es necesario empezar de nuevo; la victoria de hoy no asegura el éxito para el día de mañana: aunque hoy venzamos, acaso mañana nos hallemos cargados de cadenas. El suspender la pelea basta para preparar nuestra derrota; los vencedores son aquellos que jamás dejan de combatir. Es necesario escalar el cielo, tomarlo por asalto. Muchos conocen esta verdad, pero no tienen valor para aceptar el combate, y por eso sus obras están en contradicción con sus palabras, y son siervos de sus pasiones. Mirad, si no, á Herodes oyendo con gusto á San Juan Bautista mientras el precursor le hablaba del reino de Dios en general; pero desde el punto en que empezó á combatir la pasión impura de aquel Rey, éste, olvidándose de todo, montó en cólera y llegó hasta quitar la vida á San Juan. En el mundo son muchas las vocaciones religiosas, pero falta el valor para dar el golpe, y dar el primer golpe es todavía más trabajoso que dar el paso decisivo. El fondo de nuestra naturaleza es debilidad; los vicios no son sino cobardía. El mismo orgullo es más cobarde que todo cuanto puede imaginarse: vive encadenado y quiere parecer libre sin romper las cadenas. Se vanagloría de su misma esclavitud.

La piedad tiene que sostener esta batalla; es tan

ruda la lucha, tan numerosas son las ocasiones de obtener méritos y alcanzar victorias, que si no faltara el valor necesario para combatir generosamente y sin flaquear, el mundo estaría poblado de Santos. ¡Pero falta ese valor!

En la vida religiosa hay que luchar contra las pasiones. En esta lucha penetra el mundo más que lo que se cree, pues en el ambiente está su espíritu, y este mismo espíritu se introduce en nosotros por los sentidos. Los malos conocen como por instinto á los malos; los buenos también sienten su influencia, pero según sus defectos y flaquezas: pronto se establece la corriente entre unos y otros.

2.° Además de esta fuerza bruta, es necesario ejercitar la paciencia. Ya os hayáis decidido á vivir piadosamente en el mundo, ya hayáis abrazado la vida religiosa, habéis dado el paso más importante, habéis cortado el nudo gordiano con la espada de Cristo. Cantad un himno de victoria, porque habéis pasado el mar Rojo; pero necesitáis de mucha paciencia para atravesar el desierto. Esta paciencia faltó á los judíos, y se rebelaron contra el mismo Dios.

Tened presente que la verdadera fuerza no es aquella que después de dar un gran golpe se detiene, sino la que continúa combatiendo y defendiéndose sin cesar. Esta fuerza es la misma humildad, que nunca se entrega ni se desanima. Débil y postrada, mira al cielo, pide auxilio á Dios y entonces se torna fuerte con la fortaleza del mismo Dios. Antes que la liebre llegó la tortuga de la fábula. Así el varón generoso que trabaja sin tregua ni descanso, aunque esté agobiado por las pasiones y plagado de faltas, llega antes que otro más virtuoso y con me-

nos vicios que vencer, pero que quiera descansar después de haber trabajado. Serán vencidos aquellos que duerman tranquilos despreciando los combates diarios y esperando que se presenten ocasiones solemnes para combatir. Así la vocación naciente que no ejercita la paciencia, pronto se desvanece, por que la impaciencia corrompe todo cuanto emprende. Quiere desembarazarse de todos los obstáculos; pero en el fondo de este celo, hermoso en la apariencia, lo que hay es pereza que sólo desea acabar para descansar. Esta es la tentación ordinaria de los que dominan; su fuente está en el orgullo y en la pereza. Quieren librarse de una cosa que ya han tratado y resuelto en su espíritu: os consultan y preguntan; vosotros respondéis con impaciencia: sabéis ya lo que quieren deciros. El que os consulta necesita de luz, pero vosotros miráis á vosotros mismos, no á su necesidad. Esta es la impaciencia. El hombre paciente, por el contrario, escucha, ve al enemigo, le mira atentamente y le responde con precisión. No muestra que quiere acabar pronto; sabe dónde ha de dar el golpe; espera la gracia y deja tiempo para que venga.

Esta paciencia la necesitamos todos para luchar durante la vida. ¿Qué son sin ella la esperanza y la dulzura en el servicio de Dios? Muchas son las gracias que habéis recibido, pero sólo mediante la paciencia producirán abundantes frutos. Fácil cosa es hacer actos de paciencia; pero ser siempre fuerte y paciente en un combate incesante y que ha de durar toda la vida, ¡cuántas dificultades ofrece!

Lo único que Nuestro Señor nos exige es fidelidad y sacrificio. Dios nos vuelve siempre á los principios, deshace nuestra obra; siempre tenemos que volver

á empezar: nuestras obras nunca son del todo perfectas á sus ojos. Pero lo que nos importa conservar es la paciencia, y con ella llegamos felizmente al término. El santo Job se ve privado de todos sus bienes, pero no pierde la paciencia. Esta es la prenda de su corona: «No perdió la paciencia.» *In omnibus his non peccavit Job labiis suis, neque stultum quid contra Deum locutus est.*

En este incesante combate el alma se impacienta y se desanima. Esto es lo que el demonio desea; con nuestra impaciencia se da por satisfecho. Examinad vuestra conciencia y veréis que de aquí proceden casi todos vuestros pecados, es decir, los pecados interiores. Parece duro no salir con nuestro intento y todo lo dejaríamos, si pudiéramos. La paciencia es la humildad del amor de Dios. Nada puedo, mas todo lo puedo en aquel que me da fuerza: yo nada, la gracia todo. Es necesario saber aprovecharse del tiempo é introducirse en la tierra para crecer. Guardaos, pues, de perder el ánimo, que el desfallecimiento es la fuente de casi todas vuestras faltas.

Es además necesario recibir con paciencia las pruebas que nos vienen de la mano de Dios, mas aún que las que proceden de nosotros mismos. En el Evangelio vemos que el árbol que lleva fruto será podado para que produzca más todavía; y cuando se le hace este beneficio, se le corta, y en la apariencia se le hace daño. Así el hombre religioso y santo es podado por las tentaciones. Si va bien, se le detiene; esto es lógico. Pero Dios quiere que sin cesar digamos: «¡Adelante, siempre adelante!» ¡Deseamos vivamente oir que amamos á Dios, y sobre todo que el mismo Dios nos lo diga y nos lo haga sentir! ¡Pero Dios no quiere!

Cuando estamos satisfechos, cuando creemos contar el beneplácito de Dios, nada tememos; pero cuando Dios se oculta, cuando creemos que no nos ama y que nos abandona, entonces todo lo dejamos: ya se enfría nuestra devoción, nos creemos condenados y nos aterramos. Pero Dios obra así con nosotros porque todo cuanto tocamos lo corrompemos. Si nos dice alguna palabra amorosa, luego creemos haberla merecido y nos engalanamos con ella: no nos lo dice con otro fin que con el de animarnos, y ya creemos nosotros que es la expresión de nuestro mérito: volvemos entonces los ojos á nosotros mismos, y nos perdemos, convirtiéndonos en nuestro propio fin. Dios, que nos ama con amor sapientísimo, no puede contribuir á nuestra perdición: nos priva de la paz y nos pone en el campo de batalla para que trabajemos. Este es el momento de ejercitar la fuerza y la paciencia, pues las pruebas que Dios directamente nos ofrece son mas dolorosas que las que nos vienen de las criaturas. Es, pues, necesario armarse de paciencia en tales pruebas que Dios nos envía. «Nada puedo ¡oh Dios mío!; pero aunque me quitéis la vida, esperaré en Vós.» *Etiam si occiderit me, in ipso sperabo.* Es preciso que Dios mate en nosotros al hombre viejo para que el hombre espiritual pueda vivir y conversar libremente con Dios.

Fijémonos, pues, en estas verdades, porque las pruebas no habrán de faltarnos. Sabed esperar el momento de Dios; dad tiempo á que madure la gracia, y tened paciencia, que la paciencia es la que hace los Santos.



LA MORTIFICACIÓN

SIGNO DEL ESPÍRITU DE JESÚS

Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Jesu manifestetur in carne nostra mortali.

«Llevemos siempre en nuestro cuerpo la mortificación de Jesús para que su vida se manifieste en nuestra carne mortal.»

(II Cor., IV, 10.)

NUESTRO Señor ha venido para sanarnos y comunicarnos vida más abundante. Nosotros estamos enfermos por naturaleza; en nosotros está el germen de todas las enfermedades del espíritu, así es que para caer en pecado no necesitamos del demonio: por nuestra propia naturaleza podemos condenarnos. Es cierto que el demonio nos tienta, pero ordinariamente nos tienta valiéndose de nosotros mismos: está en connivencia con nuestros enemigos interiores; mantiene inteligencias con la plaza, y sus palabras hallan eco dentro de nosotros mismos. El pecado original deja en nosotros inclinaciones malas, las cuales obran con más ó menos violencia, según somos nosotros más

ó menos puros y fuertes; pero las tentaciones no dependen siempre absolutamente de vosotros.

A estas tentaciones, cuyos medios ofrecemos nosotros, añádense las que nacen de las circunstancias en que nos hallamos, las que proceden del demonio, y las que Dios permite positivamente algunas veces. El no ser tentados no depende de nosotros. De aquí que sea absolutamente necesario que nos veamos libres de nuestras enfermedades espirituales y que tengamos una vida superabundante con que poder resistir y combatir victoriosamente, y que el mayor mal que puede acontecernos es vivir descuidados y seguros de nosotros mismos. En el momento en que nos confiemos, volvemos á caer.

Para sanarnos y vivir verdaderamente, es necesario que estemos poseídos del espíritu de Nuestro Señor y que vivamos de su amor. El amor forma la vida; el espíritu la ley de nuestras obras y afectos. Este espíritu es la mortificación practicada ya por penitencia ya por amor. Todo lo demás es mentira ó lisonja. Reparad en la vida de Nuestro Señor, y en cada uno de sus actos hallaréis la mortificación: mortificación de los miembros, desasimiento de sí mismo, penas interiores, abandono, contradicción: la mortificación es la esencia de la vida de Nuestro Señor, y por consiguiente del cristianismo. Bueno es amar; pero el amor se prueba por el sacrificio y los sufrimientos.

I

La mortificación sanará mi cuerpo enfermo, que lleva consigo toda suerte de enfermedades. Hondamente herido está nuestro cuerpo, y carece de su

fuerza primitiva; cada uno de sus movimientos es un paso que da hacia la muerte y la descomposición: su misma sangre no es más que corrupción.

¿Cuál es el medio de que hemos de valernos para dar á esta podredumbre salud y fortaleza? Sed sobrios, decían los antiguos; sed mortificados, dice el Evangelio, que en la mortificación está la vida del cuerpo. Los que carecen de fe y quieren prolongar la vida, practican la sobriedad. ¡Qué flacos seríamos nosotros si no tuviéramos el valor de hacer, á impulsos de la fe y de la gracia, lo que ellos hacen por amor á la vida!

Aquellos que, como los religiosos, viven por razón de su estado con sobriedad, pueden muy fácilmente tomar sus humildes manjares con espíritu de penitencia. Este espíritu es necesario á todos, pues ninguno está exento de pecados diarios, y por otra parte debemos reparar las faltas que cometen los demás. Mortifiquémonos, pues, no tanto respecto de la cantidad como en la calidad de los manjares que tomemos. No estamos al abrigo de las tentaciones de gula; y si no aprovechamos las ocasiones que se nos ofrecen de mortificarnos, no tendremos el espíritu de penitencia, que es el espíritu de Nuestro Señor.

Nuestro cuerpo, encendido como está en fiebre, no es enemigo despreciable, pues comunica al alma esta fiebre, que es preciso cortar mediante remedios contrarios. La verdadera quinina es la mortificación, que aplaca las pasiones y ordena sus movimientos. El cuerpo sólo se doma con cadenas: al atarlo protesta y se rebela, pero al fin se le sujeta. El alma, por desdicha, está entregada al cuerpo, que la atrae por medio de los apetitos sensuales: el mal del alma pro-

cede principalmente de los objetos exteriores, con los cuales está en contacto mediante el cuerpo; estas distracciones, contrarias á la paz y á la reflexión, vienen de los objetos que hemos visto, y la imaginación, órgano corporal, es un pintor miserable y desleal. Cuanto mayor es la atención con que estáis en una obra santa, más cosas abominables pinta este traidor, vendido á Satanás. En nuestra propia casa nos tienta la imaginación menos que en la presencia de Dios, porque allí no está el espíritu tan recogido ni oprime tanto á los sentidos para dominarlos. Así, hay muchos que se quejan, y no sin razón, de que basta que empiecen á hacer oración para que al punto se vean asaltados de tentaciones: es evidente que en estos momentos la naturaleza corrompida lucha con mayor encarnizamiento por conservar su imperio.

Es, pues, necesario que vigilemos sobre nuestros sentidos exteriores: el pensamiento ó la imagen impura que no se apoyan en la percepción anterior de algún objeto deshonesto, pronto se desvanecerá; pero si el ojo se recreó en la vista de este objeto, la imaginación le reproducirá sin cesar hasta que se nos desvanezca por completo el recuerdo del mismo objeto, el cual durará meses y acaso años enteros. Testigo de esta verdad fué San Jerónimo, á quien turbaban los recuerdos de las fiestas de la Roma pagana en medio de las más austeras penitencias.

Tengamos presente que si no somos señores de nuestros ojos, tampoco podremos dominar nuestros pensamientos. El alma sola no se tienta á sí misma: tiene en sí el germen que puso en ella el pecado original, pero los medios que sirven para el mal son

los sentidos; el cuerpo es un instrumento dócil para el mal. La prueba de esta verdad está en los niños, los cuales no se ven combatidos por las tentaciones, porque sus sentidos todavía no están abiertos al mal. ¿Qué deberemos, pues, hacer? Debemos ver sin ver, mirar sin mirar, y si se ha grabado alguna imagen perjudicial en nuestra imaginación, borrarla olvidándola por completo. El corazón quizá es bueno, pero los sentidos le tornan adonde quieren. El mismo niño, que ve sin comprender cuando se fija en su alma alguna imagen mala, verá más tarde que sus recuerdos se despiertan y que sus miradas de otro tiempo aparecen en su imaginación para atormentarle. Tapemos, pues, nuestros ojos y nuestros oídos con agudas espinas, cuyas puntas nos impidan sentir las llamas del impuro foco: que si esto hacemos, las tentaciones sólo servirán para acrecentar nuestra pureza. El corazón del hombre va en pos de sus pensamientos. Si es Dios quien posee nuestro entendimiento, el cual saca la materia de sus conceptos de la imaginación, ó si es el mundo, el corazón amará á Dios ó al mundo.

Esta mortificación, que nos libra de caer en pecado, es cosa de mucha importancia, que nos exigen la justicia y nuestra salud; pero el descansar con seguridad en ella, es preparar nuestra derrota; hemos prometido mucho más, hemos prometido llegar á la mortificación de Nuestro Señor. Aunque no hubiera razón ninguna de justicia que nos impusiera la mortificación, deberíamos mortificarnos por agradarle, porque Él mismo se ha mortificado por agradar á su Padre. Esta es la mortificación positiva que debe inspirar nuestra vida y ser la ley de nuestros actos. Sea cual fuere la virtud que busquéis en

Nuestro Señor, siempre la hallaréis sellada con el sello de la penitencia; y si no queréis llegar hasta aquí, dejáis el corazón de la misma virtud, lo que constituye toda su fuerza. Si procuráis ser humildes, ó recogidos, ó piadosos sin mortificaros, perdéis el tiempo. Dios ha dispuesto que el adquirir cualquier virtud nos cueste trabajo: si hoy apenas sentís el sacrificio, es porque Dios quiere atraeros por medio de la dulzura, como á los niños; pero día llegará en que lo sintáis. La crucifixión está en la misma naturaleza de la gracia. Si no padecéis, es porque no tomáis la gracia del Calvario, que es la verdadera y única fuente de gracia. El amor de Dios es sólo sacrificio. Mortificar los sentidos, algo es; pero mortificarse interiormente es el coronamiento del espíritu de penitencia de Jesucristo en nosotros.

II

¡Cuán pobre sería nuestra corona si hubiera de estar formada de sacrificios exteriores! ¡Es la vida tan corta! Pero el alma obra con mucha mayor actividad que el cuerpo, y Dios, que quiere que adquiramos inmensos méritos para coronarnos más gloriosamente, nos ofrece el medio de sacrificarnos en cada uno de nuestros pensamientos y de nuestros afectos: este sacrificio es un movimiento perpetuo del alma hacia Dios, y si fuéramos fieles á sus inspiraciones y llamamientos, veríamos que los sacrificios que Él nos pide son infinitamente numerosos y varios en cada momento de la vida. No nos exige que siempre que hagamos algún sacrificio se manifieste este sacrificio exteriormente, sino que los

aceptemos en nuestra voluntad, y que estemos dispuestos á hacerlos exteriormente si Él nos lo exigiera. Para llegar á este punto es necesario que no nos adhiramos á tal estado del espíritu más que á tal otro, sino que conformemos nuestra voluntad con la de Dios, no queriendo más que lo que Él quiere y queriendo todo cuanto es su voluntad.

El que goza, quisiera seguir gozando siempre. Pero no es éste el plan de Dios: es necesario saber dejar el gozo y tomar la cruz: acordaos de la lección del Tábor. Hay muchos que quisieran servir á Dios sólo por gozar de la paz que trae consigo el servirle; si no gozan cuando están adorándole, se quejan y dicen que no saben orar. Esto no es verdad; todo consiste en que son sensuales. El gran defecto de las almas piadosas es ser sensuales en Dios. Si Dios os concede alegría, bien está que gocéis de ella, pero no os aficionéis á este gozo; si se muestra duro, humillaos y no os desaniméis: hay que amar á Dios más que á sus dones: ésta debe ser vuestra norma y el principio de vuestra conducta. Cuando San Pablo, cansado de vivir luchando contra las tentaciones infernales que le asaltaban, pidió á Dios que le librara de ellas, el Señor le respondió: «No: mi gracia te basta; la virtud se perfecciona en la flaqueza.» Estas palabras consolaron y fortalecieron al Apóstol y más tarde le hicieron exclamar: «Sobreabundo de alegría en medio de las tribulaciones que por doquiera me cercan.»

En la tribulación y en la mortificación interior es, pues, donde está el gozo duradero, no en las consolaciones, ni aun en las espirituales. La ley es que sólo el alma penitente goza de Dios, porque el alma sometida en todo á la voluntad de Dios, sujeta su

cuerpo, y esta sujeción es el único medio de gozar de paz. En el momento en que hacemos un acto de penitencia, un sacrificio, sentimos la paz en nuestro corazón. Dios nos da esta paz según la medida de nuestra mortificación. La mortificación que hacemos por vía de penitencia y que en justicia debemos como expiación de nuestros pecados, da la paz á la conciencia: éste es el efecto de la justicia divina aplacada: la mortificación penitente y amorosa da alegría, paz, divina suavidad, unción y un no se qué que trasporta y lleva al alma fuera de sí misma, que espiritualiza al mismo cuerpo, hasta el punto de volar el alma á Dios en el éxtasis sin acordarse de que está encerrada en el cuerpo, como vemos que sucede en los Santos. Probad y veréis que la paz del alma está en razón directa de su mortificación; si llegáis á practicar la virtud en el goce y por el goce, podréis decirme que he mentido. Mirad, si no, los mártires, que se alegraban y cantaban himnos de alegría en medio de los más crueles tormentos. ¿Acaso no sentían el dolor? Sí lo sentían; pero el fuego amoroso que ardía en sus almas era más fuerte que las llamas que abrasaban y consumían sus cuerpos.

Tened presente que el verdadero camino de la santidad es la mortificación. Dios sólo quiere que hagamos el vacío dentro de nosotros mismos, y Él se encarga de llenar este vacío: *Dilata cor tuum et implebo illud*. El amor propio es la concentración de nosotros mismos, es llenarnos de nosotros mismos; luego la santidad es sólo un trabajo de mortificación.

Muy dura es esta mortificación; pero la paz es preciso conquistarla á costa de esta guerra contra la naturaleza. Si no luchamos, Dios no puede darnos

la paz. Pero cuando el espíritu de penitencia nos haya hecho más fuertes, y le amemos por ser quien es más que por sus dones, entonces nos la otorgará ciertamente.

Aceptad, pues, los caminos de Dios: Nuestro Señor quiere entrar en nosotros mediante su verdadero espíritu, que es la mortificación; llama sin cesar y espera con paciencia divina; pero si toda vuestra alma está llena de sí misma, si todas las puertas se le cierran, se aparta de nosotros, pues como estamos tan llenos de nosotros mismos y somos tan sensuales en nuestra vida interior y exterior, no puede hacer nada en nosotros.





LA VIDA DE LA NATURALEZA

Y LA VIDA DE LA GRACIA

La vida de amor no es otra cosa que la vida de Jesús en nosotros. Su mayor enemigo es el amor propio. Dos son, pues, las vidas que vivimos: una vida natural, otra sobrenatural. Para que seamos de Jesús es necesario que esta vida triunfe y que la primera sea vencida, mudada, transformada en vida divina, en aquella vida de fe que es la que anima al justo. *Justus meus ex fide vivit.* Veamos qué cosa sea la vida natural; y comparándola luego con la vida de Jesús en nosotros, entenderemos cuán necesario es que vivamos con Jesús, si hemos de vivir de Él.

I

La ley de la vida natural es el espíritu propio, el espíritu personal: su divisa es ésta: «todo para mí»; los medios de que se sirve son los que ofrece la

prudencia humana; sus luces, las de la razón natural; su fin, todo para sí, para la vida presente.

La ley de la vida sobrenatural es, por el contrario, el espíritu de fe; sus medios, la gracia y la ley de Cristo; su fin, la gloria de Dios. Esto es lo que San Agustín significaba con estas palabras: «La ciudad del mundo empieza por el amor de sí y llega al desprecio de Dios; la ciudad de Dios empieza por el amor de Dios y llega al desprecio de sí.»

La vida natural se desliza, aun en las personas piadosas, en el claustro: está en todas partes. He aquí sus caracteres:

1.° Hace naturales en cuanto es posible las obras sobrenaturales. Dios comienza estas obras, pero nosotros las concluímos; dejamos que nuestras miradas se tuerzan, que nuestra intención se vicie, y con esto nuestras obras ya no son llenas ni acabadas en los ojos de Dios: *Non invenio opera tua plena.* De suerte que la diferencia que media entre obras en la apariencia iguales está en la intención: si hacemos la obra por Dios, la obra es santa y divina; si la hacemos por nosotros, es inútil para el cielo y perece con nosotros.

2.° Hace naturales las virtudes cristianas y religiosas. Es posible hacer actos de todas las virtudes morales y no poseer ninguna de estas virtudes en la presencia de Dios. La experiencia nos demuestra esta verdad. ¡Qué desdicha! La falta del elemento sobrenatural vicia y esteriliza nuestras virtudes: no están unidas á la vid divina, sin cuya savia no podemos hacer nada en orden á nuestra bienaventuranza.

3.° Somos naturales en nuestras gracias de piedad, de vocación; cuando sólo buscamos en ellas

honor, suavidad y gloria, rehusando aceptar el sacrificio que las mismas gracias nos ofrecen y exigen.

4.° Naturalizamos el amor de Jesucristo cuando amamos á Jesús por consideración á nosotros mismos, cuando le amamos en lo que nos lisonjea, nos glorifica, y *no en lo que nos humilla y nos oculta á* los ojos del mundo; cuando nos amamos á nosotros mismos en Jesucristo.

5.° Hasta en la Comunión se desliza el elemento natural cuando, en vez de buscar en ella la virtud y fortaleza celestial que contiene, buscamos sólo dulzura, reposo y contentamiento.

Natura callida semper se pro fine habet: «la naturaleza astuta siempre se tiene á sí misma como fin.»

¡Qué estupendo poder el nuestro de disminuir y rebajar de esta suerte los dones de Dios, de hacer naturales é inútiles ó poco fecundas sus gracias sobrenaturales y divinas!

¿Cómo conocerá cada uno en sí esta vida natural? Examinando los principios, los motivos que le determinan á obrar. ¿Por quién, para quién hacemos tal ó cuál obra?

Pero confieso que es difícil conocerla. *Natura callida est:* astuta es la naturaleza, astuto el amor propio, y ambos saben disimular; ocúltanse, disfrázanse bajo bellas apariencias, sólo nos muestran la parte buena de las obras que hacen, pues en todo cnanto hacemos hay ordinariamente algo de bueno y de malo, una parte buena y otra mala: *zelum putamus, et passione movemur.* Creemos obrar movidos de celo puro y desinteresado, y lo que nos mueve es la pasión y el amor propio.

En la práctica, la regla de la naturaleza es buscar-

se á sí misma en todo, tender al deleite. En esto la conoceréis. También la conoceréis por el fin á que anhela: sólo quiere descansar, no depender de nadie; va de prisa por acabar pronto; sólo hace gustosa lo que le agrada.

Un santo varón que vive vida sobrenatural, es austero en el cumplimiento del deber, no siempre es simpático: la guerra que sin cesar se hace á sí le hace duro para consigo mismo, y á veces para con los demás.

Un cristiano que vive vida natural es amable y solícito: ha hecho naturales sus virtudes, goza de ellas y sólo toma de ellas la parte que le hace amable á los demás.

La vida natural es, pues, nuestro enemigo, es un ladrón, una Dalila, un demonio; halla medio de hacer humana una vida divina, natural una vida de fe; de sustituir el amor de Dios con el amor propio, de reemplazar el cielo con la tierra.

II

Es necesario, pues, que nos revistamos de la vida sobrenatural de Jesús en nuestros pensamientos, obras y afectos, en todos los estados de nuestra alma.

1.° Los pensamientos del hombre natural son inspirados por el amor propio y ordenados á su propia satisfacción, porque todos los pensamientos naturales proceden de este mismo amor, que sólo obra movido por el interés de sus pasiones.

El hombre sobrenatural, por el contrario, piensa en Dios. Procura saber cuál es el juicio de Jesucris-

to en cada caso, y conforma el suyo con el de su Señor. Su pensamiento es conforme á la gracia de Dios: goza de cierto instinto divino, en virtud del cual discierne cuáles son los pensamientos naturales y terrenos, y los penetra y descubre; y si por ventura va en pos de ellos un momento, experimenta un dolor y un desorden interior que le advierten que debe levantar su corazón hacia lo alto: *Quae sursum sunt sapite.*

2.° El hombre natural juzga según su propio interés, bajo la impresión del amor propio, de su bienestar y sensualidad, y rechaza ó combate lo que le cuesta algún trabajo, ó por lo menos se muestra indiferente respecto de tales cosas.

El hombre espiritual juzga según el juicio de Jesucristo, según su palabra cuando la ha manifestado, ó según los ejemplos que nos ha dado; y cuando estas voces se callan, consulta la gracia del momento: *Sicut audio, judico.* «Como me dicta mi Padre, así juzgo yo» decía Nuestro Señor. Esta es la regla de los juicios del hombre sobrenatural. Y juzga bien: Jesucristo es su luz; no quiere otra cosa que la gloria de Dios y servirle en todo: *Et judicium meum justum est, quia non quaero voluntatem meam, sed ejus qui misit me.*

3.° El hombre natural sólo se presta á hacer aquello que le agrada. En todo busca su provecho. Quiere gozar del tiempo presente, y no quiere dejar de gozar aun durante su trabajo.

Pero el hombre sobrenatural obra, no para sí, sino para Dios. En sus obras mira á Dios, que es el fin superior que le mueve á obrar; de suerte que sus acciones no se terminan en la obra que ejecuta, sino en el fin de ella, que es el mismo Dios. Por esta ra-

zón es siempre libre: obra ó deja de obrar, y sólo la voluntad de Dios dirige sus actos en cada momento. Sólo busca á Dios, y en todo le halla, así en una cosa como en otra.

Tiene además el instinto de lo que agrada á Dios. Entre varias obras de su libre elección, siempre elige la mejor, la más agradable á Dios.

4.° Finalmente, el hombre natural se adhiere servilmente á los estados interiores que más le agradan; si le va bien en la oración, no querrá dejar este ejercicio ni aun para satisfacer á la obediencia ó á la caridad, y lo mismo sucederá en los demás estados en que se halle: con tal de permanecer en reposo, rechaza los estados que se oponen á su bien natural. Pero haga lo que haga y contra toda su voluntad, siempre vivirá en guerra, porque Dios no permitirá que viva gozando tranquilamente de su fin natural.

El hombre sobrenatural acepta gustoso todos los estados en que Dios le ha puesto, y de todos saca el bien, pues sabe hallar en ellos la gracia de Dios, su virtud y su gloria. En suma, vive de Jesucristo; Jesucristo es su medio divino.

III

Además, y esto es mejor, el hombre sobrenatural vive con Jesucristo y en Jesucristo: forma sociedad de vida con Él; sociedad perfecta en que se dan las condiciones de toda sociedad honrosa.

Estas condiciones son:

1.ª Dignidad de los miembros de la sociedad. Jesús es sin duda digno de todo honor; más aun: es digno de adoración. Pero nosotros, ¿qué títulos te-

nemos para formar parte de esta sociedad? Jesucristo se *contenta con que vivamos* en estado de gracia; con tal que seamos puros, Él suplirá todo lo demás, porque el estado de gracia mediante el cual somos hijos de Dios y templos del Espíritu Santo, nos une á Jesucristo como á miembros suyos y le permite trabajar en nosotros y emplearnos en su grande obra, *como miembros suyos que somos*. Pero en el momento en que somos manchados por el pecado mortal ¡qué desdicha! la sociedad se disuelve, porque nos hacemos indignos de formar parte de ella y Jesús no puede estar en sociedad con nosotros.

El efecto del pecado venial es tornar imperfecta esta sociedad y hacer que languidezca, pero no la rompe enteramente: la culpa venial repugna á Jesús y relaja el vínculo de unión entre nosotros y Él. Vivamos, pues, limpios y puros, aun de pecados veniales, lo cual es fácil, porque nosotros mismos podemos purificarnos haciendo actos de amor y recibiendo los Santos Sacramentos. Cuanto más puros seamos, mayor será nuestra dignidad y más estrechos los vínculos de nuestra sociedad con Jesús: según sea el grado de nuestra pureza, será más ó menos íntima nuestra unión con Jesús.

2.ª La segunda condición de una sociedad es que cada uno de los miembros de ella aporte fondos para constituir el capital social.

Jesús aporta todo cuanto tiene y todo cuanto Él es: los tesoros de su gracia y de la gloria, el mismo Dios.

Nosotros debemos aportar todo cuanto hemos recibido mediante el bautismo, todos los tesoros de la gracia santificante y los magníficos dones gratuitos ue nos hace el Espíritu Santo al tomar posesión de

nuestra alma, y además todo cuanto hayamos adquirido de virtudes, de ciencia, de merecimientos: todo, en suma, lo que poseemos.

La garantía de la duración de nuestra sociedad está en que no hemos de tocar al capital ni á los réditos hasta que la sociedad se disuelva, que será cuando se acabe nuestra vida; que jamás hemos de tomar cosa alguna. Examinémonos frecuentemente acerca de este punto. Unos miembros aportan á la sociedad más y otros menos. El religioso, por ejemplo, entrega su libertad, la facultad de poseer bienes temporales, y el voto de castidad; y porque da más, obtiene mayor rédito que los que aportan menos. Pero sea cual fuere nuestra aportación, guardémonos de tocar á ella ni aun en lo poco.

3.ª Finalmente, cada uno de los miembros de la sociedad debe contribuir al fin de la sociedad con su cooperación personal, y su concurso debe ser voluntario y desinteresado. Nosotros prestamos, pues, nuestro trabajo: Jesucristo trabaja también en nosotros y por nosotros: Él es quien nos sostiene y nos dirige; sin Él no podríamos hacer cosa ninguna; seamos tan fieles y celosos como Él es en trabajar en la obra común que es la gloria de su Padre, y no le faltemos jamás, que Él jamás nos ha de faltar. Mirad cómo describe su acción en nosotros: dice de sí que es la savia de esta vida, que da á cada uno de nosotros, que somos sus ramas, vigor y fecundidad.

Todavía más: nos asegura que si queremos formar sociedad con Él, todo lo que queramos, todo lo que pidamos á su Padre, Él mismo lo querrá y se lo pedirá: *Si manseritis in me, quodcumque petieritis, hoc faciam, ut glorificetur Pater in Filio.*

Finalmente, nos conjura que permanezcamos en su

amor, como Él permanece en el amor de su Padre, en el cual hace Él todas las obras que le ve hacer: permanecer en su amor es, pues, participar de su poder, obrar por Él y en Él. ¿De qué no seremos capaces si permanecemos en su amor? *Omnia possum in eo qui me confortat.* No habrá cosa que no podamos hacer si permanecemos en este centro divino, que nos comunicará su infinito poder.





REGLA PRÁCTICA

DE LA VIDA SOBRENATURAL

Non progredi, regredi est.
No adelantar es retroceder.

I

Es ley del orden natural que la vida se manifieste en el movimiento. Para definir la materia inerte y sin vida, el reino mineral, por ejemplo, decimos que es lo que carece de movimiento. Todo lo que tiene vida, se mueve: las plantas, los árboles se mueven continuamente con movimiento de ascensión y de expansión; hasta las aguas, con no tener vida, cuando no se mueven, se corrompen, y el fuego no puede durar sin la corriente de aire que eleva las llamas al cielo.

Otro tanto sucede en el orden intelectual. El que no aprende nada, el que no establece un como flujo y reflujo diario de su inteligencia á los conocimientos que ha de adquirir, y de estos conocimiento á su inteligencia, llegará á ser un ignorante: la memoria

sólo se aumenta con el ejercicio, se ha dicho con mucha verdad hace ya largo tiempo.

Esto mismo sucede en el orden sobrenatural. Dios es uno, y todas las leyes generales que ha establecido siguen un mismo curso y ofrecen los mismos caracteres: sólo las modifica según el orden en que han de obrar. El signo de nuestra vida sobrenatural será, pues, el movimiento hacia adelante, el progreso.

Este movimiento debe dirigirse hacia la perfección, y como nunca podremos llegar á ser perfectos, jamás ha de cesar. Las instrucciones que nos da Jesucristo acerca de la perfección, prueban que este movimiento hacia adelante es necesario; sus mismas palabras lo atestiguan. «Venid—dice,—seguidme; caminad mientras tengáis la luz.» Y en la antigua ley dijo Dios á Abraham: «Camina en mi presencia, y sé perfecto.»

Nuestros pasos en la vida espiritual han de encaminarse hacia la perfección de Jesús, copia acabada y perfecta de la perfección del mismo Dios: «Sed perfectos como es perfecto mi Padre celestial.» Y siendo imposible llegar á esta perfección, claro es que debemos caminar siempre: jamás hemos de detenernos, creyendo que hemos llegado ya á este término.

Los medios que para alcanzar la perfección nos propone Jesucristo son la observancia de la ley y de los consejos evangélicos.

Todos estamos obligados á guardar la ley, pero los religiosos están obligados además, por obligación de vocación, á observar los consejos evangélicos.

¿Mas no deberán las personas piadosas que viven en el mundo aplicarse á la observancia de los con-

sejos? Es indudable que, absolutamente hablando, no están obligadas á la práctica de estos consejos. Mas he aquí el peligro en que se ponen tales personas con atenerse sólo á la ley y no practicar los consejos. Si os contentáis con cumplir la ley, podría decírseles, bien está: el pecado sólo consiste en la infracción de la ley: y no siendo ley los consejos, como su mismo nombre significa, no pueden obligaros so pena de pecado. Esto es muy claro. Mas de repente se desencadena una violenta borrasca; el demonio lanza contra vosotros sus escuadrones; las tentaciones que os asaltan son cada vez más frecuentes é imperiosas. ¿Cuánto tiempo resistirá vuestra alma, tan solo defendida por el baluarte de la ley? No mucho, ciertamente. La primera brecha que se abra en la plaza, será decisiva, y la entregará al enemigo. Pero si estuvierais amparados del triple muro de la devoción, de la oración habitual y de la ley, antes que el enemigo destruyera estas tres defensas, tendríais tiempo de acudir á Dios pidiéndole socorro y diciéndole: *Domine, salva nos, perimus!*

Los religiosos están obligados á la observancia de los consejos por sus votos y por su regla, que es la expresión de ellos. Pero la misma regla no prescribe explícitamente toda la perfección posible. Si el religioso se atiene simplemente á la letra de ella y no penetra en su espíritu; si no procura constantemente llegar á toda la perfección que implícitamente contiene, es decir, á la misma perfección de Nuestro Señor, le acontecerá una desgracia semejante á la que he anunciado á las almas piadosas del siglo, que quieren atenerse sólo al cumplimiento riguroso de la ley: será el cádaver de un religioso.

Es, pues, necesario, sean cuales fueren las cir-

cunstancias en que nos hallemos, no satisfacernos nunca con lo que poseemos, sino progresar siempre: el detenernos sería señal de decadencia y muerte próxima, como la bala, cuando ya no sube, infaliblemente desciende y cae en la tierra.

Acaso me diréis: «¡Esta doctrina espanta! ¿Muertos si no adelantamos? ¡Pero si no sabemos si progresamos ó retrocedemos! ¿En qué podremos conocerlo?» He aquí algunas señales.

II

¿Os habéis propuesto cultivar alguna porción determinada del campo de la perfección? ¿Habéis fijado con precisión el defecto que debéis combatir ó la virtud que habéis de adquirir? Si lo habéis hecho así; si tan pronto como habéis acabado por una parte empezáis por otra, nada temo por vuestra suerte, porque esto es señal cierta de que progresáis. La prueba es que cuando sois fervorosos sabéis decir: es evidente que carezco de tal virtud; tal vicio me afea, como una zarza afea un campo. Y al punto os imponéis la obligación de extirparlo, y no descansáis hasta que habéis conseguido vuestro deseo. Examinaos á vosotros mismos y veréis confirmada esta verdad por vuestra propia experiencia.

Pero si, por el contrario, decís: «No tengo empeño en practicar ninguna virtud en particular; prefiero vivir unido con Nuestro Señor de un modo general, no siento la necesidad de determinar ningún acto de virtud particular que haya de practicar: todas ellas las practicaré según se me ofrezca ocasión propicia.» Este es el lenguaje de la pereza; y esa ocasión

de que habláis, nunca llegará según vuestro juicio. Así hablamos cuando la tibieza nos domina, cuando nos falta valor para hacer uso del hacha y de la segur.

«Yo amo á Dios, decís;» pero si en esto os quedáis, perezosos sois, y vuestras buenas intenciones y vagos deseos os perderán. Estos deseos condenan al perezoso, pues el infierno está empedrado de buenas intenciones, que por pereza y cobardía no han llegado á ser buenas obras: flores de otoño que no dan fruto porque carecen del calor vivificante del sol del amor. Semejante conducta es cobardía y burla en el fondo. La perfección no se alcanza de una vez: es una mina que sólo de vez en cuándo muestra un escaso filón, después de haber ahondado mucho y durante mucho tiempo. ¿Qué diríais de un niño que, habiendo protestado de amor á su madre, se negara á mostrarle con obras este amor y á prevenir con solicitud sus deseos? Os parecería que no ama verdaderamente á su madre, ó que si la ama es por su propio provecho personal; le tendríais, con razón, por egoísta. ¡Cuántas son las almas que padecen ilusiones en este punto! «Amo á Dios, dicen muchos, y estoy dispuesto á seguir su voz.» Sí; pero con la condición de que no me mande cosa alguna, añaden en lo íntimo del corazón, aunque no lo declaren. Este es el estado vago é indefinible del alma que después de concebir buenos propósitos y ponerlos por obra, viene á dar en la tibieza. Confiada en el valor de sus antiguas resoluciones, no se ha tomado el trabajo de renovarlas ó de formar otras nuevas, según sus nuevas necesidades, y vive dispuesta vagamente á todo, según se ofrezca la ocasión, pero nunca las pone por obra. Examinaos interiormente, acor-

daos de vuestros días de tibieza, y tocaréis con el dedo la verdad de cuanto acabo de deciros.

Decía San Bernardo á sus religiosos que *Non est perfectum nisi particulare.* No se llega á la perfección sino particularizando, paso á paso. Y eso que ellos vivían en el fervor de la Orden, que acababa de ser reformada. Sabía muy bien este gran Santo que luego que el fervor nos hace combatir contra un enemigo determinado, viene la tibieza, y so pretexto de combatirlos á todos á un mismo tiempo, nos hace á pesar nuestro entrar en tratos con todos ellos..

El mismo medio de huir de este lazo es volver á nuestra primera resolución particular. Después de haber censurado el Señor á uno de los siete Obispos del Apocalipsis que empezaba á relajarse, le dice: «Vuelve á tus primeras obras, comienza de nuevo lo que al principio hacías;» *prima opera fac;* porque aunque todavía parezcas bueno á los ojos del mundo, ya no tienes el fervor que al principio tenías; si no, yo vendré y te derribaré.» Sí: prefiero ver en vosotros algun defecto, con tal que trabajéis por combatir algun vicio particular y concreto, que no que los combatáis todos á un mismo tiempo, cosa que en realidad es nada, y estéis libres de aquel defecto.

2.ª La segunda señal no excluye la precedente, antes la presupone: consiste en desear el alma sincera y eficazmente ser cada vez mejor y temer de un modo eficaz ofender á Dios; temor que nos induce á huir con gran solicitud aun las más leves faltas. Esto mismo daba á entender Nuestro Señor cuando decía: *Beati qui esuriunt, et sitiunt justitiam.* «Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia.»

Esta señal muestra un progreso más rápido que la primera: debemos, pues, procurar sentir este hambre divina. Acaso me diréis que no hay semejante obligación. Mas si creéis que habéis hecho ya ó que hacéis bastante, indignos sois de arrodillaros en la presencia de Dios sobre este reclinatorio. ¿Acaso creéis haber llenado la medida para con un Dios que os ha amado hasta lo infinito? Si quizá ni siquiera habéis podido pagar á Dios con vuestras obras las deudas de estricta justicia, ¿qué será de las de amor? ¡Desdichado aquel que se da por satisfecho con sus obras, porque al punto se detiene y retrocede!

Notad la diferencia que media entre este hambre de justicia, entre este vivo deseo de ser santos, y el deseo de que arriba hemos hablado: aquel es una especie de satisfacción, de contento, de confianza en sí, que desdeña buscar los medios de adquirir las virtudes, y espera que se le ofrezcan las ocasiones de practicarlas; éste, por el contrario, busca las ocasiones y las procura por mil caminos, pues las industrias del amor son innumerables.

3.ª Finalmente, estos signos no siempre pueden percibirse á primera vista: está á veces el cielo tan obscuro, es tan violenta la tempestad, que con dificultad podemos distinguirlos en nuestra alma. ¿Cómo sabemos en tales casos si adelantamos ó retrocedemos en el camino de la virtud?

Tales estados son siempre poco duraderos, y vienen para purificarnos. De mucho provecho sirve que de vez en cuándo creamos que no hemos hecho nada bueno, porque este pensamiento es aguijón que nos estimula á redoblar el paso. Pero siempre, aun en medio de las tinieblas, aunque caigan sombras en nuestra conciencia, hay en el fondo cierta seguridad

de que no retrocedemos; y esta seguridad, que nos mantiene en paz en lo más íntimo de nuestra alma, es el tercer signo de nuestro progreso; porque es claro que si asaltados y combatidos por doquiera estáis íntimamente ciertos de que no retrocedéis, esta certeza se fundará en motivos sólidos.

Permaneced, pues, tranquilos respecto á estas tentaciones y á vuestros progresos, que esta tercera señal es la más segura y casi infalible.

No adelantar es, pues, retroceder; y retroceder es estar ya muertos, haber perdido todo lo que á costa de tanto trabajo habíamos adquirido. Veamos, pues, si vamos hacia adelante, ó si, por el contrario, nos detenemos: usemos de los tres medios que os he indicado para hacer esta investigación: si alguno de ellos no da resultado, otro nos servirá. Tomemos resoluciones concretas, bien determinadas, de corregir nuestras faltas, ó de adquirir las virtudes de que carecemos; añadamos á este primer fundamento un ardiente deseo de amar cada vez más, y de huir hasta las más leves apariencias de pecado: de esta suerte progresaremos sin cesar jamás, hasta que lleguemos á la patria celestial, donde cesará el progreso, porque estaremos en Dios, y más allá de Dios es imposible progresar.





INDICE

de que no retrocedemos; y esta seguridad, que nos mantiene en paz en lo más íntimo de nuestra alma, es el tercer signo de nuestro progreso; porque es claro que si asaltados y combatidos por doquiera estáis íntimamente ciertos de que no retrocedéis, esta certeza se fundará en motivos sólidos.

Permaneced, pues, tranquilos respecto á estas tentaciones y á vuestros progresos, que esta tercera señal es la más segura y casi infalible.

No adelantar es, pues, retroceder; y retroceder es estar ya muertos, haber perdido todo lo que á costa de tanto trabajo habíamos adquirido. Veamos, pues, si vamos hacia adelante, ó si, por el contrario, nos detenemos: usemos de los tres medios que os he indicado para hacer esta investigación: si alguno de ellos no da resultado, otro nos servirá. Tomemos resoluciones concretas, bien determinadas, de corregir nuestras faltas, ó de adquirir las virtudes de que carecemos; añadamos á este primer fundamento un ardiente deseo de amar cada vez más, y de huir hasta las más leves apariencias de pecado: de esta suerte progresaremos sin cesar jamás, hasta que lleguemos á la patria celestial, donde cesará el progreso, porque estaremos en Dios, y más allá de Dios es imposible progresar.





INDICE

Págs.

